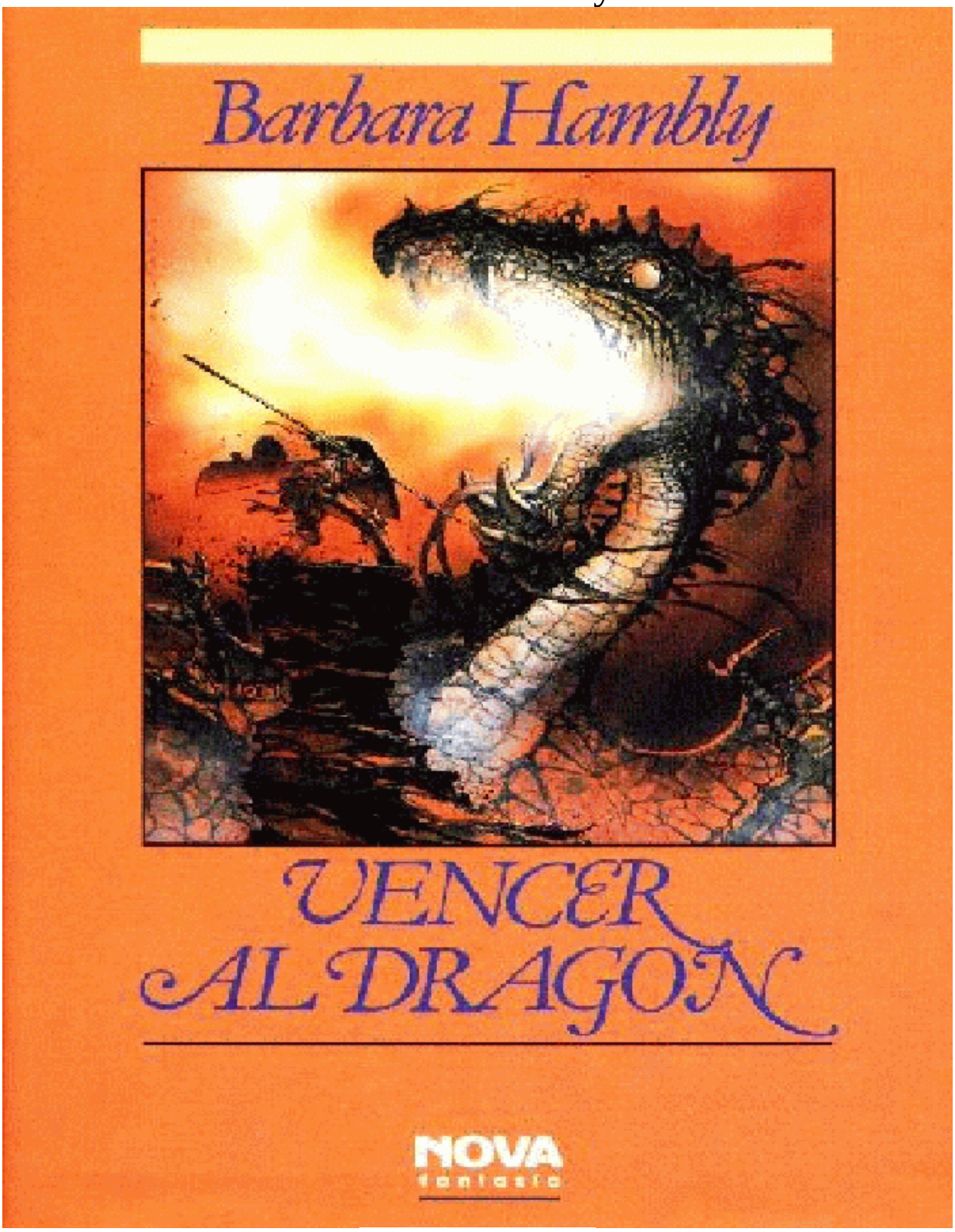
Vencer al Dragón
Bárbara Hambly



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

Muchos lectores creen que la fantasía se dirige siempre a un público adolescente y casi infantil. En muchos casos ha sido así, y ése es el tipo de lector al que se dirigen algunas de las obras emblemáticas del género. Por ejemplo EL SEÑOR DE LOS ANILLOS, de Tolkien, fue escrita pensando precisamente en los hijos del autor, y también parecen orientadas a un público adolescente-infantil tanto la conocida Trilogía de Terramar de Úrsula K. Le Guín como otros muchos de los más famosos libros del género.

Pero existe una fantasía escrita pensando en los adultos, aunque sin duda pueda interesar también a los adolescentes. Encontramos en ella temas de mayor relevancia que la eterna lucha esquemática entre el bien y el mal que alimenta mucha de la fantasía que no hace más que copiar los esquemas de Tolkien pero, ¡ay!, sin su efectividad ni interés. Ejemplo de ello son las narraciones que nos hablan de la eterna lucha entre tradición y renovación, del rol social asignado a las mujeres, del despertar mismo de la sexualidad, de las dificultades de vivir la libertad y practicarla realmente y tantos otros temas que aparecen en las múltiples y variadas novelas de la serie Darkover de Marión Zimmer Bradley, que nuestros lectores ya han tenido la oportunidad de disfrutar en esta misma colección.

Pero, afortunadamente para los lectores adultos interesados en los temas fantásticos, Bradley no está sola en su empeño. En oposición a muchos novelistas que hacen poco más que repetir incesantemente los esquemas clásicos de la fantasía tolkieniana, Barbara Hambly ha obtenido en pocos años una gran reputación entre todo tipo de públicos gracias a su visión adulta de la temática fantástica que, junto a su evidente calidad literaria, le ha llevado a convertirse en una de las mejores novelistas de la nueva fantasía norteamericana.

VENCER AL DRAGÓN es una novela fantástica en la que encontramos el clásico enfrentamiento contra los dragones en un mundo medieval de estructura feudal, en el que la magia es un elemento esencial. En la novela se dan cita todos los elementos que, en manos menos hábiles que las de Barbara Hambly, la habrían convertido en la enésima copia del trillado modelo de Tolkien. Pero Hambly nos lleva por un sendero de adultos que no se detiene ante el hecho fantástico de la mera existencia de los dragones y su carácter de amenaza a la vida cotidiana. Esta vez, la elección de los protagonistas y el tratamiento del tema, sin renunciar a la vertiente aventurera, aportan ciertos aires de un curioso realismo, si se permite dicha expresión al hablar de la literatura fantástica. En VENCER AL DRAGÓN nos encontramos con personajes que no son de una pieza, que no son simplemente estereotipos forjados en un molde, sino que, por el contrario, se comportan como los seres humanos normales. En su caso, la lucha para vencer al dragón representa, en realidad, un enfrentamiento consigo mismos, casi un ajuste de cuentas personal en torno a sus expectativas en la vida.

La narración arranca cuando el dragón Morkeleb el Negro ocupa la Gruta de Ylferdun, expulsando a los gnomos, y el joven Gareth, llevado por su idealismo e ingenuidad, se atreve a viajar a las lejanas Tierras de Invierno para buscar a John Aversin, Vencedor de Dragones, el único hombre vivo que, varios años atrás, había matado a un dragón. A cambio de la promesa del rey de enviar ayuda a las Tierras de Invierno, Aversin aceptará intentar de nuevo la hazaña casi imposible de vencer a un dragón. En su empeño contará con la ayuda de su compañera, Jenny, una hechicera poco experta que conoce sus limitaciones y que, como Aversin, ya no es joven.

Como puede verse, la anécdota argumental rezuma clasicismo, pero lo que sorprende en Barbara Hambly es su capacidad para usar las convenciones establecidas de forma muy poco convencional, tal y como apuntaba certeramente Paren Miller en el laudatorio comentario sobre VENCER AL DRAGÓN que publicó en la revista Locus. Así, la novela destaca por su brillante narración de aventuras (emotivas y muy bien relatadas por cierto) y un cierto tono entre irónico y reflexivo al que no es ajena la profundidad de la caracterización psicológica de los personajes centrales, en particular la maga Jenny.

Pero, ¡ay!, la realidad no tiene por qué ser igual a lo que narran las baladas que conoce el joven Gareth. Los héroes son, en el fondo, seres humanos y, esta vez, deberán enfrentarse al dragón pero también a sí mismos, a las intrigas de una corte decadente y al poder aparentemente ilimitado de la maga Zyerne, que mantiene al rey bajo un hechizo y parece perseguir misteriosos fines.

Por todo ello VENCER AL DRAGÓN destaca por un tratamiento maduro y escasamente convencional de unos temas que ya son tradicionales en la fantasía: la magia decadente, los gnomos desposeídos de sus dominios, la avaricia de un dragón por el oro, etc. Pero el interés especial de la novela reside en este original punto de vista, para el cual el empeño de vencer al dragón se convierte en la imperiosa necesidad de los protagonistas de triunfar sobre sí mismos.

El conjunto compone una brillante novela que, en mi opinión, constituye la mejor presentación en España de una de las grandes novelistas de la nueva fantasía. Por lo que llevo leído hasta ahora, Hambly es una autora brillante que aúna una gran calidad literaria y una gran habilidad narrativa con un certero y original punto de vista en torno a temas tal vez trillados pero que, en sus manos, resultan siempre nuevos y sugerentes. En breve plazo, NOVA fantasía incluirá también otros títulos de esta autora, como LAS SEÑORAS DE MANDRYGIN, en que aborda con gran seguridad e interés el tema no menos clásico de las mujeres guerreras, la versión femenina de la clásica fantasía heroica a lo Conan, pero, de nuevo, con registros inesperados y de gran atractivo. Pero eso será tema de otro comentario en un gran futuro cercano.

Ya para terminar, algunos comentarios sobre ciertas decisiones que se han tomado respecto a la traducción. El título original de la novela es DRAGONSBANE que viene a ser «el vencedor de dragones». Hemos querido eliminar explícitamente el género en el título de la novela y por ello «vencedor de dragones» se ha convertido en VENCER AL DRAGÓN. La razón es que, en inglés, DRAGONSBANE no indica el género de quién vence al dragón y nos ha parecido adecuado mantener dicha indefinición. Tal y como indica la traductora, Margara Auberbach, en realidad John Aversin, el protagonista masculino, ha sido el «vencedor» del dragón en más de un sentido, pero también es Jenny la que vence y, de nuevo, en más de un sentido. En mi opinión personal, la protagonista de la novela es realmente Jenny y por ello he defendido esa que podría considerarse una ligera modificación del título original en inglés. En realidad no es más que una exagerada voluntad de ser fiel al sentido original, ya que siempre ha sido nuestra costumbre respetar al máximo la traducción literal de los títulos.

En cambio es de mi responsabilidad el no haber querido aceptar otra interesante sugerencia de la traductora. Como constatará el lector, los toponímicos y algunos otros nombres descriptivos de animales o personajes secundarios (como «Tierras de Invierno», «Ladera de los curtidores», «Estúpido ruano», «Damaguerrera», etc.), han sido casi siempre traducidos porque parece importante describir con ello su sentido y hacerlo explícito al lector en castellano. Pero no me he atrevido a hacer lo mismo con el apellido de la protagonista que he preferido mantener en su forma original, Waynest, sin utilizar la proposición «Casasvuelo» de la traductora. En realidad, en palabras de la propia Margara Auberbach:

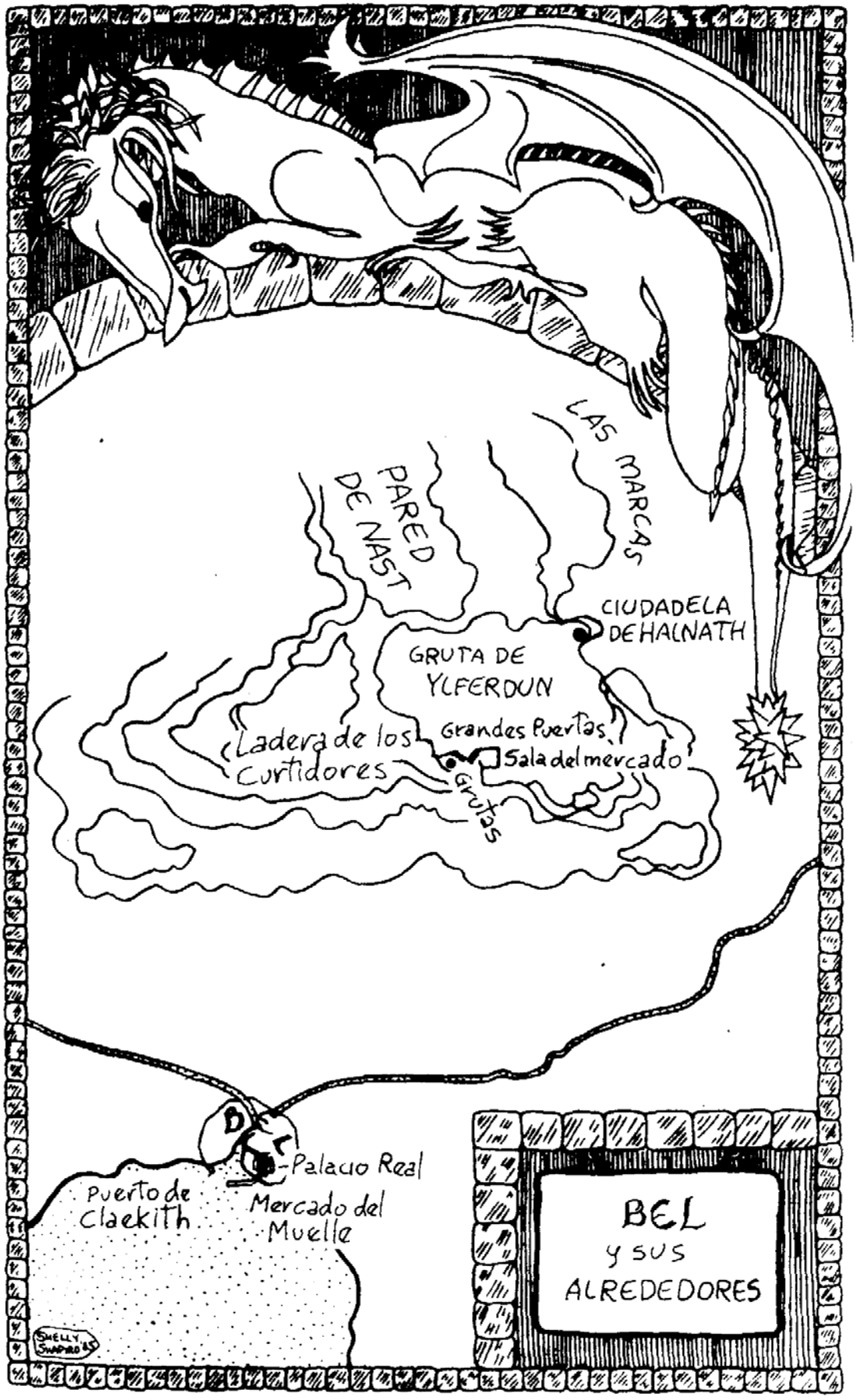
> El apellido Waynest representa el conflicto esencial que describe la novela: Jenny está tratando de elegir entre el vuelo, la libertad, la magia (Way), y el hogar, el amor, la entrega a otros (nest). La adaptación que se ha hecho de ese nombre quiere cuidar no el sentido de las palabras, sino el sentido general de ese contraste que Hambly trata como el conflicto principal de cualquier mujer.

Con esa contraposición personal entre el propio camino (Way) centrado en la magia, y el hogar o nido (nest), se describe realmente al personaje, y de ahí la sugerencia de Auberbach en torno a «Casasvuelo» que recoge la intención que, presuntamente, ha querido dar la autora Barbara Hambly a su personaje.

Pero mi personal aversión a traducir los nombres de los personajes principales es demasiado fuerte para aceptar la sugerencia, acertada tal vez, de la traductora. Creo que contando aquí las razones y el porqué de dicha decisión es mejor (y más ágil) mantener el breve nombre original (de sólo dos sílabas) en lugar de utilizar una traducción que se hace inevitablemente mucho más larga (cuatro sílabas). Acepto por ello toda la responsabilidad y espero que, con esta nota, las posibles intenciones de la autora puedan ser también apreciadas por el lector.

Y nada más, sólo afirmar que en las páginas que siguen tiene el lector a su alcance una de las mejores novelas de fantasía de la década de los ochenta. Ustedes mismos pueden comprobarlo.

MIQUEL BARCELÓ


LAS MARCAS
PARED DE NAST
CIUDADELA DE HALNATH
GRUTA DE YLFERDUN
Ladera de los Curtidores
Grandes Puertas
Sala del mercado
Grutas
Palacio Real
Puerto de Claekith
Mercado del Muelle
BEL
y sus
ALREDEDORES
SHELLY SHAPIRO

1

A menudo los bandidos acechaban entre las ruinas de la antigua ciudad en la encrucijada. Esa mañana Jenny Waynest calculó que había tres de ellos.

Ya no estaba segura de que fuera cosa de magia, tal vez era simplemente la habilidad, el instinto del habitante de los bosques para detectar el peligro, ese instinto que desarrollaba cualquiera que hubiera llegado a adulto en las Tierras de Invierno. Pero cuando tiró de las riendas al llegar a los primeros muros en ruinas, donde sabía que aún la ocultaba la mezcla de niebla otoñal y penumbra matutina bajo los árboles más frondosos de la selva, advirtió al instante que las bostas de caballo en la arcilla húmeda del camino estaban frescas, libres de la helada que bordeaba las hojas a su alrededor. Notó también el silencio en las ruinas frente a ella: no se oía ni el susurro de un conejo por entre la retama que cubría la colina que había ocupado la vieja iglesia, la iglesia consagrada a los Doce Dioses que amaban los antiguos reyes. Le pareció oler el humo de un fuego escondido cerca de las ruinas de la posada de la encrucijada, pero las gentes honestas se habrían acercado directamente, dejando una huella en las redes de rocío que cubrían la maleza de los alrededores. Luna, la yegua blanca de Jenny, levantó las largas orejas al oler otros animales y Jenny le musitó algo para que guardara silencio mientras le alisaba la desordenada crin contra el cuello. Había estado buscando esos signos antes de que aparecieran.

Se quedó inmóvil en el manto protector de la niebla y la sombra, como una perdiz que se funde con los tonos marrones del bosque.

Era un poco como una perdiz, oscura, pequeña y casi invisible en las apagadas y fortuitas telas a cuadros del norte; una mujer robusta, fuerte como las raíces de los brezos en los páramos. Después de un momento de silencio, tejió la magia en una soga de niebla y la proyectó sobre el camino hacia las ruinas de la ciudad sin nombre.

Era algo que había hecho desde niña, antes de que el viejo mago errante Caerdinn le enseñara los caminos del poder. Tenía treinta y siete años y siempre había vivido en las Tierras de Invierno. Conocía el olor del peligro. Debería oírse el despertar de los últimos pájaros de otoño, mirlos y tordos, en la retorcida maraña marrón de hiedra que ocultaba a medias las paredes de la vieja posada, pero estaban callados. Al cabo de un momento, sintió el olor de los caballos y el hedor sucio y agudo de los hombres.

Seguramente habría un bandido en las ruinas de la vieja torre que daba a los caminos del sur y del este, parte de las defensas de la ciudad, abandonada desde los tiempos en que la prosperidad de la ley del rey le había dado algo que defender. Siempre se escondían allí. Adivinó que había otro sobre las paredes de la vieja posada. Después de unos instantes sintió al tercero, que vigilaba el cruce de caminos desde el matorral amarillo de un alerce destartalado. La magia le trajo el tufo de sus almas, antiguas ambiciones y recuerdos ya convertidos en carroña, recuerdos de una violación o un asesinato muy queridos que habían dado un fulgor momentáneo de gloria a vidas que se reducían a dar y recibir dolor físico. Jenny había pasado toda la vida en las Tierras de Invierno y sabía que esos hombres no podían evitar ser lo que eran; tendría que dejar de lado el odio y la piedad que sentía por ellos para poder trenzar los hechizos que quería poner sobre sus mentes.

Se concentró más. Hurgó con sensatez en ese conjunto de recuerdos, susurrando a unas cabezas embotadas el cansancio de una larga vigilia. A menos que urdiera cuidadosamente cada ilusión y cada Límite, la verían cuando se moviera. Luego, aflojó la alabarda en su funda sobre la montura, se apretó un poco más la chaqueta de piel de cordero sobre los hombros y con un movimiento casi invisible indicó a Luna que avanzara hacia las ruinas.

El hombre de la torre nunca llegó a verla. A través de las hojas de tonos rojos y castaños de una red de espinos, Jenny vislumbró dos caballos atados detrás de una

pared caída, cerca de la posada: su aliento formaba penachos blancos en el frío del alba; un momento después, vio al bandido agachado detrás de la pared derruida, un hombre robusto con viejos pantalones grasientos. Había estado vigilando el camino, pero de repente se puso de pie y maldijo. Miró hacia abajo y empezó a rascarse la entrepierna con fuerza, muy molesto, pero no sorprendido. No vio a Jenny cuando pasó por su lado como un fantasma. El tercer bandido, sentado sobre su jamelgo entre una esquina rota de la pared y una línea de desiguales abedules, miraba fijo hacia delante, perdido en los ensueños que ella le había enviado.

Jenny estaba justo delante de él cuando la voz de un muchacho gritó desde abajo, desde el camino hacia el sur:

—¡CUIDADO!

Sacó la alabarda de su funda mientras el bandido se despertaba con una sacudida. La vio y soltó una maldición. Jenny percibió el sonido de cascos sobre el camino que subía hacia ella: el otro viajero, pensó con rabia y amargura, cuyo aviso bien intencionado había sacado al hombre de su somnolencia. Mientras el bandido se precipitaba sobre ella, llegó a ver a un joven saliendo de la niebla al galope, con la intención evidente de rescatarla.

El bandido iba armado con una espada corta, pero la atacó con la parte roma para derribarla del caballo sin herirla y poder luego violarla. Ella fintó con la alabarda para que bajase el arma y luego hundió la larga hoja bajo la guardia del hombre. Apretó las piernas alrededor de Luna para recibir el golpe cuando el arma penetró en el vientre del bandido. El cuero era duro; pero no había metal debajo. Sacó la hoja mientras el hombre se doblaba sobre ella, gritando con las manos crispadas; los caballos brincaron inquietos con el olor de la sangre caliente derramada. Antes de que el hombre cayera al camino enlodado, Jenny ya había hecho girar su caballo e iba en ayuda del caballero errante, hundido en una batalla sucia, desesperada, con el bandido que había estado escondido detrás de la pared exterior en ruinas.

El hombre que había querido rescatarla luchaba contra la larga capa de terciopelo color rubí, enredada en el mango trabajado de su espada larga y enjoyada. Su caballo estaba evidentemente mejor entrenado y más acostumbrado a la batalla que él: las maniobras de ese gran potro bayo eran la única razón por la que el muchacho aún no había muerto. El bandido, que había montado en su caballo apenas el muchacho dio su grito de alarma, los había arrastrado de nuevo hacia los bosquecillos de avellanos que crecían a lo largo de las piedras caídas de la pared interior, y en el momento en que Jenny impulsaba a Luna hacia la pelea, la capa larga del muchacho se enganchó en las ramas bajas y sacó a su dueño ignominiosamente de la montura cuando el caballo volvió a girar.

Jenny usó su brazo como punto de apoyo de un péndulo y levantó la hoja de la alabarda hacia el brazo del bandido que sostenía la espada. El hombre hizo girar su caballo para enfrentarse a ella. Jenny vio en un segundo esos ojos, cercanos uno de otro como los de un cerdo, bajo el borde de un casco de hierro sucio. Oía detrás los gritos del primer atacante. Evidentemente, su enemigo también los oía, porque se agachó para evitar el primer golpe y dio una bofetada a la cara de Luna para hacerla retroceder; luego, pasó corriendo junto a Jenny y salió al camino. No quería luchar contra un arma más poderosa que la suya ni esperar al compañero que lo había hecho antes.

Se oyó un crujido breve en los bosquecillos de brezos cuando el hombre que había estado escondido en la torre huyó entre las nieblas que se deshacían, luego silencio y los sollozos ásperos y húmedos del bandido moribundo.

Jenny descabalgó con rapidez. El joven caballero luchaba todavía en los matorrales como un armiño en una bolsa, medio estrangulado por su capa enjoyada y rota. Jenny usó el gancho de su alabarda para sacarle la espada de la mano, luego se acercó

para desenredar los pliegues de terciopelo. Él la golpeó con las manos, como un hombre que trata de golpear un enjambre de avispas. Luego, pareció verla por primera vez y se detuvo, mirándola con ojos grandes, grises, de miope.
Después de un momento de silencio, sorprendido, se aclaró la garganta y desenganchó la cadena de oro y rubíes que mantenía la capa debajo de su mentón.
—Er... gracias, señora. —Suspiró con voz un poco ahogada y se puso de pie. Aunque Jenny estaba acostumbrada a que la gente fuera más alta que ella, el joven parecía más alto de lo común—. Yo..., mm...
Tenía la piel tan rubia y fina como el cabello, que a pesar de su juventud empezaba a ralear. No podía tener más de dieciocho años y su timidez natural había aumentado por lo menos diez veces ante la difícil tarea de tener que agradecer por su vida a quien había intentado defender galantemente.
—Mi más profunda gratitud —dijo, e hizo una elegante reverencia del tipo Cisne Moribundo, que ella no había visto en las Tierras de Invierno desde que los nobles reyes partieron siguiendo a los ejércitos reales en su retirada—. Soy Gareth de Magloshaldon, un viajero errante en estas tierras y deseo extenderos mis humildes expresiones de...
Jenny meneó la cabeza y lo hizo callar con una mano levantada.
—Esperad aquí. —Y se alejó.
El muchacho la siguió, curioso.
El primer bandido que la había atacado todavía yacía en el barro arcilloso del camino. La sangre había convertido el barro en un montón de ranuras rojas, salpicado de entrañas desgarradas; el olor era terrible. El hombre todavía gruñía débilmente. Contra la palidez mate de la mañana neblinosa, el rojo escarlata de la sangre parecía horrendamente brillante.
Jenny suspiró: de pronto se sentía fría y cansada y sucia, viendo lo que había hecho y sabiendo lo que todavía tenía que hacer. Se arrodilló junto al hombre moribundo y recogió de nuevo a su alrededor la quietud de su magia. Se dio cuenta de que llegaba Gareth, las botas vadeando con ruido a través de la enredadera mojada de rocío con un ritmo rápido que se quebró cuando tropezó sobre su espada. De repente se sintió furiosa; él era quien había provocado todo eso. Sin ese grito, ella y el pobre y vicioso bruto moribundo habrían seguido cada uno su camino...
Y sin duda el hombre habría matado a Gareth después de que ella se hubiera marchado. Y también a otros viajeros.
Hacía mucho que había dejado de intentar separar el mal del bien, el debe presente del si condicional futuro. Si había un esquema, un orden en todas las cosas, ya había dejado de pensar que era lo suficientemente simple como para que ella pudiera entenderlo. Y sin embargo, sentía su alma sucia mientras ponía las manos sobre las sienes grasientas, pegajosas del moribundo y trazaba las runas correctas mientras murmuraba los hechizos de muerte. Notó cómo la vida se iba de ese cuerpo y su boca se llenó de la bilis del desprecio y el odio hacia sí misma.
Detrás de ella, Gareth murmuró:
—Vos..., él..., está muerto.
Ella se puso de pie, mientras se sacudía el polvo de las faldas.
—No podía dejarlo para los zorros y las comadrejas —replicó, mientras empezaba a alejarse. Oía ya a los pequeños animales de carroña: se reunían sobre el borde de tierra, por encima del corte neblinoso del camino, atraídos por el olor de la sangre, y esperaban impacientes a que el asesino abandonara su presa. La voz de Jenny era brusca: siempre había odiado los hechizos de muerte. Había crecido en una tierra sin ley y había matado al primer hombre a los catorce años, y luego a seis más, sin contar los moribundos a los que había ayudado a abandonar la vida como única curadora y comadrona desde las Montañas Grises al mar. Nunca le parecía fácil.

Quería alejarse de ese lugar, pero el muchacho Gareth puso una mano sobre su brazo y la miró, luego al cadáver con una especie de fascinación nauseabunda. Nunca había visto la muerte, pensó ella. Al menos no de esta forma cruda y primitiva. El terciopelo verde pera de su jubón manchado por el viaje, el trabajo en oro de sus botas, el bordado apretado de su camisa fruncida y las crestas elaboradas y ligeras de su cabello de puntas verdes proclamaban que pertenecía a la corte. Todas las cosas, incluso la muerte, se hacían sin duda con cierto estilo en el lugar de donde venía.
Tragó saliva de pronto.
—Sois..., sois una bruja...
Un extremo de la boca de Jenny se movió apenas. Dijo:
—Sí.
Se apartó de ella con miedo, luego vaciló y se apoyó en un árbol joven para sostenerse. Jenny vio entonces que entre las cuchilladas decorativas de la manga del jubón tenía una abertura más fea y la camisa que se veía por debajo estaba húmeda y oscura.
—Estaré bien —protestó él con voz débil cuando vio que se acercaba para sostenerlo—. Lo único que necesito... —Hizo un esfuerzo vano por liberarse de la mano que ella le tendía y caminar. Los ojos miopes miraban con esfuerzo los remolinos de hojas sueltas, profundos hasta la rodilla, que cubrían el camino.
—Lo que necesitas es sentarte. —Lo llevó hasta un mojón roto y lo obligó a sentarse y le desabotonó los broches de diamante que mantenían la manga contra el cuerpo del jubón. La herida no parecía profunda, pero sangraba mucho. Jenny se soltó las tiras de cuero que sujetaban las guedejas negras de su cabello para hacer un torniquete. Él se quejó y jadeó y trató de desatarlo mientras ella arrancaba una tira del borde del vestido para usarla como vendaje. Le golpeó los dedos como a un niño. Al cabo de un momento, trató de levantarse.
—Tengo que encontrar...
—Yo los encontraré —dijo Jenny con firmeza, que ya sabía lo que él estaba buscando. Terminó de vendarle la herida y fue hasta los arbustos de avellanos en los que habían luchado Gareth y el bandido. La luz helada del día se reflejaba con fuerza entre las hojas. Encontró los anteojos, doblados y retorcidos, con el fondo de uno de los lentes redondos decorado con una rotura en forma de estrella. Les sacó el polvo y la humedad y se los llevó.
—Ahora —dijo, mientras Gareth trataba de ponérselos con las manos temblorosas de debilidad y espanto— es necesario que alguien mire ese brazo. Puedo llevarte...
—Señora, no tengo tiempo. —La miró, parpadeando un poco para defenderse del brillo cada vez mayor del cielo—. Estoy en medio de una búsqueda, una búsqueda de la mayor importancia.
—¿Es lo suficientemente importante como para que te arriesgues a perder el brazo si la herida se gangrena?
Como si algo así no pudiera pasarle y ella sólo necesitara una pizca de inteligencia para darse cuenta, continuó, ansioso y decidido:
—Estaré bien, seguro. Busco a lord Aversin, Vencedor de Dragones, barón de Alyn y señor de Wyr, el más grande de los caballeros que hayan cabalgado por las Tierras de Invierno. ¿Habéis oído hablar de él por aquí? Alto como un ángel, hermoso como una canción... Su fama ha llegado hasta el sur como se esparce el agua de las inundaciones en primavera, el más noble de los caballeros... Tengo que llegar a Alyn antes de que sea demasiado tarde.
Jenny suspiró, exasperada.
—Exactamente —dijo—. Es a Alyn adonde voy a llevarte.
Los ojos miopes se le saltaban de las órbitas y la boca se le abrió con asombro.
—¿A Alyn? ¿En serio? ¿Está cerca de aquí?

—Es el lugar más cercano en que podemos ver ese brazo —dijo ella—. ¿Puedes montar?
Aunque hubiera estado muriéndose, pensó Jenny, divertida, el muchacho habría saltado sobre sus pies como lo hizo.
—Sí, por supuesto. Yo..., ¿conocéis a lord Aversin, entonces?
Se quedó callada por un momento. Luego, dijo con suavidad:
—Sí, sí. Lo conozco.
Reunió los caballos, la alta y blanca Luna y el gran potro bayo, cuyo nombre, según Gareth, era Martillo de Batalla. A pesar del cansancio y el dolor de la herida mal vendada, Gareth avanzó para ofrecerle una ayuda totalmente innecesaria para montar. Mientras subían sobre las laderas rocosas y desgarradas para evitar el cadáver del bandido en las lagunas malolientes de barro, Gareth preguntó:
—Si..., si sois una hechicera, mi señora, ¿por qué no peleásteis con magia en lugar de usar un arma? No sé, arrojarles fuego o convertirlos en ranas o dejarlos ciegos...
Los había dejado ciegos en cierto modo, pensó Jenny con amargura, al menos hasta que él gritó.
Pero dijo solamente:
—Porque no puedo...
—¿Por razones de honor? —preguntó él dudoso—. Porque hay situaciones a las que el honor no se aplica...
—No. —Ella lo miró de reojo a través de la sorprendente mata de pelo suelto—. Es sólo que mi magia no es tan poderosa.
Y apresuró la yegua para entrar bajo las sombras vaporosas de las ramas colgantes, desnudas, de la selva.
Incluso después de todos esos años de admitirlo, todavía le oprimía la garganta cuando lo decía. Había aceptado su falta de belleza, pero nunca la falta de genio en la única cosa que siempre había deseado. Lo más que podía hacer era fingir que lo aceptaba, como ahora.
A ras de suelo, la niebla se enroscaba alrededor de los cascos de los caballos; a través de los vapores húmedos, las raíces de los árboles salían de las orillas del camino como brazos de cadáveres a medio enterrar. El aire era denso y olía a tierra y de vez en cuando, desde los bosques, por encima de ellos llegaba un crujido furtivo de hojas muertas, como si los árboles estuvieran tramando algo en la niebla.
—¿Lo visteis..., lo visteis matar el dragón? —preguntó Gareth, después de cabalgar en silencio durante unos minutos—. ¿Me lo contaríais? Aversin es el único Vencedor de Dragones vivo, el único hombre que haya matado a un dragón. Hay baladas sobre él en todas partes, sobre su coraje y sus nobles hazañas... Ese es mi pasatiempo, las baladas, quiero decir, las baladas sobre los Vencedores de Dragones, como Selkythar el Blanco en tiempos del reinado de Ennyta el Bueno y Antara Damaguerrera y su hermano durante las Guerras de Familia. Dicen que su hermano mató... —Por la forma en que se detuvo, Jenny adivinó que hubiera seguido hablando de los grandes Vencedores de Dragones del pasado durante horas, pero era evidente que alguien le había dicho que no aburriera a la gente con ese tema—. Siempre quise ver eso..., un verdadero Vencedor de Dragones, un combate glorioso. La fama de Aversin debe cubrirlo como un manto de oro.
Y para sorpresa de Jenny, empezó a cantar con voz de tenor, suave y oscilante:

Cabalgando en la ladera, brillante
como la llama de la luz del sol dorada y ardiente;
con la espada de acero fuerte en la mano,
rápidos como el viento sobre la tierra los cascos,
alto como un ángel, fuerte como un potro,

firme como un dios, brillante como el canto...

A la sombra del dragón, las muchachas lloraban,
pálidas como margaritas en la oscuridad guardadas.
—Lo reconozco de lejos: alto sin par,
sus plumas tan brillantes como la rabia del mar
—le dijo ella a su hermana—, no temas nada...

Jenny desvió la vista. Sentía que algo se revolvía dentro de su mente al pensar en el Dragón Dorado de Wyr.
Lo recordaba como si hubiera sucedido ayer y en realidad, a pesar de que ya habían transcurrido diez años del alto resplandor de oro en el cielo desmayado del norte, de la zambullida de fuego y sombra, de los muchachos y muchachas gritando sobre el suelo que se movía en Gran Toby. Sabía que eran recuerdos que deberían haber estado teñidos sólo de horror; sabía que debería haber sentido sólo alegría por la muerte del dragón. Pero el regusto de una pena y una desolación sin nombre volvía a ella, más fuerte que el horror, desde esos días, con el olor metálico de la sangre del dragón y la canción que parecía temblar en el aire conmovido...
El corazón le oprimía. Dijo con frialdad:
—En primer lugar, de los dos chicos que se llevó el dragón, John sólo logró salvar con vida al muchacho. Creo que la niña murió por los olores y los gases del nido del dragón. Era difícil decirlo por el estado del cuerpo. Y si no hubiera estado muerta, tampoco habría tenido fuerzas para hacer discursos sobre el aspecto de John, incluso en el caso de que John hubiera llegado realmente galopando por la colina, cosa que no hizo, con toda lógica.
—¿Ah, no? —Casi podía oír cómo se quebraba una imagen en la mente del muchacho.
—Claro que no. Si lo hubiera hecho, habría muerto inmediatamente.
—Entonces, ¿cómo...?
—De la única forma que se le ocurrió para luchar contra algo tan grande y tan bien armado. Me hizo fabricar el veneno más poderoso que conociera y empapó los arpones en él.
—¿Veneno? —Una vileza semejante desgarraba el corazón de Gareth, eso era evidente—. ¿Arpones? ¿Sin espada?
Jenny meneó la cabeza, sin saber si sentirse divertida por la expresión de desilusión del muchacho, exasperada por la forma en que hablaba de lo que para ella y cientos de otros había sido una época de horrores de pesadilla e insomnio, o compasiva como una hermana mayor por la inocencia de alguien que creía que se podía levantar una hoja de metal de un metro contra ocho metros de muerte, fuego y púas.
—No —dijo solamente—. John subió por el saliente del barranco en el que había anidado el dragón. No era una cueva, además, no hay cuevas tan grandes en estas colinas. Le golpeó las alas primero para que no pudiera volar y caer sobre él desde arriba. Usó arpones envenenados para hacerlo más lento, pero lo remató con un hacha.
—¿Un hacha? —exclamó Gareth, totalmente sorprendido—. Es..., es lo más horrible que he oído en mi vida. ¿Dónde está la gloria en algo así? ¿Dónde está el honor? ¡Es como lastimar al oponente en un duelo para dejarlo inválido! ¡Es hacer trampa!
—No estaba en un duelo —señaló Jenny—. Si un dragón vuela, el hombre está perdido.
—¡Pero no es honorable! —insistió el muchacho con pasión, como si con eso lo hubiera dicho todo.

—Tal vez si hubiera estado peleando con un hombre que lo hubiera desafiado con honor..., cosa que John no ha hecho nunca. Hasta cuando se pelea con bandidos es conveniente atacar por la espalda si ellos son más. Como único representante de la ley del rey en estas tierras, ellos siempre son más que él. Un dragón mide más de seis metros y puede matar a un hombre con un solo golpe de cola. Tú mismo dijiste —agregó ella con una sonrisa— que hay situaciones en las que el honor no puede tenerse en cuenta.
—¡Pero eso es diferente! —dijo el muchacho con pena y guardó un silencio desilusionado.
El suelo se elevaba bajo los cascos de los caballos; las paredes del túnel de niebla a través del cual cabalgaban empezaban a terminarse. Más allá, se podían ver vagamente las formas plateadas de las colinas redondas. Cuando salieron de entre los árboles, los vientos cayeron sobre ellos y limpiaron las nieblas y olieron las ropas y las caras como perros bien entrenados. Jenny se sacudió el cabello de los ojos y miró el rostro de Gareth que examinaba los páramos a su alrededor. Era una cara llena de sorpresa, desilusión y curiosidad, como si nunca hubiera esperado encontrar a su héroe en ese mundo triste sin huellas, ese mundo de musgo, agua y piedra.
En cuanto a Jenny, ese mundo desierto la conmovía extrañamente. El páramo se extendía cientos de kilómetros al norte hacia las orillas congeladas del océano; conocía cada uno de los recodos de ese paisaje de granito, cada turbera negra y cada hondonada donde crecían los brezos en los breves veranos de las alturas; había seguido las huellas de liebres, zorros y ratones de campo durante tres décadas de nieves de invierno. El viejo Caerdinn, medio loco por inclinarse sobre los libros y leyendas de los días de los reyes, recordaba el tiempo en que éstos habían retirado sus tropas y su protección de las Tierras de Invierno para pelear en guerras por la soberanía del sur; se había enojado con Jenny cuando ella habló de la belleza que veía en esas extensiones salvajes, plateadas, de roca y viento. Pero a veces, la amargura de Caerdinn se agitaba en la propia Jenny cuando trabajaba para salvar la vida de un niño de aldea cuya enfermedad estaba más allá de su diminuto poder y no había nada en ningún libro que hubiera leído que pudiera decirle cómo hacerlo, o cuando los Bandidos del Hielo llegaban deslizándose por los témpanos en los inviernos brutales y quemaban los graneros que tanto había costado levantar y mataban el ganado que sólo podía alimentarse con la poca paja que había en esos graneros. Sin embargo, esa misma falta de poder le había enseñado a disfrutar de las pequeñas alegrías y las bellezas duras, y de los esquemas simples, eternos de la vida y la muerte. No era algo que pudiera explicar; ni a Caerdinn, ni a ese muchacho, ni a nadie.
Finalmente, dijo con suavidad:
—John nunca habría atacado al dragón, Gareth, si el animal no lo hubiera forzado a hacerlo. Pero como barón de Alyn, como señor de Wyr, es el único hombre en las Tierras de Invierno entrenado para las artes de la guerra. Por eso es el señor. Peleó contra el dragón como hubiera peleado contra un lobo, peleó contra una plaga que estaba haciendo daño a su gente. No tenía alternativa.
—¡Pero un dragón no es plaga! —protestó Gareth—. Es el desafío más honorable y más grande a la valentía de un verdadero caballero. ¡Seguramente estáis equivocada! No puede haber peleado sólo por deber. ¡No es posible!
En su voz había tanto deseo de creer que Jenny lo miró por encima del hombro, curiosa.
—No —aceptó—. Un dragón no es una plaga. Y ése era verdaderamente hermoso. —La voz se le ablandó con el recuerdo, a pesar de la neblina horrenda de muerte y miedo de su esplendor anguloso, extraño—. No era dorado, como lo llama vuestra canción, sino de un color casi ámbar, que iba hacia el castaño a lo largo de su lomo y

hacia el marfil en su vientre. Los dibujos de las escamas sobre sus costados eran como el bordado de lentejuelas de un par de sandalias; como un arco iris tejido, todo en sombras de púrpura y azul. La cabeza era como una flor; los ojos y las fauces rodeados de escamas como cintas de colores y con antenas como las de un cangrejo, adornadas con borlas de gemas. Matarlo fue una carnicería.
Rodearon el hombro de un peñasco. Abajo, como una ruptura en el paisaje frío de granito, se extendía una línea quebrada de campos castaños donde las nieblas yacían como travesaños de lana sucia sobre el rastrojo de la cosecha. Un poco más alejado había un caserío, desordenado y sucio bajo el manto azulado del humo de madera y el olor del lugar vagaba sobre los vientos congelados: el perfume a jabón hirviendo; un hedor casi invisible a desperdicios humanos y animales; la dulzura podrida, nauseabunda de la cerveza que fermenta. El ladrido de los perros salió a recibirlos como tañidos de campanas en el aire. En medio de todo había una torre gruesa, obviamente resto de una fortificación mayor.
—No —dijo Jenny con suavidad—, el dragón era una criatura hermosa, Gareth. Pero también lo era la niña que se llevó a su nido y que mató. Tenía quince años..., John no quiso que sus padres vieran los restos.
Taconeó los costados de Luna y empezó a bajar por el camino de arcilla húmeda.

—¿Ésta es la aldea donde vos vivís? —preguntó Gareth cuando se acercaron a los muros.
Jenny negó con la cabeza mientras trataba de sacar de su mente la maraña amarga y confusa de los recuerdos de la muerte del dragón.
—Mi casa está a unos nueve kilómetros de aquí, en Colina Helada. Vivo sola. Mi magia no es grande; necesito silencio y soledad para estudiarla. —Y agregó con dolor—: Aunque no tengo ninguno de los dos. Soy comadrona y curadora de todas las tierras de lord Aversin.
—¿Llegaremos pronto a sus tierras?
El muchacho tenía la voz insegura y Jenny lo miró preocupada y vio lo pálido que parecía y cómo el sudor corría por las mejillas hundidas levemente doradas a pesar del frío.
—Éstas son las tierras de lord Aversin.
Levantó la cabeza para mirarla, asustado.
—¿Éstas? —Miró a su alrededor los campos fangosos los campesinos que se gritaban unos a otros mientras recogían la última cosecha de grano, las aguas tachonadas de hielo del foso que rodeaba el terraplén de escombros y las manchas de las piedras de la pared medio derruida—. Entonces, ¿ésta es una de las aldeas de lord Aversin?
—Esto —dijo Jenny con tranquilidad mientras los cascos de los caballos retumbaban en el vacío de la madera del puente levadizo— es Alyn.
La ciudad que bullía dentro de la cortina del muro... —un muro construido por el abuelo del señor de ese momento, el viejo James Cabeza de Hierro, como medida temporal de seguridad— era de una pobreza infinita. A través del arco que quedaba bajo la cuadrada casa de guardia se veían casas amontonadas en desorden alrededor del muro del fuerte mismo, como si ese edificio mayor las hubiera sembrado. El fuerte estaba construido con piedras y escombros sobre los cimientos del muro exterior bajo, techado con paja de los juncos del río y decaído por la edad. Desde la ventanita de la torre de la puerta, la vieja Peg, la guardiana, sacó la cabeza y sus largas trenzas castañas manchadas de gris colgaron como fragmentos de una soga a medio trenzar y se dirigió a Jenny:

—Tienes suerte —dijo en el tono profundo y bajo del habla del norte—. Mi señor volvió anoche de recorrer los lindes. Está por aquí.
—¿No estaba..., no estaba hablando de lord Aversin? —murmuró Gareth, escandalizado.
Las cejas de media luna de Jenny se curvaron hacia arriba.
—Es el único señor que tenemos.
—Ah. —Él parpadeó, tratando de hacer otro ajuste mental—. ¿Recorriendo los lindes?
—Los lindes de sus tierras. Hace patrullas casi todos los días, él y hombres voluntarios de las milicias. —Jenny vio cómo la cara de Gareth se derrumbaba y agregó con amabilidad—: En eso consiste ser un señor.
—No es verdad —dijo Gareth—. Ser un señor es caballerosidad y honor y... —Pero ella ya había cabalgado adelante, fuera de la oscuridad negra del pasaje de la puerta y hacia la luz fría del sol en la plaza.
A pesar del ruido y los chismes, a Jenny siempre le había gustado la aldea de Alyn. Había sido su hogar de infancia; la casita de piedra en la que había nacido y donde todavía vivían su hermana y su cuñado —aunque el esposo de su hermana no quería que le recordaran que eran parientes— todavía estaba al fondo de la calle, contra el muro. Tal vez esa gente trabajadora, con sus pequeñas vidas limitadas por el ritmo de las estaciones, la miraba con temor, pero ella conocía sus vidas sólo un poco menos íntimamente de lo que conocía la suya propia. No había una sola casa en la aldea en la que no hubiera asistido a una mujer en un parto o atendido a un enfermo o peleado contra la muerte en una de las mil formas que tomaba en las Tierras de Invierno; los conocía, a todos ellos y a las formas largas e intrincadas de sus dolores y alegrías. Mientras los caballos chapoteaban por el barro y por el agua estancada hacia el centro de la plaza, vio cómo Gareth miraba a su alrededor con desaliento mal disimulado, a los cerdos y gallinas que compartían de forma amistosa el lugar maloliente con bandadas de niños gritones. Una ráfaga de viento sacudió el humo de la fragua sobre sus cabezas, y con él llegó una onda leve de calor y un fragmento de la canción obscena de Muffle, el herrero; en un terreno cercano la ropa colgada se balanceó con ruido, y en otro, Deshy Werville, cuyo bebé de tres meses había venido al mundo a manos de Jenny, ordeñaba una de sus amadas vacas, metida a medias en la puerta de su choza. Jenny vio cómo la mirada disgustada de Gareth se detenía en el templo medio derruido, con sus imágenes primitivas y torpes de los Doce Dioses, casi indistinguibles uno de otro en la penumbra, y luego pasaba a la cruz redonda de la Tierra y el Cielo tallada en las piedras de tantas chimeneas de aldea. La espalda del muchacho se tensó un poco ante esa evidencia de paganismo, y su labio superior pareció alargarse al ver el chiquero construido junto a uno de los muros del templo y el par de porquerizos vestidos de cuero y tela a cuadros que se recostaban contra los maderos de la cerca, charlando y pasándose chismes.
—Claro que los cerdos ven el clima —decía uno de ellos, mientras estiraba un palo a través de la empalizada baja para rascarle el lomo a una enorme cerda negra que reposaba dentro—. Está en Sobre la granja de Clivy, pero además los vi hacerlo. Y son muy, pero muy inteligentes, más que los perros. Mi tía Mary, ¿recuerdas a Mary?, solía entrenarlos desde que eran chiquitos y tenía uno, blanco, que le buscaba los zapatos.
—¿Ah, sí? —dijo el segundo porquerizo, mientras se rascaba la cabeza. Jenny se detuvo a su lado; Gareth esperaba impaciente junto a ella.
—Sí. —El hombre más alto lanzó besos a la puerca que levantó la cabeza para contestarle con un gruñido profundo de afecto infinito-—. Dice en las Selecciones de Polyborus que los Viejos Cultos adoraban al cerdo y no como un demonio, como querría el padre Hiero, sino como a la Diosa Luna. —Empujó los anteojos de armazón de acero un poco más arriba en el puente de su larga nariz, un gesto curiosamente

profesional para un hombre hundido hasta las rodillas en la suciedad de una porqueriza.
—¿En serio? —preguntó el otro con interés—. Ahora que me lo dices, esta buena pieza, cuando era joven y briosa, claro, había descubierto cómo abrir la puerta y salía a buscar... ¡Ah! —Hizo una reverencia rápida al ver a Jenny y al furioso Gareth sentados en silencio sobre sus monturas.
El más alto se dio la vuelta. Cuando los ojos castaños que había detrás de los lentes se encontraron con los de Jenny, perdieron su habitual expresión de retracción y timidez y se fundieron de pronto en un brillo travieso. Mediano de altura, poco atractivo, peludo y sin afeitar, enfundado en su zaparrastrosa ropa de cuero oscuro, con el viejo jubón de piel de lobo sostenido por pedazos de metal y tiras de cadena para proteger las junturas..., después de diez años, se preguntó Jenny, ¿qué había en él que todavía la llenaba de una alegría tan absurda?
—Jen. —Sonrió y le tendió las manos.
Ella las tomó y se deslizó desde la montura de la yegua blanca hacia sus brazos, mientras Gareth miraba con desaprobación, impaciente por continuar con su búsqueda.
—John —dijo ella y se volvió hacia el muchacho—, Gareth de Magloshaldon..., te presento al lord John Aversin, el Vencedor de Dragones de Alyn.
Por un instante, Gareth se quedó absolutamente mudo. Permaneció sentado durante un momento, mirando, atónito y confundido como si lo hubieran golpeado en la cabeza; luego desmontó con tanto apuro que tuvo que aferrarse el brazo lastimado con un gemido. Era como si en todas sus fantasías alimentadas por las baladas, en todos sus sueños de conocer al Vencedor de Dragones, nunca se le hubiera ocurrido que su héroe estaría de pie, para no decir hundido hasta los tobillos en el barro, junto al chiquero del pueblo. Su rostro era prueba evidente de que, aunque medía más de un metro ochenta y debía de ser más alto que cualquiera que conociera, nunca había conectado eso con el hecho de que, a menos que su héroe fuera un gigante, seguramente era más bajo que él. Y las baladas, pensó Jenny, tampoco mencionaban los lentes.
Gareth seguía sin hablar. Aversin, que interpretaba su silencio y la mirada que había en su rostro con su exactitud diabólica de siempre, le dijo:
—Te mostraría mis heridas de la lucha con el dragón para demostrarte que soy Aversin, pero están en un lugar que no se puede exhibir en público.
La cortesía de Gareth debía de valer un imperio —y también el estoicismo especial de los hombres de la corte, suponía Jenny— para que incluso bajo la impresión más fuerte de su vida y el dolor del brazo herido, pudiera hacer una reverencia muy creíble como saludo. Cuando se enderezó de nuevo, se ajustó la capa con una especie de orgullo lastimado, empujó los anteojos torcidos un poco más sobre el puente de su nariz y dijo en una voz que temblaba pero tenía una firmeza interior innegable:
—Lord Aversin, Vencedor de Dragones, he cabalgado hasta aquí desde el sur con un mensaje para vos del rey, Uriens de Belmarie. —Esas palabras parecieron darle fuerzas y volvió a la sonoridad heráldica de las baladas con sus espadas de oro y sus plumas brillantes, a pesar del olor del chiquero y la lluvia leve y fría que había empezado a caer—. Lord Aversin, he sido enviado para llevaros al sur. Ha llegado un dragón que destruye la ciudad de los gnomos en la Gruta de Ylferdun; ahora está allí, a veinte kilómetros de Bel, la ciudad del rey. Éste os ruega que vayáis a matarlo antes de que destruya toda la región.
El muchacho se enderezó al quedar libre de su misión, con un aspecto de serenidad noble de mártir en su cara, muy parecido a alguien sacado de una balada, pensó Jenny. Luego, como todo buen mensajero de balada, se derrumbó sin conocimiento y cayó sobre el barro líquido, lleno de estiércol.

2

La lluvia golpeaba monótona y sin interrupción sobre las paredes de la torre derruida de Fuerte Alyn. La única habitación de huéspedes del fuerte nunca había sido muy luminosa y aunque era sólo media tarde, Jenny hizo aparecer una bola opaca de luz mágica azulada para iluminar la mesa en la que había extendido el contenido de su bolso de remedios; el resto del pequeño cubículo estaba en penumbra por las cortinas de oscuridad.

En la cama, Gareth dormía intranquilo. El aire tenía un olor dulce gracias a los fantasmas de las fragancias de hierbas trituradas y secas ya hacía mucho tiempo. La luz mágica hacía sombras finas, granulosas alrededor de las momias disecadas de las raíces y las vainas esparcidas en los círculos que Jenny había trazado. Lentamente, runa por runa, trabajó sobre ellas en los hechizos de curación, cada uno con su propio Límite para impedir una curación demasiado rápida que pudiera hacer daño al cuerpo en general; los dedos trazaban pacientemente los signos, la mente conjuraba las cualidades del universo particular de cada uno, como hilos separados de una música no oída. Se decía que los grandes magos podían ver el poder de las runas que tejían brillando como fuego frío en el aire sobre los polvos de curación y sentir el toque de ese poder como una luz de plasma saliendo de las puntas de los dedos.

Después de años de meditación silenciosa, Jenny había llegado a aceptar que para ella, la magia era una profundidad y una quietud, más que el brillo en movimiento que sentían los grandes. Era algo con lo que nunca se reconciliaría del todo, pero al menos esa actitud de aceptación le impedía sentir el resentimiento que bloquearía los pocos poderes que realmente tenía. Dentro de sus límites estrechos, sabía que trabajaba bien.

La clave de la magia es magia, decía Caerdinn. Para ser mago, hay que serlo. No hay tiempo para otra cosa si uno quiere llegar al límite de su poder.

Así que ella se había quedado en la casa de piedra de Colina Helada después de la muerte de Caerdinn, estudiando sus libros y midiendo las estrellas, meditando en el círculo medio derruido de las viejas piedras que se alzaban sobre la cima de la colina allá arriba. Con el paso de los años, sus poderes habían crecido con la meditación y el estudio, aunque nunca hasta alcanzar los del maestro. Era una vida que la había dejado satisfecha. No había deseado otra cosa que la lucha paciente por aumentar sus poderes, mientras curaba a otros cuando podía y observaba la llegada y la partida de las estaciones.

Luego, había llegado John.

Los hechizos se acabaron. Durante un tiempo, hubo silencio en el aire como si cada ladrillo del hogar y cada sombra de los maderos, la fragancia del fuego de madera de manzano y el tintineo gutural de la lluvia se hubiera preservado en ámbar durante miles de años. Jenny puso los poderes de los hechizos en un cuenco y alzó la vista. Gareth la observaba con miedo desde la oscuridad de la cama acortinada.

Ella se puso de pie. Cuando se acercó al muchacho, éste retrocedió, la cara pálida llena de severidad y desprecio:

—¡Sois su amante!

Jenny se detuvo al oír el odio en esa voz débil. Luego dijo:

—Sí. Pero no es asunto tuyo.

Él desvió la vista, tembloroso y todavía adormecido.

—Sois igual que ella —murmuró con debilidad—. Igual que Zyerne...

Ella se adelantó de nuevo. No sabía si había oído bien...

—¿Quién?

—Lo habéis atrapado con vuestros hechizos..., lo habéis hundido en el barro —murmuró el muchacho y sollozó con la fiebre. Ignoró la repulsión que sentía hacia él y

se acercó a su lado, preocupada, para tocarle las manos y la cara. Después de un momento, él dejó de oponer su débil resistencia y volvió a caer en el sueño. No tenía la piel ni caliente ni fría en exceso; el pulso era firme y fuerte, pero todavía se retorció y murmuró algo—. Nunca, nunca... Hechizos..., le habéis dominado con hechizos... le habéis obligado a amaros con vuestra magia... —Los párpados se le cerraron.

Jenny suspiró y se enderezó, mirando la cara sonrojada e inquieta.

—Ojalá hubiera usado mis hechizos con él... —murmuró—. Entonces podría liberarnos a los dos si tuviera el coraje necesario...

Se sacudió las manos en la falda y bajó por la angosta oscuridad de las escaleras de la torre.

Encontró a John en su estudio, una habitación bastante grande, aunque atestada de libros. En su mayoría, eran volúmenes antiguos, abandonados en el fuerte por los ejércitos que partieron o recuperados de los sótanos de las ciudades-guarnición del sur, completamente quemadas por la guerra. Comidos por las ratas, negros de moho, ilegibles por las manchas de humedad, cubrían cada estante del laberinto de placas de madera que abarcaba dos paredes y luego caían como basura sobre la larga mesa de roble hasta el suelo en los rincones. Se veían páginas de notas entre las hojas y sobre las tapas; habían sido copiadas por John en las noches de invierno. Entre ellas, al azar, se veían las herramientas de un escriba: punzones y plumas, cuchillos y tinteros, piedra pómez y otras cosas extrañas: tubos y tenazas de metal, niveles y plomadas, péndulos y espejos ustorios, imanes, cáscaras de huevos, pedazos de roca, flores secas y un reloj medio desarmado. Una red vasta de montacargas y poleas ocupaba las vigas de un rincón y cientos de velas a medio usar se amontonaban en cada uno de los estantes y sobre el alféizar. La habitación era un nido de urraca, ladrona de conocimientos, la casa de un chapucero para quien el universo era una gran juguetería de objetos extraños y curiosos. Sobre el hogar, como un pino gigante de hierro, colgaba la punta de la cola del dragón de Wyr, medio metro de largo y veintidós centímetros de ancho, cubierta de escamas rotas, agudas.

John estaba junto a la ventana, y, a través de un vidrio grueso instalado sobre un bastidor muy usado y arreglado, miraba hacia el norte las tierras desiertas, donde se fundían con el cielo lastimado y medio derrumbado. Tenía la mano apretada contra sus costillas donde la lluvia hacía latir los huesos que había destrozado la punta de la cola del dragón.

Aunque el cuero suave de ciervo de las botas de Jenny no hacía sonido alguno sobre la piedra áspera del suelo, John levantó la vista cuando ella entró en el cuarto. Sus ojos la saludaron con una sonrisa, pero ella sólo reclinó el hombro contra la piedra que sostenía la puerta y preguntó:

—¿Y bien?

Él miró hacia el techo, hacia donde estaba acostado Gareth.

—¿Qué? ¿De nuestro pequeño héroe y su dragón? —Una sonrisa tembló en los extremos de su boca delgada, sensible, luego desapareció como la rápida luz del sol en un día nublado—. He matado a un dragón, Jenny, y casi acaba conmigo. Si me tienta con la idea de que hagan más hermosas baladas sobre mí, creo que dejaré pasar la oportunidad.

El alivio y el recuerdo súbito de la balada de Gareth hicieron reír a Jenny mientras entraba en la habitación. La luz blancuzca de las ventanas se enganchaba en cada una de las grietas de las mangas de cuero de John. Se adelantó hacia ella y se inclinó para besarle los labios.

—¿Nuestro héroe no habrá hecho el camino solo desde Bel?

Jenny meneó la cabeza.

—Me dijo que tomó un barco desde el sur hasta Eldsbouch y luego cabalgó hacia el este desde allí.

—Y tiene suerte de haber llegado tan lejos —señaló John y la besó de nuevo, cogiéndola por los costados con manos cálidas—. Los cerdos han estado inquietos todo el día, llevaban trozos de paja en la boca. Volví ayer de recorrer los lindes por la forma en que se comportaban los cuervos sobre Colinas de la Retama. Faltan dos semanas, pero me parece que ésta va a ser la primera tormenta de invierno. Las rocas de Eldsbouch se comen los barcos. ¿Sabes?, Dotys dice en el tomo tres de sus Historias..., ¿o es en esa parte del tomo cinco que encontramos en Ember?..., ¿o en Clivy?..., que hubo un rompeolas, o un muelle frente al puerto allá en los días de los reyes. Era una de las maravillas del mundo, dice Dotys..., o Clivy, pero no puedo encontrar en ninguna parte una mención de cómo se construyó. Un día de éstos pienso llevar un bote allá y ver qué puedo encontrar en la boca del puerto, bajo el agua...

Jenny tembló porque sabía que John era capaz de llevar a cabo esa investigación. Todavía no había olvidado sus experimentos con caños de agua ni la casa de piedra que él había hecho volar en pedazos después de leer, en una historia cualquiera, que los gnomos usaban pólvora para cavar túneles en sus Grutas.

Hubo una conmoción súbita en la escalera de la torre y voces temblorosas que discutían:

—¡Claro que es! —Y luego:

—¡Suéltame!

Siguió un rumor de lucha y un momento después un niño robusto, pelirrojo de unos cuatro años entró como un estallido en la habitación en un remolino de tela a cuadros y piel de oveja mugrienta, seguido inmediatamente por un muchacho delgado, de cabello oscuro, de unos ocho. Jenny sonrió y extendió las manos hacia ellos. Los niños se arrojaron contra ella; manos pequeñas, sucias, se aferraron con delicia a su cabello, su camisa y las mangas de su bata, y sintió de nuevo la ola de alegría ridícula, ilógica que subía por su cuerpo cuando estaba con ellos.

—¿Y cómo están mis pequeños bárbaros? —preguntó en una voz indiferente que no engañó a ninguno de los dos.

—Bien..., nos portamos bien, mamá —dijo el mayor, aferrado al color azul desteñido de la falda de su madre—. Yo me he portado bien. Adric no.

—Claro que sí —replicó el más joven, a quien John había levantado en brazos—. Papá tuvo que pegarle a Ian.

—¿Ah, sí? —Ella sonrió a los ojos azules de su hijo mayor, ojos de pestañas pesadas y ladeados como los de John, pero de un color tan azul celeste como los de Jenny—. Sin duda se lo merecía.

—Le pegó con un látigo grande —aclaró Adric, arrastrado por su propio cuento—. Cien veces.

—¿En serio? —Ella miró a John con una expresión de pregunta no demasiado curiosa en el rostro—. ¿Todo de un tirón o descansaste un rato?

—De un tirón —replicó John con tranquilidad—. Y no me pidió piedad, ni siquiera una vez.

—Buen chico. —Ella acarició el cabello negro y duro de Ian, y él se retorció y rió de placer ante la solemne mentira.

Los muchachos habían aceptado hacía ya mucho tiempo el hecho de que Jenny no viviera en el fuerte, como hacían las madres de otros chicos; el Señor del Fuerte y la Maga de Colina Helada no tenían por qué comportarse como otros adultos. Como cachorros que toleran la vigilancia de un criador de perros, los muchachos desplegaban un afecto obligado hacia la estoica tía de John, Jane, que los cuidaba y, según ella, los mantenía lejos de los problemas cuando John esta cuidando las tierras a su cargo y Jenny vivía lejos en su propia casa en la colina, persiguiendo las

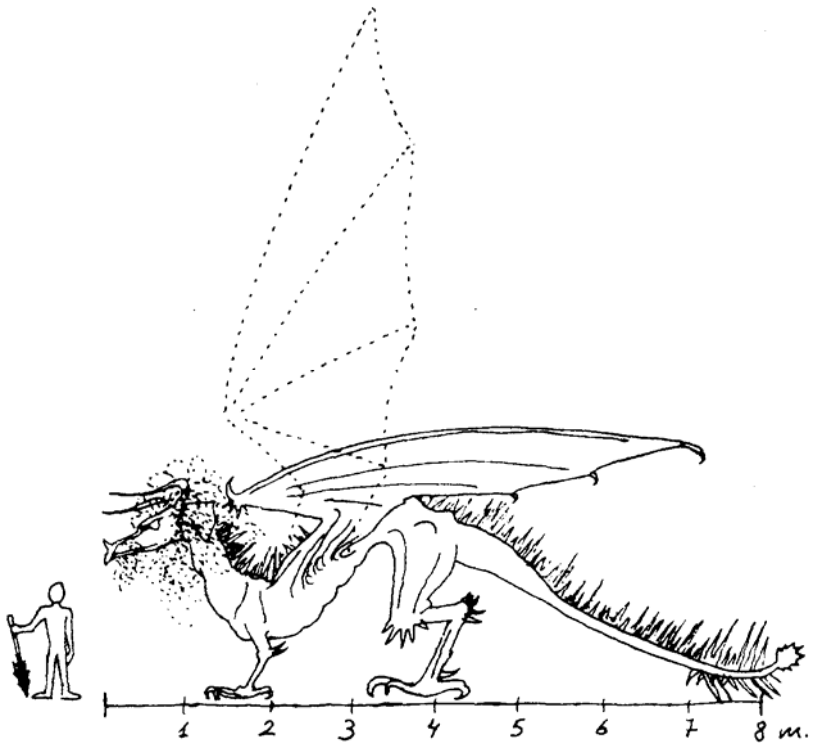
soledades de su arte. Pero era a su padre a quien reconocían como autoridad y a su madre, como fuente de amor.
Habían empezado a contarle a Jenny, en un dueto excitado y no muy coherente, cómo habían atrapado un zorro cuando se dieron la vuelta al oír un portazo. Gareth estaba allí, pálido y cansado, pero vestido con sus propias ropas de nuevo; los vendajes le hacían una joroba poco elegante bajo la manga de la camisa de repuesto. Había sacado un par de anteojos enteros de su equipaje; detrás de los lentes gruesos, los ojos estaban llenos de disgusto, amargura y desilusión al mirar a Jenny y a sus hijos. Era como si el hecho de que John y ella fueran amantes, el hecho de que ella le hubiera dado a John dos hijos, no sólo hubiera disminuido a su antiguo héroe a sus ojos, sino también transformado a Jenny en única responsable de todas las otras desilusiones que había encontrado en las Tierras de Invierno.
Los muchachos sintieron su desaprobación. La mandíbula luchadora y pequeñita de Adric empezó a adelantarse en una versión de John en miniatura. Pero Ian, más sensible, sólo hizo un gesto a su hermano con los ojos y los dos partieron silenciosamente. John miró como salían; luego sus ojos se volvieron, curiosos, hacia Gareth. Pero sólo dijo:
—Así que estás vivo, ¿no?
Un poco tembloroso, Gareth replicó:
—Sí. Gracias... —Se volvió hacia Jenny con una amabilidad forzada que ningún odio podía arrancar de su alma de cortesano—. Gracias por ayudarme. —Dio un paso hacia la habitación y se detuvo de nuevo, mirando al vacío frente a él, como si viera el lugar por primera vez. No era algo sacado de una balada, pensó Jenny, divertida a pesar de sí misma. Pero claro, ninguna balada podía preparar a nadie para el encuentro con John.
—Un poco desordenado y repleto —confesó John—. Mi padre solía guardar en el depósito los libros que habían dejado en el fuerte con el grano; las ratas se comieron casi todo antes de que yo empezara a leer. Pensé que aquí estarían más seguros.
—Bueno... —dijo Gareth, medio perdido—. Su..., supongo...
—Mi padre era un viejo duro —siguió John, en tono de conversación intranscendente, mientras se paraba frente al hogar y extendía las manos hacia el fuego—. Si no hubiera sido por el viejo Caerdinn, que iba y venía por el fuerte cuando yo era chico, no habría pasado del alfabeto. A papá no le interesaban las cosas escritas..., encontré la mitad de un acto del Dador del fuego de Luciardo pegada en las paredes del armario en que mi abuelo guardaba la ropa de invierno. Le habría apedreado la tumba; estaba furioso porque es una obra que ya no se encuentra. Dios sabe lo que hicieron con el resto; la usaron para encender el horno, supongo. Lo que salvamos no es mucho: los tomos tres y cuatro de las Historias de Dotys; la mayor parte de las Selecciones de Polyborus y su Jurisprudencia; el Elucidus Lapidarus; Sobre la granja de Clivy completo, valga lo que valga porque no es muy útil. No creo que Clivy fuera granjero, ni que se haya molestado en hablar con alguno. Dice que uno puede saber si viene una tormenta tomando medidas a las nubes y sus sombras, pero las abuelas de los pueblos dicen que se puede hacer con sólo mirar las abejas. Y cuando habla acerca de la forma en que copulan los cerdos...
—Te advierto, Gareth —dijo Jenny con una sonrisa— que John es una enciclopedia andante en todo lo que se refiera a cuentos de viejas, rimas de abuelas, citas de cualquier autor clásico al que pueda conseguir, y trivialidades arrancadas de los rincones más lejanos de la tierra vacía..., si lo alientas, hazlo a sabiendas de lo que puede pasarte. Pero ignora lo que es cocinar.
—Sé cocinar —espetó John con una sonrisa.
Gareth, que todavía miraba a su alrededor totalmente sorprendido ante la habitación atiborrada, no dijo nada, pero su cara angosta era un estudio de gimnasia mental.

Trataba desesperadamente de ajustar el catálogo convencional de perfecciones de las baladas a la realidad de un ingeniero aficionado con anteojos que coleccionaba sabiduría popular sobre los cerdos.
—Así que —siguió John en voz amistosa— dinos algo de ese dragón tuyo, Gareth de Magloshaldon, y por qué el rey envió a un muchacho de tu edad a llevar su mensaje cuando tiene guerreros y caballeros que podrían hacer ese trabajo.
—Bueno... —Por un momento Gareth pareció totalmente sorprendido. Los mensajeros de las baladas nunca necesitaban mostrar su credenciales—. Exacto, ése es el problema. No tiene tantos guerreros ni caballeros, ni gente de la que pueda prescindir. Y yo vine porque sabía dónde buscaros, por las baladas.
Sacó de la bolsa de su cinturón un sello de oro. Las facetas brillaron en un arranque de luz amarilla. Jenny vio una corona tallada en él, debajo de doce estrellas. John lo miró en silencio durante un momento, luego inclinó la cabeza y se llevó el anillo a los labios en una reverencia arcaica.
Jenny lo miró en silencio. El rey era el rey, pensó. Hacía ya casi cien años que había sacado sus tropas del norte, dejándolo en manos de los bárbaros y el caos en las tierras sin ley. Y sin embargo, John seguía considerándose súbdito del rey.
Era algo que ella no podía entender..., ni la lealtad de John hacia el rey cuyas leyes todavía luchaba por mantener, ni el sentimiento por el cual Caerdinn se consideraba amargamente traicionado por esos mismos reyes. Para Jenny, el rey era el regente de otra tierra, de otro momento en el tiempo... Ella era ciudadana sólo en las Tierras de Invierno.
Pequeño y refulgente, el oro oval del anillo brilló cuando Gareth lo puso sobre la mesa como un testigo de todo lo que se había dicho.
—Me lo dio cuando me envió a buscaros —dijo—. Los campeones del rey marcharon todos contra el dragón, y ninguno de ellos regresó. Nadie en nuestro reino ha matado a un dragón..., ni siquiera han visto a uno de cerca y no saben cómo matarlo. Y nada nos dice cómo hacerlo. Yo sé que es así porque busqué: era lo único que podía hacer. Sé que no soy un caballero, ni un campeón... —La voz le tembló un poco al admitirlo y su formalidad se quebró durante un momento—. Sé que no soy buen deportista. Pero he estudiado todas las baladas y todas sus variantes, y ninguna dice mucho sobre cómo se hace realmente para matar un dragón. Necesitamos un Vencedor de Dragones —terminó indefenso—. Necesitamos a alguien que sepa lo que hace. Necesitamos vuestra ayuda.
—Y nosotros necesitamos la vuestra. —El timbre leve de la voz brumosa de Aversin tomó de pronto la dureza del pedernal—. Necesitamos vuestra ayuda desde hace cien años, desde que esta parte del reino, del río Salvaje hacia el norte, quedó inerme y yerma frente al ataque de los ladrones y los lobos y los Bandidos del Hielo y cosas aún peores, cosas que no sabemos cómo afrontar: diablos de los pantanos y Murmuradores y los males que recorren las noches de los bosques, males que viven de la sangre y el alma de los vivos. ¿Ha pensado en eso tu rey? Es un poco tarde para que empiece a pedirnos favores.
El muchacho lo miró, atónito.
—Pero el dragón...
—¡A la mierda tu dragón! Tu rey tiene cientos de caballeros y mi gente me tiene sólo a mí. —La luz pasó a través de los lentes de sus anteojos en un relámpago de oro cuando apoyó sus hombros contra las piedras ennegrecidas de la chimenea; la punta de la cola del dragón colgaba como el mal sobre su cabeza—. Los gnomos nunca tienen una sola entrada a sus Grutas. Los caballeros de tu rey, ¿no podrían hacer que los gnomos sobrevivientes los guiaran por una segunda entrada para poder atacar a esa cosa por detrás?

—Ummm... —Evidentemente sorprendido por la forma práctica y antiheroica de la sugerencia, Gareth tartamudeó—. No creo que pudieran. La entrada trasera a la Gruta está en la fortaleza de Halnath. El Señor de Halnath, Policarpio, el sobrino del rey, se levantó contra el monarca no mucho antes de que viniera el dragón. La ciudadela está sitiada.
En silencio, en un rincón del hogar adonde se había retirado, Jenny oyó el cambio súbito en la voz del muchacho, como el sonido de un cimiento débil que cede a la tensión. Levantó la vista y vio la prominente nuez de Adán de Gareth moverse al tragar saliva.
Había alguna otra herida allí, se dijo, un recuerdo que todavía dolía cuando lo tocaban.
—Esa..., ésa es una de las razones por las que no podían venir los campeones del rey. No es sólo el dragón, ya veis. —Se inclinó hacia delante, con tono de súplica—. Todo el reino está en peligro por el dragón y por los rebeldes. La Gruta tiene túneles que llegan hasta el pie de la Pared de Nast, la gran cadena de montañas que divide las tierras bajas de Belmarie de los pantanos del noreste. Desde las puertas principales de la Gruta se ve la ciudadela de Halnath, sobre un acantilado al otro lado de la montaña, con la ciudad y la universidad debajo. Los gnomos de Ylferdun fueron nuestros aliados contra los rebeldes, pero ahora la mayor parte de ellos se ha pasado al bando de Halnath. Todo el reino está dividido. ¡Debéis venir! Mientras el dragón esté en Ylferdun, no podemos defender bien los caminos de las montañas contra los rebeldes, ni enviar repuestos a los sitiadores. Los campeones del rey se han ido... —Tragó saliva otra vez, la voz tensa con los recuerdos—. Los hombres que trajeron de vuelta los cuerpos dijeron que la mayoría ni siquiera pudo sacar la espada.
—¡Bah! —Aversin desvió la vista; el enojo y la pena torcían su boca sensible—. Cualquier imbécil que quiera sacar la espada contra un dragón...
—¡Pero no lo sabían! ¡Sólo podían guiarse por las canciones!
Aversin no dijo nada; pero a juzgar por los labios apretados y el brillo de su nariz, sus pensamientos no eran agradables. Jenny miró el fuego y oyó el silencio de John y algo como la sombra fría de una nube pasajera cruzó sobre su corazón.
Casi en contra de su voluntad, vio cómo se formaban imágenes en el ámbar fundido del corazón del fuego. Reconoció el cielo color invierno sobre la hondonada; las hojas quemadas y quebradizas de pastos envenenados, finas como arañazos de agujas; John, de pie sobre el borde, la punta barbada de acero de un arpón en una mano enguantada, un hacha brillando en su cinto. Algo se movía en la hondonada, una alfombra viva de cuchillos de oro.
Más claro que los fantasmas agudos, pequeños del pasado, ella sintió el recuerdo retorcido y salvaje del miedo cuando lo vio saltar.
Por aquel entonces habían sido amantes durante menos de un año, todavía conscientes hasta el delirio del cuerpo del otro. Cuando John buscó el nido del dragón, Jenny fue consciente, sobre todo, de la fragilidad de la carne y el hueso medidos contra el acero y fuego.
Cerró los ojos; cuando los abrió de nuevo, las imágenes de seda habían desaparecido. Apretó los labios con fuerza, obligándose a escuchar sin hablar, sabiendo que no era ni podía ser asunto suyo. No podía decirle que no fuese —ni ahora ni antes— como él no podía decirle a ella que dejara la casa de piedra en Colina Helada y abandonara su búsqueda para venir al fuerte a cocinar sus comidas y criar a sus hijos.
John estaba diciendo:
—Cuéntame algo sobre el dragón.
—¿Significa que vendréis? —La ansiedad anticipada en la voz de Gareth hizo que Jenny tuviera ganas de levantarse y tirarle de las orejas.

—Significa que quiero saber algo sobre él. —El Vencedor de Dragones dio la vuelta a la mesa y se dejó caer en una de las grandes sillas talladas de la habitación, mientras deslizaba otra hacia Gareth con un empujón de su bota—. ¿Cuánto hace que atacó?
—Llegó de noche, hace dos semanas. Yo me embarqué tres días después, desde el puerto de Claekith debajo de la ciudad de Bel. El barco nos espera en Eldsbouch.
—Lo dudo. —John se rascó la larga nariz con un índice lleno de cicatrices—. Si tus marineros son inteligentes, habrán dado media vuelta hace dos días en busca de un puerto seguro. Vienen las tormentas. Eldsbouch no tiene protección.
—¡Pero dijeron que se quedarían! —protestó Gareth, indignado—. ¡Les he pagado!
—El oro no les servirá más que para llevar sus huesos al fondo de la ensenada —señaló John.
Gareth se dejó caer de nuevo en la silla, impresionado y con el corazón herido por esa traición final.
—No pueden haberse ido... —Hubo un momento de silencio mientras John se miraba las manos. Sin levantar los ojos del fuego, Jenny dijo con suavidad:
—No están ahí, Gareth. Veo el mar y está negro de tormentas; veo el viejo puerto de Eldsbouch, el río gris que corre a través de las casas rotas; veo a los pescadores llevando los botecitos con rapidez a la sombra de los viejos muelles y las piedras brillando bajo la lluvia. Allí no hay barcos, Gareth...
—Estáis equivocada —dijo él, desesperado—. Tenéis que estarlo. —Se volvió hacia John—. Nos llevará semanas volver si viajamos por tierra...
—¿Nos? —dijo John con suavidad y Gareth enrojeció y lo miró con miedo como si le hubiera largado un insulto mortal. Después de un momento, John continuó—: ¿Qué tamaño tiene ese dragón tuyo?
Gareth tragó saliva de nuevo y suspiró, tembloroso.
—Enorme —dijo con voz monótona.
—¿Cuánto?
Gareth dudó. Como la mayoría de las personas, no tenía ojo para el tamaño relativo.
—Debe de tener unos treinta metros de largo. Dicen que la sombra de sus alas cubría todo el valle de la Gruta.
—¿Quién lo dice? —preguntó John, cambiando de posición en la silla y poniendo una rodilla sobre los leones marinos en cópula que formaban el lugar donde estaba apoyando el brazo—. Pensaba que había llegado de noche y se había comido a todos los que se acercaron de día.
—Bueno... —Gareth tartamudeó en un mar de rumores de tercera mano.
—¿Alguna vez lo han visto en el suelo?
Gareth enrojeció y meneó la cabeza.
—Es muy difícil juzgar el tamaño de las cosas en el aire —dijo John con amabilidad, mientras volvía a ponerse los anteojos—. El dragón que maté aquí parecía de treinta metros en el aire, cuando lo vi bajar por primera vez sobre la villa de Gran Toby. Luego resultó que medía ocho metros de cola a cabeza. —De nuevo una sonrisa rápida iluminó su cara generalmente inexpresiva—. Eso me viene de ser un naturalista. Lo primero que hicimos, Jenny y yo, cuando pude ponerme de pie de nuevo después de matarlo fue ir hasta allá con cuchillos para ver cómo estaba hecho ese bicho, en fin, lo que quedaba de él...
—Podría ser mayor, ¿verdad? —preguntó Gareth. Parecía un poco preocupado, como si pensara que un dragón de ocho metros era algo pobre, pensó Jenny con amargura—. Quiero decir, en la variante de Greenhythe de la Lucha del Vencedor de Dragones Selkythar y el Gusano del Bosque Imperteng, dice que el Gusano medía dieciocho metros con alas que podrían haber cubierto a un batallón entero.
—¿Alguien lo midió?

—Bueno, seguramente. Excepto que..., ahora que lo pienso, de acuerdo con esa variante, cuando Selkythar lo hirió de muerte, el dragón cayó al río Salvaje; y en una versión tardía de Belmarie dice que cayó al mar. Así que no veo cómo pudieron haberlo medido.
—Así que lo del dragón de dieciocho metros es la medida que le puso alguien a la grandeza de Selkythar. —John se reclinó en su silla y sus manos siguieron sin darse cuenta los dibujos enloquecidos, las formas mezcladas de las criaturas del Libro de las Bestias. El baño de oro ya muy viejo todavía se mantenía en las grietas y tembló ahora con el brillo opaco de las chispas perdidas del fuego— Ocho metros no parecen muchos pero esa cosa está ahí y escupe fuego. ¿Sabes que su carne se descompone apenas se mueren? Es como si su propio fuego los consumiera, como a todo lo demás.
—¿Escupen fuego? —Gareth frunció el ceño—. Las canciones dicen que es el aliento.
Aversin meneó la cabeza.
—Es como si lo escupieran.,., es fuego líquido y se enciende en casi cualquier cosa que toque. Ése es el truco para pelear contra un dragón, ¿sabes?, ponerte tan cerca que no pueda escupir por miedo a quemarse él mismo y al mismo tiempo conseguir que no te pise o te corte en pedazos con sus escamas. Las escamas tienen el filo de una navaja, y pueden levantarlas como un pez.



Escala y estructura de un dragón (de las notas de John Aversin)

1) La estructura de las crines y las púas en las coyunturas es más ancha de lo que aparece en el dibujo. Un escudo de hueso se extiende desde el extremo inferior del cráneo por debajo de la piel para proteger la nuca.

2) El Dragón Dorado de Wyr medía aproximadamente ocho metros, de los cuales cuatro pertenecían a la cola. Se dice que hay dragones que miden más de quince metros.

—No lo había oído nunca —suspiró Gareth. La curiosidad y el asombro reblandecieron por el momento el caparazón de dignidad y orgullo ofendidos.
—Bueno, la pena es que probablemente, los campeones del rey tampoco lo sabían. Dios sabe que yo tampoco lo sabía cuando fui contra el dragón en la garganta. No había nada sobre eso en ningún libro..., Dotys y Clivy y todos ellos. Sólo algunas viejas canciones de abuelas que mencionaban dragones..., o gusanos, como los llamaban, y no ayudaban mucho. Cosas como:

Serpiente por la cabeza;
por el cuello, caballo.

Dragón por el nombre;
por las patas, gallo.

»O lo que tenía Polyborus en sus Selecciones sobre que ciertos pueblos creían que si uno plantaba alrededor de la casa, semilla de amor, esas cosas rastreras con flores como trompetas púrpuras, los dragones no se acercaban. Jen y yo usamos algo de esa sabiduría popular. Jen puso un veneno de la semilla de amor en mis arpones porque era obvio que ninguna espadita podría pasar esas escamas. Y realmente el veneno lo hizo más lento. Pero no sé lo suficiente sobre esas cosas, no todo lo que quisiera.
—No. —Jenny sacó por fin los ojos del corazón latente del fuego y puso la mejilla contra la mano sobre sus rodillas recogidas y levantadas y miró a los dos hombres, cada uno a un lado de la mesa llena de libros. Habló con suavidad, casi para sí misma—. No sabemos de dónde vienen, ni dónde se reproducen; no sabemos por qué, de todos los animales de la Tierra, sólo ellos tienen seis miembros en lugar de cuatro...
—«Los gusanos, de la carne; los gorgojos, del trigo; los dragones, de las estrellas en un cielo vacío» —citó John—. Eso está en De fantasmas de Terens. O de Caerdinn: «Salva a un dragón, hazlo tu esclavo.» O la razón por la que dicen que uno nunca debe mirar a los ojos de un dragón..., y te digo, Gar, yo me cuidé mucho de hacerlo. No sabemos siquiera las cosas simples, como por qué la magia y la ilusión no los afectan; por qué Jen no podía invocar la imagen del dragón en su joya, o usar un hechizo o para que no la notara..., no sabemos nada.
—Nada —dijo Jenny suavemente—, excepto cómo mueren, asesinados por hombres que saben tan poco de ellos como nosotros.
John debió percibir la extraña tristeza que impregnaba su voz, porque ella sintió que la miraba, preocupado, curioso. Pero Jenny apartó la vista, sin saber la respuesta a la pregunta de él.
Después de un momento, John suspiró y dijo a Gareth:
—Es conocimiento que se ha perdido en todos estos años, como el Dador del fuego de Luciardo y cómo consiguieron construir un rompeolas frente a la boca del puerto en Eldsbouch, conocimiento que se perdió y tal vez nunca se recupere.
Se puso de pie y empezó a dar vueltas, inquieto, por la habitación; los reflejos gris blancuzcos de la ventana temblaron sobre los punzones y los restos de notas y el bronce del puño de la daga y las hebillas de la capa.
—Estamos viviendo en un mundo en decadencia, Gar; las cosas desaparecen día tras día. Hasta tú, allá al sur en Bel..., hasta tú pierdes el reino poco a poco: las Tierras de Invierno se van en una dirección y los rebeldes te quitan los pantanos en la otra. Estás perdiendo lo que tenías sin siquiera saberlo, y todo el tiempo, el conocimiento se pierde por las costuras entreabiertas, como la comida en una bolsa rota, porque no

hay tiempo ni ganas de cuidarlo. Yo nunca habría matado al dragón, Gar, nunca lo habría masacrado de esa forma cuando no sabemos nada de él... Y era hermoso, tal vez la cosa más hermosa que yo haya visto nunca: cada uno de sus colores perfecto como el atardecer, como un campo de cebada en esa luz especial de las tardes de verano.
—¡Pero debéis... debéis matar al nuestro! —De pronto la voz de Gareth estaba llena de angustia.
—Pelear contra él y matarlo son dos cosas diferentes. —John se apartó de la ventana, con la cabeza inclinada un poco hacia un lado y miró la cara ansiosa del muchacho—. Y todavía no he dicho que acepte hacer lo primero, eso sin hablar de cumplir con lo segundo.
—Pero tenéis que hacerlo. —La voz de Gareth era un murmullo de desesperación—. Sois nuestra única esperanza.
—¿Sí? —preguntó el Vencedor de Dragones con suavidad—. Soy la única esperanza de estos aldeanos en el invierno que viene, contra los lobos y los bandidos. Por esa razón maté a la criatura más perfecta que haya visto y lo que hice fue un acto sucio, asqueroso, la corté en pedazos con un hacha... Fue porque era la única esperanza de esta gente que peleé con ese dragón y casi pierdo el pellejo en la lucha. Sólo soy un hombre, Gareth.
—¡No! —insistió con desesperación—. Sois el Vencedor de Dragones, el único Vencedor de Dragones. —Se puso de pie y alguna lucha interna se pintó en sus rasgos leves, la respiración rápida como si estuviera haciendo un esfuerzo—. El rey... —Tragó saliva—. El rey me dijo que aceptara los términos que vos quisierais para llevaros al sur. Si venís... —Con esfuerzo consiguió poner voz firme—. Si venís, enviaremos tropas de nuevo para proteger las tierras del norte, para defenderlas de los Bandidos del Hielo; enviaremos libros y estudiosos para que traigan el conocimiento de nuevo a estas gentes. Lo juro. —Cogió el sello del rey y lo sostuvo en la mano temblorosa y la luz fría del día brilló blanquecina sobre su rostro—. En nombre del rey, lo juro.
Pero Jenny, que miraba la cara pálida del muchacho mientras él hablaba, vio que Gareth esquivaba la mirada de John.

Por la noche, la lluvia aumentó: el viento la arrojaba como olas contra las paredes del fuerte. La tía Jane trajo una cena fría de carne, queso y cerveza que Gareth comió con el aire de quien cumple con su deber. Jenny, sentada con las piernas cruzadas en un rincón cerca del hogar, sacó el arpa y experimentó con las clavijas que la afinaban mientras los hombres hablaban de los caminos que llevaban al sur y de la muerte del Dragón Dorado de Wyr.
—Eso tampoco es como en las canciones —dijo Gareth, con los codos huesudos apoyados sobre las notas de John desparramadas sobre la mesa—. En las canciones los dragones son todos de color gris, tétricos. Pero éste es negro, todo negro excepto las lámparas de plata de sus ojos.
—Negro —repitió John con calma y miró a Jenny—. Tú tenías una vieja lista, ¿no es cierto, amor?
Ella asintió; sus manos descansaban de las maniobras delicadas sobre las clavijas del arpa.
—Caerdinn me hizo memorizar viejas listas —explicó a Gareth—. Me dijo el significado de algunas..., pero no el de ésta. Tal vez él tampoco lo sabía. Era una lista de nombres y colores... —Cerró los ojos y repitió la lista; la voz repetía el sonsonete del viejo mago con el eco de docenas de voces, recitadas a lo largo de los años—. «Teltrevir, heliotropo; Centhwevir es azul tejido con oro; Astirith es rosado y negro; sólo Morkeleb, negro como la noche...» La lista sigue, había docenas de nombres, si

es que son nombres. —Jenny se encogió de hombros y unió los dedos sobre el borde del arpa—. Pero John me dice que el viejo dragón que vagaba por las orillas del lago Wevir, según dicen, era azul como el agua y todo marcado en el lomo con dibujos en oro para poder hundirse en la superficie del lago en verano y robar ovejas de las orillas.
—¡Sí! —Gareth casi saltó de su silla con entusiasmo al reconocer el cuento— Y lo mataron Amara Damaguerrera y su hermano Darthis Vencedor de Dragones en la última parte del reinado de Yvain el Bienamado, que fue... —Se detuvo otra vez, avergonzado de pronto—. Es un cuento popular —terminó, rojo de vergüenza.
Jenny disimuló la sonrisa que le había causado la brusca efervescencia del muchacho.
—También había notas para el arpa, no eran canciones en realidad. Él me las silbaba una y otra vez, hasta que las tocaba igual.
Se puso el arpa al hombro, un instrumento pequeño que había sido de Caerdinn, aunque él no lo tocaba; la madera estaba oscura, casi negra con la edad. A la luz del sol, parecía totalmente lisa, sin adornos, pero cuando el reflejo del fuego danzaba sobre ella, como ahora, se veían a veces los círculos del aire y el mar, trazados sobre ella en oro desvaído. Con cuidado tocó de oído ese extraño, dulce sonido entrelazado, a veces sólo dos o tres notas, a veces una secuencia como una tonada truncada. Eran individuales en cuanto a la forma en que giraban y manejaban el tiempo, casi familiares y preocupantes por eso, corno esas cosas que uno recuerda de la infancia; y mientras las tocaba, Jenny repetía los nombres: Teltrevir, heliotropo; Centhwevir es azul tejido con oro... Era parte del conocimiento perdido, como el de la búsqueda fragmentaria de John, como la búsqueda de una urraca, esa búsqueda que él llevaba a cabo en el poco tiempo que le dejaban libre las exigencias brutales de las Tierras de Invierno. Notas y palabras carecían de sentido ahora, como un verso en una balada perdida, o unas pocas páginas sueltas de la tragedia de un dios exiliado pegadas para que el viento no entrara por un vidrio roto..., ecos de canciones que no volverían a oírse.
A partir de esas notas, las manos de Jenny siguieron moviéndose al azar, como sus pensamientos pasajeros. Dibujó tonadas o fragmentos de bailes y danzas, lentos y manchados con la sombra de un dolor inevitable que esperaba en la oculta oscuridad del futuro. Se movía a través de ellos hacia las canciones antiguas que llevaban en sus cadencias el ritmo atemporal del océano; penas que sacaban el corazón del cuerpo, o alegrías que llamaban al alma como el brillo distante de banderas de estrellas en las noches de verano. Un poco después, John sacó de un agujero junto al hogar una flauta de lata como la que usan los niños para jugar en las calles y unió esa música brillante, leve, a la de ella y la música bailó alrededor de la belleza sombría del arpa como un niño de miles de años de edad.
La música respondió a la música, y se unieron en un círculo encantado que desvaneció por un tiempo la red extraña de miedo y dolor y fuego de dragón en el corazón de Jenny. Pasara lo que pasase, eso era lo que eran y lo que tenían en ese momento. Ella echó hacia atrás las oscuras ondas de su cabello y vio el temblor brillante de los ojos de Aversin detrás de los gruesos anteojos, mientras la flauta sacaba al arpa de su tristeza y la llevaba hacia danzas tan salvajes como los vientos en tiempos de cosecha. Al avanzar la tarde, la gente del fuerte se dirigió al estudio y se unió a ellos. Se sentaron donde pudieron sobre el suelo o cerca del hogar o en los alféizares profundos de las ventanas: la tía Jane y la prima Dilly y otros de la vasta tribu de los parientes femeninos de John que vivían en el fuerte; Ian y Adric; el gordo y jovial Muffle, el herrero; todo era parte de los esquemas de la vida en las Tierras de Invierno, tan aburrida desde afuera pero en realidad compleja y bien tejida como sus telas de cuadros de colores. Y Gareth se sentó entre ellos, incómodo como un loro

brillante y sureño en medio de una bandada de grajos. Miraba a su alrededor con un disgusto asombrado la inquietud de la luz roja del fuego que hacía brillar momentáneamente el montón polvoriento y desordenado de libros viejos, piedras y experimentos químicos y refulgía en los ojos de los niños y hacía espejos de ámbar en los de los perros mientras se preguntaba, pensaba Jenny, cómo una búsqueda tan gloriosa como la suya podía haber terminado en un lugar como ése.
Y de vez en cuando Jenny veía cómo sus ojos se volvían a John. Había en ellos no sólo ansiedad, sino también una especie de miedo nervioso, como si lo persiguiera la culpa terrible de algo que había hecho o algo que sabía que debía hacer.

—¿Irás? —preguntó Jenny con suavidad, ya entrada la noche, mientras yacía en el nido cálido de pieles de oso y colchas tejidas, con el cabello oscuro extendido como los restos de un naufragio sobre el pecho y brazo de John.
—Si mato ese dragón para él, el rey tendrá que escucharme —dijo John en tono razonable—. Si contesto su llamada, tengo que ser su súbdito y si lo soy, si lo somos, como rey, nos debe la protección de sus tropas. Si no soy su súbdito... —Hizo una pausa mientras pensaba en lo que dirían sus palabras siguientes sobre la Ley del Reino por la que había peleado durante tanto tiempo. Suspiró y dejó la idea sin expresar.
Durante un rato, sólo el gruñido del viento arriba en la torre y el repiqueteo de la lluvia en las paredes quebraron el silencio. Pero aunque no hubiera sido capaz de ver en la oscuridad, como un gato, Jenny habría sabido que John no dormía. Tenía todos los músculos tensos, y le inquietaba el saber lo cerca que había estado del límite entre la vida y la muerte cuando peleó contra el Dragón Dorado de Wyr. Bajo su espalda, la mano de Jenny todavía podía sentir los bordes duros y rugosos de la cicatriz.
—Jenny —dijo él por fin—, mi padre me contó que su padre podía conseguir entre cuatrocientos y quinientos hombres para las milicias cuando venían los Bandidos del Hielo. Libraban duras batallas al borde del océano del norte y marchaban a quebrar los refugios de los reyes bandidos que solían atacar los caminos del este. Cuando ese grupo de bandoleros atacó el Camino del Oeste Lejano hace dos años, ¿recuerdas cuántos hombres conseguimos entre el alcalde de Camino, el alcalde de Toby y yo? Menos de cien y perdimos doce en ese combate.
Mientras meneaba la cabeza, el brillo lejano del hogar al otro lado del pequeño santuario del dormitorio atrapó una hebra de rojo de la mata de pelo de John, largo hasta los hombros.
—Jen, no podemos seguir así. Lo sabes. Nos estamos debilitando día a día. Las tierras de la ley del rey, la ley que hace que los fuertes no puedan esclavizar a los débiles, se están desvaneciendo. Cada vez que una granja desparece atacada por los lobos o los bandoleros o los Bandidos del Hielo, es un escudo menos en la pared. Cada vez que una familia se da por vencida y se va al sur para entrar en la servidumbre, siempre que lleguen, claro, los que nos quedamos somos más débiles. Y la ley misma se desvanece, porque hay cada vez menos gente que sepa por qué existe esa ley. ¿Te das cuenta de que sólo porque leí unos cuantos libros de Dotys y las páginas de la Jurisprudencia de Polyborus que encontré atascadas en los rincones de la torre me llaman estudioso, sabio? Necesitamos la ayuda del rey, Jen, si no queremos estar comiéndonos unos a otros en una generación. Puedo comprar esa ayuda.
—¿Con qué? —preguntó Jenny con suavidad—. ¿La carne de tus huesos? Si el dragón te mata, ¿qué va a pasar con tu gente?
Por debajo de su mejilla sintió que el hombro de él se movía.
—Podría morir a manos de los bandidos o los lobos la semana que viene..., si vamos a eso, podría caerme del viejo Osprey y romperme el cuello. —Y cuando ella rió,

divertida a pesar de todo, él agregó en voz ofendida—: Es exactamente lo que le pasó a mi padre.
—Tu padre tuvo la estúpida idea de cabalgar borracho. —Ella sonrió un poco a pesar de sí misma—. Me pregunto qué hubiera pensado él de nuestro joven héroe.
John rió en la oscuridad.
—Se lo hubiera comido para el desayuno. —Después de diecisiete años, diez de ellos con Jenny, John había logrado tolerar al hombre a quien creció odiando. Ahora, se acercó a ella y la besó. Cuando habló de nuevo, la voz era tranquila—. Tengo que hacerlo, Jen. Volveré pronto.
Una ráfaga de viento particularmente fuerte azotó los viejos huesos de la torre y Jenny colocó sobre sus hombros desnudos las suaves colchas y pieles. Un mes, calculó; tal vez un poco más. Le daría una oportunidad para poner al día sus descuidadas meditaciones, seguir los estudios que había dejado tan de lado para venir al fuerte y estar con él y con los niños.
Para ser mago, hay que ser mago, había dicho Caerdinn. La magia es la única clave de la magia. Sabía que no era la hechicera que él había sido, incluso cuando lo vio por primera vez, cuando él tenía ochenta y ella era una chica fea, flaca y desdichada de catorce años. A veces se preguntaba si se debía a que él era tan viejo, porque estaba tan al final de sus fuerzas cuando llegó a enseñarle a ella, la última de sus discípulas, o simplemente, porque ella no era buena. Despierta en la oscuridad, escuchando el viento o la grandeza terrible del páramo, que era peor, a veces admitía la verdad ante sí misma: lo que daba a John, lo que se descubría dando más y más a esos dos muchachitos que dormían uno en brazos del otro como cachorros, arriba, lo tomaba de la fuerza de su poder.
Todo lo que tenía para dividir entre la magia y el amor era tiempo. En unos pocos años, tendría cuarenta. Durante diez años había dispersado su tiempo, sembrándolo a los cuatro vientos como un granjero en el sol del verano, en lugar de guardarlo y volcarlo en la meditación y la magia. Movió la cabeza sobre el hombro de John y el calor de la vieja amistad se anidó en la tensión del brazo de él a su alrededor. Si lo hubiera dejado, se preguntó ¿sería tan poderosa como Caerdinn? ¿Poderosa como a veces sentía que podía ser cuando meditaba entre las piedras de su colina solitaria?
Tendría ese tiempo ahora, con la mente concentrada, sin distracciones, tiempo para trabajar y estudiar. La nieve estaría bien alta cuando John regresara.
Si regresaba.
La sombra del dragón de Wyr pareció cubrirla de nuevo, tapando el cielo cuando caía como un halcón sobre el suelo de la pista del baile de otoño en Gran Toby. El latido descompuesto de su corazón volvió a su garganta, como en ese momento en que John trató de alcanzar el aullido aterrorizado de los niños que se cubrían en el centro del lugar. El olor metálico del fuego escupido parecía quemarle de nuevo la nariz, los gritos hacían ecos en sus oídos...
Ocho metros, había dicho John. Eso quería decir que desde lo alto del hombro del dragón hasta el suelo era la altura del hombro de un hombre mientras que las ancas tenían la mitad de altura, sostenidas por todo ese peso y esa fuerza y esa velocidad.
Y de pronto, sin razón aparente, recordó el destello furtivo en los ojos de Gareth.
Después de un largo rato de silencio, dijo:
—¿John?
—Sí, amor.
—Quiero ir contigo, cuando vayas al sur.
Sintió la tensión súbita en los músculos del cuerpo tendido a su lado. Pasó casi un minuto antes de que él contestara, y oyó en su voz la lucha entre lo que quería y lo que creía mejor.

—Has dicho que sería un mal invierno, amor. Me parece que uno de nosotros dos debería estar aquí.
Tenía razón y ella lo sabía. Hasta el pelo de sus gatos era más espeso ese otoño. Hacía un mes se había preocupado al ver cómo se iban los pájaros, temprano y con rapidez, ansiosos por estar lejos. Las señales hablaban de hambre y aguanieve, y después, vendrían los ataques de los bárbaros desde el mar del norte, atenazado de hielo.
Y sin embargo..., sin embargo... ¿Era ésa la debilidad de una mujer que no quiere que la separen del hombre que ama, o era algo más? Caerdinn habría dicho que el amor confundía los instintos de un mago.
—Creo que debo ir contigo.
—¿Crees que no puedo arreglármelas con el dragón yo solo? —Su voz estaba llena de indignación fingida.
—Sí —dijo Jenny con sinceridad y sintió que las costillas de él vibraban de risa—. No sé en qué circunstancias te vas a enfrentar con él —continuó—. Y hay más.
La voz de él sonó pensativa pero no sorprendida en la oscuridad.
—A ti también te da esa impresión, ¿verdad?
Había algo que la gente tendía a pasar por alto con respecto a John. Detrás de su fachada de bárbaro amistoso, detrás de su fascinación frívola por el conocimiento popular, las canciones de las abuelas y el modo en que se fabricaban los relojes, había una mente ágil y una sensibilidad casi femenina ante los matices de las situaciones y su relación. No se le escapaba nada.
—Nuestro héroe habló de rebelión y de traición en el sur —dijo ella—. El dragón arruinará la cosecha y la situación empeorará cuando suba el precio del pan. Creo que necesitas a alguien en quien puedas confiar.
—Yo también lo he pensado —replicó él con suavidad—. Pero, ¿qué te hace pensar que no pueda confiar en Gar? Dudo que me traicione porque la mercancía no era corno decía la propaganda.
Jenny rodó sobre sus codos y el cabello negro cayó como un torrente sobre su pecho.
—No —dijo con lentitud, y trató de poner el dedo en lo que le molestaba del ansioso muchacho flaco que había rescatado en las ruinas de la vieja ciudad. Finalmente, dijo—: Mi instinto me dice que en el fondo podemos confiar en él. Pero está mintiendo con respecto a algo. No sé qué. Creo que debería ir contigo al sur.
John sonrió y la apretó contra él de nuevo.
—La última vez que fui en contra de tus instintos, después lo lamenté —dijo—. Me siento desgarrado porque puedo oler que habrá peligro aquí este invierno. Pero creo que tienes razón. No entiendo por qué el rey dio su palabra y su sello a alguien como nuestro joven héroe, que por lo que parece nunca ha hecho otra cosa excepto coleccionar baladas, y no a un guerrero renombrado.
Pero si el rey dio su palabra para ayudarnos, entonces sería un tonto si no aceptara la posibilidad de dar la mía. El hecho mismo de que sólo estemos nosotros dos, Jen, demuestra lo cerca de la oscuridad que está esta tierra. Además —agregó con la voz preocupada de pronto—, tienes que venir.
Con la cabeza concentrada en sus malos presentimientos, en imágenes amenazadoras sin nombre, Jenny se volvió con rapidez.
—¿Por qué? ¿Qué sucede?
—Necesitamos a alguien que cocine.
Con la agilidad de un gato, Jenny trepó sobre él y lo ahogó con la almohada mientras reía. Pelearon, riendo, y la lucha se transformó en sexo. Más tarde, agradablemente extenuados, ella murmuró:
—Me haces reír en los momentos más extraños.

Él la besó y se durmió, pero Jenny no pasó de las fronteras inquietas del duermevela. Se vio de nuevo de pie sobre el borde del barranco, con el calor que venía de abajo golpeándole el rostro, el veneno ardiendo en sus pulmones. En los vapores que corrían más abajo, la gran forma todavía se movía, levantando las alas desgarradas o tratando de atacar con los muñones de sus patas delanteras a la pequeña figura que se apretaba como un pájaro carpintero exhausto sobre su cuello, con un hacha en las manos llenas de ampollas. Vio que John se movía mecánicamente, medio asfixiado por los humos y débil por la pérdida de sangre que brillaba pegajosa en la armadura. El pequeño arroyo del barranco iba lleno y rojo por la sangre del dragón; pedazos de carne lo obstruían; las piedras estaban negras por el fuego. El dragón seguía levantando la cabeza húmeda y tratando de morder a John; hasta en su sueño, Jenny sentía vibrar el aire con una música que quedaba más allá de su mente y de sus oídos.

La canción se hizo más fuerte y su sueño más profundo. Vio de nuevo contra la oscuridad de un cielo de terciopelo el disco ardiente y blanco de una luna llena, su propio presagio de poder, y frente a ella, el brillo sedoso y plateado de unas alas membranosas.

Se despertó a altas horas de la noche. La lluvia golpeaba contra las paredes del fuerte, un torrente furioso en la oscuridad. Junto a ella dormía John, y vio en la negrura lo que había notado esa mañana a la luz del día: que a pesar de sus treinta y cuatro años, las canas ya asomaban en su rizado cabello castaño.

Un pensamiento cruzó su mente. Lo rechazó con firmeza y con la misma firmeza volvió. No era un pensamiento diurno, sino el murmullo que viene sólo en las horas oscuras, después de sueños inquietos. No seas tonta, se dijo a sí misma; cada vez que lo has hecho, te has arrepentido.

Pero la idea, la tentación, no quería desaparecer.

Finalmente se levantó con cuidado para no despertar al hombre que dormía junto a ella. Se envolvió en la vieja bata a cuadros de John y salió del dormitorio. El suelo gastado parecía hielo suave bajo sus pies pequeños y desnudos.

El estudio estaba aún más oscuro que el dormitorio, el fuego no era más que una línea brillante de color rosado sobre un banco de nieve de ceniza. La sombra pasó como la mano de un fantasma sobre la forma curvada del arpa y tembló en una astilla de brillo leve sobre el borde de la flauta. Al final del estudio, Jenny levantó una pesada cortina y pasó a una pequeña habitación, casi un nicho en la pared gruesa del fuerte. No mucho más ancha que su ventana, de día era fresca y luminosa, pero ahora el vidrio pesado como el ojo de un buey estaba negro como la tinta y la luz de magia que convocó sobre su cabeza brilló fría sobre la lluvia torrencial del exterior.

El fulgor fosforescente de la habitación trazó la forma de una mesa angosta y tres pequeños estantes. Sostenían cosas que habían pertenecido a la madre de John, esa hechicera de ojos fríos, o a Caerdinn. Cosas simples: unos cuencos, una raíz de forma extraña, unos pocos cristales como fragmentos de estrellas rotas enviados allí para su reparación. Jenny se reajustó la bata y sacó un cuenco de cerámica de su sitio, era tan viejo que los dibujos que alguna vez adornaron su superficie habían desaparecido hacía ya mucho bajo las manos de los magos. Lo hundió en el recipiente de piedra con agua que había en un rincón y lo colocó sobre la mesa. Luego, acercó una silla alta, de patas delgadas.

Se quedó un rato sentada allí mirando el agua. Reflejos de fuego bailaban en la superficie negra; a medida que acompasaba su respiración Jenny se hizo consciente de cada sonido desde el rugido de las ráfagas de lluvia contra las paredes de la torre, hasta la gota más pequeña en los aleros. El mantel gastado era como el vidrio frío entre sus dedos; sentía el aliento frío contra sus propios labios. Durante unos momentos, fue consciente de los pequeños movimientos y burbujas en el reflejo de la

superficie interna del cuenco; luego se hundió más, mirando los colores que parecían girar en las profundidades infinitas. Parecía moverse hacia la oscuridad absoluta, y el agua era como tinta, opaca; no le daba nada.
Una niebla gris giró en las profundidades, luego se aclaró como si el viento se la hubiera llevado y Jenny vio la oscuridad en un lugar vasto, tocada por los puntos estrellados de la luz de las velas. Un lugar abierto de piedras negras yacía frente a ella, suave como agua estancada; había un bosque alrededor, no de árboles, sino de columnas de piedra. Algunas eran delgadas como la seda, otras más gruesas que el más viejo de los robles, y sobre ellas se hamacaban las sombras de los bailarines sobre una pista abierta. Aunque la imagen era silenciosa, ella podía sentir el ritmo que seguían arriba, gnomos, los brazos largos rozando el suelo al agacharse; las enormes melenas rubias atrapaban los rayos de la luz del fuego como una puesta de sol vista a través de una cortina de humo. Bailaban alrededor de un altar de piedra deforme las lentas danzas prohibidas a los ojos de los hijos de los hombres.
El sueño cambió. Jenny vio una desolación de ruinas quebradas y chamuscadas bajo el flanco oscuro de una montaña cubierta de árboles. El cielo de la noche se arqueaba sobre ella, sin viento y tan hermoso que el corazón le dolía al verlo. La luna de cera era como una moneda brillante; su luz tocaba con fríos dedos blancos el suelo roto de la plaza vacía bajo la colina donde Jenny estaba de pie, mirando los huesos abandonados que humeaban en lagunas de barro caliente. Algo brilló un segundo en la sombra aterciopelada de la montaña y Jenny vio al dragón. La luz de las estrellas refulgía como el aceite sobre los flancos negros, delgados; el largo de esas alas enormes se extendió un momento como los brazos de un esqueleto para abrazar el rostro duro de la luna. La música parecía vagar en la noche, una hilera de notas como una tonada truncada, y por un instante el corazón de Jenny saltó hacia esa belleza peligrosa, callada, quieta, solitaria y llena de gracia en la magia secreta de su vuelo silencioso.
Entonces, vio otra escena a la luz baja de un fuego que moría. Le pareció que era el mismo lugar, sobre una colina mirando la desolación de la ciudad destruida frente a las puertas de la Gruta. Era el momento frío en que baja la marea, unas horas antes del amanecer. John estaba junto al fuego, y la sangre negra le brotaba de las grietas desgarradas de la armadura. La cara era una masa de heridas bajo una capa de suciedad y sudor; estaba solo y el fuego se estaba apagando. Su luz brilló con un resto de rojo en los eslabones rotos de su cota de malla y relampagueó sobre la palma abierta y sucia de una mano llagada. El fuego murió, y por un momento sólo la luz de las estrellas brilló sobre el charco de sangre y delineó la forma de su nariz y sus labios contra la oscuridad.
Jenny estaba de nuevo bajo tierra, en el lugar en que habían bailado los gnomos. Ahora estaba vacío, pero los silenciosos huecos y subterráneos parecían llenos de un murmullo, un sonido sin forma, como si la piedra del altar susurrara para sí misma en la oscuridad.
Luego, vio sólo las pequeñas grietas en el barniz del cuenco, y la superficie oscura y aceitosa del agua. La luz de la magia había desaparecido hacía ya mucho y ahora le dolía la cabeza como siempre que le pedía demasiado a su poder. Sentía el cuerpo frío hasta los huesos, pero sabía que por un tiempo estaría demasiado cansada para moverse. Miró frente a ella a la oscuridad, escuchando el repiqueteo firme de la lluvia que le lastimaba el alma y deseó no haber hecho lo que acababa de hacer.
Toda adivinación es arriesgada, se dijo, y el agua es la más peligrosa de todas. No había razón para creer que lo que había visto pasaría realmente.
Se lo repitió una y otra vez, pero no le ayudó. Un rato después, bajó la cabeza, la apoyó sobre las manos y lloró.

3

Partieron dos días después y cabalgaron hacia el sur a través de un remolino de viento y agua.

En tiempos de los reyes, el Gran Camino del Norte se había extendido desde Bel misma hacia el norte como una serpiente de piedra gris, a través del valle del río Salvaje y de las tierras de granjas y bosques de Wyr, uniendo la capital sureña con la frontera norte y protegiendo las minas de plata de Tralchet. Pero las minas se agotaron y los reyes empezaron a discutir con sus hermanos y primos por el poder en el sur. Las tropas que guardaban los fuertes de las Tierras de Invierno se replegaron..., temporalmente, decían, para unirse a las fuerzas de uno u otro de los rivales. Nunca regresaron. La serpiente gris de piedra se estaba desintegrando lentamente, como una piel vieja de víbora; los hombres habían quebrado sus piedras para fortalecer las paredes de las casas y protegerlas de los ataques de bandidos y bárbaros; sus zanjas estaban ahogadas bajo décadas de basura y hasta sus cimientos, rotos por la presión de las raíces de los árboles de la selva de Wyr. Las Tierras de Invierno la habían destruido como destruían todo.

Viajar hacia el sur sobre lo que quedaba del camino era lento, porque con las tormentas de otoño los riachuelos del hielo de las colinas crecían hasta convertirse en torrentes de dientes blancos y las hondonadas llenas de árboles quedaban reducidas a pantanos húmedos, sin nombre. Bajo la fuerza del viento, Gareth ya no podía insistir con la idea de que el barco que lo había traído al norte todavía los estaría esperando en Eldsbouch para llevarlos al sur con relativa comodidad y rapidez, pero Jenny sospechaba que todavía sentía en su corazón que así debería haber sido y la culpaba a ella de lo que había pasado, sin lógica alguna.

Cabalgaron en silencio la mayor parte del tiempo. A veces, cuando se detenían, cosa que hacían con frecuencia para que John explorara las rocas caídas o los nudos espesos de bosques que quedaban por delante, Jenny miraba al muchacho y lo veía observar a su alrededor, en una especie de dolor asombrado, la desolación por la que cabalgaban: los vallecitos desiertos con sus líneas de muros rotos llenos de brotes y plantas; las viejas piedras que marcaban los límites, deformes y como derretidas, igual que los muñecos de nieve en primavera; y los pantanos malolientes o los altos peñascos desnudos con sus pocos árboles retorcidos, bolas gigantes de muérdago que colgaban misteriosamente de sus ramas desnudas contra un cielo triste. Era una tierra que ya no recordaba la ley ni la prosperidad de la vida ordenada que viene con ésta, y a veces Jenny lo veía luchar con la comprensión de lo que John quería comprar con su vida.

Pero por lo general, era obvio que Gareth se sentía molesto cuando se detenían.

—Nunca llegaremos a este ritmo —se quejó cuando John salió de detrás de una grisácea maraña de brezos secos que cubría los flancos bajos de un promontorio que ocultaba el camino. Antes había habido allí una torre de observación, pero ahora se reducía a un círculo de ruinas carcomidas sobre la cima de la colina. John había trepado la cuesta para inspeccionarla y ver el camino más adelante y ahora se sacudía el barro y la humedad de la capa—. Hace veinte días que vino el dragón —agregó Gareth con resentimiento—. Puede haber pasado cualquier cosa.

—Puede haber pasado el día después de tu partida, héroe —señaló John, saltando sobre la montura de su caballo de recambio, llamado Vaca—. Y si no revisamos todo con cuidado y estamos alerta, no llegaremos nunca.

Pero la hosca mirada que el muchacho lanzó a la espalda de John, cuando éste se alejó a caballo, dijo a Jenny, más claro que cualquier palabra, que aunque Gareth no podía discutir esa afirmación, tampoco la creía.

Esa noche acamparon entre los abedules desiguales del accidentado campo en que los valles daban paso a las viejas espesuras de los bosques de Wyr. Cuando acamparon y ataron las mulas y caballos, Jenny se movió con cuidado por los límites del claro, un lugar abierto al borde de la ribera alta de un arroyo cuyo ruidoso torrente se fundía con el sonido marino del viento entre los árboles. Jenny tocó la corteza de los árboles y el tallo empapado de las bellotas, las avellanas y las hojas que se pudrían bajo sus pies, mientras trazaba sobre ellos signos que sólo los magos pueden ver, signos que esconderían el campamento de los que pudieran pasar cerca. Al mirar de nuevo hacia la luz temblorosa y amarilla del fuego nuevo, vio a Gareth agachado junto a las llamas, temblando en su capa mojada, y lo vio desdichado y muy desamparado.

Sus labios llenos, cuadrados, estaban apretados y juntos. Desde que sabía que ella era la amante de su antiguo héroe, casi no le había hablado. Su resentimiento al ver que John la incluía en la expedición todavía era obvio, al igual que su suposición muda de que se había incluido ella misma por un deseo de meterse en todo y de no perder de vista a su amante. Pero Gareth estaba solo en una tierra extraña, y era evidente que nunca antes se había alejado de la comodidad de su casa; estaba solo y desilusionado, y aterrorizado por lo que encontraría al volver.

Jenny suspiró y cruzó el claro hacia él.

El muchacho la miró con recelo cuando ella buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pedazo largo de cristal ahumado con cadena que había usado Caerdinn para colgar alrededor de su cuello.

—No puedo ver al dragón —dijo—, pero si me dices el nombre de tu padre y algo sobre tu casa en Bel, al menos podré conjurar sus imágenes y decirte si están bien.

Gareth volvió la cara.

—No —dijo. Luego, después de un momento, agregó a disgusto—: Gracias de todos modos.

Jenny cruzó los brazos y lo miró por un momento bajo la luz saltarina y anaranjada del fuego. Él se hundió un poco más en su manchada capa carmesí y no quiso mirarla a los ojos.

—¿Es porque crees que no puedo hacerlo? —preguntó por fin—. ¿O porque no quieres que te ayude un mago?

No contestó, aunque su labio inferior se abrió un poco en el medio. Con un suspiro de exasperación, Jenny se alejó de él y fue hacia John, quien estaba de pie cerca del bulto de los paquetes cubierto de pieles aceitadas, mirando la oscuridad de los bosques.

El se dio media vuelta cuando la oyó acercarse, y los rayos perdidos de la luz del fuego arrojaron chispas de color naranja sucio sobre el metal de su jubón remendado.

—¿Quieres una venda para tu nariz? —le preguntó, como si ella hubiera tratado de acariciar a un hurón y hubiera recibido un mordisco a cambio. Ella rió con ganas.

—Antes no me ponía reparos —dijo, más herida de lo que creía por la enemistad del muchacho.

John la rodeó con su brazo y la apretó contra él.

—Se siente estafado, eso es todo —dijo con naturalidad—. Y ya que es totalmente imposible que se haya engañado a sí mismo sobre sus sueños, es obvio que debe de haber sido uno de nosotros, ¿no? —Se inclinó para besarla, la mano firme contra la nuca bajo el anillo enrollado de su trenza. Más allá, entre los abedules fantasmales, los arbustos crujían con fuerza; un momento después un crujido más suave, más firme, murmuró algo en las ramas desnudas por encima de su cabeza. Jenny olió la lluvia casi antes de sentir sus dedos leves sobre la cara.

Detrás de ella, oyó maldecir a Gareth. Un momento después, el muchacho se les unía atravesando el claro y limpiando las gotas de sus lentes; el cabello, en mechones lacios contra las sienes.
—Parece que nos hemos superado —dijo sombrío—. Hemos escogido un lugar precioso para acampar..., lástima que no haya refugio. Hay una cueva bajo el corte de la ribera del río.
—¿Sobre el límite de la crecida? —preguntó John, con un brillo travieso en los ojos.
—Sí —dijo Gareth a la defensiva—. Al menos, no está muy abajo en la ribera.
—¿Suficientemente grande para meter los caballos, suponiendo que podamos llevarlos hasta allá abajo?
El muchacho se erizó.
—Puedo ir a ver.
—No —dijo Jenny. Gareth abrió la boca para protestar por esa arbitrariedad pero ella lo cortó—. He puesto hechizos de guardia y protección alrededor de este campamento..., no creo que sea bueno que los atravesemos. Ya es casi de noche...
—Pero nos vamos a mojar.
—Has estado mojado durante días, héroe —señaló John con alegre brutalidad—. Al menos aquí sabemos que estamos a salvo por el lado del arroyo..., a menos, claro, que desborde la ribera. —Echó una mirada a Jenny, que estaba todavía en el círculo de su brazo; ella también era consciente de la mirada sombría de Gareth—. ¿Qué hay de ese hechizo de protección, amor?
Ella meneó la cabeza.
—No sé —dijo—. A veces los hechizos sirven contra los Murmuradores, a veces no. No sé por qué..., si es por algo de los Murmuradores o es algo en los propios hechizos. —O porque, se dijo a sí misma, sus poderes no eran lo suficientemente fuertes como para hacer un hechizo verdadero contra ellos.
—¿Murmuradores? —preguntó Gareth, incrédulo.
—Una especie de diablo vampiro —dijo John, con un tono de irritación en la voz—. No importa ahora. Sólo quédate dentro del campamento.
—¿Ni siquiera puedo ir a buscar refugio? No me iré lejos.
—Si sales del campamento, nunca podrás volver —le ladró John—. Si estás tan ansioso por no perder tiempo en este viaje, mierda, supongo que no querrás que pasemos los próximos tres días buscando tu cuerpo, ¿verdad? Vamos, Jen, si no quieres hacer la cena, la haré yo...
—Ya la hago yo, ya la hago yo —aceptó Jenny con una prisa que no era broma, no del todo al menos. Mientras iban de nuevo hacia el fuego humeante y protector, ella se volvió a mirar a Gareth, todavía de pie al borde del círculo de hechizos que brillaba levemente. Con su vanidad herida por las últimas palabras, el muchacho levantó una bellota y la arrojó con furia contra la oscuridad húmeda, que murmuró y crujió y luego volvió al ritmo incesante de la lluvia.

Después de eso, dejaron las tierras plegadas de colinas rocosas y arroyos saltarines y entraron en los restos tenebrosos de la gran selva de Wyr. Aquí los robles inmensos y los espinos se apretaban contra el camino, atacando las caras de los viajeros con ramas colgantes y ásperas y musgo húmedo, y los cascos de los caballos con raíces escabrosas y ráfagas mojadas de hojas muertas. El entramado negro de ramas desnudas sólo dejaba pasar una fracción de la pálida luz del sol, pero la lluvia seguía goteando entre él con un ritmo interminable, triste en los matorrales de helechos y avellanos muertos. El suelo era peor, húmedo e inestable, o inundado en pantanos de agua plateada en la que se alzaban los árboles, hundidos hasta la altura de la rodilla y pudriéndose lentamente; y Aversin señaló que los pantanos del sur se expandían de nuevo. En muchos lugares, el camino estaba cubierto, bloqueado con árboles caídos,

y el trabajo de limpiarlo o hacer un sendero entre los arbustos alrededor de esos obstáculos los dejaba helados y exhaustos. Hasta para Jenny, acostumbrada a las durezas de la vida en las Tierras de Invierno, era agotador, y tanto más porque no había descanso; se acostaba molida de noche y despertaba molida en el gris pálido de los primeros albores para reanudar el viaje.
Era fácil imaginar lo que significaba el viaje para Gareth. A medida que se sentía más y más cansado, su humor empeoraba y se quejaba con amargura cada vez que se detenían.
—¿Y ahora qué estamos buscando? —preguntó una tarde cuando John ordenó la quinta detención en tres horas y armado con su pesado arco de caza desmontó y se desvaneció en el entramado espeso de avellanos y zarzas junto al camino.
Había estado lloviendo casi toda la tarde y el muchacho se dejó caer con desesperación sobre el lomo del Estúpido Ruano, uno de los caballos de refresco que habían traído del fuerte. Al otro recambio, el que ahora montaba Jenny, John le había puesto el nombre de Ruano Más Estúpido, un nombre que era muy apropiado, desafortunadamente. Jenny sospechaba que, en los peores momentos, Gareth la culpaba hasta por la baja calidad de los caballos del fuerte. La lluvia había cesado pero el viento frío todavía los mordía a través del tejido de sus ropas; cada tanto, una ráfaga sacudía las ramas por encima de sus cabezas y los salpicaba con la lluvia que había quedado en ellas y a veces con una hoja empapada de roble que bajaba como un murciélago muerto.
—Está buscando el peligro. —Jenny también escuchaba, los nervios de punta, buscando el silencio que colgaba como aliento retenido entre los árboles amontonados, oscuros.
—No lo encontró la última vez, ¿no? —Gareth puso sus manos enguantadas bajo su capa para calentarlas y tembló. Luego miró hacia arriba con ostentación, buscando lo poco que quedaba de cielo, calculando la hora y luego recordando los días que llevaban de camino. Ella olió el miedo bajo su sarcasmo—. O la vez anterior..., por supuesto.
—Y por suerte —replicó ella—. Creo que entiendes muy poco los peligros de las Tierras de Invierno.
Gareth sofocó un grito y su mirada quedó fija. Jenny siguió los ojos hacia la forma oscura de Aversin; los cuadros de la capa hacían a John casi invisible en la oscuridad de los árboles. Con un movimiento único y lento, había levantado el arco y colocado la flecha, pero todavía no había disparado.
Jenny siguió la trayectoria de la flecha hacia la fuente del peligro.
Apenas visible entre los árboles, un pequeño viejecito delgado se inclinaba con el dolor de la artrosis para buscar leña en el interior seco de un tronco podrido. Su esposa, también flaca, vieja y andrajosa, con el cabello fino y blanco colgando lacio sobre los hombros estrechos, sostenía una canasta de paja para recibir la madera caída. Gareth dejó escapar un grito de horror.
—¡No!
Aversin movió la cabeza. La vieja, alertada, levantó la vista y dio un alarido agudo, dejó caer la canasta y escondió la cara entre las manos. El paquete de madera seca cayó al suelo pantanoso a sus pies. El viejo la cogió del brazo y los dos empezaron a huir torpemente hacia la selva más profunda, sollozando y cubriéndose la cabeza con los brazos como si pensaran que era posible detener una flecha de guerra con un escudo de carne tan leve.
Aversin bajó el arco y dejó que sus blancos escaparan ilesos hacia la húmeda espesura.
Gareth resollaba.
—¡Iba a matarlos! A esos pobres viejos...

Jenny asintió mientras John volvía al camino.
—Sí. —Ella comprendía la razón, pero, como cuando había matado al bandido moribundo en las ruinas de la vieja ciudad, se sentía sucia.
—¿Eso es todo lo que vais a decir? —se enfureció Gareth, horrorizado—. ¿Que sí? Los habría matado a sangre fría...
—Eran Meewinks, Gar —dijo John con voz tranquila—. Lo único que uno puede hacer con un Meewink es matarlo.
—¡No me importa cómo los llaméis! —gritó Gar—. ¡Eran viejos e inofensivos! ¡Lo único que hacían era juntar leña!
Una línea pequeña, recta, apareció entre las cejas rojas de John, que se frotó los ojos. Gareth, pensó Jenny, no era el único que se estaba cansando del viaje.
—No sé cómo los llamáis en el lugar de donde vienes —dijo Aversin, cansado—. Su gente solía tener granjas en el valle del río Salvaje. Son...
—John. —Jenny le tocó el hombro. Había seguido la conversación sólo superficialmente; sus sentidos y su poder se esparcían por los bosques húmedos y olía el peligro en la luz que se desvanecía. El peligro parecía caminarle por la piel, un movimiento suave, como de chapoteo, en los claros inundados del bosque hacia el norte, un crujido leve que silenciaba los ruidos inquietos y pequeños de los zorros y los castores—. Deberíamos irnos. La luz ya se va. No recuerdo bien esta parte de los bosques, pero sé que nos falta bastante para encontrar un lugar donde acampar.
—¿Qué pasa? —La voz de John, como la suya, se había convertido en un susurro.
Ella meneó la cabeza.
—Tal vez nada. Pero creo que debemos irnos.
—¿Por qué? —gimió Gareth—. ¿Qué pasa? Hace tres días que huís de vuestras propias sombras.
—Correcto —aceptó John y había un tono peligroso en su voz tranquila—. ¿Has pensado en lo que podría pasar si tu sombra te alcanzara? Ahora monta y vamos en silencio.
Era casi noche cerrada cuando acamparon porque, como Jenny, Aversin estaba nervioso y le llevó un rato encontrar un lugar que su juicio de hombre de los bosques considerara relativamente seguro. Jenny rechazó uno porque no le gustó la forma en que se acercaban a él los árboles oscuros; John pasó de largo por otro porque el arroyo no se veía desde el lugar donde estaba el fuego. Jenny estaba hambrienta y cansada, pero el instinto de las Tierras de Invierno le decía que debían seguir moviéndose hasta que encontraran un lugar fácil de defender, aunque no sabía contra qué había que defenderse.
Cuando Aversin rechazó un tercer lugar, un claro casi circular con un arroyo pequeño, ahogado entre los helechos en un costado, el humor hambriento y desesperado de Gareth estalló.
—¿Qué tiene de malo éste? —preguntó, desmontando y recostándose contra el flanco del Estúpido Ruano para calentarse—. Se puede coger agua sin dejar de ver el fuego y es más grande que el otro lugar.
El disgusto brilló como el fulgor de un acero desenvainado en la voz de John.
—No me gusta.
—Bueno, pero ¿por qué, en nombre de Sarmendes?
Aversin miró a su alrededor en el claro y meneó la cabeza. Las nubes se habían abierto lo suficiente para dejar pasar una luz lavada de luna que brillaba sobre sus anteojos, sobre las gotas de lluvia en su cabello cuando empujó la capucha hacia atrás y sobre el extremo de su larga nariz.
—No me gusta. Eso es todo.
—Bueno, si no podéis decir por qué, ¿qué lugar queréis?

—Lo que querría —replicó el Vencedor de Dragones con su exactitud devastadora de siempre— es no tener a mi lado a un mocoso todo vestido de seda que me dice que un lugar es seguro porque quiere su cena.
Como ésa era obviamente la primera preocupación de Gareth, el muchacho explotó.
—¡Ésa no es la razón! Creo que habéis vivido como un lobo durante tanto tiempo que ya no confiáis en nada. No voy a andar por los bosques toda la noche sólo porque...
—De acuerdo —dijo Aversin, amargamente—. Entonces por mí puedes quedarte aquí, mierda.
—¡De acuerdo! ¡Adelante, abandonadme! ¿Vais a dispararme si trato de seguiros y escucháis crujir los matorrales?
—Tal vez.
—¡John! —La voz fría, grave de Jenny cortó las próximas palabras—. ¿Cuánto más podemos viajar sin luces de algún tipo? Las nubes vuelven*. No va a llover pero no* podrás ver ni a un metro de distancia en dos horas.
—Tú podrías —señaló. Él también sentía, pensó ella, esa sensación creciente que había empezado allá lejos atrás, en el camino; el sentimiento inquietante de que lo vigilaban.
—Sí —aceptó ella con tranquilidad—. Pero no tengo tu experiencia en los bosques. Y conozco esta parte del camino..., no hay ningún lugar mejor adelante. A mí tampoco me gusta esto, pero no estoy segura de que quedarnos aquí no sea más seguro que mostrar nuestra posición viajando con luces, incluso una luz mágica muy leve. Y hasta eso podría no mostrarnos las señales de peligro.
John miró a su alrededor en los bosques oscuros, ahora visibles apenas en la penumbra fría. El viento movía las ramas desnudas que se entrelazaban sobre sus cabezas, y en algún lugar frente a ellos en el claro, Jenny oía el murmullo de los helechos y la voz rápida del arroyo alimentado por la lluvia. Ninguna señal de peligro, pensó ella. ¿Por qué entonces inconscientemente miraba con su visión periférica...? ¿Por qué este prepararse todo el tiempo para escapar?
Aversin dijo con calma.
—Es demasiado bueno.
Gareth estalló:
—Primero no os gusta y luego decís que es demasiado bueno...
—De todas maneras, conocen todos los sitios para acampar —replicó Jenny con suavidad por encima de las palabras de Gar.
Furioso, Gareth escupió:
—¿Quiénes?
—Los Meewinks, estúpido —ladró John en respuesta.
Gareth levantó las manos.
—Ah, bueno ¿Queréis decir que no os atrevéis a acampar aquí porque tenéis miedo de que un viejecito y una viejecita os ataquen?
—Y otros cincuenta de sus amigos, sí —replicó John—. Y una sola palabra más, héroe, y vas a ver cómo te estampo contra un árbol.
Fuera de sus casillas, Gareth le contestó con rabia:
—¡De acuerdo! ¡Probad lo listo que sois golpeando a alguien que no está de acuerdo con vos! Si tenéis miedo de que os ataquen una tropa de septuagenarios de sólo metro veinte...
Nunca vio moverse a Aversin. El Vencedor de Dragones tal vez no tenía el aspecto de un héroe, pensó Jenny, pero ciertamente sí los reflejos de uno. Gareth jadeó cuando una capa y un jubón lo levantaron del suelo y Jenny se acercó para asir el brazo agudo y poderoso. Con una suavidad tan definitiva como el paso de un asesino, dijo:
—¡Cállate! Y déjalo ir.

—¿No hay ningún acantilado a mano? —Pero ella sintió como el momento de rabia de John iba pasando. Después de una pausa el Vencedor de Dragones empujó, casi arrojó a Gareth, alejándolo de sí—. De acuerdo. —Detrás de su rabia, parecía avergonzado—. Gracias a nuestro héroe, ahora es demasiado tarde para seguir adelante. Jen, ¿puedes hacer algo con este lugar? ¿Encantarlo?
Jenny lo pensó durante un segundo, tratando de analizar su miedo.
—No contra los Meewinks, no —replicó al fin. Y agregó, con acidez—: Seguramente os han rastreado por vuestras voces, caballeros.
—No he sido yo el que...
—No he preguntado quién ha sido. —Tomó las riendas de los caballos y las mulas y los llevó hacia el claro, ansiosa por formar el campamento y rodearlo con los hechizos de guarda antes de que se los viera desde fuera. Gareth, un poco avergonzado por su estallido, la siguió cabizbajo, mirando el claro a su alrededor.
Con la voz del que trata de hacer olvidar algo con el método de comportarse como si nunca hubiera habido un desacuerdo, preguntó:
—¿Esta hondonada es buena para el fuego?
La irritación crujió en la voz de Aversin.
—Nada de fuego. Esta noche tenemos un campamento frío..., y tú harás la primera guardia, héroe.
Gareth resopló, protestando por ese cambio arbitrario. Desde que habían dejado el fuerte, Gareth siempre había hecho la última guardia, la guardia del amanecer, porque al final de un día entero sobre el caballo, lo único que quería hacer era acostarse y dormir; Jenny siempre había hecho la segunda y John, habituado a las costumbres de los lobos que cazan al comienzo de la noche, la primera. El muchacho empezó a decir algo.
—Pero yo... —Y Jenny se dio media vuelta para mirarlos a los dos en la penumbra sombría.
—Si cualquiera de los dos dice una sola palabra más, lo dejaré mudo con un hechizo.
John se sometió enseguida. Gareth empezó a hablar de nuevo, luego lo pensó mejor. Jenny sacó la soga de seguridad del lomo de la mula Clivy y la colgó de un árbol joven. A medias para sí misma, agregó:
—Aunque Dios sabe que eso no podría haceros más estúpidos de lo que ya sois.
Durante toda la cena frugal de carne seca, pasta de grano fría y manzanas, Gareth guardó un silencio ostentoso. Jenny casi no lo notó y John, al verla preocupada, apenas le habló porque no quería molestar su concentración. Ella no estaba segura de cuánto peligro sentía en los bosques que los rodeaban..., no estaba segura de cuánto de lo que sentía era parte de su propio cansancio. Pero puso toda su concentración, todas sus habilidades en el círculo encantado que había formado alrededor del campamento esa noche; hechizos de guardia que harían que su campamento no pudiera verse desde el exterior, que harían desviar el ojo de cualquiera que no estuviera dentro del círculo mismo. No ayudarían mucho contra los Meewinks, que sabrían dónde estaba el claro, pero tal vez les conseguiría un retraso para obtener algo de tiempo. A éstos, agregó hechizos contra otros peligros, hechizos que le había enseñado Caerdinn contra los diablos vampiros y los Murmuradores que vagaban por los bosques de Wyr, hechizos de cuya eficacia dudaba en privado porque sabía que a veces fallaban, pero los mejores, los únicos que conocía por ella misma o por boca de cualquier otra persona a la que hubiera hablado.
Sospechaba hacía ya mucho que los Linajes de magia estaban desapareciendo y que cada generación tenía un poco menos de la enseñanza de la magia que había llegado desde los tiempos antiguos, los tiempos anteriores a la unificación de todo el oeste bajo el gobierno del Reino de Belmarie y bajo la adoración brillante de los Doce Dioses. Caerdinn había sido uno de los más grandes del Linaje de Herne, pero

cuando ella lo conoció a los catorce años, ya estaba muy viejo, débil y un poco loco. Le había enseñado, le había entrenado en los secretos del Linaje, pasados de maestro a discípulo durante una docena de generaciones. Pero desde su muerte, había descubierto dos casos en los que el conocimiento de su maestro era erróneo y había oído hechizos de los parientes del Linaje, los discípulos de los discípulos del maestro de Caerdinn, Spaeth Guardián del Cielo, que Caerdinn no se había preocupado en enseñarle o que tal vez ni siquiera conocía.

Esa noche durmió inquieta, con el cuerpo exhausto y preocupada por formas extrañas que parecían colarse hacia adentro de las grietas de sus sueños. Se sentía capaz de oír el murmullo y el silbido de los diablos vampiros mientras pasaban de árbol en árbol en los bosques pantanosos a través del arroyo y luego, por debajo de las ramas, el suspiro suave de los Murmuradores en la oscuridad al otro lado de la barrera de hechizos. Por dos veces, se arrancó con dolor de la oscuridad del sueño que quería absorberla, presintiendo un peligro, pero las dos veces vio sólo a Gareth sentado contra una pila de paquetes, cabeceando en la oscuridad neblinosa.

La tercera vez que se despertó, Gareth no estaba.

Lo que le había despertado era un sueño; el sueño de una mujer de pie, escondida entre los árboles. Tenía un velo, como las mujeres del sur; la puntilla del velo era como una manta de flores esparcida sobre sus rizos oscuros. Su risa suave sonaba como campanillas de plata, pero había una nota áspera en ella, como si no riera nunca a no ser que sintiera el placer de haber ganado algo. Extendía unas manos delgadas, pequeñas, y murmuraba el nombre de Gareth.

Las hojas y la suciedad estaban pisoteadas en el sitio en que el muchacho había cruzado las líneas temblorosas de los círculos de protección. Jenny se sentó, sacudiendo la mata gruesa de su cabello y tocó a John para despertarlo. Conjuró la luz mágica y la luz iluminó el campamento quieto, silencioso y brilló en los ojos de los caballos despiertos. La voz del arroyo se oía en el silencio.

Como John, Jenny había dormido sin desvestirse. Estiró la mano hacia su chaqueta de piel de oveja, la capa, las botas y el cinturón que yacían en un bulto a un lado de las mantas, sacó de su bolsillo el pequeño cristal adivinatorio y lo puso contra la luz mágica mientras John empezaba a ponerse las botas y el jubón de piel de lobo sin decir una sola palabra.

De los cuatro elementos, la tierra de lectura y adivinación, es decir, el cristal, era el más fácil y el más exacto, aunque antes había que hechizar el cristal. El fuego no necesitaba preparación alguna, pero mostraba lo que quería, no lo que uno estaba buscando; el agua podía mostrar tanto el futuro como el pasado, pero era una notoria mentirosa. Sólo los más grandes magos podían leer el viento.

El corazón del cristal de Caerdinn estaba oscuro. Ella aquietó sus miedos por la seguridad de Gareth, calmó su mente mientras invocaba las imágenes; éstas brillaron sobre las facetas, como si estuvieran reflejadas desde otro sitio. Vio una habitación de piedra, muy, muy pequeña, con la arquitectura de un lugar medio hundido en el suelo; los únicos muebles eran una cama y una especie de mesa formada por un bloque de piedra que se proyectaba desde la pared misma. Había una capa mojada sobre la mesa, con un charco de agua a medio secar a su alrededor..., malezas del pantano se aferraban a ella como gusanos oscuros, al lado había una espada larga muy enjoyada y sobre la capa, un par de anteojos. Los lentes redondos reflejaron las chispas de la luz amarilla y grasienta de la lámpara cuando se abrió la puerta.

Alguien en el corredor tenía la lámpara en alto. La luz mostraba formas pequeñas, encorvadas, amontonadas en el vestíbulo más allá. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, tal vez unos cuarenta, con caras blancas, caídas, llenas de verrugas y ojos redondos como los de los peces. Los primeros eran el viejo y la vieja, los Meewinks que John casi había matado esta tarde.

El viejo tenía una cuerda; la mujer, un gran cuchillo de carnicero.
La casa de los Meewinks estaba donde la tierra era baja, sobre una loma por encima de un lodazal sobre cuya superficie proyectaban sus sombras los árboles podridos como cadáveres en descomposición. Chata y cuadrada, era más grande de lo que parecía, detrás de ella las paredes mostraban un ala medio enterrada. A pesar del frío, el aire era fétido por el olor del pescado podrido y Jenny apretó con fuerza los dientes contra una sensación de náusea que la dominó al ver el lugar. Odiaba a los Meewinks desde que sabía lo que eran.
John se deslizó del lomo del moteado caballo de guerra, Osprey, y ató la rienda de Martillo de Batalla sobre la rama de un árbol joven. Tenía la cara tensa con una mezcla de odio y asco bajo la oscuridad lluviosa. Dos veces ya, familias de Meewinks habían tratado de instalarse cerca de Fuerte Alyn; las dos veces, apenas lo supo, John había reunido la poca milicia que tenía y había quemado sus casas para ahuyentarlos. Había matado a algunos en cada ocasión, pero no tenía hombres suficientes como para perseguirlos a través de las tierras salvajes y erradicarlos por completo. Jenny sabía que todavía tenía pesadillas sobre lo que había encontrado en sus bodegas.
Él murmuró:
—Escucha. —Y Jenny asintió. Desde la casa, podía oírse un leve rumor de voces, ensordecidas como si estuvieran casi bajo tierra, agudas y plañideras como el ladrido de las bestias. Jenny deslizó su alabarda del pomo de la montura de Luna y murmuró algo a los tres caballos para que guardaran silencio. Extendió sobre ellos los hechizos de guardia, para que el ojo fortuito no los viera, o pensara que eran otra cosa: un matorral de avellano, o la sombra extraña de un árbol. Esos mismos hechizos eran los que habían impedido que Gareth encontrara de nuevo el camino al campamento una vez que un Murmurador lo había apartado de él, y Jenny lo sabía.
John puso sus anteojos en un bolsillo interno.
—Correcto —murmuró—. Tú saca a Gar..., yo os cubriré a los dos.
Jenny asintió, fría por dentro, como cuando vaciaba su mente para hacer magia más allá de sus poderes; se endureció para lo que sabía que venía. Cuando cruzaron el patio sucio y el griterío extraño y sordo en la casa se hizo más fuerte, John la besó y se volvió para hundir su bota en la puertecita de la casa.
Pasaron por la puerta como bandidos que entran a robar en el infierno. Un olor caliente, húmedo golpeó a Jenny en la cara cuando atravesó el umbral tras los talones de John, el hedor fétido de la suciedad en que vivían los Meewinks y del pescado podrido que comían. Sobre todo, el aroma agudo, brillante como el de la sangre recién derramada. El ruido era un pandemónium de gritos plañideros; después de la oscuridad de afuera, hasta el brillo humeante del fuego en el hogar, desproporcionadamente grande, parecía cegador. Muchos cuerpos se unían como en un enjambre en una multitud alrededor de la pequeña puerta que quedaba del otro lado de la habitación; de vez en cuando el fulgor agudo de la luz brillaba sobre los cuchillos que empuñaban casi todas esas manos pequeñas.
Gareth estaba apoyado contra la puerta en medio de la multitud. Evidentemente había peleado para llegar hasta allí pero sabía que si bajaba al espacio abierto de la gran habitación, lo rodearían. Tenía el brazo izquierdo envuelto con colchas manchadas y sucias a modo de escudo protector, en la mano derecha tenía el cinturón y usaba la hebilla para golpear las caras de los Meewinks a su alrededor. Tenía el rostro cubierto de la sangre de los mordiscos y las cuchilladas...; mezclada con sudor, corría hacia abajo y le manchaba de carmesí la camisa como si le hubieran cortado el cuello. Los ojos grises y desnudos estaban abiertos en una mirada inundada de ese horror nauseabundo de las pesadillas.

Los Meewinks que lo rodeaban parloteaban como almas condenadas. Tal vez había unos cincuenta, todos armados con sus cuchillitos de acero o de concha afilada. Cuando entraron en la casa, Jenny vio cómo uno de ellos se arrastraba y daba una cuchillada a Gareth en la rodilla. El muchacho tenía las costillas desgarradas por una docena de esos intentos y las botas pegajosas en los arroyos de sangre; dio una patada a su atacante en la cara, haciéndola rodar unos dos pasos entre la multitud. Era la mujer vieja que John casi había matado en el bosque.

Sin decir ni una palabra, John se arrojó contra la multitud maloliente y enfurecida. Jenny saltó tras él, guardándole la espalda; la sangre del primer giro de la espada de él la salpicó en el rostro y alrededor de ellos, el ruido se elevó como el fragor de una tormenta en el mar. Los Meewinks eran un pueblo pequeño, aunque algunos de los hombres eran tan altos como Jenny; ella sentía que el alma le crujía por dentro cuando cortaba las caras blancas, blandas, de gente no más grande que un niño y arrojaba la punta pesada de la alabarda contra esos pequeños estómagos panzones y los veía caer, vomitando, jadeando, ahogándose. Pero había tantos... Se había atado la falda de cuadros desvaídos a la altura de las rodillas para pelear y sintió manos que las aferraban y tiraban de ellas. Un hombre cogió un gran cuchillo de carnicero de entre las cosas que había sobre la mesa y trató de dejarla inválida. La hoja de la alabarda se hundió sobre la mejilla y le abrió la cara hasta el otro lado de la mandíbula. El grito desgarró aún más el corte. El olor de la sangre lo cubría todo.

Pareció que sólo le llevaba unos segundos cruzar la habitación.

—¡Gareth! —aulló Jenny, pero él quiso golpearla con el cinto. Era lo suficientemente baja para ser una Meewink y él había perdido los anteojos. Levantó la alabarda; el cinturón se enganchó alrededor de la hoja y ella se lo arrancó de las manos—. ¡Soy Jenny! —gritó mientras los golpes de la espada de John seguían cayendo a su alrededor. John los defendía a ambos mientras los salpicaba con gotas volátiles de sangre coagulada. Jenny asió la muñeca huesuda del muchacho y lo arrastró por los escalones hacia la habitación—. Ahora, ¡corre!

—Pero no podemos... —empezó él, mirando de nuevo a John y ella lo empujó con violencia hacia la puerta. Después de lo que pareció ser una lucha momentánea con un deseo de no parecer un cobarde abandonando a sus salvadores, Gareth corrió. Pasaron la mesa y en ese momento, Gareth tomó un gancho de carne y lo hizo girar contra las caras regordetas, pálidas que los rodeaban y contra las manitas con sus cuchillos hirientes. Había tres Meewinks apostados en la puerta, pero todos se alejaron gritando frente a la fuerza del arma de Jenny. Detrás de ella, la maga oía la cacofonía chillona que subía alrededor de John como en un crescendo; sabía que ellos eran más, y su deseo de volver a pelear tiraba de ella como una soga mojada. Apenas si pudo obligarse a abrir la puerta con furia y arrastrar a Gareth a la carrera a través del claro que había frente a la casa.

Gareth se detuvo, aterrorizado.

—¿Dónde están los caballos? ¿Cómo vamos a...?

A pesar de su baja estatura, Jenny era fuerte; el empujón casi hizo caer a Gareth.

—¡No hagas preguntas!

Ya había algunas formas pequeñas, encorvadas que corrían en la oscuridad de los bosques. El fango que había bajo sus pies se coló en las botas de Jenny cuando empujó a Gareth hacia delante hacia donde ella, al menos, veía los tres caballos, y oyó tragar saliva a Gareth cuando se acercaron lo suficiente para que los hechizos perdieran su eficacia.

Mientras el muchacho subía como podía al lomo de Martillo de Batalla, Jenny se arrojó sobre Luna, cogió las riendas de Osprey y volvió hacia la casa esparciendo el fango a su alrededor como si hubiera volcado un plato de avena. Levantó la voz para poder gritar por encima del clamor interior de la casa y llamó:

—¡JOHN!
Un momento después, una confusión de figuras emergió a través de la puerta baja, como una manada de lobos tratando de derrumbar a un oso. El brillo blanco de la luz mágica mostró la espada de Aversin ensangrentada hasta el mango, la cara desgarrada y cubierta de su propia sangre y de la de sus atacantes, el aliento brotando como un chorro de vapor de su boca. Había Meewinks colgando de sus brazos y su cinturón, tratando de romper y morder el cuero de sus botas.
Con un grito de batalla como el de una gaviota, Jenny cabalgó hacia ellos, haciendo girar su alabarda como una guadaña. Los Meewinks se alejaron, silbando y crujiendo los dientes, y John se libró de los últimos y se arrojó a la montura de Osprey. Un pequeño niño Meewink corrió tras él y se aferró del cuero del estribo y trató de cortarlo en la ingle con el pequeño cuchillo de concha; John hizo girar su brazo hacia abajo y alcanzó al niño en las sienes estrechas con las puntas de su brazalete; lo arrojó lejos, como hubiera hecho con una rata.
Jenny dio media vuelta a su caballo con violencia y volvió hacia donde Gareth todavía se aferraba a la montura de Martillo de Batalla en el borde del claro. Con la precisión de los jinetes de un circo, Jenny y John se dividieron para tomar las riendas del potro, uno de cada lado, y con Gareth entre los dos, se hundieron en la noche.

—Listo. —Aversin hundió un dedo en un charco de agua y dejó caer una gota sobre la sartén de hierro en equilibrio sobre el fuego. Satisfecho, hizo una torta con la pasta de cereal y la dejó caer en su lugar. Luego, miró a Gareth, que estaba tratando de no llorar mientras Jenny le ponía una mezcla hiriente de hierbas sobre las heridas—. Ahora puedes decir que has visto a Aversin, Vencedor de Dragones, correr como el diablo para huir de un grupo de septuagenarios de metro veinte. —Sus manos heridas y vendadas hicieron otra torta y el color gris del amanecer brilló en sus anteojos mientras sonreía.
—¿Nos perseguirán? —preguntó Gareth con voz débil.
—Lo dudo. —John levantó un copo de pasta de cereal de las puntas de sus brazaletes—. Ya tienen bastante con sus propios muertos. Eso los mantendrá alimentados por un tiempo.
El muchacho tragó saliva, asqueado, aunque ahora que había visto los instrumentos que había sobre la mesa de la casa de los Meewinks, ya no tenía dudas de lo que habrían hecho con él.
Después del rescate, Jenny había insistido en que cambiaran el campamento lejos de la densa oscuridad de los bosques. El amanecer los había encontrado en un terreno relativamente abierto sobre los márgenes informes de un pantano, donde grandes extensiones de agua helada reflejaban un cielo acerado entre los toques negros de mil cañas. Jenny había trabajado, congelada, agotada, para poner sus hechizos alrededor del campamento, luego se había dedicado a los contenidos de su bolsa de remedios, dejando que John hiciera el desayuno, en contra de su buen juicio. Gareth había buscado en su equipaje los anteojos retorcidos y estropeados que habían sobrevivido a la huida en las ruinas del norte, y ahora colgaban deformes sobre la punta de su nariz.
—Siempre han sido pequeños —continuó John, mientras se acercaba al montón de paquetes donde estaba sentado el muchacho y dejaba que Jenny le vendara las rodillas cortadas—. Después de que las tropas del rey dejaron las Tierras de Invierno, los bandidos asaltaban siempre sus aldeas y les robaban toda la comida que tenían. Nunca pudieron contra un hombre armado, pero una aldea entera podía derrumbar a uno o mejor aún, esperar a que se durmiera y atacarlo cuando estaba soñando. En los

tiempos de hambre, el caballo de un bandido podía mantener a toda una aldea durante una semana. Supongo que empezaron por los caballos.
Gareth tragó saliva de nuevo y pareció que iba a vomitar.
John puso sus manos sobre el cinturón tachonado de metal.
—Generalmente atacan justo antes del amanecer, cuando el sueño es más profundo, por eso quise cambiar las guardias, para ser el que se enfrentara con ellos, y no tú. Fue un Murmurador lo que te sacó del campamento ¿verdad?
—Su..., supongo que sí. —El muchacho miró el suelo y una sombra cruzó su cara flaca—. No sé. Fue algo... —Jenny percibió un estremecimiento.
—Yo los vi una vez o dos en mi guardia... ¿Jen?
—Una vez. —Jenny lo dijo brevemente. Odiaba la memoria de las sombras que lloraban en la oscuridad.
—Toman cualquier forma —dijo John, sentado en el suelo junto a ella, con los brazos alrededor de las rodillas—. Una noche uno incluso tomó la forma de Jen, a pesar de que ella estaba acostada a mi lado... Dice Polyborus en sus Selecciones, o tal vez es esa media firma de Terencio en el De fantasmas, que leen tus sueños y toman las formas que ven en ellos. ¿Por Terencio?, ¿o Polyborus?, o tal vez es en Clivy, aunque es un poco demasiado exacto para Clivy..., tengo la impresión de que eran mucho más raros que ahora, sean lo que sean.
—No sé —dijo Gareth con voz tranquila—. Deben de haber sido raros, porque yo nunca oí hablar de ellos, o de los Meewinks. Después de que eso... me atrajera hacia el bosque, me atacó. Corrí, pero no pude encontrar el campamento de nuevo. Corrí y corrí..., y luego vi la luz de esa casa... —Se quedó callado y tembló.
Jenny terminó de vendar la rodilla de Gareth. Las heridas no eran profundas, pero, como las de la cara y las manos de John, estaban hechas con maldad, no sólo los cortes de cuchillo sino también los desgarrones pequeños, como medias lunas de los dientes humanos. Ella también los tenía y la experiencia le había enseñado que esas heridas eran más sucias que las flechas envenenadas. Por lo demás, le dolía todo el cuerpo, lo sentía paralizado con los músculos duros y la fatiga general de la batalla, algo que suponía que las baladas de Gareth olvidaban mencionar como resultado inevitable del combate físico. Se sentía fría por dentro también, como cuando trabajaba los hechizos de la muerte, algo que nunca se mencionaba en las baladas, donde toda muerte se realizaba con una confianza noble y serena. Esa noche había tomado las vidas de al menos cuatro seres humanos, seres humanos a pesar de haber nacido y haberse criado en una tribu caníbal; había dejado inválidos a otros que morirían cuando se les infectaran las heridas en esa atmósfera de decadencia fétida, o serían asesinados por sus hermanos.
Para sobrevivir en las Tierras de Invierno, Jenny se había convertido en una asesina competente. Pero cuanto más estudiaba y se transformaba en curadora, cuanto más aprendía de la magia y de la vida de la cual surgía la magia, tanto más odiaba lo que hacía. Vivía en las Tierras de Invierno y había visto lo que le hacía la muerte a los que la prodigaban sin pensarlo mucho.
Las aguas grises del pantano empezaron a brillar con la luz remota del amanecer más allá de las nubes. Con el movimiento suave de miles de alas, los gansos salvajes se levantaron de sus nidos negros de espadaña y buscaron de nuevo los caminos del cielo sin color. Jenny suspiró, agotada hasta la médula. Sabía que no podían permitirse descansar, sabía que no habría descanso hasta que cruzaran el gran río Salvaje y entraran en las tierras de Belmarie.
Gareth habló de nuevo, con tranquilidad.
—Aversin..., lord John..., lo lamento. No había entendido nada de las Tierras de Invierno. —Levantó la vista, los ojos grises cansados e infelices detrás de los anteojos

rotos—. Y no había entendido nada sobre vos. Yo os..., os odiaba porque no erais lo que..., lo que yo había pensado que debíais ser...
—Sí, me he dado cuenta —dijo John con una breve sonrisa—. Pero lo que sentías sobre mí no era cosa mía. Lo que sí era cosa mía era ver que estuvieras a salvo en una tierra que no conocías. Y en cuanto a no ser lo que esperabas... Bueno, sólo sabes lo que sabes, y lo único que sabías eran esas canciones. Quiero decir, es como con Polyborus y Clivy y los otros. Yo sé que los osos no nacen sin forma, que no es cierto que sus madres los esculpen con la lengua, como dice Clivy, porque he visto oseznos recién nacidos. Pero por lo que sé, tal vez los leones sí nazcan muertos, aunque personalmente no me parece probable.
—No —dijo Gareth—. Mi padre tenía una leona, como mascota, cuando yo era muy pequeño. Sus cachorros nacieron vivos, como gatitos grandes. Tenían manchitas.
—¿En serio? —Aversin estaba realmente agradecido por ese nuevo fragmento de sabiduría que agregaría a la obstruida habitación de su mente—. No digo que los Vencedores de Dragones no sean heroicos, porque Selkythar y Antara Damaguerrera y los otros tal vez lo fueron, y tal vez lo hayan hecho con espadas y en armadura dorada y plumas. Sólo sé que yo no lo soy. Si hubiera podido elegir, nunca me habría acercado a ese maldito dragón pero nadie me preguntó sí quería o no. —Sonrió y agregó—: Lamento haberte desilusionado.
Gareth le sonrió también.
—Supongo que alguna vez tenía que llover el día de mi cumpleaños —dijo, un poco tímido de nuevo. Luego dudó, como si peleara contra algún obstáculo interior—. Aversin, escuchad —tartamudeó. Luego, tosió cuando el viento cambió y el humo voló hacia ellos.
—¡Por el Dios de mi abuela, son las tortas, mierda! —John maldijo y corrió hacia el fuego, con un taco tras otro—. Jen, no es culpa mía...
—Sí que lo es. —Jenny se acercó caminando más tranquila para ayudarle a levantar los últimos restos miserables de la sartén y los arrojó en las aguas del pantano con un sonido lechoso—. No debería haberte confiado el desayuno. Ahora ve y atiende a los caballos y déjame cocinar, que para eso me trajiste. —Levantó el cuenco de comida. Aunque tenía la cara firme en una expresión severa, el toque de sus ojos en los de John fue como un beso.

4

En los días siguientes, Jenny notó con interés el cambio de actitud de Gareth hacia ellos. En general, parecía volver a la amistad confiada que le había demostrado después de que ella lo rescatara de los bandidos entre las ruinas, antes de que supiera que era la amante de su héroe, pero no era exactamente lo mismo. Esa actitud alternaba con un nerviosismo creciente y con silencios extraños y tensos en las conversaciones. Si había mentido acerca de algo en el fuerte, pensaba Jenny, ahora lo lamentaba..., pero no lo suficiente como para confesar la verdad.

Fuera cual fuese la verdad, ella sintió que había estado muy cerca de saberla el día siguiente al rescate de los Meewinks. John se había adelantado para explorar el ruinoso puente de piedra que cruzaba el torrente del río Serpiente, dejándolos solos con los caballos y mulas de refresco en el silencio profundo de los bosques de invierno.

—¿Son reales los Murmuradores? —preguntó con suavidad, mirando sobre su hombro como si temiera volver a ver la visión de la noche anterior materializándose en la realidad del día desde las nieblas que se deslizaban entre los árboles.

—Lo suficientemente reales como para matar a un hombre —dijo Jenny—, si pueden alejarlo de sus amigos. Beben sangre, por lo que deben de tener suficiente materia para necesitar alimento, pero además de eso, nadie sabe mucho sobre ellos. Escapaste por poco.

—Lo sé —murmuró él, mirándose las manos con la cara avergonzada. Estaban desnudas y agrietadas por el frío..., había perdido sus guantes, su capa y su espada en casa de los Meewinks.

Jenny sospechaba que más adelante, en invierno, los Meewinks las hervirían y se comerían el cuero. Una de las viejas capas a cuadros de John estaba envuelta sobre el jubón y el justillo prestados del muchacho. Con el cabello fino cubierto de humedad que caía sobre los cristales de sus anteojos rotos, se parecía muy poco al joven cortesano que había llegado al fuerte.

—Jenny —dijo titubeando—, gracias..., es la segunda vez..., gracias por salvarme la vida. La..., lamento haberme portado como lo hice con vos. Es sólo que... —Su voz se detuvo, incierta...

—Sospecho —dijo Jenny con amabilidad— que me tomaste por alguien que conoces.

Las mejillas del muchacho enrojecieron. El viento gimió entre los árboles desnudos y él se asustó, luego se volvió hacia ella con un suspiro.

—La verdad es que me salvasteis la vida arriesgando la vuestra y yo puse en peligro la de ambos de la forma más estúpida. No debería haber confiado en los Meewinks. Nunca debería haber abandonado el campamento. Pero...

Jenny sonrió y meneó la cabeza. La lluvia había cesado y ella se había vuelto a sacar la capucha y ahora el viento jugaba con sus cabellos; con un toque de los talones, apuró de nuevo al Ruano Más Estúpido y todo el grupo se movió por el camino.

—Es difícil —dijo ella— no creer en las ilusiones de los Murmuradores. Aunque sepamos que esos que vemos no pueden estar ahí afuera del círculo encantado gritando nuestro nombre, hay una parte de nosotros que necesita ir con ellos.

—¿Qué..., qué formas les habéis visto tomar? —preguntó Gareth en voz baja.

El recuerdo era malo y pasó un momento antes de que Jenny contestara. Luego, dijo:

—La de mis hijos, Ian y Adric. —La visión había sido tan real que incluso después de haber conjurado sus imágenes en el cristal de Caerdinn para asegurarse de que estaban a salvo en el fuerte, los temores de Jenny por ellos no se habían calmado del todo en su mente. Después de pensar un momento, siguió hablando—. Es extraño. Toman la forma que más inquieta al que los ve; conocen no sólo nuestros amores, sino también nuestras culpas y nuestros deseos.

Gareth se encogió al oír eso y desvió la mirada. Siguieron cabalgando en silencio durante unos momentos. Luego, el muchacho dijo:
—¿Cómo lo saben?
Ella negó con la cabeza.
—Tal vez realmente leen los sueños. Tal vez sólo son espejos y, como tales, no tienen idea de lo que reflejan. Los hechizos que les echamos no tienen fuerza porque ellos no conocen su esencia.
El frunció el ceño, curioso.
—¿Su qué?
—Su esencia, su ser interior. —Ella se detuvo sobre el comienzo de una bajada del camino, brusca, inundada, en la que el agua yacía entre los árboles como una serpiente brillante—. ¿Quién eres, Gareth de Magloshaldon?
Se asustó al oír la pregunta, y durante un instante, ella vio el miedo y la culpa en sus ojos grises. El muchacho tartamudeó:
—Yo..., yo soy Gareth de..., de Magloshaldon. Es una provincia de Belmarie...
Los ojos de ella buscaron los del chico y mantuvieron la mirada bajo las sombras grises de los árboles.
—Y si no fueras de esa provincia, ¿todavía serías Gareth?
—Bueno..., sí, claro... Yo...
—¿Y si no fueras Gareth? —le presionó ella, manteniendo la mirada y la mente de él atrapadas en las suyas—. ¿Todavía serías tú? Si estuvieras inválido, o fueras viejo..., si te transformaras en leproso, o perdieras tu masculinidad..., ¿quién serías entonces?
—No sé...
—Sí que lo sabes.
—¡Basta! —Él trató de desviar la vista y no pudo. Su control sobre él se estrechó y buscó en su mente, mostrándosela con sus ojos: un caleidoscopio vivo de imágenes prestadas de miles de baladas, ardiendo con los deseos físicos incontenibles de la adolescencia; las heridas abiertas dejadas por alguna traición amarga y sobre todo, la oscuridad sombría de una culpa y un miedo casi intolerables.
Jenny buscó en esa oscuridad..., las mentiras que Gareth había dicho a John en el fuerte y alguna culpa aún mayor por detrás. ¿Un crimen verdadero o sólo algo que a él le parecía un crimen?, se preguntó Jenny. Gareth gritó de nuevo:
—¡Basta! —Ella oyó la desesperación y el terror en su voz; durante un momento, a través de los ojos de Gareth, se vio a sí misma, ojos azules sin piedad en una cara como un yunque blanco de hueso entre los arroyos oscuros del cabello. Recordó el momento en que Caerdinn le había hecho lo mismo y le dejó ir con rapidez. Él se dio media vuelta y se cubrió la cara. Todo el cuerpo le temblaba de terror y de sorpresa.
Después de un momento, Jenny dijo con suavidad:
—Lo lamento. Pero ése es el corazón de la magia, la forma en que funcionan todos los hechizos..., con la esencia, con el nombre verdadero. Es verdad con respecto a los Murmuradores y también con respecto a los magos más grandes. —Chasqueó la lengua para apurar a los caballos y siguieron adelante otra vez. Los cascos se hundían con un sonido húmedo en el barro color té. Ella añadió—: Todo lo que puedes hacer es preguntarte a ti mismo si es razonable que eso que ves esté ahí en los bosques, llamándote.
—Pero de eso se trata justamente —dijo Gareth—. Era razonable. Zyerne... —Se detuvo.
—¿Zyerne? —Era el nombre que él había murmurado en sus sueños en el fuerte, mientras se alejaba, con horror, de las manos de Jenny que lo buscaban para curarlo.
—La dama Zyerne —dijo él, titubeando—. La..., la amante del rey. —Bajo la capa movediza de lluvia y barro, su cara era de un color rojo fuerte. Jenny recordó su sueño extraño y nebuloso de una mujer de cabello oscuro y su risa de campanillas de cristal.

—¿Y la amas?
Gareth enrojeció todavía más. En una voz tensa y dura repitió:
—Es la amante del rey.
Y yo soy la amante de John, pensó Jenny, que se había dado cuenta de pronto de dónde venía la rabia que había sentido el muchacho contra ella.
—De todos modos —siguió Gareth después de un minuto—, todos estamos enamorados de ella. Es..., es la primera dama de la corte, la más hermosa... Escribimos sonetos sobre su belleza...
—¿Ella te ama? —preguntó Jenny, y Gareth se quedó callado mientras se concentraba en hacer que su caballo avanzara sobre el barro y luego hacia arriba por una pendiente rocosa.
Finalmente dijo:
—No..., no sé. A veces, creo... —Luego meneó la cabeza—. Me asusta —admitió—. Y además, es..., es una hechicera.
—Sí —dijo Jenny con suavidad—. Lo supuse por lo que dijiste en el fuerte. Tú tenías miedo de que yo fuera como ella.
La miró horrorizado, como si lo hubiera atrapado en una falta social terrible.
—Pero no, no lo sois. Ella es tan hermosa... —Y se interrumpió, sonrojado y ansioso, y Jenny rió.
—No te preocupes. Hace mucho que aprendí para qué servía un espejo.
—Pero vos sois hermosa —insistió él—. Es decir, «hermosa» no es la palabra exacta...
—No —sonrió Jenny—. Y creo que «fea» es la palabra que estás buscando.
Gareth meneó la cabeza, testarudo: su honestidad le prohibía llamarla hermosa y su inexperiencia le hacía imposible expresar lo que realmente sentía.
—La belleza..., la belleza no tiene nada que ver con todo esto —dijo finalmente—. Y ella no es como vos: a pesar de su belleza, es astuta y dura y no le importa nada que no sea aumentar sus poderes.
—Entonces es como yo —dijo Jenny—. Porque yo soy astuta, hábil en mis conocimientos, tal como son, y me llamaron dura desde que era niña y prefería quedarme mirando la llama de una vela hasta que venían las imágenes y no jugar en casa como las otras niñas. Y en cuanto al resto... —Suspiró—. La clave de la magia es magia. Para ser mago hay que serlo. Mi viejo maestro solía decirme eso. La búsqueda de los poderes se lleva todo lo que tienes si quieres ser grande..., y no deja ni tiempo ni energía para nada más. Nacimos con las semillas del poder en nosotros y queremos ser lo que somos con un hambre insaciable. El conocimiento..., el poder..., saber la canción que cantan las estrellas; centrar todas las fuerzas de la creación en una runa dibujada en el aire..., nunca podemos dejar de lado todo eso. Es la materia de la soledad, Gareth.
Cabalgaron en silencio por un tiempo. Los bosques eran hierro y peltre a su alrededor, manchados aquí y allá con el óxido del año que moría. En la luz leve, Gareth parecía mayor que cuando habían empezado el viaje, porque había perdido peso y la falta de sueño había dejado lagos permanentes de hollín bajo sus ojos. Finalmente, se volvió de nuevo hacia ella y le preguntó:
—¿Y aman los que nacieron para ser magos?
Jenny suspiró de nuevo...
—Dicen que la esposa de un mago es una viuda. Una mujer que da luz al hijo de un mago debe recordar que él dejará que ella lo críe sola si sus poderes lo llaman a otros sitios. Por esa razón ningún sacerdote quiere hacer la ceremonia para los que nacieron magos y ningún flautista quiere tocar en los ritos. Y sería un acto de crueldad para una hechicera ser madre de los hijos de un hombre.

La miró, sorprendido por sus palabras y por la frialdad de su voz; hablaba como si el asunto no tuviera nada que ver con ella.
Ella continuó, con la mirada fija adelante, en el camino escondido a medias bajo el lodazal de enredaderas entrelazadas.
—A una hechicera siempre le importará más el estudio de sus poderes que sus hijos o que cualquier hombre. Dejará a sus hijos por completo, o llegará a odiarlos por robarle el tiempo que necesita para meditar, estudiar, crecer en su arte. ¿Sabías que la madre de John era una hechicera?
Gareth la miró, impresionado.
—Era chamán de los Bandidos del Hielo; el padre de John la capturó en una batalla. ¿Tus baladas no dicen nada sobre eso?
Él meneó la cabeza, sin decir nada.
—Nada...; en realidad, en la variante de Greenhythe de la balada de Aversin y el Gusano Dorado de Wyr, se describe cómo saludó a su madre en la sala de recepción de ella antes de partir a la lucha con el dragón..., pero ahora que lo pienso, hay una escena muy parecida en la balada de Greenhythe sobre el Vencedor de Dragones Selkythar y en una de las variantes tardías de Halnath sobre la Canción de Antara Damaguerrera. Pensé que era algo que hacían los Vencedores de Dragones.
Una sonrisa tocó los labios de Jenny, luego desapareció.
—Ella fue mi primera maestra en el poder, cuando yo tenía seis años. Decían de ella lo que tú pensaste de mí, que había hechizado a su señor para que la amara, que lo había enredado en su largo cabello. Yo también lo creí, de niña..., hasta que vi cómo luchaba por la libertad que él no quería darle. Cuando la conocí, ya había dado a luz a los hijos de ese hombre; pero cuando John tenía cinco años, se fue en medio de los vientos huracanados de una tormenta de hielo, ella y el viejo lobo de ojos congelados que era su compañero. Nunca volvieron a las Tierras de Invierno. Y yo...
Hubo un largo silencio, quebrado sólo por el ruido suave de los cascos en el camino, el golpeteo de la lluvia y el estallido ocasional de los cascos de la mula Clivy sobre el barro cuando estiraba demasiado la mano al caminar. Cuando Jenny continuó, su voz era baja, como si hablara sobre todo para sí misma.
—Él me pidió que diera a luz a sus hijos, porque quería hijos y quería que esos hijos fueran míos también. Sabía que nunca viviría con él como su esposa, que nunca dedicaría mi tiempo a su comodidad y la de sus hijos. Yo lo sabía también. —Suspiró—. La leona tiene sus cachorros y luego vuelve a la caza. Creí que yo podría hacer lo mismo. Toda mi vida me llamaron dura de corazón..., ojalá lo fuera. No pensé que iba a amarlos así.
A través de los árboles, aparecieron ante la vista de los jinetes las torres ruinosas del puente del río Serpiente. El agua rugía alta y amarilla entre los arcos derrumbados. Frente a ellos había una figura oscura sobre un caballo en el camino sombrío; sus anteojos brillaban como círculos de hielo sucio en la luz fría del día, señal de que el camino estaba libre.

Esa noche acamparon fuera de la ciudad en las ruinas de Ember, que había sido una vez la capital de la provincia de Wyr. Ya no quedaba nada de ella, excepto un montículo erosionado de piedra, cubierto de abedules y arces jóvenes y los restos de los muros de protección. Jenny la conocía desde los tiempos en que ella y Caerdinn habían ido a buscar libros en los desvanes enterrados. El le había pegado entonces, lo recordaba, cuando ella habló de la belleza de las líneas esqueléticas de piedra que cruzaban la capa oscura de la tierra en barbecho.

Cuando llegó el crepúsculo, montaron el campamento fuera de los muros. Jenny reunió corteza de abedules, que quemaba bien, para usar como leña y buscó agua del arroyo que pasaba cerca. Gareth la vio venir y dejó sus propias tareas para unírsele.
—Jenny —empezó y ella levantó la vista.
—¿Sí?
Hizo una pausa, como un nadador desnudo en el borde de una laguna muy fría, luego obviamente perdió el valor.
—En fin..., ¿hay alguna razón por la que no acampamos en las ruinas de la ciudad?
Eso no era lo que había estado a punto de decir, y era evidente, pero ella volvió a mirar los huesos blancos de la ciudad, envueltos en sombra y parras.
—Sí.
La voz de él bajó.
—¿Hay..., hay algo en esas ruinas?
Los extremos de la boca de Jenny se torcieron un poco.
—No que yo sepa. Pero toda la ciudad está enterrada bajo la mayor extensión de hiedra venenosa de este lado de las Montañas Grises. Así y todo —dijo, mientras se arrodillaba junto al montoncito de madera seca que había logrado reunir y acomodaba la corteza de los abedules debajo de éste—, puse hechizos de protección alrededor del campamento, así que trata de no irte.
Bajó un poco la cabeza ante esa broma amable y enrojeció.
Ella agregó, con algo de curiosidad:
—Incluso si esta dama Zyerne de la que hablas es una hechicera..., incluso si te ama, nunca habría venido aquí desde el sur. ¿Sabes? Los magos sólo se transforman en pájaros en las baladas, porque cambiar tu esencia en la esencia de otra forma de vida, y eso es el cambio de forma en realidad, además de ser peligroso, requiere una enorme cantidad de poder. No es algo que se haga así como así. Cuando los magos viajan, lo hacen sobre sus dos pies.
—Pero... —La frente de Gareth se arrugó. Ahora que había decidido ser el campeón de Jenny, no quería reconocer que hubiera algo que ella no pudiera hacer—. Pero la dama Zyerne lo hace constantemente. La he visto hacerlo.
Jenny se congeló en el acto de arreglar los troncos, cortada por una punzada súbita de celos calientes, celos que creía haber dejado de sentir hacía ya mucho, los celos amargos de la juventud hacia los que eran más hábiles que ella. Había trabajado toda su vida para librarse de ellos, sabiendo que le impedían aprender de los que eran más poderosos. Y fue esa idea la que le hizo decirse, un momento después, que no debía impresionarse cuando le contaban algo sobre la forma en que otros usaban el poder.
Sin embargo, en el fondo de su mente, podía oír al viejo Caerdinn hablando de los peligros de tomar una esencia extraña, incluso si uno tenía el poder necesario para realizar la transformación y del poder que podía tener esa otra forma sobre la mente de todos, menos la de los más poderosos.
—Debe de ser una maga muy poderosa entonces —dijo, luchando contra su propia envidia. Con un toque de su mente, llamó al fuego en la leña y éste brilló con calor bajo la madera. Hasta esa pequeña magia le mordía, como una aguja olvidada por el descuido de alguien en un vestido, con el reflejo amargo de la pequeñez de su poder—. ¿Qué formas le has visto tomar? —Se dio cuenta mientras hablaba de que esperaba que él dijera que en realidad no había visto ninguna forma y que era sólo un rumor.
—Una vez un gato —dijo él—. Y otra, un pájaro, una golondrina. Y tomó otras formas en..., sueños que tuve. Es extraño —siguió un poco apresurado—. En las baladas no le dan mucha importancia. Pero es horrendo, y una mujer a la que... —tropezó con la voz, casi como si hubiera mordido algún verbo al que reemplazó con—: que conozco,

retorciéndose y ajándose, transformándose en una bestia. Y luego, la bestia me miró con los ojos de ella.
Se dobló con las piernas cruzadas junto al fuego mientras Jenny ponía la sartén de hierro sobre las brasas y empezaba a mezclar la comida para las tortillas. Jenny le preguntó:
—¿Ella es la razón por la que le pediste al rey que te enviara al norte, a buscarnos? ¿Viniste para escaparte de ella?
Gareth desvió la cara. Después de un momento, asintió:
—No quiero..., no quiero traicionar al rey. —Las palabras parecían extrañas cuando habló—. Pero a veces siento que mi destino es hacerlo. Y no sé qué hacer. Policarpio la odiaba —continuó después de unos instantes en los que pudo oírse la voz de John que maldecía alegremente a las mulas Clivy y Cabeza de Melón mientras descargaba el resto de los paquetes—. El Señor de Halnath, el rebelde. Siempre me advirtió que me apartara de ella. Y odiaba la influencia que ella tenía sobre el rey.
—¿Por eso se rebeló?
—Tal vez tuvo algo que ver. No sé. —Gareth jugó con un pedazo de comida que había quedado en el cuenco, el gesto triste y desesperado—. El..., él trató de asesinar al rey y..., y al heredero del trono, el hijo del rey. Policarpio es el siguiente en la línea de sucesión, el sobrino del rey. Creció en el palacio como una especie de rehén después de que su padre se rebelara. Extendió un cable sobre una valla en el campo de caza en una mañana de niebla cuando pensó que nadie lo vería hasta que fuera demasiado tarde. —La voz se le quebró un poco cuando agregó—: Yo fui el que lo vio hacerlo.
Jenny echó una mirada a esa cara flaca, quebrada por la oscuridad y la luz saltarina de las llamas en un mosaico primitivo de sombras y llanos.
—Tú lo querías, ¿verdad?
Él logró asentir:
—Creo que era mi mejor amigo, más que cualquier otro en la corte. La gente..., la gente de nuestra edad allí..., Policarpio es cinco años mayor que yo, se burlaban de mí porque colecciono baladas y porque soy torpe y no veo nada sin mis anteojos; también se burlaban de él porque su padre fue ejecutado por traición y porque es un filósofo. Muchos de los Señores lo son. Es por la universidad de Halnath..., generalmente son ateos y causan problemas. Su padre, el que se casó con la hermana del rey, era ateo. Pero Policarpio siempre fue como un hijo para el rey. —Se sacó de la alta frente las mechas leves, húmedas del cabello y terminó en una voz estrangulada—. Hasta cuando lo vi hacerlo, no podía creerlo.
—¿Y lo denunciaste?
El aliento de Gareth se escapó en un suspiro defensivo.
—¿Qué podía hacer?
¿Era eso lo que les había escondido?, se preguntó Jenny. El hecho de que el reino mismo estaba dividido por la amenaza de una guerra civil, como las Guerras de Familia que habían hecho retirar las tropas del rey de las Tierras de Invierno hacía un tiempo? ¿Había tenido miedo de que si John sabía que había una posibilidad de que el rey le negara las fuerzas que necesitaba, no aceptara hacer el viaje?
¿O había algo más?
Ya era oscuro. Jenny sacó las tortillas del fuego y las puso en un plato de madera mientras cocinaba cerdo salado y judías. Mientras Gareth hablaba, John se les había unido y escuchaba a medias lo que decían mientras con la otra parte de su atención vigilaba los bosques que los rodeaban.
Mientras comían, Gareth continuó:
—De todos modos, Policarpio consiguió salir de la ciudad antes de que lo buscaran. Las tropas del rey lo esperaban en el camino de Halnath, pero creemos que fue por la

Gruta y los gnomos lo llevaron a la ciudadela por ahí. Luego ellos..., los gnomos, cerraron la puerta que lleva de la Gruta a la ciudadela y dijeron que no iban a mezclarse en los asuntos de los hombres. No dejan pasar a las tropas del rey a través de la Gruta para tomar la ciudadela por el otro lado, pero tampoco permiten salir por ese lado a los rebeldes ni les venden comida. Se dijo algo de que usaron pólvora para cerrar los túneles desde Halnath. Pero luego, llegó el dragón.
—¿Y qué pasó entonces? —preguntó John.
—Cuando apareció el dragón, Policarpio abrió las puertas que dan hacia la Gruta en la ciudadela y dejó que los gnomos se refugiaran allí. Al menos, muchos de ellos lo hicieron, aunque Zyerne dice que ellos estaban con el Señor de Halnath desde el comienzo. Y ella debe de saberlo..., se crió en la Gruta.
—¿Ah, sí? —John tiró uno de los huesos de cerdo al fuego y se limpió los dedos en un pedazo de tortilla de cereal—. Me pareció que ese nombre sonaba al idioma de los gnomos.
Gareth asintió.
—Los gnomos solían tomar muchos hijos de los hombres como aprendices en la Gruta, generalmente chicos de Grutas, la ciudad que queda, o quedaba, en el valle frente a las Grandes Puertas de la Gruta misma, donde se hacía el fundido del oro y el comercio de comestibles. No lo han hecho en el último año, en realidad, el año pasado prohibieron la entrada a la Gruta a los hijos de los hombres.
—¿Sí? —preguntó John, curioso—. ¿Y por qué?
Gareth se encogió de hombros.
—No sé. Son criaturas extrañas y traicioneras. Zyerne dice que nunca se puede saber lo que están planeando.
Cuando la noche se hizo más profunda, Jenny dejó a los hombres junto al fuego y caminó en silencio los límites del campamento, controlando los círculos encantados que lo defendían contra los diablos de la sangre, los Murmuradores y los fantasmas tristes que recorrían las ruinas de la vieja ciudad. Se sentó sobre lo que había sido un mojón, justo un poco más allá del límite del círculo de luz del fuego y se hundió en la meditación que había descuidado ya por algunas noches.
No era la primera vez que la había descuidado..., era totalmente consciente de las noches en que la había dejado de lado por estar en el fuerte con John y sus hijos. ¿Si no la hubiera descuidado, si no hubiera descuidado la búsqueda del poder, habría sido tan poderosa como esa Zyerne que podía cambiar de forma como un capricho más? Los mandamientos de Caerdinn en contra del cambio de forma volvieron a su mente, pero se preguntó si no era sólo su envidia la que hablaba, su propio odio del poder de otro. Caerdinn era viejo entonces y no había nadie más en las Tierras de Invierno a quien ella pudiera acudir para educarse después de la muerte del maestro. Como John, ella era una erudita privada de la sustancia de la erudición: como la gente de la aldea de Alyn, estaba limitada por el destino que la había plantado en ese suelo pedregoso.
Contra las cintas amarillas de las llamas, veía el cuerpo de John que se hamacaba cuando hacía gestos al narrar a Gareth alguna historia increíble de su vasta colección de cuentos sobre las Tierras de Invierno y su gente. ¿El bandido más gordo de las Tierras de Invierno? se preguntó ella. ¿O una acerca de su increíble tía Mattie? Se le ocurrió por primera vez que era por ella, tanto como por su gente, que John había aceptado la misión del rey, por las cosas que ella nunca había tenido, y por los hijos.
¡Eso no vale su vida! pensó con desesperación. ¡Me las puedo arreglar muy bien con lo que tengo! Pero las ruinas silenciosas de Ember se burlaban de ella, los huesos desnudos velados por la oscuridad, y la parte reposada de su corazón le murmuró que era él quien debía elegir y no ella. Ella sólo podía hacer lo que estaba haciendo: elegir

a su vez y abandonar sus estudios para cabalgar con él. El rey había enviado su orden y su promesa y John obedecería al rey.

Cinco días al sur de Ember, las tierras se abrieron una vez más. Los bosques dejaron paso a las laderas largas, chatas, aluvionales que llevaban hacia abajo, al Salvaje, el límite norte de las tierras de Belmarie. Era un país desierto, pero sin la desolación encantada de las Tierras de Invierno; había granjas allí, como pequeñas fortalezas rodeadas de paredes y el camino estaba al menos pasablemente seco. Aquí encontraron por primera vez a otros viajeros, mercaderes que iban al norte y al este, con noticias y rumores de la capital: de la amenaza del dragón que asolaba la región y de la inquietud social en Bel por el alto precio del grano.

—Y tiene sentido, ¿no os parece? —dijo un pequeño mercader con cara de zorro acompañado de una caravana de mulas cargadas—. Con el dragón arruinando la cosecha y el grano que se pudre en los campos; sí, y los gnomos que se refugiaron en Bel se guardan el grano y se lo quitan de la boca a la gente honesta con su oro mal adquirido.

—¿Mal adquirido? —preguntó John, curioso—. Las minas son suyas, ellos lo fundieron, ¿no es cierto? —Jenny que quería noticias pero no quería irritar al portador, le dio una patada en secreto en la canilla.

El mercader escupió en la zanja repleta junto al camino y se frotó la barba roja salpicada de canas.

—Eso no les da derecho a comprar grano y sacárselo a quienes lo necesitan —dijo—. Y se dice que están comerciando libremente con sus hermanos en Halnath..., sí, y que ellos y el Señor secuestraron al heredero del rey, su único hijo, para tomarlo de rehén.

—¿Podrían haberlo hecho? —preguntó John.

—Claro que sí. Ese Señor es un mago, ¿no es cierto? Y los gnomos nunca fueron buenas personas, siempre causaron problemas y rebeliones en la capital...

—¿Problemas? ¿Rebeliones? —protestó Gareth—. ¡Pero si los gnomos han sido nuestros aliados desde tiempos inmemoriales! Nunca hubo problemas entre nosotros.

El hombre afinó los ojos, con recelo. Pero Gareth sólo gruñó.

—Eso mismo demuestra lo que digo. Son unos insectos traicioneros. —Sacudió la brida de la mula y siguió su camino.

No mucho después, se cruzaron con un grupo de gnomos que viajaban juntos, rodeados de guardias para protegerse, con su riqueza apilada en carros y carruajes. Miraron a John con ojos preocupados, miopes, color ámbar o azul claro bajo cejas bajas, anchas y contestaron sin ganas sus preguntas sobre la situación en el sur.

—¿El dragón? Sí, sigue en Ylferdun, y ninguno de los hombres que ha enviado el rey lo ha sacado de allí. —El gnomo líder jugaba con la punta suave de piel de sus guantes y los vientos leves movían la seda de sus vestidos extraños. Detrás de él, los guardias de la cabalgata miraban a los desconocidos con el rostro manchado de sospecha, como si temieran un ataque incluso de un grupo tan pequeño—. En cuanto a nosotros, por el corazón de la Gruta, ya tuvimos bastante de la caridad de los hijos de los hombres que nos cobran cuatro veces el precio corriente por una habitación que los sirvientes despreciarían y por comida para ratas. —La voz, aguda y leve como la de todos los gnomos, estaba llena de amargura con el jugo del odio que se devuelve al odio—. Sin el oro que se sacó de la Gruta, su ciudad nunca habría sido construida y, sin embargo, no hay un solo hombre que nos dirija la palabra en las calles, salvo para insultarnos. Dicen en la ciudad ahora que estamos planeando algo con nuestros parientes que huyeron por los caminos al otro lado de la Gruta hacia la ciudadela de Halnath. Por la Piedra, son mentiras; pero ahora todos creen esas mentiras en Bel.

Desde los carros y los carruajes y las literas con cortinas se levantó un murmullo de rabia, la rabia de los que nunca antes se han sentido impotentes. Jenny, sentada en silencio sobre Luna, se dio cuenta de que era la primera vez que había visto a los gnomos a la luz del día. Esos ojos, anchos y casi sin color, estaban mal preparados para el brillo; el oído que podía distinguir los murmullos de los murciélagos de las cuevas debía de sentirse torturado por el clamor de las ciudades de los hombres.
Aversin preguntó:
—¿Y el rey?
—¿El rey? —La voz de pito del gnomo se llenó de amargura y todo su cuerpo inclinado tembló con el dolor crudo de la humillación—. Al rey le importamos un rábano. Con toda nuestra riqueza encerrada en la Gruta, con el dragón sentado sobre ella, tenemos muy poco con que comerciar, apenas promesas y con cada día que pasa esas promesas compran menos en una ciudad en la que el pan es caro. Y todo eso, mientras la puta del rey se sienta con la cabeza de él sobre la falda y envenena su mente como todo lo que toca..., como envenenó el mismo corazón de la Gruta.
Junto a ella, Jenny oyó el gemido del aliento retenido de Gareth y vio la rabia que brillaba en sus ojos de muchacho, pero él no dijo nada. Cuando ella lo interrogó con la mirada, Gareth desvió la suya, avergonzado.
Mientras los gnomos se hundían de nuevo en la niebla, John señaló:
—Suena como un verdadero nido de víboras. ¿Realmente te parece que ese Señor podría haber secuestrado al hijo del rey?
—No —dijo Gareth en una voz muy apenada, mientras los caballos seguían adelante hacia el barco, invisible en las tierras bajas hacia el sur—. No puede haber dejado la ciudadela. No es mago..., sólo filósofo y ateo. Yo..., no me preocupo por el hijo del rey.
—Se miró las manos y la expresión que había en su rostro era la que Jenny había visto en el campamento fuera de Ember esa noche, una lucha para reunir valor—. Escuchad —dijo temblando—. Tengo que...
—Gar —dijo John con calma y el muchacho se asustó como si lo hubieran quemado. Había un brillo irónico en los ojos castaños de John y un filo como de pedernal astillado en su voz—. El rey no me habrá enviado a buscar por casualidad, por una razón distinta del dragón, ¿verdad?
—No —dijo Gareth sin mirarlo a los ojos, la voz débil—. No..., no lo hizo.
—¿No hizo qué?
Gareth tragó saliva; la cara pálida, de pronto muy tensa.
—Él..., él no envió por vos para otra cosa. Quiero decir...
—Porque —siguió John en esa voz tranquila—, si el rey me envió su sello para meterme en el rescate de ese hijo suyo o ayudarle contra ese Señor de Halnath de que me hablan, o para entrar en sus tratos con los gnomos, tengo cosas mejores que hacer. Hay problemas reales, no sólo dinero y poder en mis tierras y el invierno que se avecina no parece muy bueno. Puedo arriesgar mi vida contra el dragón por la protección del rey para las Tierras de Invierno, pero si hay algo más en esto...
—¡No! —Gareth le aferró el brazo con desesperación, un miedo terrible en su cara, como si pensara que con algo más de provocación, el Vencedor de Dragones daría la vuelta allí mismo y cabalgaría de vuelta a Wyr.
Y tal vez, pensó Jenny, recordando su visión en el cuenco de agua, tal vez sería mejor que lo hiciera.
—Aversin, no es así. Estáis aquí para matar al dragón, porque sois el único Vencedor de Dragones con vida. Esa es la única razón por la que os busqué, lo juro. ¡Lo juro! No os preocupéis por la política..., y todo eso. —Sus ojos miopes y grises rogaban a Aversin que le creyera, pero había en ellos una desesperación que no podría haber surgido nunca de la inocencia.

La mirada de John mantuvo la del muchacho por un largo momento, estudiándolo. Luego dijo:
—Confío en ti, héroe.
En un silencio triste, Gareth apretó los talones sobre los costados de Martillo de Batalla y el gran caballo se adelantó. La capa a cuadros prestada que usaba el muchacho los fundió muy pronto hasta convertirlos en una forma oscura, recortada en las nieblas sin color. John, que cabalgaba un poco más atrás, detuvo el caballo para ponerse a la par de Jenny, que había observado la conversación en un silencio pensativo.
—Tal vez es una suerte que estés conmigo, amor.
Ella miró a Gareth, luego a John y luego de nuevo al muchacho. En algún lugar, graznó un cuervo como la voz de esa tierra melancólica.
—No creo que quiera hacernos daño —dijo ella con suavidad.
—Eso no quiere decir que no sea capaz de hacernos matar.

La niebla se hizo más espesa cuando se acercaron al río, hasta que se movieron a través de un mundo helado y blanco en el que el único sonido era el crujido del cuero de los arneses, el estallido de los cascos sobre el barro, el canto leve de los bocados de los caballos y la charla susurrante del viento entre las espadañas puntiagudas que crecían en las zanjas inundadas. Desde ese gris lleno de agua, cada piedra o árbol solitario surgía, silencioso y oscuro, como un portento. Más que todo lo demás, Jenny sentía el peso del silencio de Gareth, su miedo y su horror y su culpa. John también lo sentía, ella lo sabía; miraba al muchacho alto con el rabillo del ojo y oía el silencio de las tierras vacías como un hombre que espera una emboscada. Cuando la noche oscureció el aire, Jenny conjuró una bola azul de luz mágica para iluminarles los pies, pero las paredes suaves, opalescentes de la niebla, les devolvían la luz y los dejaban casi tan ciegos como antes.
—Jen. —John acortó las riendas con la cabeza torcida para oír algo —¿Lo oyes?
—¿Oír qué? —murmuró Gareth, que se acercaba a ellos en la cima de la ladera que bajaba hacia el manto danzante de niebla.
Jenny esparció con fuerza sus sentidos a través de las nubes color duna y sintió tanto como oyó la voz apurada del río allí abajo. Había otros sonidos, ensordecidos y alterados por la niebla, pero inconfundibles.
—Sí —dijo con calma; el aliento, una nube blanca en el aire crudo—. Voces, caballos, un grupo entero al otro lado.
John miró de reojo a Gareth.
—Podrían estar esperando el barco —dijo—, si tuvieran algo que hacer en las tierras vacías al oeste del río ahora, a la caída de la noche.
Gareth no dijo nada, pero tenía la cara blanca y tensa. Después de un momento, John chistó suavemente a Vaca y el gran caballo peludo se adelantó de nuevo por la ladera hacia el barco a través de la pared húmeda y fría de vapores.
Jenny dejó que la luz mágica se desvaneciera cuando John golpeó en la puerta de la casa baja de piedra del hombre que manejaba el barco para cruzar el río. Ella y Gareth se quedaron atrás mientras John y el barquero negociaban el precio por cruzar a tres personas, seis caballos y dos mulas.
—Un penique por pie —dijo el barquero, y sus ojos oscuros de ardilla volaban de uno a otro con el interés agudo de uno que ve pasar al mundo por el umbral de su casa—. Pero aquí habrá cena y un lugar para pasar la noche. Se está haciendo tarde y hay sopa de pescado.

—Podemos adelantar unos kilómetros antes de que sea noche cerrada y además —agregó John, con un brillo extraño en los ojos mientras miraba de nuevo al silencioso Gareth—, tal vez alguien nos esté esperando al otro lado.
—Ah. —La boca ancha del hombre se cerró como una trampa—. Así que sois vosotros los que están esperando esos de allá. Los oí hace un rato pero no llamaron, así que me quedé cerca del hogar donde hace un poco más de calor.
Levantó la antorcha y se colocó con esfuerzo su chaqueta pesada de tela a cuadros. Luego, los guió hasta la rampa mientras Jenny los seguía detrás en silencio, buscando en su bolsa las monedas para pagar.
El gran caballo Martillo de Batalla había viajado al norte con Gareth en un barco y, de todos modos, consideraba que detenerse ante cualquier cosa era tener malos modales y nunca lo hacía; ni Luna ni Osprey ni ninguno de los dos de refresco tenía tales escrúpulos, con excepción de Vaca, que habría cruzado un puente de cuchillos al rojo en su paso flemático de siempre. Jenny tuvo que murmurar y acariciar orejas mucho rato antes de que cualquiera de ellos consintiera en poner un pie sobre la gran balsa. El barquero aseguró la puerta en la cola de la balsa y fijó la antorcha sobre el poste en la popa; luego se dedicó a hacer girar el guinche que llevaba la plataforma ancha, chata a través de la seda opaca del río. La única antorcha despedía un brillo de luz lanuda y amarillenta sobre el humo acerado de la niebla; de vez en cuando, sobre el borde del brillo, Jenny veía cómo se partían las aguas castañas alrededor de una raíz rota o una rama que se proyectaba desde la corriente como la mano de un ahogado.
Desde algún lugar más allá de las aguas, oía el crujido del metal sobre el metal, el resoplido suave de un caballo y las voces de algunos hombres. Gareth seguía sin decir nada, pero ella sentía que si le ponía una mano encima, descubriría que estaba temblando, como una cuerda antes de romperse. John llegó lentamente hasta ella y sus dedos se trenzaron, cálidos y fuertes, en los de la maga. Sus anteojos brillaron suavemente a la luz de la antorcha mientras pasaba un borde de su enorme capa sobre los hombros de ella y la abrazaba.
—John —dijo Gareth en voz baja—, tengo..., tengo algo que deciros.
Apagado, llegó otro sonido a través de la niebla, la risa de una mujer como tañidos de pequeñas campanitas de plata. Gareth se encogió y John, con un brillo peligroso en sus ojos perezosos, dijo:
—Me pareció que lo harías.
—Aversin —tartamudeó Gareth y se detuvo. Luego, se forzó a seguir en un ataque—. Aversin, Jenny, escuchad. Lo lamento. Os mentí, os traicioné, pero no pude evitarlo; no tenía alternativa. Lo lamento.
—Ah —dijo John con suavidad—. ¿Así que hubo algo que olvidaste mencionar cuando dejamos el fuerte?
Gareth siguió hablando pero no pudo mirarlo a los ojos.
—Quería decíroslo antes, pero..., pero no pude. Tuve miedo de que quisierais volver y..., y no podía dejaros volver. Os necesitamos, realmente.
—Para estar hablando siempre de honor y coraje —dijo Aversin y había un filo feo en su voz tranquila—, no has mostrado mucho de ninguna de las dos cosas, ¿verdad?
Gareth levantó la cabeza y lo miró.
—No —dijo—. Ya..., ya me he dado cuenta. Pensé que estaba bien engañaros por una buena causa..., quiero decir, tenía que hacer que vinierais.
—De acuerdo —dijo John—. ¿Cuál es la verdad?
Jenny miró desde las caras de los dos hombres hacia la orilla lejana, que se veía ahora apenas como una mancha oscura y unas pocas luces que se movían como luciérnagas en la bruma. Una nube apenas un poco más oscura más allá debía de ser los bosques de Belmarie. Jenny tocó el codo puntiagudo de John para advertirle, y él

miró con rapidez en esa dirección. Había movimiento allí, formas que esperaban la balsa. El caballo Martillo de Batalla levantó la cabeza y relinchó y llegó un relincho como respuesta del otro lado del agua. Los ojos del Vencedor de Dragones volvieron a Gareth y luego puso las manos sobre el pomo de la espada.
Gareth respiró hondo.
—La verdad es que el rey no envió por vos —dijo—. En realidad, él me prohibió que fuera a buscaros. Dijo que era una búsqueda absurda, porque probablemente vos ni siquiera existíais y en el caso de que fuerais más que una leyenda, seguramente habríais muerto a manos de otro dragón hacía años. Dijo que no quería que yo arriesgara mi vida cazando fantasmas. Pero..., pero yo tenía que encontraros. Sabía que él no iba a enviar a otro. Y vos sois el único Vencedor de Dragones, como decían las baladas... —Tartamudeó, dudoso—. Sólo que entonces yo no sabía que las cosas no eran como en las baladas. Pero sabía que teníais que existir. Y sabía que necesitábamos a alguien. No podía quedarme quieto y dejar que el dragón siguiera aterrorizando a la gente. Tenía que ir y buscaros. Y cuando os encontré, tenía que traeros de vuelta...
—¿Después de decidir que tú sabes más que yo sobre las necesidades de mi gente y mi elección en el asunto? —La cara de John nunca mostraba mucho, pero su voz tenía algo en ella, como la cola de un escorpión.
Gareth retrocedió ante ese ataque, como ante un latigazo.
—Pensé..., pensé en eso estos últimos días —dijo con suavidad. Volvió a levantar la vista, la cara pálida con la agonía de la vergüenza. —Pero no podía dejaros volver. Y tendréis vuestra recompensa. Juro que veré que la tengáis.
—¿Y cómo vas a lograrlo? —El tono de John era agudo por el disgusto. Las planchas crujieron bajo los pies de los dos cuando la balsa tocó el lecho del río. Luces como las de los pantanos estallaron y se acercaron a ellos a través de la niebla—. Con un mago en la corte, no les habrá llevado mucho tiempo saber quién había robado el sello del rey, ni cuándo volvería a Belmarie. Supongo que ese comité de bienvenida —dijo e hizo un gesto hacia las formas oscuras que llegaban por la bruma —está aquí para arrestarte por traición.
—No —dijo Gareth en una voz vencida—. Son mis amigos de la corte.
Como si hubieran atravesado una puerta, las formas se hicieron visibles de pronto: la luz de la antorcha bailó sobre el brillo duro del satén, acarició el sueño más suave del terciopelo y tocó los bordes de puntilla almidonada y la niebla de nubes de los velos de las mujeres, salpicados con el fuego ardiente de las joyas. Al frente del grupo había una muchacha delgada, de cabello oscuro vestida en seda color ámbar, cuyos ojos, dorados como la miel con un toque de gris, buscaron los de Gareth e hicieron que el muchacho enrojeciera. Un hombre le sostenía la capa, una capa de terciopelo con bordes de armiño; otro, su caja dorada para guardar perfumes. Ella reía, un sonido que era al mismo tiempo plateado y ronco, como el eco de un sueño inquieto.
Sólo podía ser Zyerne.
John miró de nuevo a Gareth, con una pregunta en los ojos.
—Ese sello que me mostraste era real —dijo—. Lo he visto en los viejos documentos, hasta los pequeños dibujos de los costados. Se toman el robo con mucha tranquilidad, ¿no te parece?
Tomó la brida de Vaca y lo llevó a través de la plancha corta, forzando a los otros animales a seguirlo. Cuando pusieron un pie en la orilla, todos los cortesanos liderados por Zyerne hicieron al unísono el elaborado saludo del Fénix que Renace, tocando con las rodillas el barro pegajoso con olor a pescado, en señal de respeto.
—En realidad, no —admitió Gareth con el rostro encendido—. Técnicamente no fue robo. El rey es mi padre. Soy el heredero perdido.

5

—Así que ése es tu Vencedor de Dragones, ¿eh?
Al oír la voz de Zyerne, Jenny se detuvo en las sombras azuladas del vestíbulo de la casa de caza de la hechicera. Desde la penumbra donde estaba, la pequeña antecámara más allá del vestíbulo brillaba como un escenario iluminado; el fulgor rosado del vestido de Zyerne, los blancos y violetas del jubón, las mangas y el capuchón de Gareth y los rosados y negros de las alfombras bajo los pies parecían arder como los matices de los vitrales en la luz de la lámpara color ámbar. El instinto de las Tierras de Invierno mantenía a Jenny en las sombras. Nadie la vio.
Zyerne levantó la pequeña copa de cristal y vidrio hacia una de las lámparas sobre la repisa de la chimenea, admirando los reflejos rojo sangre del licor que había dentro. Sonrió traviesa.
—Debo decir que prefiero la versión de la balada.
Sentado en una de las sillas de marfil con patas bañadas de oro al otro lado de la mesa baja para tomar vino, Gareth parecía infeliz y confuso. Los hoyuelos al lado de los labios rosados y llenos de Zyerne se acentuaron y ella levantó una punta de los velos de encaje de las mejillas. Peinetas de cristal y sardónice brillaron en su cabello oscuro cuando inclinó la cabeza.
Cuando vio que Gareth no contestaba, su sonrisa se amplió un poco más y se movió con gracia sinuosa hasta que quedó de pie, lo suficientemente cerca de él como para envolverlo en el aura leve de su perfume. La luz de la lámpara saltaba como una estrella en explosión desde las facetas de cristal de la copa de Gareth con el temblor involuntario de la mano del muchacho.
—¿Ni siquiera vas a agradecerme que haya venido a buscarte y te ofrezca la hospitalidad de mi casa? —le preguntó Zyerne con un tono de voz lleno de burla.
Como sabía que estaba celosa de los poderes de Zyerne, Jenny se había forzado a no sentir nada excepto sorpresa ante su juventud al conocerla en la balsa. Parecía no superar la veintena, aunque si uno hacía cuentas —y Jenny no pudo dejar de hacerlas aunque la maldad de su reacción la molestó— debía de tener por lo menos veintiséis. Donde había celos, no podía haber aprendizaje, se dijo a sí misma; y de todos modos, le debía justicia a esa muchacha.
Pero ahora sintió que la rabia se movía en ella. La cercanía de Zyerne y la mano que dejaba caer con tal ingenua intimidad sobre el hombro de Gareth de modo que un poco menos que un centímetro de su dedo tocara la piel del cuello del muchacho por encima de las puntillas de la ropa, no podían ser otra cosa que tentaciones calculadas. Por lo que él le había dicho en el viaje —por cada línea tensa de su cara y su cuerpo en ese momento—, Jenny sabía que él estaba peleando con todas sus fuerzas contra su propio deseo por la amante de su padre. A juzgar por su expresión a la luz de la lámpara, los esfuerzos de Gareth para resistirse divertían mucho a Zyerne.
—¿Señora..., señora Jenny?
Jenny volvió la cabeza con rapidez ante esa voz llena de indecisión. La escalera de la casa estaba envuelta en un elaborado tallado de piedra; entre las inquietantes sombras distinguió la forma de una muchacha de unos dieciséis años. Sólo un poco más alta que Jenny, era como una muñeca exquisitamente vestida, el cabello arreglado en algo que era una exageración del peinado elaborado de Zyerne y teñido como una melcocha blanca y púrpura.
La muchacha hizo una reverencia.
—Mi nombre es Trey, Trey Clerlock. —Miró nerviosa a las dos siluetas recortadas en la antecámara iluminada, luego de nuevo a las escaleras como si temiera que alguno de los otros invitados de Zyerne bajara por allí y la escuchara— Por favor, no os lo toméis a mal, pero vine a ofreceros un vestido prestado para la cena, si queréis.

Jenny miró su propio vestido, lana rústica con una confección como si fuera de seda, con bordados en rojo y azul. Para respetar la costumbre que decía que ninguna mujer en la alta sociedad debía verse con el cabello descubierto, se había puesto el velo de seda blanca que John le había traído del este. En las Tierras de Invierno, habría estado vestida como una reina.
—¿Importa tanto?
Trey parecía tan avergonzada como le permitían años de lecciones de comportamiento.
—No debería —dijo con franqueza—, a mí realmente no me importa, pero..., pero algunos en la corte pueden ser muy crueles, sobre todo con cosas como ir vestido correctamente. Lo lamento —agregó con rapidez, mientras se sonrojaba al salir de la oscuridad cuadriculada de la escalera. Jenny vio que llevaba en los brazos un paquete de raso negro y plateado y una masa larga de nieblas transparentes como velo; el velo se arrastraba por el suelo y sus lentejuelas atrapaban chispas perdidas de luz.
Jenny dudó. En general, las convenciones de la buena sociedad le eran indiferentes, y de todos modos su trabajo le dejaba poco tiempo para ellas. Como sabía que vendría a la corte real, había traído el mejor vestido que tenía, su único vestido de etiqueta en realidad y sabía que estaría pasado de moda. No le había preocupado lo que pensarían los demás cuando lo usara.
Pero desde el momento en que había bajado de la balsa esa misma tarde, había sentido que caminaba entre abismos que no estaban señalados en el sendero. Zyerne y su pequeña banda de cortesanos habían sido todo gracia y buenos modales, pero había percibido la burla oculta en un lenguaje de cejas y miradas. La había enfurecido y también la había dejado preocupada. Le recordaba demasiado la forma en que la trataban otros chicos en la aldea cuando era niña. Pero la niña que había en ella todavía estaba lo suficientemente viva para sentir miedo de esa actitud.
La risa dulce de Zyerne sonó en todo el vestíbulo.
—Juro que ese tipo estaba buscando por todas partes ese aparato para sacarse las botas cuando cruzó el umbral. No sabía si ofrecerle una habitación con una cama o una hermosa pila de juncos cómodos en el suelo..., ya sabéis que una anfitriona debe hacer sentir en casa a sus huéspedes.
Durante un momento, la desconfianza natural de Jenny le hizo pensar que tal vez el hecho mismo de prestarle un vestido era parte de un plan para hacerla ver ridícula. Pero los ojos azules y preocupados de Trey no escondían otra cosa que preocupación por ella..., un poco por sí misma, por si la descubrían en el acto de arruinar la diversión de los demás. Jenny pensó un momento en desafiarlos, luego descartó la idea...: fuera cual fuese la gratificación que eso le daría, no valía la pena pelear por ella. La habían criado en las Tierras de Invierno y todos los instintos que poseía le murmuraban que debía esconderse confundiéndose con los colores más comunes.
Extendió las manos para recibir las brazadas resbaladizas de satén.
—Podéis cambiaros en la habitacioncita que está debajo de las escaleras —le ofreció Trey, con alivio en los ojos—. Vuestras habitaciones están demasiado lejos.
—Y mi casa todavía más —señaló Jenny, la mano sobre el picaporte de la puerta escondida—. ¿Entonces has enviado por este vestido especialmente?
Trey la miró con sorpresa genuina.
—No, no. Cuando Zyerne supo que Gareth regresaba, nos dijo que vendríamos aquí a darle una cena de bienvenida: mi hermano Servio y yo, la Hermosa Isolda, Gaspar de Walfrith y Merriwyn de Calcelargo y todos los demás. Siempre traigo dos o tres vestidos diferentes. O sea, hace dos días no tenía decidido lo que me pondría hoy.
Estaba hablando absolutamente en serio así que Jenny contuvo su sonrisa.
—Es un poco largo —continuó la muchacha—, pero he pensado que parecían vuestros colores. Aquí en el sur sólo los sirvientes llevan marrón.

—Ah. —Jenny tocó los pliegues de su vestido que parecían tener un tono canela en el brillo que venía de las lámparas de la antecámara—. Gracias, Trey, muchas gracias... Y Trey..., ¿podría pedirte un favor más?
—Claro —dijo la muchacha con generosidad—. Si puedo ayudar...
—No, creo que puedo arreglármelas. John..., el señor Aversin..., bajará en unos momentos. —Hizo una pausa, pensando en el terciopelo un poco viejo pero totalmente decente y marrón del jubón y la capa de interior de John. Pero era algo que ella no podía remediar y meneó la cabeza—. Dile que me espere, si quieres.
La habitación debajo de las escaleras era pequeña, pero estaba llena de evidencias de tocados urgentes y de citas románticas todavía más urgentes. Mientras se cambiaba, Jenny oía cómo los cortesanos se reunían en el vestíbulo para esperar la llamada a cenar. De vez en cuando, lograba oír algo del ruido sordo de los sirvientes en el comedor más allá de la antecámara; sirvientes que ponían los seis manteles y capas inferiores tan necesarias, según Gareth, para llevar a cabo una comida con propiedad; de vez en cuando una camarera reía y el mayordomo la reprendía. Más cerca, había voces suaves que pasaban chismes y burlas:
—... bueno, en realidad, qué se puede decir de alguien que todavía usa esas horribles mangas fruncidas..., y está tan orgullosa de ellas además...
—Sí, ¿pero a plena luz del día? ¿Y en el exterior? ¿Y con su esposo?...
—Bueno, en realidad es un complot de los gnomos...
—¿Oíste la broma sobre por qué los gnomos tienen la nariz chata?
Más cerca aún rió una voz de hombre y luego preguntó:
—Gareth, ¿estás seguro de que es el hombre correcto? Quiero decir, ¿no te habrás equivocado de dirección y habrás traído a otro?
—Bueno... —Gareth parecía dividido entre su lealtad a sus amigos y su horror a las burlas—. Supongo que puedes llamarlo un poco bárbaro, Servio...
—¡Un poco! —El tal Servio rió con fuerza—. Es como decir que el dragón causó «unos pocos» problemas o que el viejo Policarpio trató de matarte «un poco». ¿Y vas a llevarlo a la corte? Papá estará realmente satisfecho...
—¿Gareth? —De pronto había preocupación en la voz de Zyerne—. Le pediste sus credenciales, ¿verdad? Su certificado como miembro de la Liga de Vencedores de Dragones. Prueba de Muerte...
—Testimonios de Doncellas Rescatadas —agregó Servio—. ¿O es una de sus doncellas rescatadas esa que viene con él?
Por encima de su cabeza, Jenny sintió, más que oyó, un paso leve que descendía por las escaleras. Era el paso de un hombre al que habían educado para desconfiar, para cuidarse. Se detuvo, como el de ella un poco antes, justo antes del lugar al que llegaba la luz de la antecámara. Mientras se apresuraba a ponerse las duras enaguas, Jenny sentía el silencio en las sombras entretejidas de la escalera trabajada.
—¡Claro! —decía Servio con la voz de un hombre que ha comprendido todo de pronto—. Tiene que llevarla con él a todos lados porque nadie en las Tierras de Invierno puede leer un Testimonio escrito... Se parece al sistema de trueque, ¿sabéis?...
—Bueno —ronroneó otra voz de mujer—, si me preguntáis a mí, ella no es una doncella muy doncella que digamos...
Zyerne rió, con maldad burlona.
—Tal vez no fue un dragón muy dragón...
—Debe de tener por lo menos treinta años —agregó alguien más.
—Vamos, querida —retó en broma Zyerne—. No seamos malvados. Ese rescate fue hace mucho tiempo.
En la risa general, Jenny no estuvo segura, pero le pareció que oía que los pasos que había sobre su cabeza se detenían y retrocedían sin ruido.

—Yo creo que si ese Vencedor de Dragones tuyo —continuó Zyerne— iba a arrastrar a una mujer hasta aquí, al menos pudo haber elegido una bonita, en lugar de alguien que parece un gnomo..., una cosita con todo ese pelo. Casi ni necesita un velo para ser modesta.
—Probablemente por eso no lo usa.
—Si vas a ser caritativo, querido...
—Ella no... —empezó la voz de Gareth, indignada.
—Ay, Gareth, no te tomes todo tan en serio —se burló la risa de Zyerne—. Es tan aburrido y además te provoca arrugas. Eso es. Sonríe. En realidad, todo es una broma..., un hombre que no puede tolerar unas bromitas está a sólo un paso de pecados mucho más serios, como comer la ensalada con el tenedor del pescado. Digo, ¿crees que...?
Con las manos temblorosas de un enojo extraño y frío, Jenny se arregló los velos. El roce de la gasa almidonada ya disparaba un nuevo ataque de irritación en ella, furia contra ellos y ese mismo sentimiento de vergüenza que había sentido antes. Los esquemas de las relaciones humanas le interesaban, y ése, disparado a través de una red de artificialidad y malicia, explicaba mucho sobre Gareth. Pero lo infantil del asunto sofocó su rabia, y finalmente logró salir sin ruido de su escondite y estar de pie entre ellos varios minutos antes de que alguno notara su presencia.
Habían encendido lámparas en el vestíbulo. En medio de la pequeña multitud de cortesanos admiradores, Zyerne parecía brillar, mágica, bajo un polvo de encaje y diamantes.
—Te digo —estaba diciendo— que no importa el oro que le haya ofrecido Gareth al noble Vencedor de Dragones como recompensa, podemos ofrecerle algo más. Le mostraremos algunas de las maravillas de la civilización. ¿Qué os parece? ¿El mata nuestro dragón y nosotros le enseñamos cómo comer con tenedor?
Hubo una gran risotada general. Jenny notó que Trey se unía a los demás, pero sin entusiasmo. El hombre parado junto a ella debía de ser su hermano Servio, suponía; tenía la misma gracia de huesos finos de su hermana, coronada por cabello rubio con un rizo que bajaba hasta el cuello de puntillas, teñido de azul. Junto a su delgadez y su elegancia, Gareth se veía como un bandido, demasiado grande y totalmente fuera de lugar, y sin duda se sentía así; su expresión era de profunda desdicha y vergüenza.
Tal vez era sólo porque no estaba usando sus anteojos —sin duda no estaban de moda —pero miraba a su alrededor, los trabajos exquisitos de tallado en las vigas, el brillo familiar de la seda y la puntilla almidonada tocadas por la luz de las lámparas y las caras de sus amigos con una confusión llena de cansancio, como si todo eso se hubiera transformado en algo que desconocía por completo.
En ese momento, Servio estaba hablando con voz sonora:
—¿Y este Vencedor de Dragones tuyo es tan grande como Cajonesedosos el Magnífico, el que mató al Dragón de Rayas Púrpura y Carmesí en los Bosques Dorados en los tiempos antiguos del reino de Potpourri, el Bien Dotado..., o fue Mordedorderodillas el Torpe? Por favor, dame algo de tu sabiduría, Príncipe...
Pero antes de que el pobre Gareth pudiera contestar, Zyerne dijo de pronto:
—¡Queridos míos! —Y llegó corriendo hasta Jenny con las manitas blancas extendidas desde la puntilla crema de las puntas de sus mangas. La sonrisa que había en su rostro era tan dulce y tan sincera como si estuviera dando la bienvenida a un amigo íntimo al que no veía desde hacía mucho tiempo—. ¡Mi querida señora Jenny, perdonadme por no veros antes! ¡Estáis exquisita! ¿Así que la caritativa Trey os prestó su negro y plata? Qué bondadosa de su parte...
Sonó una campana en el comedor y los trovadores de la galería empezaron a tocar. Zyerne tomó a Jenny del brazo y la llevo al frente de los invitados..., primero las

mujeres, luego los hombres, según las costumbres del sur, hacia la mesa de la cena. Jenny echó una mirada rápida al vestíbulo, esperando ver a John pero sabía que él no estaría allí. Un dolor le cruzó el estómago al pensar que tendría que pasar por todo eso sola.
Junto a ella, la voz cantarína siguió hablando.
—Ah, sí, vos también sois maga, ¿no es cierto? Sabéis que yo tuve muy buena preparación, pero es el tipo de cosa que siempre me ha venido por instinto. Debéis decirme algo sobre la forma en que usáis vuestros poderes como medio de vida. Nunca he tenido que hacerlo, ¿sabéis?... —Como punzones en la espalda, Jenny sintió las sonrisas encubiertas de los que caminaban detrás de ella en procesión.
Sin embargo, y justamente porque eran deliberadas, Jenny descubrió que las chanzas de la joven habían perdido todo poder para lastimarla. La ponían menos nerviosa que la tentación en que Zyerne trataba de hundir a Gareth. Había esperado arrogancia, porque era el primero de los pecados de los que nacen con magia en su corazón y Jenny sabía que ella misma tendía a cometer ese pecado tanto como cualquier otro mago y sentía un enorme poder dentro de Zyerne. Pero su condescendencia era una maldad de niña, el truco de alguien que se siente inseguro.
¿Por qué razón podría sentirse insegura alguien como Zyerne?, se preguntó.
Cuando tomaron asiento alrededor de la mesa, los ojos de Jenny pasaron lentamente por ese paisaje y la vio como una selva de invierno con manteles blancos, hielo de cristalería en los candelabros adornados con joyas. Cada plato estaba grabado con dibujos de oro sobre plata y flanqueado por una docena de pequeños tenedores y cucharas, la armonía complicada de la etiqueta; todos esos jóvenes cortesanos en su terciopelo perfumado y puntillas almidonadas eran claramente esclavos de Zyerne, cada uno interesado un poco más en dialogar con ella aunque fuera un segundo, que en hacerlo con cualquiera de los demás. Todo en esa delicada casa de caza estaba diseñado para decir su nombre, desde las delicadas zetas y ues talladas y unidas en los rincones del techo hasta el bronce delicado de la diosa con cuernos del amor, Hartemgarbes, tallada a imagen y semejanza de Zyerne en su nicho cerca de la puerta. Hasta la música delicada de oboes y organillos en la galería era una proclama, una forma de decir a voces que Zyerne tenía sólo lo más exquisito y que no toleraría otra cosa.
¿Por qué entonces el miedo detrás de la malicia?
Jenny se volvió a mirar a Zyerne con curiosidad clínica, preguntándose sobre la forma que habría tomado su vida. Los ojos de Zyerne se cruzaron con los de ella y descubrieron una expresión de curiosidad tranquila y hasta un poco compasiva. Durante un segundo, las órbitas doradas se afinaron y el desprecio y la rabia y el enojo se agitaron en sus profundidades. Luego volvió la dulce sonrisa y Zyerne preguntó:
—Querida, no habéis probado bocado. ¿Usáis tenedores en el norte?
Hubo una brusca conmoción en la puerta de arcos del vestíbulo. Uno de los trovadores en la galería, impresionado, hizo un graznido totalmente equivocado con su flauta; los otros, se quedaron callados.
—Bueno... —dijo la voz de Aversin, y todas las cabezas a lo largo de la mesa brillante se volvieron como ante el ruido de un plato que cae—. Siempre tarde.
Entró en el brillo de cera de la luz del vestíbulo con un ruidito metálico y leve de cota de malla y se quedó de pie mirando a su alrededor, los espejos brillantes de sus lentes como dos lunas bordeadas de acero. Se había vuelto a cambiar y se había puesto de nuevo el cuero negro y usado del viaje, el justillo de piel de lobo con sus pedazos de malla y placa de metal claveteado y los pantalones oscuros de cuero y las botas gastadas. Tenía la tela a cuadros sobre el hombro como una capa, limpia de

barro pero arrugada y zaparrastrosa y había un mundo de malicia brillante en sus ojos.
Gareth, en el otro extremo de la mesa, se puso rojo de vergüenza hasta la raíz del cabello. Jenny sólo suspiró, cerró los ojos un momento, y pensó, resignada, John.
John entró alegremente en la habitación, inclinándose con buena intención imparcial frente a los cortesanos que estaban a ambos lados de la mesa, ninguno de los cuales parecía capaz de emitir un sólo sonido. La mayoría de ellos había estado esperando divertirse con un primo del campo que trataba infructuosamente de imitarlo; se podría decir que no estaban preparados para un bárbaro directo que obviamente no iba a molestarse en intentarlo.
Con una inclinación de cabeza muy amistosa a su anfitriona, John se acomodó en su lugar al otro lado de Zyerne, que quedó rodeada por él y por Jenny. Durante un momento, estudió la enorme batería de cubiertos a ambos lados de su plato y luego, con limpieza y elegancia perfectas, se dedicó a comer con los dedos.
Zyerne recobró primero su compostura. Con una sonrisa de seda, levantó un tenedor de pescado y se lo ofreció.
—Sólo como sugerencia, milord. Aquí hacemos las cosas de forma distinta.
En algún lugar en la mesa, una de las damas se rió. Aversin miró a Zyerne con una expresión que hablaba abiertamente de sospecha. Ella pinchó un escalope con un cuchillo de pescado y se lo alcanzó como demostración y él sonrió con su mejor sonrisa.
—Ah, así que son para eso —dijo, aliviado. Sacó el escalope de los dientes con los dedos y lo mordió con cuidado. En un dialecto norteño seis veces peor de lo que Jenny le hubiera oído usar en casa, agregó—: Y aquí estaba yo pensando que había estado en vuestras tierras apenas una noche y ya me desafiaban a duelo con un arma desconocida, y nada menos que la maga local además. Me preocupasteis muchíiisimo.
Al otro lado de John, Servio Clerlock casi se ahoga con su sopa, y John lo golpeó en la espalda para ayudarlo.
—¿Sabéis? —continuó, haciendo un gesto con el tenedor en una mano y sacando otro escalope del plato con la otra—, descubrimos una gran caja de estas cosas..., todas de distintos tamaños, como éstas de aquí, en las bóvedas del fuerte el día en que tomamos un baño para el casamiento de mi prima. No teníamos ni idea de para qué eran, ni siquiera el padre Hiero, el padre Hiero es nuestro sacerdote, pero la vez siguiente que los bandidos bajaron a atacarnos desde las colinas, pusimos todo el grupo en las ballestas en lugar de las piedras y las disparamos. Matamos a uno inmediatamente y otros dos salieron corriendo por los pantanos con esas cosas puntiagudas clavadas en la espalda...
—Me doy cuenta —dijo Zyerne con suavidad, mientras risitas disimuladas corrían alrededor de la mesa— de que el casamiento de vuestra prima debió ser importante si tomasteis un baño.
—Ah, sí. —Para alguien cuya expresión usual era de alerta tranquila, Aversin tenía una sonrisa deslumbrante—. Se casaba con ese tipo del sur...
Probablemente, pensó Jenny, era la primera vez que alguien había logrado robarle la escena a Zyerne y por el brillo que se veía en los ojos de la maga, era evidente que el asunto no le gustaba. Pero los cortesanos, en medio de sus risas, se acercaban al círculo del encanto ingenioso y cálido de Aversin; su barbarismo exagerado desarmó sus bromas y su cuento increíble sobre las nupcias ficticias de su prima los redujo a sollozos de risa muy poco dignos. Jenny tenía suficiente rabia como para disfrutar de la incomodidad de Zyerne —había sido ella, después de todo, la que se había burlado de Gareth por no ser capaz de aceptar una broma— pero confinó su atención a su plato. Si John se estaba tomando el trabajo de atraer el fuego de los demás para que

ella pudiera terminar su comida en paz, lo menos que podía hacer era no dejar que sus esfuerzos fueran totalmente en vano.
A su lado, Trey le dijo en voz baja:
—No parece terriblemente feroz. Me lo había imaginado diferente por las baladas de Gareth. Duro y buen mozo, como las estatuas del dios Sarmendes. Pero —agregó, sacando la carne de un caracol con una cuchara especialmente diseñada para mostrarle a Jenny cómo hacerlo— supongo que hubiera sido un aburrimiento terrible para vos cabalgar todo el camino desde las Tierras de Invierno con alguien que se pasa todo el tiempo «vigilando el firmamento inmenso con sus ojos abiertos de águila», como dice la canción.
A pesar de las miradas desaprobatorias de Zyerne, el buen mozo Servio se enjugaba lágrimas de risa, aunque con gran cuidado con el maquillaje. Hasta los sirvientes estaban teniendo problemas para mantener fija en la cara la expresión correcta de impasibilidad mientras llevaban pavos reales asados y resplandecientes con todas sus plumas y humeantes platos sumergidos en crema.
—... así que el novio se puso a buscar una de esas cosas de madera como la que tenéis en mi habitación —seguía John—, pero como no pudo encontrar una, colgó la ropa sobre el maniquí para la armadura y aunque no lo creáis la prima Kat se despertó de noche y empezó a atacar al maniquí con una espada creyendo que era un bandido...
Había que confiar en John, pensó Jenny: si no podía impresionarlos en su propio terreno, el de la corte, tampoco trataría de hacerlo en el terreno de las baladas de Gareth. Todos habían sucumbido al diablo de la malicia de Aversin, el diablo que la había atraído desde el primer momento en que se encontraron como adultos. Él había usado la exageración para defenderse de su desprecio, pero el hecho de que lo hubiera logrado hacía que Jenny tuviera una opinión un poco mejor de esos cortesanos de Zyerne.
Terminó su comida en silencio y ninguno de ellos la vio marcharse.
—Jenny, esperad. —Una figura alta se desprendió del conjunto de las formas brillantes de la antecámara y se apresuró por el vestíbulo para alcanzarla, tropezando con un escabel a medio camino.
Jenny se detuvo en la sombra envolvente de las persianas de la escalera. Desde la antecámara ya llegaba el sonido de la música, no las notas de los músicos pagados esta vez, sino las canciones complejas diseñadas para demostrar la habilidad de los cortesanos mismos. Saber tocar música, según parecía, era la marca de un noble; la música del clavicordio y del doble dulcemele se fundían en un contrapunto como de encaje y de allí surgían luego los temas como caras familiares a medias que se divisan de pronto entre una multitud. Sobre las armonías elaboradas, ella oyó la tonada alegre, impenitente de la flautita de John que seguía la melodía de oído y sonrió. Si los Doce Dioses del Cosmos bajaran a la tierra, tendrían que trabajar mucho para desconcertar a John.
—Jenny..., lo..., lo lamento. —Gareth jadeaba un poco por la precipitación. Había vuelto a ponerse los anteojos rotos; la quebradura al final del cristal derecho brillaba como una estrella—. No sabía que sería así. Pensé..., él es un Vencedor de Dragones...
Ella estaba de pie unos pocos escalones más arriba del tramo; extendió la mano y le tocó la cara, casi al mismo nivel de la suya.
—¿Recuerdas cuando lo conociste?
Él se sonrojó de vergüenza. En la antecámara iluminada, el cuero y la capa de cuadros de John lo hacían parecer un perro mestizo en medio de una banda de perritos falderos. Estaba examinando con enorme interés un organillo en forma de laúd mientras la pelirroja Hermosa Isolda de Greenhythe contaba la última adquisición

de su colección interminable de bromas escatológicas sobre los gnomos. Todos rieron menos John, que estaba demasiado interesado en el instrumento musical que tenía en el regazo para darse cuenta de nada; Jenny vio que la boca de Gareth se torcía con algo entre la rabia y el dolor confuso. Había ido al norte en busca de un sueño, pensó ella; ahora no tenía ni aquello que había buscado ni lo que había pensado que encontraría al volver.

—No debería haber dejado que se burlaran de vos de esa forma —dijo después de un momento—. No pensé que Zyerne...

Se interrumpió, incapaz de seguir. Ella vio cómo la amargura y una desilusión peor que la que le había dado John al aparecer entre los cerdos en Alyn endurecía la boca del muchacho. Probablemente, nunca había visto a Zyerne actuando con esa maldad ridícula, pensó Jenny; o tal vez sólo la había visto en el contexto del mundo que ella misma había creado, un mundo del que él tampoco había salido nunca hasta entonces.

Gareth respiró hondo y continuó:

—Sé que debería haberos defendido de alguna forma, pero..., pero no sabía cómo... —Extendió las manos, impotente. Con la primera expresión de humor ante sí mismo que Jenny le hubiera escuchado, agregó—: ¿Sabéis?, en las baladas es tan fácil rescatar a alguien. Quiero decir, si uno es derrotado, al menos puede morir con honor y no tener que sufrir que todos se le rían en la cara durante las tres semanas siguientes.

Jenny rió y extendió la mano para tocarle el brazo. En la penumbra, los rasgos de Gareth eran sólo un borde dorado a lo largo de la mejilla flaca y los círculos gemelos de los lentes estaban opacos con los reflejos de la lámpara que brillaban sobre unos pocos mechones de su cabello, rojos como el fuego, y formaban una luz puntiaguda a lo largo de los bordes de su cuello de puntillas.

—No te preocupes por eso. —Sonrió—. Como matar dragones, es un arte especial.

—Escuchad —dijo Gareth—. La..., lamento haberos engañado. No lo hubiera hecho de haber sabido que sería así. Pero Zyerne envió un mensajero a mi padre..., hay sólo un día de camino a Bel y está preparando una habitación de huéspedes para vosotros en palacio. Estaré con vosotros cuando os presenten al rey y sé que querrá aceptar los términos... —Se detuvo, como si recordara sus últimas mentiras dichas con la misma seguridad—. Quiero decir, realmente lo sé esta vez. Desde la llegada del dragón, ha habido una gran recompensa para quien lo matara, más que el pago de un destacamento durante todo un año. Tiene que escuchar a John.

Jenny apoyó un hombro contra el tallado del poste de la escalera; las chispas de la luz de la lámpara reflejada se filtraban a través de las persianas y tachonaban de oro su vestido negro y plata.

—¿Es tan importante para ti?

Él asintió. Hasta con las hombreras de moda de su jubón blanco y violeta, sus hombros angostos parecían inclinados por el cansancio y la derrota.

—No dije la verdad en el fuerte —dijo con voz reposada—. Pero dije que sé que no soy un guerrero ni un caballero andante y sé que no soy bueno en los juegos. Y no soy tan estúpido como para creer que el dragón no me mataría en un segundo si fuera a atacarlo..., sé que todos aquí se ríen cuando hablo de honor y caballerosidad y de los deberes de un caballero y vos y John también... Pero eso es lo que hace de John el barón de las Tierras de Invierno y no sólo un bandido más, ¿no es cierto? No tenía por qué matar ese primer dragón. —El muchacho hizo un gesto cansado, se encogió de hombros y fragmentos de luz volaron a lo largo de las rayas blancas de sus mangas cortadas hacia los diamantes de sus puños—. No podía quedarme con los brazos cruzados. Tenía que intentarlo, incluso si lo hacía mal.

Jenny sintió que nunca antes lo había querido tanto. Dijo:

—Si realmente lo hubieras hecho mal, no estaríamos aquí.
Trepó lentamente las escaleras y cruzó la galería que separaba el resto de la casa del vestíbulo. Como la escalera, estaba encerrada en un enrejado de piedra tallado con formas de enredaderas y árboles, y las sombras temblaban como arlequines inquietos sobre su vestido y su cabello. Se sintió cansada y fría de haberse mantenido entera durante toda la noche...; las bromas astutas y la malicia de encaje de la corte de Zyerne la habían lastimado más de lo que quería admitir. Les tenía lástima, un poco, por lo que eran, pero no tenía la piel dura de John.
Ella y John tenían la más pequeña de las habitaciones al final de ese ala del edificio; Gareth, la más grande, justo al lado. Como todo lo demás en la casa de Zyerne, estaban muy bien decoradas. Las rojas cortinas adamascadas de la cama y las lámparas de alabastro estaban diseñadas como un escenario para la belleza de Zyerne y una prueba de su poder para lograr que el rey le diera lo que quería. Con razón, pensó Jenny, Gareth desconfiaba de todas las hechiceras que tuvieran poder sobre el corazón de un líder...
Al dejar atrás el ruido de la galería y volverse hacia el corredor, notó el roce duro de su ropa prestada sobre la madera tallada del piso y, con su viejo instinto de silencio, se recogió las pesadas faldas y las levantó. Frente a ella la luz de la lámpara de una puerta entreabierta formaba un trapezoide dorado de brillo a través de la oscuridad. Zyerne, y Jenny lo sabía, no estaba abajo con los demás, y se sintió inquieta e incómoda ante la idea de encontrarse con esa niña hermosa, malcriada, poderosa, especialmente aquí en su propia casa donde tenía el poder absoluto. Así, Jenny pasó frente a la puerta abierta en una nube de ilusión; y aunque se detuvo en las sombras ante lo que vio adentro bajo la luz, permaneció invisible.
Habría sido así, pensó después, incluso si no se hubiera envuelto en los hechizos que desviaban las miradas fortuitas. Zyerne estaba sentada en una isla de brillo; el reflejo de una lámpara de noche acariciaba el dorado de su silla de ébano; estaba tan quieta que ni siquiera las sombras de puntas doradas de sus velos de encaje se movían bajo su vestido. Tenía las manos sobre la cara de Servio Clerlock, arrodillado a sus pies, y la inmovilidad era tal que ni siquiera se veía el brillo de los zafiros en el cabello del hombre; sólo ardían con fuerza con un único reflejo. Aunque él tenía la cara vuelta hacia arriba, sus ojos estaban cerrados; era la cara contorsionada, intensa de un hombre que siente un éxtasis tan inmenso que casi se ha transformado en dolor.
La habitación respiraba magia y el peso de ésta era un brillo tintineante en el aire. Como maga, Jenny podía sentirla, la olía como al incienso; pero era un incienso cargado de podredumbre. Se alejó unos pasos, asqueada. Aunque las manos de Zyerne sobre la cara de Servio era el único contacto entre los dos cuerpos, Jenny tuvo la sensación de haber visto algo obsceno. Los ojos de Zyerne estaban cerrados, fruncía el ceño infantil en una leve concentración; la sonrisa que curvaba sus labios era de satisfacción emocional y física, como una mujer después de un acto sexual.
No de amor, pensó Jenny, mientras se alejaba de la escena moviéndose de nuevo sin sonido por el pasillo, sino de cierta forma privada de saciedad.
Jenny se sentó durante un largo rato en el alféizar de la ventana oscura de su habitación y pensó en Zyerne. La luna se levantó salpicando las puntas desnudas de los árboles sobre la alfombra blanca de nieblas que se arrastraba por el suelo; oyó que los relojes daban la hora en la planta baja y oyó el ruido de las voces y las risas. La luna estaba en cuarto creciente y había algo en eso que preocupaba a Jenny, aunque por el momento no sabía qué era. Al cabo de un rato, oyó que la puerta se abría suavemente tras ella y se volvió para ver la silueta de John contra la luz tenue de la lámpara que ardía en el pasillo. Su reflejo arrojó una lluvia de chispas metálicas de su jubón y puso un halo primitivo sobre la lana rústica de su capa. El dijo con voz suave a la oscuridad:

—¿Jen?
—Estoy aquí.
La luz de la luna brilló sobre sus anteojos. Ella se movió un poco; las sombras en barras de las ventanas sobre su vestido negro y plateado la hacían casi invisible. Él llegó con cuidado por el terreno poco familiar del suelo, las manos y la cara como manchas pálidas contra su ropa oscura.
—Dios —dijo él disgustado mientras se soltaba la capa—. Venir aquí a arriesgar mis huesos para matar un dragón y terminar haciéndome el payaso para un grupo de chicos. —Se sentó sobre el borde de la cama con cortinas y trabajó con las hebillas pesadas de su jubón.
—¿Gareth te ha dicho algo?
Los anteojos brillaron de nuevo cuando él asintió.
—¿Y?
John se encogió de hombros.
—No me extraña que sea un patán lisiado y torpe con menos sentido común que los arbustos de mi prima Dilly. Con el medio en que se mueve... Y realmente se arriesgó para buscarme, tengo que reconocerlo. —La voz de John se convirtió en murmullo cuando se agachó para sacarse las botas—. Aunque te apuesto todo el oro del dragón contra manzanas verdes que no tenía ni idea de lo peligroso que iba a ser. Dios sabe lo que yo hubiera hecho de haber estado en sus zapatos, tan desesperado por ayudar y sabiendo que no tiene ni una oportunidad contra el dragón si lo hace él mismo. —Puso las botas en el suelo y se sentó de nuevo—. Sin embargo, ya que hemos venido hasta aquí, sería tonto si no hablara con el rey y viera lo que me ofrece, aunque estoy seguro de que vamos a tener que enfrentarnos a Zyerne en cualquier trato que hagamos con él.
Incluso mientras se hacía el payaso, pensó Jenny mientras se sacaba las peinetas del cabello y dejaba que su velo de moda cayera al suelo, John no se perdía nada de lo que pasaba a su alrededor. La seda almidonada parecía fría bajo sus dedos por la cercanía de la ventana, como el cabello cuando desenrolló su espiral pesada y la dejó golpear seca contra sus hombros huesudos, medio desnudos. Finalmente dijo:
—Cuando Gareth me habló por primera vez de ella, me sentí celosa, la odié sin haberla visto siquiera. Era todo lo que yo siempre quise, John: genio, tiempo y belleza —agregó mientras se daba cuenta de que eso último también importaba—. Tenía miedo de que todavía fuera eso.
—No sé, amor. —John se puso de pie, descalzo, en pantalones y con la camisa arrugada, y fue hasta la ventana donde ella estaba—. No me suena mucho a lo que tú eres. —Tenía las manos cálidas a través de los rasos duros, fríos de la ropa prestada, cuando recogió el peso renegrido del cabello de Jenny y lo dividió en columnas que se deslizaron a través de sus dedos—. No sé nada de su magia, porque no nací mago, pero sé que es cruel por el placer de serlo, no en las cosas grandes que harían que se notara, sino en las pequeñas y sé que hace que otros lo sean, les enseña con el ejemplo y la broma a ser tan crueles como ella. Yo azotaría a Ian si tratara a un huésped como ella te ha tratado a ti. Y ahora entiendo lo que quería decir ese gnomo que encontramos en el camino cuando dijo que envenena todo lo que toca. Pero es sólo una amante, eso es todo lo que es. Y en cuanto a su belleza... —Se encogió de hombros—. Si yo tuviera un poco más de ingenio para la forma, también sería hermoso.
Sin quererlo, Jenny rió y se recostó en los brazos de Aversin.
Pero luego, en la oscuridad de la cama rodeada de cortinas, volvió a su mente el recuerdo de Zyerne. La vio de nuevo a ella y a Servio en el aura rosada de la luz de la lámpara y sintió el peso y la fuerza de la magia que había llenado la habitación como el silencio sólido que se levanta antes del trueno. ¿Era sólo la magnitud del poder lo

que le asustaba?, se preguntó. ¿O había sido la sensación de que había algo sucio en él, como el regusto de la leche agria? ¿O era sólo el gusano de su envidia ante las artes más grandes de una mujer más joven que ella?
John había dicho que no sonaba a lo que era Jenny, pero ella sabía que estaba equivocado. Ella era así, era la parte de sí misma que estaba tratando de combatir, la niña de catorce años todavía enterrada en su alma, llorando con rabia agotada y amarga cuando las lluvias que había conjurado su maestro no se dispersaban ante sus hechizos adolescentes. Había odiado a Caerdinn por ser más fuerte que ella. Y aunque después de largos años de cuidar a ese viejo irascible, el odio se había transformado en afecto, nunca había olvidado que era capaz de odiar. Tanto, pensó con ironía, como era capaz de hacerle los hechizos de la muerte a un hombre indefenso, como hiciera con el bandido moribundo en las ruinas de la vieja ciudad; tanto como era capaz de dejar a un hombre y a dos niños que la querían para ir detrás del poder que deseaba.
¿Habría sido capaz de entender lo que vi esta noche si hubiera dedicado todo mi corazón, todo mi tiempo, al estudio de la magia? ¿Tendría un poder como ése, enorme como una tormenta reunida entre mis manos?
A través de las ventanas, más allá de las cortinas partidas de la cama, veía el ojo frío y blanco de la luna. Su luz, quebrada por el alféizar, se esparcía como las espinas de una cola de pez sobre el raso negro y blanco del vestido que había usado y sobre el respetable traje marrón que no se había puesto John. Tocaba la cama y destacaba las heridas que cruzaban el brazo desnudo de John, brillaba sobre la palma abierta de su mano y delineaba la forma de su nariz y sus labios contra la oscuridad. De pronto, la visión en el cuenco lleno de agua volvió a ella, una sombra helada en su corazón.
¿Sería capaz de salvarlo, si fuera más poderosa?, se preguntó. ¿Si hubiera dedicado su tiempo sólo a sus poderes, en lugar de dividirlo entre ellos y John? ¿Era eso, en realidad, lo que había dejado de lado sin preocuparse: la capacidad para salvarlo?
En algún lugar, crujió una puerta. Jenny respiró lentamente para escuchar, oyó un sonido casi imperceptible de pies desnudos junto a su puerta y la vibración sorda de un hombre que golpeaba la pared.
Se deslizó fuera de las sábanas sedosas y se puso la camisa. Se envolvió en la primera prenda que encontró, la capa de John, y cruzó con rapidez la oscuridad de la habitación hacia la puerta.
—¿Gar?
Estaba de pie a unos metros de ella, abstraído y muy joven en su camisón. Los ojos grises miraban hacia delante, sin los anteojos, y el cabello fino estaba aplastado y enredado por apoyarlo en la almohada. Se asustó al sonido de la voz de Jenny y casi cayó, aferrándose de la pared para sostenerse. Ella se dio cuenta entonces de que lo había despertado.
—Gar, soy yo, Jenny. ¿Estás bien?
Tenía la respiración agitada del susto. Le puso una mano sobre el brazo para sostenerlo y él parpadeó con sus ojos miopes, mirándola un momento. Luego, respiró hondo.
—Muy bien —dijo tembloroso—. Estoy bien, Jenny. Yo... —Miró a su alrededor y se pasó una mano temblorosa por el cabello—. Debo..., debo de haber estado caminando en sueños de nuevo.
—¿Lo haces a menudo?
Asintió y se frotó la cara.
—Quiero decir... No en el norte, pero a veces aquí, sí. Es que soñaba... —Hizo una pausa, tratando de recordar—. Zyerne...
—¿Zyerne?
El color inundó de pronto la cara pálida.

—Nada —murmuró y evitó los ojos de Jenny—. Quiero decir..., no me acuerdo.
Jenny lo dejó a salvo en el umbral oscuro de su habitación y luego se quedó de pie un momento en el pasillo, oyendo los sonidos pequeños de las cortinas de las camas y las sábanas cuando él las apartó para volver a dormirse. No sabía lo tarde que era. La casa estaba silenciosa a su alrededor, sintió los olores de las velas que ya se habían apagado hacía mucho, del vino derramado y el residuo mal ventilado de la pasión, ahora opaco y maloliente. A todo lo largo del corredor, las habitaciones estaban a oscuras, todas menos una, una que tenía la puerta entreabierta. El brillo leve de una sola lámpara de noche brillaba por dentro, y su luz yacía sobre el parqué sedoso del suelo como una mantilla abandonada de oro luminoso.

6

—Tendrá que escucharos. —Gareth se inclinó sobre el alféizar de una de las altas ventanas que se alzaban en la pared sur de la Galería del Rey, y el brillo de la pálida luz del sol se reflejaba sobre las joyas pasadas de moda que llevaba—. Acabo de oír que anoche el dragón destruyó la caravana que llevaba suministros a las tropas que sitian Halnath. Más de quinientos kilos de harina y azúcar y carne destruidos..., caballos y bueyes muertos o perdidos, los cuerpos de los guardias quemados e irreconocibles.

Se arregló, nervioso, los pliegues elaborados de sus mantos de ceremonia y espió con su mirada miope a Jenny y John, que compartían un banco tallado de ébano incrustado de malaquita. Debido a las exigencias de la etiqueta de la corte, la costumbre formal se había petrificado en una moda que estaba unos ciento cincuenta años atrás, y como resultado, todos los cortesanos y peticionarios que se reunían en la larga habitación parecían acartonados personajes de una mascarada. Jenny reparó en que John no estaba dispuesto a hacerse el bárbaro en cuero y capa a cuadros en presencia del rey aunque todavía persistía en esa actitud entre los jóvenes cortesanos que lo rodeaban de admiración.

Gareth había arreglado las mantas de raso azul y crema de John..., el trabajo de un ayuda de cámara. Servio Clerclock se había ofrecido a hacerlo, pero había reglas rígidas de sastrería al respecto según creía Jenny; Servio habría sido muy capaz de arreglar los elaborados vestidos de una forma ridícula, sabiendo que el Vencedor de Dragones sería incapaz de ver la diferencia.

Servio estaba entre los cortesanos que esperaban la llegada del rey. Jenny lo veía, más allá en la Galería del Rey, de pie en una de las barras inclinadas de luz pálida y platinada. Como siempre, su vestido era más impresionante que el de cualquiera de los demás hombres presentes; sus mantos eran un milagro de complejos pliegues y elegancia estudiada, tan espesos de bordados que brillaban como la espalda de una víbora; sus mangas floridas, de una moda de seis generaciones atrás, eran exactas hasta el milímetro en cuanto al largo y la caída. Hasta se había pintado la cara a la manera arcaica y formal, cosa que algunos cortesanos preferían antes que las aplicaciones modernas de rouge y alcohol en los ojos. John se había negado absolutamente a tener nada que ver con ninguno de los dos estilos. Los colores acentuaban la palidez del rostro del joven Clerlock, aunque parecía mejor, notó Jenny, que el día anterior en la cabalgata desde la casa de Zyerne hasta Bel..., menos carcomido y exhausto.

Miraba a su alrededor con nerviosismo y ansiedad, buscando a alguien, probablemente a Zyerne. A pesar de lo mal que había estado el día anterior, había sido siempre el primero en atender a Zyerne; cabalgó a su lado y le sostuvo la fusta, la caja de perfumes y las riendas de su caballo cuando desmontaba. Y no había conseguido mucho agradecimiento, por cierto, pensó Jenny. Zyerne había pasado el día tratando de enamorar a Gareth, que no le respondía.

No era que Gareth fuera inmune a los encantos de la maga. Desde fuera, Jenny tenía la extraña sensación de que podía observarlo todo a su antojo, con tranquilidad, como sí estuviera mirando un grupo de ardillas en una jaula. Los cortesanos no lo notaban, así que pudo ver que Zyerne se burlaba deliberadamente de los sentidos de Gareth con cada roce, con cada sonrisa. ¿Aman los que nacen magos?, le había preguntado él una vez, allá en la tristeza de las Tierras de Invierno. Evidentemente había llegado a su propia conclusión sobre la cuestión de si Zyerne lo amaba o no, o si él amaba a Zyerne. Pero Jenny sabía muy bien que el amor y el deseo son dos cosas diferentes, sobre todo para un muchacho de dieciocho años. Bajo su aire de inocencia y

coquetería, Zyerne era una mujer experta en las artes de manipular las pasiones de los hombres.
¿Por qué?, se preguntó Jenny, mirando el perfil torpe del muchacho contra las sombras suaves de cobalto de la galería. ¿Por el placer de verlo debatirse por no traicionar a su padre? ¿Para usar su culpa para controlarlo y luego, algún día, acusarlo ante el rey gritando «violación»?
Hubo un movimiento general en la galería, como el viento en el trigo seco. En el extremo del salón, unas voces murmuraron:
—¡El rey! ¡El rey!
Gareth se puso de pie como pudo y controló rápidamente los pliegues de sus mantos. John también se levantó mientras encajaba los anteojos anacrónicos sobre el puente de la nariz. Cogió la mano de Jenny y siguió más lentamente a Gareth que se apresuraba hacia la línea de cortesanos que estaba formándose en el centro del salón.
En el otro extremo, unas puertas se abrieron hacia dentro. El chambelán Badegamus pasó por ellas, corpulento, rosado y mayor, adornado con una librea de carmesí y oro que cegaba los ojos con su esplendor.
—Damas, caballeros..., el rey.
Con el brazo contra el de Gareth, Jenny sintió el temblor de nerviosismo del muchacho. Después de todo, había robado el sello de su padre y había desobedecido sus órdenes..., y ya no era tan descuidado como los personajes de las baladas con respecto a las posibles consecuencias de sus actos. Sintió que estaba tenso, preparado para adelantarse y ejecutar el saludo correcto con su reverencia, como hacían ya otros en la fila, y recibir el reconocimiento de su padre y una invitación para una entrevista en privado.
La cabeza del rey se alzaba sobre todas las demás, más alta incluso que la de su hijo. Jenny podía ver que tenía el cabello tan rubio como el de Gareth pero mucho más grueso, un oro cálido de cebada que estaba empezando a palidecer y a parecerse al color de la paja. Como el murmullo firme de las olas en la orilla del mar, las voces repetían:
—Mi señor..., mi señor...
La mente de Jenny volvió un segundo a las Tierras de Invierno. Suponía que lo lógico hubiera sido sentir resentimiento contra los reyes que habían retirado sus tropas y abandonado las tierras, o temor y respeto al ver finalmente la fuente de la ley por cuya defensa John estaba dispuesto a morir. Pero no sentía ninguna de las dos cosas. Sabía que ese hombre, Uriens de Bel, no tenía nada que ver ni con la retirada de aquellas tropas ni con la confección de la Ley; era sólo el heredero de los hombres que lo habían hecho.
Como Gareth antes de haber viajado a las Tierras de Invierno, no tenía otra noción de esas cosas que la que le habían dado los tutores y ésa, sin duda, la había olvidado enseguida.
El rey se acercó, asintiendo con la cabeza hacia aquel hombre o aquella mujer, la seña que indicaba que hablaría con ellos en privado, y Jenny sintió una distancia vasta entre ella y ese hombre alto de ropas reales color carmesí. Su única alianza era con las Tierras de Invierno y con los hombres y mujeres que vivían allí, con un pueblo y una tierra que conocía. Era John el que sentía la alianza antigua del vasallo; John, que había jurado dar a ese hombre su espada, su vida y su devoción.
De todos modos, a medida que el rey se aproximaba, Jenny sintió la tensión, tangible como un color en el aire. Había ojos que los miraban, disimulados; los jóvenes cortesanos esperaban el encuentro entre el rey y su hijo errante.
Gareth se adelantó y los bordes de su manto, cortados como las hojas de un roble, se reunieron a su alrededor como una capa entre el dedo mayor y el anular de su mano

derecha. Con una gracia sorprendente, inclinó su forma flaca y larga en una reverencia del tipo Sarmendes-en-esplendor, perfecta como sólo podía hacerla un Heredero, y además, sólo ante el monarca.
—Mi señor.
El rey Uriens II de Belmarie, Suzerain de las Marchas, Alto Señor de Wyr, Nast y las Siete Islas, miró a su hijo un momento con ojos vacíos, sin color, abiertos en una cara frágil, carcomida. Luego, sin una palabra, se volvió para aceptar los saludos del próximo cortesano.
El silencio en la galería habría podido hacer saltar la pintura de las maderas. Como veneno negro sobre agua limpia, se extendió de un extremo a otro del salón. Las voces de los pocos peticionantes que quedaban se oyeron más y más claras, como si fueran gritos; la puerta dorada de bronce que se cerró tras la figura del rey que pasaba a su sala de audiencias pareció un trueno lejano. Jenny sintió que los ojos de todos miraban hacia cualquier lado menos hacia ellos, y luego se miraban en secreto unos a otros y sintió la cara de Gareth, tan blanca como su cuello de puntillas.
Una voz suave dijo detrás de ellos:
—Por favor, no te enojes con él, Gareth.
Zyerne estaba allí, vestida en una seda color ciruela tan oscura que era casi negra, con nudos de una seda cremosa y rosada sobre las mangas que se arrastraban por el suelo. Sus ojos color aguamiel estaban llenos de preocupación.
—Cogiste su sello, ¿sabes?, y te fuiste sin permiso.
John abrió la boca.
—Un poco fuerte el golpe, sin embargo, ¿no os parece? Quiero decir, ahí está el dragón como siempre mientras nosotros esperamos que nos dé permiso para partir.
Los labios de Zyerne se tensaron un poco, luego se aflojaron de nuevo. En el extremo más cercano de la Galería del Rey, se abrió una pequeña puerta y apareció el chambelán Badegamus, que llamó al primero de los peticionarios a quien el rey había concedido una audiencia.
—En realidad, no hay peligro para nosotros. El dragón se ha quedado en las granjas que están al pie de la Pared de Nast.
—Ah —dijo John con voz comprensiva—. Eso hace que todo esté bien, ¿verdad? ¿Y eso es lo que le contáis a los granjeros entre quienes se ha quedado el dragón, según decís?
El brillo de la rabia en los ojos de miel fue más fuerte esa vez, como si nadie le hubiera hablado así jamás, o al menos, pensó Jenny que observaba en silencio junto a John, no en mucho tiempo. Con un esfuerzo visible, Zyerne se controló y dijo con el aire de alguien que reta a un chico:
—Debéis entender. Hay otras preocupaciones mucho más urgentes para el rey.
—¿Más urgentes que un dragón sentado a su puerta? —preguntó Gareth, enfurecido.
Ella estalló en una risa dulcísima.
—No hay necesidad de hacer una riña de mercado por esto, ¿sabes? Ya te lo dije antes, querido, no vale las arrugas que te causa.
Él retiró la cabeza de su toque juguetón.
—¡Arrugas! ¡Estamos hablando de gente que muere!
—Cállate, Gareth —dijo lentamente Servio Clerlock, que se acercaba con languidez hacia ellos—. Te estás poniendo tan gruñón como el viejo Policarpio.
Debajo del maquillaje, su cara parecía todavía más lavada cerca del fulgor brillante de Zyerne.
—No deberías sacarles a esos pobres granjeros la única sal que tienen sus aburridas vidas...
—Sal... —empezó Gareth, y Zyerne le retorció la mano en broma.

—No me digas que vas a ponerte aburrido y altruista con nosotros. No sabes cómo nos dormiríamos. —Sonrió—. Y te diré algo más —agregó con seriedad—, no hagas nada que pueda enojar más a tu padre. Sé paciente..., y trata de entender.
A medio camino por la larga galería volvía el chambelán Badegamus, pasando junto al pequeño grupo de gnomos que se sentaban, en una isla de soledad, a la sombra de uno de los arcos ornamentales acanalados que se alzaban junto a la pared este. Cuando pasó el chambelán, uno de ellos se levantó en un murmullo sedoso de ropas extrañas, volátiles, con los mechones nebulosos de su cabello blanco como la leche flotando alrededor de su espalda encorvada. Gareth se lo había señalado a Jenny un rato antes: Azwylcartusherands, llamado Dromar por los hijos de los hombres, que tenían poca paciencia con la lengua de los gnomos, embajador hacía ya mucho tiempo del señor de la Gruta en la Corte de Bel. Badegamus lo vio y se detuvo, luego miró rápidamente a Zyerne. Ella meneó la cabeza. Badegamus volvió la cara y pasó junto a los gnomos sin verlos.
—Se vuelven atrevidos —dijo la maga con suavidad—. Enviar representantes aquí cuando pelean del lado de los traidores de Halnath.
—Bueno, no pueden evitarlo, ¿no os parece?: la salida posterior de la Gruta da a la ciudadela —señaló John.
—Podrían haber abierto las puertas de la ciudadela para las tropas del rey.
John se rascó el lateral de la larga nariz.
—Bueno, como soy un bárbaro y todo eso, no sé cómo se hacen las cosas en los países civilizados —dijo—. En el norte, tenemos una palabra para un hombre que hiciera eso a quien le dio refugio cuando huía.
Durante un instante, Zyerne se quedó en silencio; su poder y su enojo parecían crujir en el aire. Luego, volvió a estallar su risa de perlas y plata.
—Os juro, Vencedor de Dragones, que tenéis una forma bien inocente y refrescante de ver las cosas. Me hacéis sentir una anciana. —Se apartó un mechón de cabello de la mejilla mientras hablaba; parecía tan dulce y buena como una jovencita de veinte años—. Venid. Vamos a escabullirnos de esta estupidez y a cabalgar por los acantilados junto al mar, ¿Vienes, Gareth? —Puso la mano en la del muchacho de un modo tal que él no podía rechazarla sin ser grosero..., Jenny vio cómo la cara de él enrojecía ligeramente por el roce—. ¿Y vos, bárbaro mío? Ya sabéis que el rey no os verá hoy.
—Sea como sea —dijo John con voz tranquila—. Me quedaré aquí por si acaso.
Servio rió con voz metálica.
—¡Ese es el espíritu que ganó el reino!
—Sí —dijo John en una voz neutra y volvió al banco labrado en que había estado con Jenny, seguro en su reputación establecida de bárbaro excéntrico.
Gareth retiró la mano de la de Zyerne y se sentó cerca; los mantos se le enredaron en el brazo de la silla, adornado con la cara de un león.
—Creo que yo también me quedo —dijo, con tanta dignidad como pudo mientras desenredaba la ropa del mueble. Servio rió de nuevo.
—Creo que nuestro príncipe ha estado demasiado tiempo en el norte. —Zyerne frunció la nariz, como si fuera una broma de gusto dudoso.
—Vete, Servio. —Sonrió—. Tengo que hablar al rey. Voy más tarde. —Reunió sus faldas y se alejó hacia las puertas de bronce de la antecámara del rey; los ópalos que había en sus velos parecían gotas de rocío cayendo sobre un pimpollo de manzano cuando pasó junto a las bandas pálidas de la luz de la ventana. Cuando llegó al grupito de gnomos, el viejo Dromar se levantó de nuevo y caminó hacia ella con el aire de alguien que cobra ánimos para un encuentro odiado pero necesario, pero ella desvió la mirada y apresuró el paso de modo que, para interceptarla, él tendría que

correr sobre sus piernas cortas, torcidas. Y no iba a hacerlo, claro. Se quedó mirándola un momento, con la rabia ardiendo en sus ojos pálidos color ámbar.

—No lo entiendo —dijo Gareth mucho después, cuando los tres paseaban por las calles estrechas del barrio multitudinario del mercado y el puerto—. Ella dijo que padre estaba enojado, sí..., pero él sabía a quién traía conmigo. Y debe de saber algo del último ataque del dragón. —Saltó sobre el agua maloliente de la alcantarilla para evitar a un trío de marineros que salía tropezando de una de las tabernas que se abrían sobre la calle empedrada y casi se engancha sobre su propia capa.
Cuando Badegamus anunció a la galería casi vacía que el rey ya no vería a nadie ese día, John y Jenny llevaron a Gareth, furioso, sorprendido, a la casa de huéspedes que les habían asignado en uno de los rincones más alejados de palacio. Allí se cambiaron la ropa prestada de la corte y John anunció su decisión de pasar el resto de la tarde en la ciudad, buscando gnomos.
—¿Gnomos? —dijo Gareth, sorprendido.
—Bueno, si no se le ha ocurrido a nadie más, se me ocurre a mí que si tengo que pelear con ese dragoncito, voy a tener que conocer el trazado de las cavernas. —Con una habilidad sorprendente, se liberó de los intrincados pliegues de sus mantos y sacó la cabeza de la tela de raso de doble faz como una mala hierba salvaje y enmarañada—. Y como no parece correcto dirigirse a ellos en la corte...
—¡Pero si están conspirando! —protestó Gareth. Hizo una pausa mientras buscaba un lugar para tirar el manojo de collares y anillos pasados de moda entre la alta pila de libros, arpones y contenidos del bolso medicinal de Jenny sobre la mesa—. ¡Hablarles en la corte es un suicidio! ¿Y además no vais a pelear con él en la Gruta, verdad? Quiero decir... —Casi no llegó a contenerse para no señalar que en todas las baladas los Vencedores de Dragones habían matado a sus enemigos frente a las guaridas, no en ellas.
—Si lo ataco afuera y llega a volar, es el fin —replicó John, como si estuviera hablando de la estrategia del Backgammon—. Y aunque se me ha pasado por la cabeza que estamos en medio de una telaraña de complots, a nadie le conviene que el dragón siga en la Gruta. El resto del asunto es cosa mía. Ahora, ¿vas a guiarnos, o vas a dejarnos ir por la calle y preguntarle a quién sea dónde podemos encontrar a los gnomos?
Para sorpresa de Jenny y tal vez un poco para la suya propia, Gareth ofreció sus servicios como guía.
—Hablame de Zyerne, Gar —dijo Jenny, poniendo las manos bien adentro de los bolsillos de su chaqueta mientras caminaba—. ¿Quién es? ¿Quién fue su maestro? ¿En qué Linaje estaba?
—¿Maestro? —Gareth obviamente nunca había pensado en eso antes—. ¿Linaje?
—Si es maga, alguien debe de haberle enseñado. —Jenny miró al muchacho que se alzaba junto a ella mientras daban una vuelta para evitar un grupo de transeúntes que se agolpaba alrededor de unos malabaristas de la calle. Detrás de ellos, junto a una plaza con una fuente, un hombre gordo con la piel oscura de los sureños había instalado un puesto de comida y aullaba su mercancía entre nubes de vapor que perfumaban el aire crudo, neblinoso en metros a su alrededor.
—Hay diez o doce Líneas importantes que llevan el nombre de los magos que las fundaron. Había más, pero algunas decayeron y murieron. Mi maestro Caerdinn, y por lo tanto yo y otros discípulos suyos, o su propio maestro Spaeth, y otros alumnos de Spaeth, estamos todos en la Línea de Herne. Para un mago, saber que estoy en la Línea de Herne dice..., ah, muchas cosas sobre mi poder y mi actitud hacia el poder,

sobre el tipo de hechizos que conozco, y sobre el tipo de hechizos que no usaré nunca.
—¿En serio? —preguntó Gareth fascinado—. No sabía nada de eso. Creía que la magia era sólo algo..., bueno algo con lo que se nace.
—Igual que con el talento para el arte —dijo Jenny—. Pero sin un buen aprendizaje, nunca se llega a la plenitud; sin el tiempo necesario dedicado al estudio de la magia, sin la lucha necesaria... —Se detuvo, con una sonrisa irónica hacia sí misma—. Todo poder tiene que pagarse -—continuó después de un momento—. Y todo poder debe salir de alguna parte, tiene que haber sido pasado por algún otro.
Era difícil para Jenny hablar de su poder; además de la confusión de, su corazón, había mucho en todo el asunto que los que no habían nacido magos no podían entender. En toda su vida, sólo se había encontrado con una persona que lo entendiera, y en ese momento, esa persona estaba junto al puesto de comida, manchándose la capa con azúcar.
Jenny suspiró y se detuvo para esperarlo en el extremo de la plaza. Allí el empedrado estaba resbaladizo por el aire del mar y la basura; el viento olía a pescado y, como todas las cosas de la ciudad de Bel, a la fuerza intoxicante e indómita del mar. Era una plaza típica de los cientos de barrios populosos del mercado y el puerto de Bel, rodeada en tres lados y medio por conventillos altos, desvencijados y dominado por las piedras viejas de una torre gris pizarra de reloj a cuyos pies había un altar descuidado que contenía una imagen maltratada de Quis, el enigmático Señor del Tiempo. En el centro de la plaza gorgoteaba una fuente de granito de base amplia y bordes carcomidos. El tiempo había vuelto suaves y blancas sus piedras por encima y las había ensuciado por debajo con el musgo negro verdoso que parecía crecer en todas partes en el aire húmedo de la ciudad. Las mujeres iban allí a buscar agua y pasar chismes, las faldas levantadas casi hasta los muslos, pero las caras cubiertas con modestia con velos de lana tosca atados en nudos bajo el cabello para impedir que colgaran frente a las manos.
Entre las masas de estuco y colores chillones del mercado, lo exótico de la forma de vestir de John no había despertado mucha curiosidad. Las calles empinadas de piedra estaban llenas de viajeros de todo el reino y todas las tierras del sur: marineros con las cabezas rapadas y barbas como las de los cocoteros; buhoneros de la provincia jardín de Istmark con ropa pasada de moda, aparatosa, con velos para hombres y mujeres; cambistas de moneda con gabardina negra; prostitutas pintadas de arriba abajo y actores, malabaristas, exterminadores de ratas, carteristas, inválidos y vagabundos. Unas pocas mujeres miraron con desprecio la cabeza sin cubrir de Jenny y ella se sintió enojada consigo misma por la rabia que le daba.
Preguntó a Gareth:
—¿Qué sabes de Zyerne? ¿De qué era aprendiza en la Gruta?
Gareth se encogió de hombros.
—No sé. Os diría que aprendía algo en los Lugares de Curación. Ahí es donde se supone que está el mayor poder de la Gruta..., entre los que curan. La gente solía viajar durante días para que la atendieran allí y sé que la mayoría de los magos tenía conexión con ellos.
Jenny asintió. Hasta en el norte aislado y lejano, entre los hijos de los hombres que no sabían virtualmente nada de las costumbres de los gnomos, Caerdinn había hablado con respeto del poder que yacía en los Lugares de Curación en el corazón de la Gruta de Ylferdun.
Al otro lado de la plaza apareció una procesión de sacerdotes de Kantirith, Dios del Mar, caminando con las cabezas escondidas en las capuchas ceremoniales para que no los distrajera ninguna sucia visión. El gemido ritual de las flautas no acallaba sus cánticos recitados en murmullos. Como en todas las ceremonias de los Doce Dioses,

tanto las palabras como la música de las flautas habían sido fijadas en días ya olvidados; las palabras no tenían sentido, la música era algo totalmente distinto a lo que se oía en la corte o en cualquier otro lugar.
—¿Y cuándo vino Zyerne a Bel? —siguió Jenny, cuando la procesión de murmullos terminó de pasar.
Los músculos de la mandíbula del muchacho se tensaron.
—Después de que murió mi madre —dijo con tono monocorde—. Su... supongo que debí enojarme con mi padre. En ese momento, no entendí la forma en que Zyerne podía atraer a la gente, a veces en contra de su voluntad. —Puso su atención en alisar las arrugas de su manga durante un momento y luego suspiró—. Supongo que necesitaba a alguien. No fui muy bueno con él después de la muerte de mamá.
Jenny no dijo nada y dejó que hablara o callara a su antojo. Desde el otro lado de la plaza llegaba otra procesión religiosa, uno de los cultos del sur que se reproducían como conejos en el mercado; hombres y mujeres de piel oscura batían palmas y cantaban mientras sacerdotes flacos, andróginos, sacudían su cabello largo hasta la cintura y bailaban para el pequeño ídolo que llevaban en el medio sobre un altar de calicó lustroso y rosado. Los sacerdotes de Kantirith parecieron hundirse un poco más dentro de sus capuchas protectoras y el gemido de las flautas aumentó. Gareth miró a los recién venidos con ojos de desaprobación y Jenny recordó que el rey de Bel también era Pontífice Máximo del culto oficial; no había duda de que Gareth había sido criado en la más cuidadosa ortodoxia.
Pero el alboroto les daba la ilusión de la privacidad. Por lo que a la multitud concernía, podían haber estado solos; y después de un momento, Gareth volvió a hablar.
—Fue un accidente de caza —explicó—. Papá y yo cazábamos aunque papá últimamente lo ha dejado. Mamá odiaba la caza pero amaba a mi padre y le acompañaba si él se lo pedía. Se burlaba de ella y hacía bromitas sobre su cobardía, pero en realidad no estaba bromeando. No puede tolerar a los cobardes. Ella lo seguía hasta en terrenos muy difíciles, aferrada a su montura de mujer y tratando de mantenerse con el grupo; cuando todo terminaba, él la abrazaba y reía y le preguntaba si no valía la pena que hubiera reunido coraje..., cosas así. Ella lo hizo siempre, que yo recuerde. Solía mentirle y decirle que empezaba a aprender a disfrutarlo; pero cuando yo tenía unos cuatro años, la recuerdo en su traje de caza (era de terciopelo color melocotón con piel gris, me acuerdo bien) justo antes de partir, vomitando por el miedo que tenía.
—Parece haber sido una mujer valiente —dijo Jenny con calma.
La mirada de Gareth cayó sobre ella, luego se desvió de nuevo.
—No fue realmente culpa de papá —continuó después de un momento—. Pero cuando pasó, él se sintió culpable. El caballo se desplomó con ella sobre unas rocas..., en una montura de mujer no se puede caer con limpieza. Murió cuatro o cinco días después. Eso fue hace cinco años. Yo... —Dudó, las palabras atragantadas en el cuello—. No fui muy bueno con él después de eso.
Se ajustó los anteojos en un gesto incómodo y poco convincente que trataba de ocultar las lágrimas y enjugarlas en la manga.
—Ahora que vuelvo a pensarlo, creo que si ella hubiera sido más valiente, habría tenido el coraje de decirle que no quería ir, el coraje de arriesgarse a aguantar sus bromas. Tal vez de ella saqué ese coraje —agregó con el brillo tímido de una sonrisa—. Tal vez debería haberme dado cuenta de que yo no podía culpar a mi padre tanto como él se culpaba a sí mismo..., de que no podía decirle nada que no se hubiera dicho a sí mismo. —Encogió los hombros huesudos—. Ahora lo entiendo. Pero cuando tenía trece años, no entendí nada. Y para cuando lo hice, había pasado demasiado tiempo y ya no podía decirle nada. Y para entonces, estaba Zyerne.

Los sacerdotes de Kantirith se fueron lentamente por una calle torcida entre dos edificios medio inclinados, como borrachos. Los niños que se habían detenido a mirar la procesión continuaron con sus juegos; John volvió a caminar con cuidado a través de las figuras de musgo y espinas de pescado de los adoquines, deteniéndose a cada paso para admirar una nueva maravilla: un reparador de sillas que trabajaba sobre las piedras de la vereda o los actores dentro de un pequeño teatro, gesticulando mientras un anunciante gritaba desde la puerta partes del argumento a los transeúntes. Jenny pensó divertida que John nunca aprendería a comportarse como el héroe de leyenda que era.

—Debe de haber sido duro para ti —dijo ella.

Gareth suspiró.

—Era más fácil hace unos años —admitió—. Entonces podía odiar con claridad. Luego, durante un tiempo, ni..., ni siquiera pude hacer eso. —Volvió a enrojecer—. Y ahora...

Hubo un brillo de conmoción en la plaza, como el ruido de una pelea de perros; una voz aguda y burlona de mujer gritó:

—¡Puta! —Jenny volvió la cabeza bruscamente.

Pero no se referían a ella y su falta de velos. Una pequeña mujer gnomo, con la cola suave de su cabello como una nube de albaricoque en la luz pálida del sol, se acercaba, dudando, hacia la fuente. Llevaba los pantalones negros de seda levantados sobre las rodillas para no mojarlos con los charcos de la calle rota, y la túnica blanca con las mangas de bordados flotantes cuidadosamente arreglados proclamaba que estaba viviendo en una pobreza extraña a su nacimiento. Hizo una pausa, mirando a su alrededor con los ojos casi cerrados por la luz demasiado fuerte del día; luego sus pasos siguieron hacia la fuente; las manos pequeñas, redondas aferraban nerviosas el asa del balde que llevaba como una experta.

Se oyó otro grito.

—Vinisteis a visitar los barrios bajos, ¿eh, señora? ¿Cansada de estar sentada sobre todo ese grano que tenéis escondido? ¿Demasiado avara para tomar sirvientes?

La mujer se detuvo de nuevo, agitando la cabeza de un lado a otro como si buscara a sus perseguidores, medio ciega por la reverberación del aire libre. Alguien la golpeó con un pedazo de excremento de perro en el brazo. Ella saltó, asustada, y sus pies pequeños, enfundados en zapatos de cuero suave, resbalaron sobre las desiguales piedras húmedas. Soltó el balde al caer y luego lo buscó apoyada en manos y rodillas. Una de las mujeres de la fuente, con la aprobación sonriente de sus vecinos lo puso fuera de su alcance de una patada.

—¡Esto te enseñará a no guardar el pan que sacaste de la boca de la gente honesta!

La mujer gnomo buscó con rapidez a su alrededor. Una mujer gorda, marchita que había sido la más gritona en los chismes alrededor de la fuente dio una patada al balde para alejarlo de las manos que lo buscaban.

—¡Y a no conspirar contra el rey!

La mujer gnomo se levantó sobre sus rodillas, mirando a su alrededor y uno de los niños salió de la multitud que se reunía poco a poco y le tiró de los largos mechones de cabello. Ella se volvió, tratando de atraparlo, pero el muchacho se había ido ya. Otro retomó el juego y saltó luego lejos de la misma forma, demasiado entusiasmado con la diversión para darse cuenta de John.

A la primera señal de problemas, el Vencedor de Dragones se había vuelto hacia el hombre que tenía al lado, un habitante del este, tatuado de azul y vestido con un delantal de herrero y poco más, y le había dado los tres emparedados que tenía en las manos.

—¿Me los guardas? —Luego caminó entre la multitud con rapidez en una línea de corteses «perdón, perdonadme» a tiempo para atrapar al segundo niño que había saltado para seguir con la burla que había empezado el primero.
Gareth habría podido decir lo que seguía. Los cortesanos de Zyerne no eran los únicos a quienes engañaba el aspecto de inocente bonachón que tenía John. El entrometido, cogido totalmente por sorpresa desde atrás, no tuvo tiempo de gritar antes de terminar en las aguas de la fuente. Una zambullida fuerte mojó a todas las mujeres que descansaban en los escalones y a casi todos los holgazanes de los alrededores. Cuando el muchacho salió a la superficie, escupiendo y jadeando, Aversin se volvió para levantar el balde y dijo en tono amistoso:
—Tus modales son tan sucios como tu ropa..., me sorprende que tu madre te deje salir así. Ahora estarás un poco más limpio, ¿no te parece?
Llenó el balde y se volvió hacia el hombre que le sostenía los emparedados. Durante un instante, Jenny pensó que el herrero los arrojaría a la fuente, pero John le sonrió, brillante como el sol sobre la hoja de un cuchillo y de pronto el hombre puso los emparedados sobre su mano extendida. En el fondo de la multitud, una mujer gritó:
—¡Asqueroso protector de gnomos!
—Gracias. —John sonrió, todavía con su cara llena de una amistad cálida como el cobre—. Lamento haber arrojado basura en la fuente. —Equilibró los emparedados en la mano, bajó los pocos escalones que había hacia la calle y caminó junto a la mujer gnomo a través de la plaza hacia la boca del callejón por el que ella había llegado. Jenny, corriendo tras él con Gareth pisándole los talones, notó que nadie se les acercaba mucho.
—John, eres incorregible —le dijo con severidad—. ¿Estáis bien? —Esto último iba dirigido a la mujer gnomo, que se apresuraba sobre sus piernas torcidas, cortas, siguiendo la sombra del Vencedor de Dragones para protegerse.
Ella miró a Jenny con ojos débiles, incoloros.
—Sí, sí. Gracias. Nunca debí... Siempre salimos de noche a la fuente o enviamos a la muchacha que trabaja si necesitamos agua de día. Pero se ha ido. —La gran boca se frunció con el gusto de un recuerdo desagradable.
—Claro que se ha ido si era como esos —hizo notar John, señalando con el dedo hacia la plaza. Detrás de ellos, la multitud se acercaba, amenazadora, gritando.
—¡Traidores! ¡Acaparadores! ¡Ingratos! —Y otras cosas peores. Alguien arrojó una cabeza de pescado que golpeó la falda de Jenny y gritó algo sobre una puta vieja y sus dos muchachitos; Jenny sintió que las puntas de la rabia se elevaban a lo largo de su espalda. Otros retomaron el tema. Ella se enojó tanto que los insultó, pero en su corazón sabía que no podía desearles nada peor que ser lo que ya eran.
—¿Queréis un emparedado? —ofreció John con encanto y la dama gnomo tomó uno con manos temblorosas.
Gareth, rojo de vergüenza, no dijo nada.
—Menos mal que las frutas y las verduras están un poco caras hoy en día para tirarlas, ¿no? ¿Es aquí? —dijo John en medio de un bocado lleno de azúcar.
La gnomo bajó la cabeza con rapidez y entró en las sombras de una gran casa medio derruida encerrada entre dos edificios de cinco pisos de casas para alquilar, con la pared posterior directamente sobre las aguas estancadas y sucias de un canal podrido. Las ventanas estaban cerradas con fuerza y el estuco arruinado, escrito con dibujos obscenos y sucio salpicado de barro y bosta. Desde cada una de las ventanas, Jenny sintió ojos pequeños, débiles que espiaban con miedo y angustia.
La puerta se abrió desde dentro. La gnomo cogió el balde y saltó adentro como un topo asustado a su madriguera. John puso una mano rápida sobre los paneles podridos de madera para que no se cerraran en su cara, luego se apoyó con toda su

fuerza. El que sostenía la puerta estaba decidido a no dejarlo pasar y tenía los músculos prodigiosos de los gnomos.
—¡Esperad! —rogó John, mientras sus pies se resbalaban sobre el mármol del escalón—. ¡Necesito vuestra ayuda! Soy John Aversin..., vengo desde el norte para ocuparme de ese dragón vuestro, pero no puedo hacerlo sin vuestra ayuda. —Apoyó su hombro en la abertura estrecha que era lo único que quedaba—. Por favor.
La presión del otro lado de la puerta se relajó tan bruscamente que John cayó hacia dentro por su propia inercia. Desde la oscuridad, una voz suave, aguda, como la de un niño dijo en el Alto Lenguaje arcaico que usaban los gnomos en la corte:
—Venid, vosotros, los demás. No os hace ningún bien que os vean así en el umbral de la casa de los gnomos.
John y Gareth entraron parpadeando contra la oscuridad, pero Jenny, con su visión de maga, vio inmediatamente que el gnomo que los había dejado pasar era el viejo Bromar, el embajador ante la corte del rey.
Detrás de él, el salón inferior de la casa se extendía hacia las sombras densas. Una vez había sido fastuoso en el estilo severo de hacía cien años: la vieja casa solariega, adivinó ella, sobre cuya tierra rodeada de paredes se habían erigido luego los conventillos del barrio. En algunos lugares todavía podían verse frescos podridos sobre las paredes manchadas; y la vastedad del salón hablaba de muebles graciosos que ya hacía mucho habían sido cortados para hacer leña y de un descuido aristocrático en cuanto al costo de la leña para calentar los ambientes. El lugar era como una cueva ahora, tenebroso y húmedo; las ventanas tapiadas dejaban entrar apenas unas líneas de luz acuosa que destacaba los pilares cortos y los mosaicos secos del impluvio. Sobre la curva graciosa de la vieja escalera, abierta y anticuada, Jenny vio movimiento en la galería. Estaba llena de gnomos que miraban preocupados a los intrusos del mundo hostil de los hombres.
En la penumbra, la voz suave, infantil dijo:
—Tu nombre no es desconocido entre nosotros, gran John Aversin.
—Bueno, eso lo hace más fácil —admitió John, limpiándose las manos del polvo y mirando la cabeza redonda del gnomo que estaba de pie frente a él y los ojos agudos, pálidos, bajo la cola suave de cabello nevado—. Me molestaría un poco explicarlo todo, aunque creo que Gar, aquí al lado, podría cantaros las baladas.
Una sonrisa leve jugó en la boca del gnomo..., la primera en mucho tiempo, sospechaba Jenny, mientras Dromar estudiaba la realidad incongruente y anteojuda que se escondía detrás del fulgor de las leyendas.
—Eres el primero —hizo notar, mientras los invitaba a pasar a la caverna grande y fría de la habitación; sus ropas de seda remendada murmuraban cuando se movía—. ¿A cuántos ha enviado tu padre, príncipe Gareth? ¿A quince? ¿A veinte? Y ninguno de ellos vino aquí ni preguntó a los gnomos lo que pudieran saber de la llegada del dragón..., a nosotros, que lo vimos mejor.
Gareth parecía desconcertado.
—Es que..., en fin..., la rabia del rey...
—Y ¿de quién es la culpa, Heredero de Uriens, cuando han dejado correr el rumor de que acabamos contigo?
Hubo un silencio incómodo y Gareth se sonrojó bajo esa mirada fría, fantasmal. Luego, inclinó la cabeza y dijo con la voz tensa:
—Lo lamento, Dromar. Nunca pensé en..., en lo que podría decirse, o en quién se llevaría la culpa si yo desaparecía. Realmente no supe... Obré sin pensar..., parece que he obrado sin pensar todo el tiempo.
El viejo gnomo suspiró.
—Así es. —Cruzó las manitas frente al nudo complicado de su cinturón; los ojos dorados estudiaron a Gareth en silencio por un instante. Luego asintió, y dijo—:

Bueno, es mejor que hayas tropezado con tus propios pies haciendo el bien y no que te hayas sentado sobre tus manos a no hacer nada, Gareth de Magloshaldon. Otra vez lo harás mejor. —Se volvió e hizo un gesto hacia el extremo interno de la habitación en sombras, donde se podía ver una mesa de madera negra en la penumbra, una mesa de no más de treinta centímetros de alto, rodeada de almohadones rotos y remendados acomodados en el suelo a la manera de los gnomos—. Venid, sentaos. ¿Qué es lo que quieres saber, señor Vencedor de Dragones, sobre la llegada del dragón a la Gruta?

—El tamaño del bicho —dijo John con rapidez mientras se acomodaban sobre las rodillas alrededor de la mesa—. Hasta ahora sólo he oído rumores e historias. ¿Alguien lo ha medido con exactitud?

Junto a Jenny, se oyó la voz aguda, suave de la mujer gnomo.

—La punta de su anca está a nivel con el friso tallado sobre los pilares de los dos lados del arco de la puerta que lleva de la Sala del Mercado hasta el Gran Pasaje y luego hacia la Gruta misma. Eso son tres metros y medio en las medidas humanas.

Hubo un momento de silencio mientras Jenny digería el sentido de esa información. Luego, dijo:

—Si las proporciones son las mismas, eso hace que sea de unos doce metros.

—Sí —dijo Dromar—. La Sala del Mercado, la primera caverna de la Gruta, que queda justo detrás de las Grandes Puertas que llevan al mundo exterior mide cuarenta y cinco metros desde las Puertas hasta las puertas interiores que dan al Gran Pasaje y están al fondo. El dragón era un tercio de ese largo aproximadamente.

John unió las manos sobre la mesa frente a él. Aunque su cara seguía sin expresión, Jenny detectó el ritmo levemente cambiado de su aliento. Doce metros, era un cincuenta por ciento más grande que el dragón que casi lo había matado en Wyr, y éste tenía todos los vericuetos oscuros de la Gruta para esconderse.

—¿Tenéis un mapa de la Gruta?

El viejo gnomo pareció ofendido, como si John le hubiera preguntado cuánto costaba pasar la noche con su hija. Luego, su cara se oscureció con rabia empecinada.

—Ese conocimiento está prohibido a los hijos de los hombres.

—Después de todo lo que os han hecho aquí —dijo John con paciencia—, no os culpo por no querer darme los secretos de la Gruta; pero tengo que saberlo. No puedo atacar a ese monstruo de frente. No puedo pelear cara a cara contra algo tan grande. Necesito tener alguna idea del lugar donde está viviendo.

—Está en el Templo de Sarmendes, en el primer nivel de la Gruta. —Dromar hablaba sin ganas, los ojos pálidos estrechos con la sospecha vieja de una raza más pequeña, más débil, que ha sido arrastrada hacia el submundo de las cuevas hace miles y miles de años por sus primos de piernas largas, sedientos de sangre—. Está justo frente al Gran Pasaje que empieza en las Puertas. El Señor de la Luz fue amado por los hombres que vivían en la Gruta..., los embajadores del rey y sus casas, y los que fueron aprendices entre los míos. Su Templo está cerca de la superficie, porque a los hijos de los hombres no les gusta penetrar demasiado lejos en los huesos de la tierra. El peso de la piedra los pone nerviosos; la oscuridad les molesta. El dragón está allí. Allí tiene su oro.

—¿Hay una forma de entrar por detrás? —preguntó John—¿A través de las habitaciones de los sacerdotes o del tesoro?

—No —dijo Dromar, pero la pequeña mujer gnomo dijo:

—Sí, pero nunca encontrarás el camino, Vencedor de Dragones.

—¡Por la Piedra! —El viejo gnomo giró en redondo para encararla con la rabia ardiendo en sus ojos—¡Cállate, Mab! Los secretos de la Gruta no son para los de su clase. —Miró con rabia a Jenny y agregó—: Ni para la de ella.

John levantó la mano para pedir silencio.

—¿Por qué no puedo encontrar el camino?
Mab meneó la cabeza. Desde detrás de unas cejas altas, sus ojos azules casi sin color lo miraron, amables, un poco tristes.
—El camino pasa por los barrios bajos —dijo con simpleza—. Las cavernas y túneles son un laberinto que nosotros podemos aprender en doce o catorce años de infancia. Pero incluso si quisiéramos deciros dónde debéis doblar, un paso equivocado os condenaría a la muerte por hambre y a la locura que cae sobre los hombres en la oscuridad bajo tierra. Nosotros llenamos la oscuridad de lámparas pero ahora están apagadas.
—¿Podéis hacerme un mapa, entonces? —Y, cuando los dos gnomos lo miraron con los secretos empecinados en sus ojos, exclamó—: Maldición, no puedo hacerlo sin vuestra ayuda. Lamento que tenga que ser así, pero o confiáis en mí o perdéis la Gruta para siempre; y ésas son vuestras dos únicas alternativas...
Las cejas largas, rizadas, de Dromar se hundieron todavía más bajo la curva de su nariz.
—Así sea, entonces —dijo.
Pero la señora Mab se dio la vuelta, resignada, y empezó a levantarse. Los ojos del embajador brillaron.
—¡No! Por la Piedra, ¿no es suficiente que los hijos de los hombres traten de robar los secretos de la Gruta? ¿Debemos darlos así, sin tapujos?
—Cállate —dijo Mab con una sonrisa torcida—. Este Vencedor de Dragones tendrá suficientes problemas con la fiera y ni se le ocurrirá ir tanteando en la oscuridad para buscar otros.
—¡Un mapa que se dibuja puede robarse! —insistió Dromar—. Por la Piedra que yace en el corazón de la Gruta...
Mab se puso de pie con tranquilidad, se sacudió los vestidos de seda llena de parches y fue hasta la estantería que llenaba un rincón de la habitación en penumbras. Volvió con una pluma y varias hojas de papiro usadas y arrugadas en la mano.
—Esos que tú temes que roben el mapa ya conocen el camino al corazón de la Gruta —señaló con amabilidad—. Si este caballero bárbaro ha cabalgado todo el camino desde las Tierras de Invierno para ser nuestro campeón, sería ingrato por nuestra parte no ofrecerle un escudo.
—¿Y ella? —Dromar estiró un dedo romo, cargado de gemas pulidas, pasadas de moda, hacia Jenny—. Ella es maga. ¿Qué seguridad tenemos de que no querrá rebuscar y espiar, sacarnos nuestros secretos, volverlos contra nosotros, corromperlos, envenenarlos como han hecho otros?
La mujer gnomo frunció el ceño mirando a Jenny por un momento, la boca ancha doblada en el pensamiento. Luego, se arrodilló de nuevo frente a ella y empujó los instrumentos de escritura hacia Dromar.
—Ahí tienes —dijo—. Puedes dibujar los mapas tú mismo y poner lo que quieras y sacar lo que quieras.
—¿Y la maga? —Había sospecha y odio en la voz del gnomo y Jenny pensó que se estaba cansando de que la tomaran por Zyerne.
—Ah —dijo Mab, y se inclinó, cogió las manos pequeñas, lastimadas, las manos tostadas de muchacho de Jenny entre las suyas. Durante un largo momento la miró a los ojos. Como si los deditos fríos, viejos que tomaban los de ella movieran la capa enjoyada de sus sueños, Jenny sintió la mente de la mujer gnomo que exploraba sus pensamientos como ella había hecho con los de Gareth, buscando la forma de su esencia. Se dio cuenta entonces de que Mab era una maga, como ella.
El reflejo la hizo ponerse tensa. Pero Mab sonrió con amabilidad y le ofreció las profundidades de su propia mente y de su alma, amables y claras como el agua y empecinadas como el agua también, esas profundidades que no tenían nada de la

amargura, el resentimiento y las dudas de Jenny sabía que anidaban en los rincones de su propio corazón. Se relajó entonces, avergonzada como si se hubiera defendido a golpes de una pregunta hecha con amabilidad y sintió que una parte de sus rencores se disolvía bajo ese escrutinio sabio. Sintió el poder de la otra mujer, mucho más grande que el suyo propio, pero amable y cálido como la luz del sol.
Cuando Mab habló de nuevo, no se dirigió a Dromar sino a ella.
—Tienes miedo por él —dijo con suavidad—. Y tal vez está bien que lo tengas. —Puso una mano redonda y chiquita sobre el cabello de Jenny—. Pero recuerda que el dragón no es el más grande de los males en esta tierra, ni la muerte lo peor que puede pasarle; ni a él, ni a ti.

7

En la semana siguiente, Jenny volvió varias veces a la casa en ruinas en el mercado. Dos veces la acompañó John, pero Aversin pasaba los días en la Galería del Rey con Gareth, esperando una señal de su majestad. Luego, dejaba pasar las tardes con los jóvenes cortesanos desenfrenados que rodeaban a Zyerne, haciéndose el payaso, y manejando lo mejor que podía la lenta tortura de esperar un combate que podía costarle la vida. Tal como era John, no hablaba de ello, pero Jenny lo sentía cuando hacían el amor y en sus silencios cuando estaban los dos solos y juntos, ese retorcimiento gradual de los nervios que lo estaba volviendo realmente loco.

Ella evitaba la corte y pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad o en la casa de los gnomos. Iba allí en silencio, envuelta en encantamientos que la ocultaban de la gente de la calle, porque, a medida que pasaban los días, sentía que la lava horrible de miedo y odio se esparcía por las calles como una niebla envenenada. En el camino hacia el mercado, pasaba por las grandes tabernas —la Oca Herida, la Rata Galante, la Oveja en el Fango— donde los desempleados, hombres y mujeres que habían venido de las granjas destruidas se reunían todos los días, en busca de unas pocas horas de trabajo. Los que necesitaban mano de obra barata sabían adonde ir para encontrar gente que podía trasladar muebles o limpiar establos por unas pocas monedas; pero con las tormentas de invierno, ya sin barcos y con el alto precio del pan que se llevaba todo el dinero extra, había cada vez menos gente que pudiera pagar, incluso monedas. Ninguno de los gnomos que todavía vivían en la ciudad —y había muchos a pesar de los sufrimientos— se atrevía a pasar por la Oveja en el Fango después del mediodía, porque para esa hora los que estaban dentro abandonaban toda esperanza de conseguir trabajo y concentraban la poca energía que tenían en emborracharse.

Así que Jenny se movía en un secreto sombrío, como se hubiera movido en las Tierras sin ley de Invierno, para visitar a la dama de Taseldwyn, a quien llamaban señora Mab en el lenguaje de los hombres.

Desde el principio, se había dado cuenta de que la gnomo era una maga mucho más poderosa que ella. Pero, en lugar de celos y resentimiento, sólo sentía alegría por haber encontrado a alguien que le enseñara después de tantos años.

En muchas cosas, Mab era una maestra voluntariosa aunque la forma de la magia de los gnomos era extraña para Jenny, distinta, como lo eran sus mentes. No tenían Líneas sino que parecían transmitir sus poderes y conocimientos enteros de generación en generación de magos de alguna forma que Jenny no comprendía. Mab le habló de los hechizos de curación que habían hecho famosa a la Gruta, de las drogas que estaban ahora encerradas allí abajo, perdidas para los gnomos como el oro del dragón, de los hechizos que podían mantener el alma, la esencia de la vida, en la carne, de los hechizos más peligrosos por los cuales la esencia-vida de una persona podía extraerse en parte para fortalecer la vida desmoronada de otra. La mujer gnomo le enseñó otros hechizos de la magia subterránea —hechizos de cristal y piedra y oscuridad en espiral—, cuyo significado Jenny podía comprender sólo en parte. Sólo pudo memorizarlos para ver si luego, con meditación, habilidad y más comprensión podía llegar a entenderlos. Mab también le habló de los secretos de la tierra, del movimiento del agua y de cómo pensaban las piedras; y habló de los reinos oscuros de la Gruta misma, cavernas debajo de cavernas en una sucesión interminable de glorias escondidas que nunca habían visto la luz.

Una vez, le habló de Zyerne.

—Sí, fue aprendiza entre nosotros, los que curamos. —Suspiró y puso a un lado el dulcemele de tres cuerdas sobre el que había estado mostrando a Jenny los hechizos canción de su oficio—. Era una niñita vanidosa, vanidosa y malcriada. Tenía talento

para la burla incluso a esa edad..., escuchaba a los Ancianos, los grandes Curadores, que tenían más poder del que ella nunca hubiera podido soñar, asentía con esa cabecita suya en señal de respeto y luego imitaba sus voces para sus amigos en la ciudad de Grutas.
Jenny recordó el tañido de plata de la risa de la hechicera en aquella cena y la forma en que había apresurado sus pasos para hacer que Dromar corriera tras ella si quería hablarle.
Era por la tarde. A pesar de que era frío, el gran salón de la casa de los gnomos tenía el aire pesado, detenido bajo los grandes arcos y a lo largo del piso a cuadros desvaídos de los corredores. Los ruidos de la calle habían caído a su tono dormido de la hora de la cena, salvo el tañido de las torres de relojes en toda la ciudad y un solitario buhonero que gritaba sus mercaderías.
Mab meneó la cabeza, la voz baja con los recuerdos de otros tiempos.
—Quería saber los secretos, como otras niñas quieren dulces..., quería el poder que esos secretos podían darle. Estudió los caminos escondidos alrededor de los Lugares de Curación para poder deslizarse por ellos y espiar, oculta en la oscuridad. Todo poder debe pagarse, pero ella tomó los secretos de otros más grandes que ella y los corrompió, los manchó..., los envenenó como envenenó el mismo corazón de la Gruta..., ¡sí, claro que lo envenenó!..., y volvió nuestra fuerza contra nosotros mismos.
Jenny meneó la cabeza, extrañada.
—Dromar dijo algo por el estilo —recordó—. Pero ¿cómo es posible corromper un hechizo? Podéis manchar vuestra propia magia, porque da color a vuestra alma cuando la forjáis, pero no podéis manchar la magia de otro. No lo entiendo.
Mab la miró de forma penetrante, como si de pronto hubiera recordado que ella estaba allí y que no pertenecía al pueblo de los gnomos.
—No estaría bien que lo entendieras —dijo en su voz suave, aguda—. Son cosas que tienen que ver sólo con la magia de los gnomos. No son de los seres humanos.
—Zyerne parece haberlas convertido en humanas. —Jenny cambió su peso a los talones, para aliviar la presión del suelo de piedra, a través del almohadón maltrecho, sobre las rodillas—. Si fue en realidad en los Lugares de Curación donde aprendió las artes que la han convertido en la maga más poderosa del reino.
—¡Bah! —dijo la maga gnomo con desprecio—. Los Curadores de la Gruta eran más poderosos que ella..., por la Piedra, yo era más poderosa...
—¿Erais? —dijo Jenny, perpleja—. Sé que la mayor parte de los Curadores de la Gruta murieron cuando llegó el dragón; pensé que ninguno de los que sobrevivieron era suficientemente poderoso para desafiarla. La magia de los gnomos es diferente de los hechizos de los hombres, pero el poder es el poder. ¿Cómo puede Zyerne haber disminuido el vuestro?
Mab sólo sacudió la cabeza con furia, y su cabello pálido, del color de una telaraña, golpeó a un lado y a otro, y luego dijo:
—Eso son cosas de gnomos.
Durante esos días, Jenny no vio mucho a Zyerne, pero la hechicera estaba siempre en su mente. La influencia de Zyerne permeaba la corte como el aroma leve de su perfume a canela; Jenny la sentía cuando estaba dentro de los límites del palacio. La forma en que Zyerne hubiera adquirido el poder o lo que hubiera hecho con él desde entonces no tenía importancia: lo que Jenny nunca olvidaba era que su poder era mucho más grande que el de ella. Cuando dejaba de lado los tomos de magia que John lograba robar de la biblioteca de palacio para sentarse con su cristal encantado a mirar las pequeñas imágenes mudas de sus hijos que retozaban peligrosamente en los terrenos cubiertos de nieve del fuerte, sentía una punzada de culpa. Zyerne era joven, al menos diez años más joven que ella; su poder brillaba como el sol. Jenny ya no se sentía celosa y honestamente no podía estar enojada con Zyerne por tener lo

que ella no tenía, no mientras no estuviera dispuesta a hacer lo que debía para obtenerlo. Pero sentía envidia, eso sí, la envidia de un viajero que mira desde afuera el calor de una habitación iluminada en una noche muy fría.
Pero cuando preguntaba a Mab sobre Zyerne —sobre los poderes que una vez habían sido menores que los de Mab y ahora eran más grandes; sobre la razón por la que los gnomos le habían prohibido entrar en la Gruta— la pequeña maga decía con empecinamiento:
—Eso son cosas de gnomos. No tienen nada que ver con los hombres.
Mientras tanto, John seguía adelante, favorito de los jóvenes de la corte que se reían de su barbarismo extravagante y lo llamaban salvaje domesticado, mientras él seguía hablando de la ingeniería y las costumbres de cópula de los cerdos, o citaba autores clásicos en su acento horriblemente lento de norteño. Y sin embargo, todas las mañanas, el rey pasaba a su lado en la galería y volvía sus ojos apagados para no mirarlos y la etiqueta de la corte impedía que Gareth le dirigiera la palabra.
—¿Por qué este retraso? —preguntó John cuando él y Gareth salieron de los pórticos arqueados de la galería a la luz pálida, fría del sol en el patio desierto después de otro día inútil de espera. Jenny se les unió en silencio. Venía de los escalones del jardín desierto con el arpa en la mano. Había estado tocando sobre las rocas por encima de la empalizada del mar mientras los esperaba y observaba las nubes de lluvia que corrían lejos, sobre las aguas. Era una estación de vientos y de ráfagas súbitas, y en esa estación, en el norte, el clima se hacía frío y lleno de neviscas, pero aquí, había días de sol alto y sin calor alternados con nieblas y lluvias ventosas. Se podía ver la luna, mate, blanca, en el cielo azul del día, hundiéndose en la pared de nubes sobre el mar; Jenny se preguntó qué era lo que le preocupaba del avance firme del astro hacia la media luna. Las ropas brillantes de Zyerne y sus cortesanos se destacaban contra los colores pardos de la tierra en barbecho cuando pasaron todos al jardín, y Jenny oyó la voz de la maga levantada en una imitación exacta y mal intencionada del lenguaje agudo de los gnomos. John continuó:
—¿Es que está esperando que el dragón caiga sobre la ciudadela y le ahorre el trabajo del sitio?
Gareth negó con la cabeza.
—No lo creo. Sé que Policarpio tiene catapultas para arrojar combustible en las torres más altas. El dragón mantiene la distancia.
A pesar de la traición del Señor de Halnath, Jenny oía en la voz del príncipe un dejo de orgullo por los actos de su viejo amigo.
A diferencia de John, que había alquilado un traje de corte fuera de las puertas del palacio, en un negocio especializado para los peticionarios del rey, Gareth tenía al menos una docena de ellos..., criminalmente caros, como todos los trajes de corte. El que usaba hoy era verde y rosado y, a la luz incierta de la tarde, hacía que su piel pálida se viera amarilla.
John se ajustó los anteojos sobre el puente de la nariz.
—Bueno, te digo que no me gusta mucho la idea de seguir saltando sobre mis talones como un cazador de ratas, esperando a que el rey decida que quiere mis servicios. Vine a proteger a mi tierra y a mi gente, y en este momento no están consiguiendo nada de mí ni del rey que debería preocuparse por ellos.
Gareth había estado mirando al jardín, al grupito amontonado junto a la estatua de mármol manchada de hojas de dios Kantirith como si no se diera cuenta de adonde miraba. Ahora volvió la cabeza con rapidez.
—No podéis iros —dijo, con preocupación y miedo en su voz.
—¿Y por qué no?
El muchacho se mordió el labio y no contestó, pero su mirada volvió al jardín, nerviosa. Como si sintiera el toque de esa mirada, Zyerne se volvió y le arrojó un beso

juguetón y Gareth desvió la vista. Parecía cansado y carcomido y Jenny se preguntó de pronto si todavía seguiría soñando con Zyerne. El silencio incómodo fue quebrado no por él sino por la voz aguda de Dromar.
—Milord Aversin... —El gnomo salió a la galería y pestañeó con dolor en la luz del cielo pálido y nublado. Las palabras venían lentamente, como si fueran poco familiares a sus labios—. Por favor..., no te vayas.
John lo miró con firmeza.
—Vosotros tampoco os habéis destacado por vuestros gestos de bienvenida y ayuda, ¿verdad?
La mirada del viejo embajador lo desafió.
—Te he trazado los mapas de la Gruta. Por la Piedra, ¿qué más puedes desear, señor?
—Mapas que no mientan —dijo John con frialdad—. Sabéis tan bien como yo que los mapas que dibujasteis tienen muchas secciones en blanco. Y cuando uní los mapas de los distintos niveles y los de las rutas de acceso de uno a otro, que me muera si el lugar en blanco no era el mismo en todos. No me interesan los secretos de vuestra maldita Gruta, pero no sé lo que puede pasar ni dónde puedo terminar jugando al escondite en la oscuridad con el dragón y me gustaría tener un mapa exacto para hacerlo.
Había un rastro de enojo en su voz tranquila y un rastro de miedo. Dromar debió de oír los dos, porque el brillo de desafío murió en su rostro y se miró las manos, aferradas una con otra sobre los nudos de su cinturón.
—Ésa es una cuestión que no tiene nada que ver con el dragón, nada que ver contigo, lord —dijo con voz reposada—. Los mapas son exactos..., lo juro por la Piedra en el corazón de la Gruta. Lo que he dejado fuera es asunto de los gnomos y sólo de ellos..., es el verdadero secreto del corazón de la Gruta. Una vez, uno de los hijos de los hombres espió en ese corazón y desde ese momento hemos tenido causas para lamentarlo amargamente.
Levantó la cabeza de nuevo. Ojos pálidos y en sombras bajo pobladas cejas nevadas.
—Te ruego que confíes en mí, Vencedor de Dragones. Va contra nuestras costumbres pedir ayuda a los hijos de los hombres. Pero tú debes ayudarnos. Somos mineros y comerciantes, no guerreros y lo que necesitamos es un guerrero. Día tras días, más y más personas de nuestro pueblo tienen que dejar esta ciudad. Si la ciudadela cae, muchos de mi pueblo van a ser asesinados con los rebeldes que les han dado refugio en esos muros y hasta les ofrecieron el pan de sus raciones en el sitio. Las tropas del rey no les dejarían abandonar la ciudadela aunque quisieran..., y créeme, hay muchos que lo han intentado. Aquí en Bel, el precio del pan aumenta y pronto moriremos de hambre si es que no nos matan las multitudes de las tabernas. En poco tiempo, seremos demasiado pocos para defender la Gruta aunque podamos volver a pasar por sus puertas.
Extendió las manos, pequeñas como las de un niño y llenas de nudos grotescos con la edad, pálidas y blancas contra las capas negras y suaves de sus mangas extrañamente cortadas.
—Si tú no nos ayudas, ¿quién lo hará entre los hijos de los hombres?
—Ah, vamos, Dromar, vete. —Limpia y dulce como un cuchillo de plata, la voz de Zyerne interrumpió las últimas palabras del gnomo. La maga llegó subiendo los escalones del jardín, leve como un pimpollo de almendro que flotara en la brisa, los velos de bordes rosados echados hacia atrás por el viento sobre las cascadas negras e intrincadas de su cabello—. ¿No es suficiente que trates de forzar al rey a sufrir tu presencia día tras día sin que además molestes a esta pobre gente con política fuera de lugar y de estación? Los gnomos tal vez sean vulgares hasta el punto de hablar de negocios y tratar de acorralar a sus superiores en la noche, pero aquí pensamos que

una vez que el día se termina, es tiempo de divertirse. —Hizo gestos como para echar a un perro con sus manos bien cuidadas y se enfurruñó de impaciencia—. Ahora, vete —agregó en tono de broma—, o llamaré a los guardias.
El viejo gnomo se quedó allí por un instante, los ojos clavados en los de ella, su cabello blanco y nuboso como una telaraña alrededor de su cara arrugada en el aire de los vientos del mar. Zyerne tenía una expresión de empecinamiento infantil, como un niño bienamado que exige que le dejen salirse con la suya. Pero Jenny, de pie detrás de ella, vio la arrogancia y el deleite que había detrás de su triunfo en cada línea, en cada músculo de su espalda delgada. No tenía dudas de que Zyerne llamaría a los guardias si hacía falta.
Evidentemente, Dromar tampoco lo dudaba. Embajador de la corte de un monarca en la de otro durante treinta años, se volvió y partió ante la orden de la amante del rey. Jenny lo vio alejarse por el sendero de piedras grises y lavanda a través del jardín, con Servio Clerlock, pálido y frágil, que imitaba sus pasos a su espalda.
Zyerne ignoró a Jenny, como siempre, deslizó una mano sobre el brazo de Gareth y le sonrió.
—Viejo traicionero —hizo notar—. Tengo que ver a tu padre para la cena dentro de una hora, pero seguramente hay tiempo para dar un paseo junto al mar, ¿no te parece? Las lluvias no comenzarán hasta la hora de comer.
Puede decirlo con seguridad, pensó Jenny; con sus hechizos, las nubes vienen y van como perritos falderos que esperan que les den de comer.
Con la mano todavía en el brazo de Gareth, Zyerne apoyó su leve peso sobre la altura del muchacho y lo llevó hacia los escalones que daban al jardín. Los cortesanos se dispersaban ya y los senderos estaban vacíos bajo las ráfagas de viento que creaban remolinos de hojas fugitivas. Gareth echó una mirada desesperada a John y Jenny que estaban de pie, juntos, en la galería, ella con la capa y la chaqueta de cuero de oveja del norte, y él con los rasos ornamentados, azules y crema de la corte, los anteojos de escolar colgados de la nariz. Jenny empujó a John con amabilidad.
—Ve con ellos.
Él la miró con una media sonrisa.
—¿Así que me promueves de payaso a carabina de la virtud de nuestro héroe?
—No —dijo Jenny, la voz baja—. A guardaespaldas de su seguridad. No sé lo que tiene Zyerne, pero él también lo percibe. Ve con ellos.
John suspiró y se inclinó para besarla.
—El rey tendrá que pagarme extra por esto. —Su abrazo fue como si la abrazara un león satinado. Luego, John se fue. Bajó los escalones al trote y los llamó en su horrible dialecto del campo norteño mientras el viento jugaba con sus mantos y le daba el aspecto de una gran orquídea en el jardín gris.
En total, pasó una semana antes de que el rey mandara a llamar a su hijo.

—Me preguntó dónde había estado —dijo Gareth con voz serena—. Me preguntó por qué no me había presentado antes. —Se volvió y golpeó con el puño contra el poste de la cama, los dientes apretados para luchar contra las lágrimas de rabia y confusión—. ¡Jenny, en todos estos días, ni siquiera me ha visto!
Se volvió con rabia. La luz desvaída de la tarde que caía sobre los paneles de la ventana cortados en forma de diamante, tocaba con suavidad el raso blanco y cidra de los mantos de la corte y titilaba, fantasmal, en las viejas joyas redondas, sin facetas, de sus manos. Tenía el cabello cuidadosamente rizado para la audiencia con su padre y como correspondía a la naturaleza de su cabello fino, colgaba perfectamente recto de nuevo alrededor de su rostro, excepto uno o dos rizos perdidos. Se había vuelto a poner los anteojos después de la audiencia, los anteojos

rotos y torcidos, incongruentes en medio de todo el lujo; los lentes estaban salpicados de la lluvia fina que enfriaba el vidrio de la ventana.
—No sé qué hacer —dijo en una voz estrangulada—. Dijo..., dijo que hablaríamos sobre el dragón cuando nos viéramos de nuevo. No entiendo lo que pasa...
—¿Zyerne estaba allí? —preguntó John. Estaba sentado en el escritorio largo, que, como el resto del piso superior de la casa de huéspedes que ocupaban él y Jenny, estaba lleno de libros. Después de ocho días, toda la habitación parecía una biblioteca saqueada; había libros apoyados unos sobre otros, puntos marcados por las páginas de notas de John y objetos de distinto tipo, ropa u otros libros, y en un caso una daga, introducidos entre las hojas.
Gareth asintió con dolor.
—La mitad de las veces que yo preguntaba algo, era ella la que contestaba. Jenny, ¿podría tenerlo bajo algún tipo de hechizo?
Jenny empezó a decir:
—Posiblemente...
—Claro que sí —dijo John, que bajó de su banquito alto para reclinar la parte inferior de la espalda contra el escritorio—. Y si no hubieras estado tan decidida a hacerle justicia a esa bruja traicionera, Jen, lo habrías notado hace una semana. ¡Adelante! —agregó cuando se oyó un suave golpe en la puerta.
Ésta se abrió lo suficiente para que Trey Clerlock pasara la cabeza junto al marco. Dudó un momento; luego, cuando John hizo un gesto, entró. Llevaba una gaita de madera de peral con estrellas de marfil esparcidas sobre el cuerpo y el cuello regordetes y sobre las clavijas. John resplandecía de placer cuando la tomó entre las manos. Jenny gruñó.
—¿No vas a tocar esa cosa, no? Vas a ahuyentar al ganado en kilómetros a la redonda, ¿sabes?
—Claro que no —replicó John—. Y además, hay un truco para que suene más alto o más bajo...
—¿Lo sabes?
—Puedo aprenderlo. Gracias, Trey, cielo..., algunas personas no aprecian el sonido de la buena música.
—Algunas personas no aprecian el sonido que hace un gato cuando lo descuartizan con una caña —replicó Jenny. Se volvió hacia Gareth—. Zyerne puede haberlo hechizado, sí..., pero por lo que me cuentas sobre la fortaleza de la voluntad de tu padre y su tozudez, me sorprendería que la influencia de una amante pudiera ser tan grande.
Gareth meneó la cabeza.
—No es sólo eso —dijo—. No..., no sé cómo expresarlo y no estoy seguro, no puedo estar seguro porque no llevaba los anteojos en la audiencia, pero me pareció que estaba más transparente que cuando me fui. Es una idea tonta. —Retrocedió enseguida, viendo el gesto extrañado de Jenny.
—No —dijo Trey, inesperadamente. Los otros tres la miraron y ella se sonrojó un poco, como una muñeca pintada de carmín—. No creo que sea una idea tonta. Creo que es verdad y transparente es una buena palabra porque creo..., creo que a Servio le está pasando lo mismo.
—¿A Servio? —dijo Jenny y el recuerdo de la cara del rey pasó en un relámpago por su mente; lo vacío y frágil que le había parecido y la forma en que, como Servio, la pintura de su cara destacaba aun más la blancura de cera que había debajo.
Trey se concentró un momento en enderezar con cuidado la puntilla de su puño izquierdo. Un ópalo brilló suavemente en los rizos de colores de su cabello cuando levantó la vista.

—Pensé que era yo —dijo en voz baja—. Sé que tiene la mano más pesada y que está menos cómico en sus bromas, como cuando tiene la mente en otra cosa. Pero su mente no parece estar en otra cosa; simplemente no está en lo que hace en estos días. Está tan distraído como tu padre... —Miró a Jenny, implorante—. ¿Pero para qué querría Zyerne hechizar a mi hermano? Nunca le ha hecho falta: él siempre le ha ido detrás. Fue uno de los primeros amigos que tuvo en la corte. Él..., él la amaba. Solía soñar con ella.
—¿Soñar con ella cómo? —preguntó Gareth casi con violencia.
Trey meneó la cabeza.
—No quería decírmelo.
—¿Caminaba en sueños?
La sorpresa en los ojos de la muchacha contestó la pregunta antes de que ella hablara.
—¿Cómo lo sabías?
Afuera había cesado el viento y la lluvia; en el largo silencio, podían oírse claramente las voces de los guardias del palacio en la corte debajo de las ventanas: contaban una historia sobre un gnomo y una prostituta de la ciudad. Hasta la luz castaña de la tarde fallaba un poco y la habitación estaba fría y gris pizarra.
—¿Todavía sueñas con ella, Gareth? —preguntó Jenny.
El muchacho se puso rojo como si lo hubieran quemado. Tartamudeó, meneó la cabeza y dijo finalmente:
—No..., no la amo. Realmente no. Trato..., no quiero estar a solas con ella. Pero... —Hizo un gesto, indefenso, incapaz de dominar los sueños que lo traicionaban.
—Pero ella te llama —dijo Jenny con suavidad—. Te llamó esa primera noche que estábamos en la casa de caza. ¿Lo había hecho antes?
—No..., no sé. —Parecía estremecido y descompuesto y muy asustado como cuando Jenny había escarbado en su mente, como si estuviera mirando cosas que no quería ver.
Trey, que había cogido una rama del fuego y encendía las pequeñas lámparas de marfil en el borde del escritorio de John, sacudió su vela, fue hasta el muchacho y lo hizo sentar junto a ella sobre el borde de la cama y sus cortinas. Finalmente, Gareth dijo:
—Tal vez. Hace unos meses, me pidió que cenara con ella y mi padre en su ala del palacio. No fui. Tenía miedo de que papá se enojara conmigo por despreciarla, pero más tarde él me dijo algo que me hizo dudar de si lo sabía. Entonces, me pregunté, pensé... —Se sonrojó aún más—. Ahí fue cuando pensé si ella no estaría enamorada de mí.
—He visto amores como esos entre lobos y ovejas, pero el romance tiende a ser un poco unilateral —hizo notar John, rascándose la nariz—. ¿Qué te impidió ir?
—Policarpio. —Gareth jugó con los pliegues de sus mantos que se iluminaron suavemente en el lugar en que el ángulo de la lámpara pasó por las cortinas de la cama—. Siempre me estaba diciendo que tuviera cuidado con ella. Descubrió lo de la cena y me convenció de que no fuera.
—Bueno, no sé mucho sobre magia y todo eso, pero así como suena, muchacho, diría que tal vez te salvó la vida. —John se apoyó contra el borde del escritorio y pasó los dedos en una melodía silenciosa sobre las clavijas de la gaita.
Gareth meneó la cabeza, extrañado.
—¿Pero por qué? No pasó ni una semana antes de que tratara de matarnos..., a mí y a mi padre, a los dos.
—Si es que era él.
El muchacho lo miró, con el horror y la lenta comprensión pintados en el rostro. Murmuró:

—Pero yo lo vi...
—Si ella pudo tomar la forma de un gato o un pájaro, tomar la forma del Señor de Halnath no estaría fuera de sus posibilidades, ¿no es cierto, Jen? —John miró a través de la habitación hacia donde estaba sentada, el brazo sobre una rodilla levantada, el mentón sobre la muñeca.
—No habría tomado su ser verdadero —dijo ella con voz suave—. Una ilusión habría servido. El cambio de forma requiere un poder enorme. Pero claro..., Zyerne tiene un poder enorme. No sé cómo lo hizo, pero tiene lógica. Si Policarpio había empezado a sospechar de sus intenciones hacia Gareth, eso lo desacreditaría y lo destruiría al mismo tiempo. Y al hacerte testigo, Gar, le quitaba toda posibilidad de ayudarte. Ella debe de saber lo amarga que es una traición.
—No —murmuró Gareth, mareado, golpeado por el horror de lo que había hecho.
La voz de Trey era suave en la calma.
—Pero ¿qué quiere Zyerne de Gareth? Entiendo que quiera dominar al rey, porque si él no la apoyara, no es que no sería nada pero no podría vivir como vive, eso es seguro. Pero ¿por qué a Gareth también? ¿Y qué quiere de Servio? Él no puede darle nada... Somos una familia poco importante, ¿sabéis? Quiero decir, no tenemos poder político ni demasiado dinero. —Una sonrisa de desconsuelo pasó por un extremo de sus labios mientras jugueteaba con la puntilla rosada de su puño—. Todo esto... Uno debe cuidar las apariencias, claro, y Servio está tratando de casarme bien. Pero en realidad no tenemos nada que Zyerne pueda querer.
—¿Y por qué destruirlos? —preguntó Gareth; en su voz había una preocupación desesperada por su padre—. ¿Es que todos los hechizos hacen eso?
—No —dijo Jenny—. Eso es lo que me sorprende de todo el asunto... Nunca había oído hablar de un hechizo de influencia que pueda agotar el cuerpo de la víctima mientras retiene la mente bajo su dominio. Pero tampoco había oído de ninguno que pueda mantener ese dominio de la forma en que ella lo hace con tu padre, Gareth; ni de uno que dure tanto. Pero su magia es la magia de los gnomos y no se parece a los hechizos de los hombres. Tal vez entre los secretos de los gnomos hay uno que permite dominar la esencia misma de otro ser, que se enreda a su alrededor como los zarcillos de una enredadera de campanillas que puede partir en dos los cimientos de una casa de piedra. Pero entonces —siguió, con la voz baja—, es casi seguro que para tener ese tipo de control sobre él, antes tuvo que obtener su consentimiento.
—¿Su consentimiento? —gritó Trey, horrorizada—. ¿Pero cómo puede haberlo aceptado? ¿Él o cualquier otro?
Jenny notó con interés que Gareth no decía nada. El muchacho había visto, aunque fuera brevemente, el espejo de su alma en el camino del norte..., y además conocía a Zyerne.
—Para manipular tan profundamente la esencia de otro —explicó Jenny—, la víctima siempre tiene que dar su consentimiento. Zyerne es capaz de cambiar de forma..., el principio es el mismo.
Trey meneó la cabeza.
—No entiendo.
Jenny suspiró y se puso de pie. Cruzó la habitación hacia donde estaban los dos jóvenes uno junto al otro. Puso una mano sobre el hombro de la muchacha.
—Un mago que cambia de forma puede cambiar la esencia de otro, como la suya propia. Eso requiere un poder enorme..., y primero debe lograr que la víctima esté de acuerdo de alguna forma. La víctima puede resistirse, a menos que el mago encuentre un truco para hacerla consentir, algún tipo de demonio interno..., una parte de la esencia que quiere ser cambiada.
La oscuridad cada vez mayor del exterior hacía más dorada la luz de la lámpara, del color de la miel, sobre la cara de la muchacha. Bajo las sombras de las largas

pestañas gruesas, Jenny leía el miedo y la fascinación, esa comprensión a medias que era el primer murmullo del consentimiento.
—Creo que te resistirías si tratara de transformarte en un perrito faldero, en el caso de que tuviera el poder necesario para hacerlo. Hay muy poco de perrito faldero en tu alma, Trey Clerlock. Pero si te transformara en un caballo..., en una potranca de un año, color humo, hermana de los vientos, creo que obtendría tu consentimiento.
Trey desvió la mirada y escondió la cara en el hombro de Gareth, y el joven puso un brazo protector a su alrededor tan bien como pudo, considerando que estaba sentado sobre el borde de sus mangas que se arrastraban por el suelo.
—Ése es el poder del cambio de forma y el peligro —dijo Jenny, la voz baja en el silencio de la habitación—. Si te transformara en una potranca, Trey, tu esencia sería la de un caballo. Tus pensamientos serían los de un caballo; tu cuerpo, el cuerpo de una yegua; tus amores y deseos, los de un animal joven, rápido. Tal vez recordaras durante un tiempo lo que fuiste pero no podrías encontrar el camino de vuelta hacia eso. Creo que serías feliz como una potranca.
—Basta —murmuró Trey y se tapó los oídos. Gareth la abrazó con más fuerza. Jenny estaba callada. Después de un momento, la muchacha levantó la vista, los ojos oscuros con las profundidades revueltas de sus sueños—. Lo lamento —dijo en voz baja—. No es de vos de quien tengo miedo. Es de mí misma.
—Lo sé —replicó Jenny con suavidad—. ¿Pero lo entiendes ahora? ¿Entiendes lo que puede haber hecho con tu padre, Gareth? A veces es menos doloroso dejar de pelear y permitir que otra mente domine la tuya. Cuando Zyerne llegó a tener ese poder, no pudo contra ti porque no la dejaste acercarse lo suficiente. La odiabas, y eras sólo un niño..., no podía atraerte como hace con los hombres. Pero cuando te volviste hombre...
—Creo que es inmundo. —Esta vez era el turno de Trey de pasar un brazo protector sobre los hombros satinados de Gareth.
—Pero una manera muy buena de mantenerse en el poder —señaló John mientras apoyaba el brazo sobre la gaita que descansaba sobre sus rodillas.
—Todavía no estoy segura de que sea eso lo que haya hecho —dijo Jenny—. Y todavía no explica por qué le ha hecho lo mismo a Servio. No puedo saberlo con seguridad hasta que no vea al rey, o hable con él...
—Pero por la Abuela de Dios, cielo, si ni siquiera quiere hablarle a su hijo..., tanto menos a ti o a mí. —John hizo una pausa, mientras escuchaba sus propias palabras—. Lo cual puede ser una buena razón para no querer hablarme a mí o a ti, si vamos a eso. —Sus ojos miraron a Gareth ahora—. ¿Sabes, Gar?, cuanto más lo pienso, más creo que me gustaría decirle unas palabras a tu papá.

8

En el silencio mortal que flotaba sobre los jardines, el descenso de Gareth desde la pared sonó como dos bueyes que copulan entre arbustos secos. Jenny frunció el ceño cuando el muchacho bajó dando tumbos los últimos metros hasta la maleza; desde las sombras de la hiedra sobre la parte superior de la pared a su lado, vio el brillo leve de los lentes y oyó el susurro de una voz:

—¡Lo único que te faltaba era gritar «las once en punto y sereno», héroe!

Luego, hubo un movimiento leve en la hiedra. Más que oírlo, sintió a John aterrizar en el suelo. Después de controlar una vez más el jardín oscuro, visible a medias entre las ramas entretejidas de los árboles desnudos, Jenny se deslizó para unírseles. En la oscuridad, Gareth era una sombra flaca de terciopelo color óxido y casi no podía ver a John porque el dibujo azaroso de su capa se fundía con los colores de la noche.

—Aquí —murmuró Gareth, haciendo un gesto hacia el extremo del jardín donde ardía una luz en un nicho entre dos arcos de trifolio. El brillo de esa luz titilaba en el pasto húmedo como monedas arrojadas por una mano descuidada.

El muchacho empezó a ponerse al frente para guiar al grupo, pero John le tocó el brazo y suspiró:

—Creo que será mejor que enviemos un explorador, si vamos a hacer un robo. Recorreré el muro; cuando llegue, silbaré una vez como un chotacabras. ¿De acuerdo?

Gareth lo cogió de la manga cuando partía.

—¿Y qué pasa si silba un chotacabras de verdad?

—¿Tú crees? ¿En esta época del año? —dijo John y desapareció como un gato en la oscuridad. Jenny lo vio buscar el camino entre las sombras cuadriculadas de los jardines ornamentales y desnudos que decoraban los tres lados del patio privado del rey; por la forma en que Gareth movía la cabeza, Jenny se dio cuenta de que el muchacho había perdido de vista a John casi inmediatamente.

Cerca de los arcos, de pronto, se escurrió una luz de lámpara rosada sobre el marco de unos anteojos, un brillo de púas y la silueta breve de un reflejo sobre una nariz larga. Gareth, al ver a John a salvo, empezó a moverse, pero Jenny tiró de él sin sonido para ponerlo a resguardo de nuevo: John todavía no había silbado.

Un instante después, apareció Zyerne en el arco de la puerta.

Aunque John estaba a menos de dos metros de ella, la hechicera no lo vio al principio porque él se quedó tan quieto como una serpiente entre las hojas. La cara de Zyerne, iluminada por la luz cálida, color damasco, tenía la misma mirada sedada que había visto Jenny en la habitación de la planta alta en la casa cerca del río Salvaje..., la mirada de satisfacción profunda por algún placer privado completo y absoluto. Ahora, como entonces, esa mirada erizó la nuca de Jenny y la hizo estremecerse de miedo.

Luego, Zyerne volvió la cabeza. Se asustó al ver a John tan quieto y tan cerca; luego, sonrió.

—Bueno, un bárbaro emprendedor. —Movió el cabello sin velos ni ataduras y algunos mechones quedaron apoyados sobre sus mejillas, como una invitación a la caricia—. Un poco tarde, me parece, para hacer una visita al rey.

—Unas semanas tarde, por lo que he oído. —Aversin se rascó la nariz con deliberación—. Pero mejor tarde que nunca, como dijo mi papá en la boda de mi abuelo.

Zyerne rió, un sonido dulce y profundo. Junto a ella, Jenny sintió temblar a Gareth, como si esa risa seductora le trajera recuerdos de sueños terribles.

—E irrespetuoso además. ¿Os ha enviado vuestra amante para ver si Uriens estaba dominado por hechizos que no fueran su propia estupidez y su lujuria?

Jenny oyó el silbido del aliento de Gareth y sintió la furia del muchacho y su horror al oír cómo esas palabras de desprecio caían con tanta naturalidad de los labios rosados. Jenny se preguntó por qué ella no se sorprendía.
John se encogió de hombros y dijo con voz mansa:
—No. Sólo que no soy bueno para esperar.
—Ah. —La sonrisa de Zyerne se amplió, perezosa, atrapante. Parecía medio borracha, pero no adormecida como los borrachos; brillaba, como aquella primera mañana en la Galería del Rey, temblorosa de vida y llena de la arrogancia casual del bienestar completo. La lámpara destacaba su perfil en ámbar desde su nicho de azulejos. Dio un paso hacia John. Jenny sintió de nuevo la garra del miedo, como si John estuviera en peligro mortal sin saberlo—. El bárbaro que come con las manos y sin duda hace el amor sin sacarse las botas.
Las manos de la maga tocaron los hombros de él con una caricia, tomando la forma del músculo y el hueso que había debajo del cuero y la capa. Pero Aversin dio un paso hacia atrás y puso distancia entre los dos, en un movimiento semejante al de ella para alejar al viejo Dromar en la galería. Como Dromar, ella no quiso olvidar su orgullo tanto como para seguirlo.
—Sí, sí, mi falta de modales no me quita el sueño —dijo él en un tono deliberadamente norteño—. Pero no ha sido para comer bien ni para hacer el amor que he venido al sur. Me dijeron que teníais un dragón por aquí, un dragón que mataba gente...
Ella se rió de nuevo, un sonido malvado y leve en la noche.
—Tendréis vuestra oportunidad para matarlo cuando todo esté listo. El conocimiento del momento exacto es un arte civilizado, bárbaro mío.
—Sí —aceptó la voz de John, desde el corte oscuro de su silueta contra la luz dorada—. Y he tenido montañas de tiempo para estudiarlo aquí junto con todas las otras artes civilizadas como la cortesía y la amabilidad para con los peticionarios, por no hablar del honor y de cumplir con la palabra que uno le da a su amante en vez de pegarse a su hijo.
Hubo tal vez tres pulsos humanos de silencio antes de que ella hablara. Jenny vio cómo su espalda se tensaba; cuando habló de nuevo, la voz, aunque seguía siendo dulce, tenía una nota distinta, como una cuerda de arpa que se toma un poco más arriba de la nota correcta.
—¿Y qué os importa a vos, John Aversin? Así es como se hacen las cosas aquí en el sur. Ninguna de esas cosas interferirá con vuestra oportunidad de acceder a la gloria. No es nada que deba importaros. Yo os diré cuándo debéis partir. Escuchadme, Aversin, y creedme. Conozco al dragón. Vos matasteis un gusano, no habéis conocido a Morkeleb, el Negro, el Dragón de la Pared de Nast. Es mucho más grande que el gusano que matasteis antes, más grande de lo que podéis comprender.
—Eso lo había adivinado. —John se levantó los anteojos; la luz rosada tembló en las púas de los brazaletes de sus brazos como puntas de espada—. Supongo que tendré que matarlo como pueda.
—No. —El ácido quemó la dulzura de su voz como en un caramelo envenenado—. No podéis. Yo lo sé, aunque vos y esa puta vuestra no lo sepáis. ¿Pensáis que no sé que esos asquerosos comedores de basura, los gnomos, os han mentido? ¿Que se han negado a daros mapas verdaderos de la Gruta? Yo conozco la Gruta, John Aversin..., conozco cada túnel, cada pasaje. Conozco el corazón de la Gruta. Y conozco cada uno de los encantamientos de ilusión y protección y creedme, los necesitaréis contra la furia del dragón. Necesitaréis mi ayuda, si queréis triunfar..., necesitaréis mi ayuda si queréis salir de ese combate con vida. Esperad, os digo y tendréis esa ayuda; y después os recompensaré más allá de los sueños de avaricia de cualquier hombre con lo que quede de la Gruta.

John levantó la cabeza y la inclinó un poco hacia un lado.
—¿Vos me recompensaréis?
En el silencio de la noche que olía a mar, Jenny oyó como el aliento de la otra mujer se detenía.
—¿Cómo es que pensáis que seréis la que divida el tesoro de los gnomos? —preguntó John—. ¿Estáis pensando en tomar la Gruta una vez que el dragón desaparezca de escena?
—No —dijo ella demasiado rápido—. Quiero decir..., ¿seguramente sabéis que la insolencia de los gnomos los ha llevado a una conspiración contra su majestad? Ya no son el pueblo fuerte que eran antes de la llegada de Morkeleb. Los que no han muerto están divididos y débiles. Muchos dejaron la ciudad, abandonaron todos sus derechos y salieron ganando...
—Si me trataran como veo que los tratan a ellos —señaló John, inclinando un hombro contra los azulejos azules y amarillos de la galería de arcos—, yo también me iría.
—Se lo merecen. —Las palabras de Zyerne mordían con veneno súbito—. No me dejan... —Se detuvo de pronto y luego agregó, más racionalmente—: Sabéis que están aliados abiertamente con los rebeldes de Halnath..., o deberíais saberlo. Sería tonto matar al dragón antes de descubrir sus conspiraciones. Sólo les daría un lugar en donde hacerse fuertes y un tesoro al que volver para seguir conspirando y traicionando al rey.
—Sé que el pueblo y el rey no han oído otra cosa que ese cuento de que los gnomos están planeando complots y traiciones —replicó Aversin en una voz totalmente neutra, como si hablara del clima—. Y por lo que oigo, los gnomos de la ciudadela no tuvieron mucha elección en cuanto a quién apoyar. El hecho de que Gar se hubiera ido debe de haber sido de lo más conveniente para vos; el rey, perturbado como estaba, debe de haber estado dispuesto a creer cualquier cosa. Y supongo que sería una tontería librarse del dragón antes de que muchos de los gnomos hayan abandonado el reino..., o se haya encontrado una buena razón para librarse de los que quedan para que no puedan volver a ocupar su base de operaciones, sobre todo porque hay otro que quiere ese lugar, quiero decir.
Hubo un momento de silencio, Jenny veía cómo la luz se deslizaba con rapidez sobre la manga de seda de Zyerne, en el lugar en que la manita de ella la aferraba furiosa, dejando una marca de arrugas como la huella de pensamientos invisibles.
—Son problemas de alta política, Vencedor de Dragones. No es nada que os importe, después de todo. Os digo, sed paciente y esperad hasta que os diga que ha llegado el momento de ir juntos a la Gruta, vos y yo. Os prometo que no os robaré esa muerte.
Se acercó de nuevo a él y los diamantes de sus manos arrojaron espinas de fuego contra los colores apagados del cuero y la capa de John.
—No —dijo Aversin, en voz baja—. Ni nadie os robará la Gruta una vez que yo haya hecho el trabajo sucio, la carnicería por vos. Vos llamasteis al dragón, ¿no es cierto?
—No. —La palabra era frágil como una rama que se quiebra después de una helada—. Claro que no.
—¿No, amorcito? Entonces es una suerte increíble para vos que haya llegado justo cuando lo hizo, cuando queríais una base de poder lejos del rey en caso de que se cansara de vos o se muriera; por no hablar de todo ese oro de mierda.
Jenny sintió el ardor de la rabia de la otra maga como una explosión invisible a través del jardín, mientras Zyerne levantaba la mano. La garganta de Jenny se cerró sobre un grito de miedo y advertencia; sabía que nunca hubiera podido moverse a tiempo para ayudar y que si hubiera llegado, no hubiera podido enfrentarse a la magia de la joven hechicera; Aversin, con la espalda contra la piedra del arco, sólo pudo ponerse el brazo frente a los ojos cuando el fuego blanco estalló en los dedos de Zyerne. El crujido en el aire fue como el de un relámpago; el brillo, tan blanco que parecía

bordeado de violeta, campeó sobre cada grieta de roca y cada mancha de musgo en el suelo y delineó cada pétalo separado de las rosas de invierno en un brillo pálido, del color de la cera. Luego, el aire se llenó de olor a ozono y a hojas chamuscadas.
Después de un momento, John levantó la cara y la apartó de la protección de los brazos. Incluso al otro lado del jardín, Jenny veía que estaba temblando; ella misma tenía las rodillas tan débiles por la impresión y el miedo que se habría caído a no ser por el terror todavía más grande que sentía ante Zyerne misma; y maldijo su propia falta de poder. John, de pie frente a Zyerne, no se movió.
Fue ella la que habló; la voz rebosaba de triunfo.
—Os propasáis, Vencedor de Dragones. No soy esa mujerzuela sucia y despeinada vuestra. A mí no podéis hablarme con impunidad. Soy una verdadera maga.
Aversin no dijo nada, pero se sacó con cuidado los anteojos y se limpió los ojos. Luego los volvió a colocar en su lugar y la miró en silencio bajo la luz leve de la lámpara del jardín.
—Soy una verdadera maga —repitió ella con suavidad. Extendió las manos hacia él, los dedos pequeños le tocaron la manga y una nota ronca se deslizó en su voz suave—. ¿Y quién dice que nuestra alianza debe ser tan truculenta, Vencedor de Dragones? No tenéis por qué pasar vuestro tiempo aquí ardiendo de impaciencia por marcharos. Puedo hacer muy agradable vuestra espera.
Sin embargo, cuando los dedos delicados de la maga tocaron la cara de John, él tomó las muñecas frágiles y la empujó hasta dejarla a un brazo de distancia. Durante un instante se quedaron allí, mirándose uno al otro; el silencio era absoluto a no ser por el ritmo rápido de las dos respiraciones. Los ojos de ella estaban fijos en los de Aversin y buscaban en su mente la clave del consentimiento como Jenny la había buscado en la de Gareth un poco antes.
Luego, con una maldición, Zyerne se soltó de las manos de Aversin.
—Bueno —murmuró—. Esa perra roja vuestra al menos puede hacer bien sus estúpidos hechizos, ¿no es cierto? Tiene que hacerlo..., con el aspecto que tiene. Pero dejadme deciros esto, Vencedor de Dragones. Cuando cabalguéis al encuentro del dragón, os guste o no, cabalgaréis conmigo, no con ella. Necesitaréis mi ayuda y cabalgaréis cuando yo lo diga, cuando yo le diga al rey que os dé permiso y no antes. Así que aprended un poco el arte civilizado de la paciencia, bárbaro mío..., porque sin mi ayuda, moriréis.
Se alejó de él y al pasar bajo el arco de la lámpara, se estiró para cogerla. En ese brillo de miel, su cara parecía tan amable e inocente como la de una niña de diecisiete años, sin marca alguna de rabia o perversión, ambición o desprecio. John se quedó donde estaba, mirándola partir. El sudor se deslizaba sobre su rostro como una niebla de diamantes; estaba quieto, excepto cuando se frotaba las quemaduras leves, agudas en las manos.
Un momento después, la ventana que había detrás de él se encendió, suave, a la vida. A través de la pantalla calada de hiedras y arbustos perfumados que tejían una persiana de filigrana, Jenny vio algo de la habitación que estaba al otro lado. Tuvo una impresión de frescos sobre las paredes, de floreros caros de oro y plata y del brillo de los bordados en hilo dorado que cubrían las cortinas de la cama. Había un hombre en la cama, un hombre que se movía, febril, en un sueño inquieto, el cabello dorado descolorido, desmayado, en desorden sobre las almohadas bordadas. Tenía la cara hundida y sin vida, como la cara de un hombre al que ha besado un vampiro.

—¡Se merecería que os fuerais esta misma noche! —se enfureció Gareth—. Que partierais hacia el norte y la dejarais ocuparse sola de su propio gusano miserable, si realmente quiere derrotarlo...

Giró de pronto y se puso a recorrer a zancadas la gran cámara de la casa de huéspedes, tan furioso que apenas si podía farfullar las palabras. En su rabia, parecía haber olvidado su propio miedo a Zyerne y su deseo de que lo protegieran de ella, parecía haber olvidado su largo viaje a las Tierras de Invierno y su desesperación por llevarlo a buen término. Desde su asiento junto a la ventana, Jenny lo miró rabiar con el rostro aparentemente en calma y la mente al galope.

John levantó la vista. Había estado jugueteando con las clavijas de la gaita.

—No serviría de nada, héroe —dijo con voz tranquila—. No importa cómo llegó el dragón ni por qué, el hecho es que ahora está aquí. Como dijo Zyerne, la gente de por aquí no es asunto mío pero no puedo irme y dejarlos con el dragón. Incluso si dejamos de lado a los gnomos, hay que pensar en la siembra de primavera.

El muchacho se detuvo en su furia y lo miró fijamente.

—¿Eh?

John se encogió de hombros, los dedos inquietos sobre las clavijas.

—La cosecha ya ha pasado —señaló—. Si el dragón todavía está por aquí en primavera, no habrá grano que recoger y entonces, héroe, verás lo que es el hambre en esta ciudad.

Gareth no dijo nada. Era algo que no había considerado, notó Jenny. Obviamente, nunca le había faltado comida.

—Además —continuó John—, a menos que los gnomos puedan recuperar la Gruta con rapidez, Zyerne los destruirá aquí, como dijo Dromar, y a tu amigo Policarpio en la ciudadela. A pesar de las palabras de Dromar sobre mantenernos lejos del corazón de la Gruta, los gnomos han hecho lo que han podido por nosotros; y tal como yo lo veo, Policarpio te salvó la vida, o al menos te impidió terminar como tu padre que está tan dominado por los hechizos de Zyerne que no puede distinguir una semana de otra. No, hay que matar a ese dragón.

—Pero a eso voy —discutió Gareth—. Si matáis al dragón, ella podrá tomar la Gruta y luego la ciudadela caerá porque podrán atacarla desde el otro lado. —Miró a Jenny con preocupación—. ¿Podría haber llamado al dragón ella misma?

Jenny se quedó callada y pensó en el poder terrible que había sentido en el jardín y en esa atmósfera pervertida, tremenda, en la habitación iluminada por la lámpara en la casa de Zyerne. Luego, dijo:

—No sé. Es la primera vez que sé que la magia de los seres humanos pueda tocar a un dragón..., pero en realidad Zyerne saca su poder de la magia de los gnomos. Nunca he oído hablar de algo así...

—Serpiente por la cabeza; por el cuello, caballo —repitió John—. ¿Podría estar dominando al dragón por su nombre? Lo conoce bien.

Jenny negó con la cabeza.

—Morkeleb es sólo el nombre que le dan los hombres, como cuando llaman Dromar a Azwylcartusherands, y Mab a Taseldwyn. Si ella tuviera su verdadero nombre, su esencia, podría echarlo ahora mismo; y obviamente no puede, o te habría matado en el jardín hace un rato.

Se acomodó la mantilla sobre los hombros, una telaraña sutil y brillante de seda de las Islas del Sur, y las masas espesas de su cabello descansaron sobre la tela como una segunda mantilla. A su espalda, el frío parecía salir de la ventana.

Gareth volvió a caminar ida y vuelta, las manos hundidas en los bolsillos de sus viejos pantalones de cuero de caza, los que se había puesto para ir a espiar al rey.

—Pero no sabe su nombre, ¿no es cierto?

—No —replicó Jenny—. Y en ese caso... —Hizo una pausa y luego rechazó la idea.

—¿Qué? —quiso saber John, que había notado la duda en su voz.

—No —repitió ella—. Es inconcebible que a su nivel de poder no le hayan enseñado Límites. Es lo primero que aprendemos todos. —En ese momento vio la cara de

incomprensión de Gareth y explicó—: Es lo que me lleva tanto tiempo cuando tejo los hechizos. Hay que limitar el efecto de cada uno. Si uno llama a la lluvia, debe especificar una cierta cantidad para no inundar la región. Si uno hace un hechizo de destrucción para alguien o algo, tiene que poner un Límite para que esa destrucción no termine en una catástrofe generalizada que barra todo a su alrededor, incluyendo la casa y los bienes del mago. La magia es muy pródiga en sus efectos. Los Límites son lo primero que se enseña a un nuevo mago.
—¿Incluso entre los gnomos? —preguntó Gareth—. Dijisteis que su magia es diferente.
—Se enseña de forma diferente, se transmite de otra manera. Hay cosas que me dijo Mab que yo no entiendo y cosas que se niega a decirme sobre la forma en que construye su poder. Pero es magia. Mab conoce Límites y por lo que me dijo, supongo que son todavía más importantes en la noche bajo tierra. Si estudió entre los gnomos, Zyerne tiene que haber aprendido todo eso.
John tiró la cabeza hacia atrás y rió realmente divertido.
—¡Uff! ¡Debe de estar poniéndola enferma! —Rió de nuevo—. Imagínate, Jen. Quiere librarse de los gnomos, así que trae una maldición sobre ellos, la peor que se le hubiera podido ocurrir..., y consigue un dragón del que no puede librarse... ¡Es hermosísimo!
—¡Es «frivolísimo»! —replicó Jenny.
—¡Con razón me arrojó ese fuego! ¡Debe de estar totalmente furiosa cuando lo piensa! —Los ojos de John bailaban bajo sus cejas expresivas.
—No es posible —insistió Jenny, en la voz fría que usaba para llamar a sus hijos cuando ellos estaban jugando. Luego, dijo más seriamente—: No puede haber llegado a tener ese grado de poder sin que le enseñaran, John. Es imposible. Todo poder debe pagarse de algún modo.
—Pero es el tipo de cosa que pasaría si no se pagara, ¿no es cierto?
Jenny no contestó. Durante un largo rato, clavó los ojos en la forma oscura de los edificios, que se veía a través de la ventana bajo las estrellas congeladas del otoño.
—No sé —dijo finalmente, mientras acariciaba los bordes de telaraña de su mantilla fantasma—. Tiene tanto poder. Es inconcebible pensar que no ha pagado por él de algún modo. La clave de la magia es magia. Ella ha tenido todo el tiempo y todo el poder para estudiarla en ese tiempo. Y sin embargo... —Se detuvo mientras identificaba por fin sus propios sentimientos hacia lo que hacía Zyerne y lo que era—. Pensaba que alguien que hubiera alcanzado ese nivel de poder sería diferente.
—Ah —dijo John con suavidad. A través de la habitación, los ojos de los dos se encontraron—. Pero no creas que lo que ella ha hecho con su éxito traiciona tu lucha, amor. Porque no es cierto. Sólo ha traicionado la de ella misma.
Jenny suspiró mientras pensaba una vez más en la habilidad misteriosa de John para tocar el corazón de los problemas, luego sonrió un poco para sí misma. Intercambiaron un beso en una mirada.
—Pero ¿qué vamos a hacer? —dijo Gareth con calma—. Hay que destruir al dragón; y si lo destruís, jugáis el juego de Zyerne, os ponéis en sus manos.
Una sonrisa cruzó la cara de John, un relámpago de adolescente con gafas que espiaba desde detrás de las barricadas complejas levantadas por la dureza de las Tierras de Invierno y la dominación amarga de su padre. Jenny sintió que los ojos de John la miraban de nuevo..., el toque de una gran ceja rojiza y la pregunta en la mirada brillante. Después de diez años, se habían acostumbrado a hablar sin palabras.
Un temblor de miedo pasó por el cuerpo de Jenny, aunque sabía que él tenía razón. Después de un instante, suspiró de nuevo y asintió.

—Bien. —La sonrisa traviesa de John se amplió, como la de un muchacho que va a hacer algo malo y se frotó las palmas con rapidez. Luego se volvió hacia Gareth—. Haz el equipaje, héroe. Esta noche nos vamos a la Gruta.

9

—Alto.
Perplejos, Gareth y John se detuvieron a ambos lados de Jenny, montada sobre Luna en medio del sendero lleno de hojas. Alrededor de ellos, las colinas de la Pared de Nast estaban silenciosas, como muertas, salvo por el hilo de viento que recorría a ambos lados del camino, los troncos chamuscados de lo que alguna vez había sido un bosque; y por el leve tañido del cobre cuando Osprey mordía el freno y Clivy comía, prosaica, en los bordes de la zanja. Más abajo en las colinas los bosques estaban todavía enteros, enmudecidos por la llegada del invierno más que por el fuego; bajo los troncos gris plateados de los abedules, había muchos arbustos color óxido. Donde se habían detenido, sólo había un grupo de brotes frágiles, a punto de caer con sólo un roce de las manos. Medio escondidos en la maleza cerca de los adoquines quemados del camino se veían los huesos de fugitivos del primer ataque del dragón, mezclados con vasijas rotas y las monedas de plata abandonadas en la fuga. Las monedas yacían en el barro. Nadie había llegado tan cerca de la ciudad en ruinas como para recogerlas.
Adelante, en la luz débil del invierno, se veía lo que quedaba de las primeras casas de Grutas. Según Gareth, la ciudad nunca había tenido muros protectores. El camino entraba en la aldea bajo la torre rota del reloj.
Durante un largo rato, Jenny se quedó sentada en silencio. Giraba la cabeza a un lado y a otro. Ninguno de los hombres le habló..., en realidad, desde que habían escapado del palacio en las horas previas a la aurora, Jenny había notado cada vez más el silencio creciente de John. Ahora lo miró, sentado y recogido en sí mismo sobre su caballo Vaca y recordó una vez más las palabras de Zyerne cuando decía que sin su ayuda ni él ni Jenny podrían enfrentarse a Morkeleb.
Sin duda, John también las recordaba.
—Gareth —dijo Jenny por fin, en un murmullo—, ¿hay otro camino para entrar a la ciudad? ¿Algún lugar que esté más lejos de las Puertas de la Gruta?
Gareth frunció el ceño.
—¿Por qué?
Jenny meneó la cabeza, no muy segura de la razón por la que había hablado. Pero algo le susurraba, como esa otra vez, hacía ya varias semanas, en las ruinas de esa ciudad sin nombre en las Tierras de Invierno..., una sensación de peligro inminente que le hacía buscar los signos de la amenaza. Bajo la tutela de Mab, Jenny se había dado cuenta de que debía confiar en su instinto y algo en ella odiaba acercarse a ese reloj en ruinas para entrar en la luz del sol, que bajaba sobre el valle de Grutas.
Después de pensarlo un momento, Gareth dijo:
—El lugar más alejado de las Puertas Grandes en Grutas es la Ladera de los Curtidores. Está al final de ese montón de arbustos que cierra la ciudad al oeste, allá. Creo que está más o menos a un kilómetro de las Puertas. La ciudad no tiene más de..., de medio kilómetro de ancho.
—¿Te parece que podemos ver bien las Puertas desde allí?
Confundido por esa pregunta extraña, Gareth asintió.
—El suelo es alto y la mayoría de los edificios cayeron después del ataque. Pero si queremos tener una buena vista de las Puertas, queda bastante de la torre del reloj, como podéis ver...
—No —murmuró Jenny—. No creo que podamos acercarnos tanto.
La cabeza de John giró con violencia al oírla. Gareth tartamudeó.
—No puede..., no puede oírnos, ¿verdad?
—Sí —dijo Jenny, sin saber por qué lo decía—. No..., no es oído exactamente. No sé. Pero siento algo, en los bordes de mi mente. No creo que sepa que estamos aquí, no

todavía. Pero si nos acercamos más, tal vez... Es un dragón viejo, Gareth; debe serlo si su nombre está en las Líneas. En uno de esos viejos libros de la biblioteca del palacio dice que los dragones cambian su piel y su alma, que los jóvenes tienen colores simples y brillantes; los maduros, más complejos en el dibujo y los viejos se hacen más y más simples de nuevo a medida que su poder crece y se profundiza. Morkeleb es negro. No sé lo que significa, pero no me gusta lo que creo que implica..., mucho poder, muchos años...; sus sentidos deben de llenar el valle de Grutas como el agua estancada, sensibles a la menor onda.

—Es obvio que oyó venir a los caballeros de tu padre, ¿no? —agregó John con cinismo.

Gareth parecía muy desdichado. Jenny impulsó a su yegua suavemente y dio un paso o dos más hacia la torre del reloj mientras extendía sus sentidos sobre todo el valle. A través de las redes de ramas rotas por encima de su cabeza se veía la oscuridad maciza de los acantilados de la Pared de Nast que miraban al oeste. Su altura infinita se alzaba como metal oxidado, manchada de púrpura donde la golpeaban las sombras; las grandes piedras brillaban, blancas, sobre ellos como cosechas de huesos rotos. Sobre la línea del incendio que había causado el dragón crecía la maleza en los flancos de la montaña, alrededor de los acantilados, hacia arriba por las rocas cubiertas de musgo de las depresiones dejadas por los glaciares y los campos de nieve. Los cuernos tocados de hielo de las cimas desnudas y partidas de la Pared estaban ahora velados por las nubes, pero más allá de los hombros doblados de la cadena, hacia el este, se veía un leve hilito de humo que marcaba la ciudadela de Halnath y los campos de los sitiadores a su alrededor.

Debajo de esa enorme pared de piedra y árboles yacían los espacios abiertos del valle: un gran pozo de aire, un golfo lleno de luz solar pálida, brillante..., y algo más. La mente de Jenny lo tocó brevemente y luego se alejó asustada de esa conciencia viva que sentía allá lejos, enroscada como una serpiente en su nido oscuro.

Detrás de ella, oía hablar a Gareth.

—Pero el dragón que matasteis en la hondonada en Wyr no sabía que veníais. —Hablaba tan alto que los nervios de Jenny se retorcían y deseaba hacerlo callar—. Pudisteis llegar por detrás y atacarlo por sorpresa. No veo cómo...

—Yo tampoco, héroe —cortó John con suavidad mientras reunía las riendas de Vaca en una mano y las del caballo de batalla, Osprey, en la otra—. Pero si tú estás dispuesto a apostar tu vida a que Jenny se equivoca, yo no. Llévanos a la famosa Ladera.

En la noche del dragón muchos se habían refugiado en los edificios de la Ladera de los Curtidores; sus huesos yacían por todas partes entre las ruinas chamuscadas de piedras en ruinas. Desde el espacio abierto frente al lugar que habían ocupado los depósitos, se había podido ver toda la pequeña aldea de Grutas, llena de vida y movimiento bajo el velo constante del humo de las fraguas y las fundiciones de más abajo. Ese velo había desaparecido ahora, quemado hasta el fondo por el fuego del dragón; toda la aldea estaba abierta al brillo leve, sin calor del sol de invierno, un cuadriculado de ruinas y huesos.

Jenny miró a su alrededor, a los edificios de la Ladera con terror, como si le hubieran dado un golpe en el estómago; luego, cuando se dio cuenta de la razón por la que reconocía el lugar, la impresión dejó paso al horror y la desesperación.

Era el lugar donde había visto a John moribundo en la imagen del cuenco de agua en el norte.

Había hecho adivinación antes pero nunca con tanta exactitud. La precisión de lo que había visto la destrozaba..., cada piedra, charco y pared derruida era la misma; recordaba la forma en que se veía la línea amenazante de los acantilados oscuros contra el cielo y hasta los dibujos de los huesos de la aldea, allá abajo. Se sentía

inundada por una necesidad urgente de cambiar algo..., de derrumbar una pared, cavar un agujero, limpiar los arbustos en el labio de la Ladera donde se inclinaba hacia la aldea, cualquier cosa que hiciera que el lugar no fuera como lo había visto. Y sin embargo, en su corazón, sabía que hacer eso no cambiaría nada y tenía miedo de que si cambiaba algo, eso hiciera al lugar más y no menos parecido al que había visto.

Los labios se le paralizaron al decir:

—¿Éste es el único lugar de la ciudad a esta distancia de las Puertas? —Ya sabía lo que le contestaría Gareth.

—Tiene que serlo, por el olor de las curtidurías. Ya veis que no se construyó nada por aquí cerca. Hasta los tanques y depósitos de agua se pusieron en esas rocas al norte y no aquí donde están las mejores vertientes.

Jenny asintió con apatía, mirando hacia las grandes rocas al norte de la aldea, las rocas que él estaba señalando. Toda su alma gritaba: «¡No, no!»

De pronto se sintió tonta y desesperada, poco preparada, vencida desde el comienzo e increíblemente ingenua. Hemos sido unos tontos, pensó con amargura. Matar al primer gusano fue una tontería, un fraude. Nunca debimos haber presumido de eso, nunca debimos pensar que podíamos hacerlo de nuevo. Zyerne tenía razón. Zyerne tenía razón.

Miró a John, que había desmontado de Vaca y estaba de pie sobre el labio rocoso de la Ladera en el lugar en que el suelo caía bruscamente hacia el valle, más abajo y miraba al otro lado, la otra ladera del lado de las Puertas. El frío cubrió los huesos de Jenny como una sombra vasta, alada, sobre el sol y ella acercó suavemente su yegua a John. Él habló sin mirarla.

—Supongo que puedo hacerlo. El Templo de Sarmendes está a medio kilómetro por el Gran Pasaje, si Dromar me decía la verdad. Si Osprey y yo vamos a toda velocidad, deberíamos poder atrapar al dragón en la Sala del Mercado, justo detrás de las Puertas. Y si es capaz de oírme en el momento en que empiece a galopar por la Ladera, todavía puedo atraparlo antes de que salga al aire. Tendré sitio para pelear con él en la Sala del Mercado. Es mi única posibilidad.

—No —dijo Jenny con calma. Él la miró con las cejas arqueadas—. Tienes otra oportunidad si volvemos a Bel. Zyerne puede ayudarte a atacarlo por detrás, por las cuevas. Sus hechizos te protegerán y los míos no pueden hacerlo.

—Jen —Un mudo recelo en la expresión del rostro de John se abrió de pronto en el brillo blanco de los dientes. Levantó las manos para ayudarla a bajar mientras meneaba la cabeza con desaprobación. Ella no se movió.

—Al menos, le conviene mantenerte a salvo si quiere al dragón muerto. Lo demás no es asunto tuyo.

La sonrisa de John se hizo más amplia.

—Ahí tienes un buen argumento, amor —aceptó—. Pero no me parece que esa chica sepa cocinar bien unas judías. —Y la ayudó a bajar del caballo.

El mal presentimiento que pesaba sobre el corazón de Jenny no disminuyó; más bien creció en la corta tarde. Se dijo a sí misma una y otra vez, mientras caminaba por los círculos mágicos y encendía el fuego en el centro para elaborar sus venenos, que el agua era mentirosa; que adivinaba el futuro mejor que el cristal pero que sus imágenes eran menos fiables que las del fuego. Pero una sensación de algo trágico e inminente pesaba sobre su corazón y, cuando la luz del día disminuyó, le pareció que veía en el fuego bajo la olla que hervía a fuego lento la misma imagen del agua: la camisa de cota de malla de John desgarrada en una docena de sitios, los eslabones rotos brillantes de sangre oscura.

Había hecho el fuego en el extremo de la Ladera, donde el viento llevaría el humo y los vapores lejos del campamento y del valle, y trabajó toda la tarde hechizando los ingredientes y el acero de los arpones. La señora Mab le había aconsejado sobre los venenos más poderosos que podían afectar a los dragones y como eran ingredientes que la maga no tenía en su limitado depósito, Jenny los había comprado en la calle de los Farmacéuticos en el Mercado de Bel. Mientras ella trabajaba, los dos hombres exploraron la Ladera, sacaron agua del pequeño pozo que había a cierta distancia en los bosques para los caballos —la casa fuente que había servido a las curtidurías había quedado aplastada como una cáscara de huevo— y luego montaron el campamento. John tenía muy poco que decir desde que Jenny le había hablado al borde de la Ladera; Gareth parecía temblar con una mezcla de excitación y terror.

Jenny había quedado algo sorprendida de que John invitara a Gareth a unírseles, aunque había planeado pedirle que lo hiciera. Tenía sus propias razones para desear que el muchacho estuviera con ellos y esas razones tenían muy poco que ver con el deseo de Gareth de ver cómo se mataba a un dragón, deseo que había expresado al comienzo del viaje desde el norte, pero no últimamente. Jenny..., y sin duda también John, sabían que la partida de los dos habría dejado sin protección a Gareth en la ciudad de Bel.

Tal vez Mab tenía razón, pensó Jenny, mientras apartaba la cara del olor horrible del humo y se la secaba con una mano enguantada. Había males peores que el dragón en esa tierra..., morir a manos de esa bestia tal vez podía verse como un mal menor en ciertas circunstancias.

Las voces de los hombres llegaron a ella desde el otro lado del campamento. Se movían, preparando la cena. Jenny había notado que ninguno de los dos hablaba en voz muy alta cuando estaba cerca del borde de la Ladera.

—Voy a conseguirlo —decía John mientras arrojaba una torta sobre la sartén y miraba a Gareth—. ¿Cómo es la Sala del Mercado? ¿Puedo tropezar con algo?

—No creo, si el dragón ha estado entrando y saliendo —dijo Gareth después de un momento—. Es un salón muy grande, como dijo Dromar; unos trescientos metros de profundidad y todavía más de ancho. El techo es muy alto, con cuernos de roca que cuelgan de él..., y cadenas también, que antes sostenían cientos de lámparas. El suelo está nivelado y antes estaba cubierto de quioscos, toldos y puestos de frutas y verduras; todo lo que se producía en el reino se vendía a la Gruta en ese lugar. No creo que haya nada lo suficientemente sólido para resistir el fuego del dragón.

Aversin dejó caer la última torta en la sartén y se enderezó, secándose los dedos en un extremo de su capa. Una oscuridad azul se descargaba sobre la Ladera de los Curtidores. Desde su fuego pequeño, Jenny veía a los dos hombres delineados en oro contra un fondo azul y negro. No se acercaron, en parte por el olor de los venenos, en parte por los círculos mágicos que brillaban suavemente en el suelo arenoso a su alrededor. La clave de la magia es magia..., Jenny sentía que los miraba desde un lugar aislado en otro mundo, a solas con el calor del fuego, el olor hiriente de los humos del veneno y el peso terrible de los hechizos de la muerte en su corazón.

John fue hasta el borde de la Ladera por décima vez esa tarde. A través de los huesos destrozados de Grutas, lo miraba el ojo negro de calavera de las Puertas. Placas de metal y astillas partidas de madera quemada yacían esparcidas sobre las escaleras de granito anchas y no muy altas, que había debajo de ellos, apenas visibles en la luz acuática de la luna de cera. La aldea misma yacía en una laguna de oscuridad impenetrable.

—No está tan lejos —dijo Gareth con esperanza—. Incluso si os oye en el momento en que lleguéis al valle, podréis llegar a la Sala del Mercado a tiempo.

John suspiró.

—No estoy tan seguro de eso, héroe. Los dragones se mueven con rapidez, incluso en el suelo. Y el de allá abajo es malo. Osprey no será muy rápido ni siquiera a galope tendido. Me hubiera gustado explorar para ver cuál era la ruta más despejada pero no es posible. Lo más que puedo esperar es que no haya puertas de sótanos abiertas o pozos privados desde aquí hasta las Grandes Puertas.
Gareth rió suavemente.
—Es extraño. Nunca había pensado en eso. En las baladas, el caballo del héroe nunca tropieza en el camino a la batalla con el dragón, aunque los caballos tropiezan de vez en cuando hasta en los torneos, donde el suelo de las pistas está alisado de antemano. Pensé que sería..., no sé, como en una balada. Muy directo. Que vendríais cabalgando desde Bel, directo hasta aquí arriba y luego abajo, a la Gruta...
—¿Sin dejar descansar el caballo después del viaje aunque lo llevara de la rienda? ¿Sin explorar el terreno? —Los ojos de John bailaban detrás de los anteojos—. No me extraña que los caballeros del rey hayan muerto. —Suspiró—. Lo único que me preocupa es que si me retraso, aunque sea un poco, voy a quedar debajo de esa cosa cuando salga por las Puertas...
Luego tosió, sacudiendo el aire y dijo:
—¡Mierda! —Mientras corría a sacar las tortas en llamas de la sartén. Con los dedos quemados, agregó—: Y lo peor de todo es que hasta Adric cocina mejor que yo...
Jenny dio la espalda a las voces y a la dulzura de la noche más allá del calor ardiente del fuego. Mientras hundía los arpones en el líquido espeso e hirviente de la olla, el sudor le pegó el cabello largo a las mejillas y le corrió por los brazos desnudos bajo las mangas levantadas de su capa hasta los puños de los guantes; el calor se esparcía como una película roja sobre los dedos de sus pies, desnudos como casi siempre que hacía magia.
Como John, se sentía muy dentro de sí misma, curiosamente separada de lo que hacía. Los hechizos de muerte colgaban con un olor desagradable en el aire a su alrededor, y la cabeza y los huesos estaban empezando a dolerle por el calor y el esfuerzo de la magia que estaba tejiendo. Los poderes que llamaba la cansaban siempre, incluso cuando eran para algo bueno; ahora se sentía agobiada por ellos, exhausta, y sabía que no había urdido nada bueno con ese cansancio.
El Dragón Dorado volvió a su mente de nuevo, el primer instante increíble en que lo había visto caer desde el cielo como un relámpago de ámbar y había pensado: «Esto es belleza.» Recordaba también la carnicería que había quedado en el barranco, los charcos malolientes de ácido y veneno y sangre y el canto plateado, débil, que moría en el aire tembloroso. Tal vez eran sólo los humos que estaba inhalando, pero sintió una náusea súbita ante esa imagen.
Había matado Meewinks o los había mutilado y los había dejado así para que se los comieran sus hermanos; recordaba el cabello grasiento y resbaladizo del bandido bajo sus dedos cuando le tocó las sienes en las ruinas. Pero no eran como el dragón. Ellos habían elegido ser lo que eran.
Como tú.
¿Y qué eres tú, Jenny Waynest?
Pero no pudo encontrar una respuesta.
La voz de Gareth llegó hasta ella desde el otro fuego.
—Esa es otra cosa que nunca nombran en las baladas, algo que quiero preguntaros. Sé que suena tonto, pero..., ¿cómo hacéis para que no se os rompan los anteojos en la batalla?
—No los uso —replicó la voz de John con rapidez—. Si uno lo ve venir, ya es muy tarde de todos modos. Y además, hice que Jen los hechizara para que no se caigan o se rompan cuando sí los uso.

Ella los miró, en el aura condensada de los hechizos de muerte y exterminio de belleza que la rodeaban, a ella y a su olla de veneno. La luz del fuego brilló en el metal del jubón de John; brillaba contra el azul de la noche como la marca de un fabricante estampada en oro sobre un rollo de terciopelo. Casi podía oír la sonrisa alegre en la voz de su compañero.

—Me parece que si voy a romperme el corazón amando a una esposa maga, por lo menos puedo sacar algún provecho.

Sobre el hombro de la Pared de Nast colgaba la luna, un ojo blanco medio abierto, de cera, que iba hacia el cuarto menguante. Con una punzada como una púa de metal hundida en su corazón, Jenny recordó que había sido así en su visión en el agua.

En silencio, se arrinconó de nuevo en su círculo privado de muerte, dejando fuera ese otro mundo de amistad y amor y tonterías, encerrándose con los hechizos de ruina y desesperación y fuerzas que fallan de pronto. Era parte de su poder dar la muerte de esa forma y se odiaba por eso, aunque, como John, sabía que no tenía otra opción.

—¿Pensáis que podréis hacerlo? —preguntó Gareth. Frente a ellos, las ruinas de la aldea quebrada estaban púrpura y pizarra con las sombras de la luz temprana. El aliento de Osprey, caballo de batalla, era tibio sobre la mano de Jenny que lo llevaba de la rienda.

—Tendré que hacerlo, ¿no? —John controló la cincha y saltó sobre la montura. El reflejo frío del cielo de la mañana brillaba, resbaladizo, sobre la grasa que Jenny había hecho la noche anterior para que él se protegiera la cara contra el ardor del fuego del dragón. La escarcha crujía en la maleza bajo los cascos de Osprey. Lo último que había hecho Jenny justo antes del amanecer había sido ahuyentar las nieblas que entraban desde los bosques a cubrir el valle, y alrededor de los tres, el aire estaba claro y brillante y los colores pardos del invierno se entibiaban de vida. Jenny se sentía fría, vacía y agotada; había volcado todos sus poderes en esos venenos. Le dolía violentamente la cabeza y se sentía sucia, extraña y con la mente en guerra, como si fuera dos personas separadas. También se había sentido así, lo recordaba, cuando John cabalgó contra el primer dragón aunque entonces no había sabido la razón. Entonces, no sabía cómo sería la muerte violenta de esa belleza. Temía por él y sentía la desesperación como una púa en su pecho; sólo quería que el día terminara de una forma o de otra.

Los anillos de la parte posterior de los guantes de malla de John crujieron con fuerza cuando se inclinó para que ella le diera los arpones. Eran seis, en un carcaj en la espalda; el acero de sus extremos abiertos brilló con el fulgor de la luz temprana, pero no sobre el negro tétrico que les cubría las puntas. El cuero de las agarraderas era firme y duro bajo las palmas de ella. John se había puesto una camisa de cota de malla sobre el jubón con partes de metal y su cara estaba rodeada de una caperuza del mismo material. Sin los anteojos y con el cabello lanoso escondido bajo la capucha, se le veían de pronto los huesos prominentes; mostraban lo que serían sus rasgos en una vejez que tal vez nunca alcanzaría.

Jenny sintió que quería hablarle pero no se le ocurrió nada que decir.

Él reunió las riendas en una mano.

—Si el dragón sale por las Puertas antes de que yo llegue, quiero que vosotros dos uséis esas piernas —dijo con voz tranquila—. Poneos a cubierto lo más lejos que podáis, cuanto más alto en el acantilado, mejor. Si podéis, dejad ir a los caballos..., tal vez el dragón los persiga primero. —No agregó que, para ese entonces, él ya estaría muerto.

Hubo un momento de silencio. Luego, se inclinó en la montura y tocó los labios de Jenny con los suyos. Como siempre, ella los sintió sorprendentemente suaves.

Habían hablado poco, incluso por la noche; cada uno se había hundido en una armadura de silencio. Era algo que los dos entendían.
Se alejó, mirando hacia el valle, al ojo oscuro de la Gruta y a la cosa negra que lo esperaba allí dentro. Osprey movió los cascos de nuevo; sentía los nervios de la batalla en John. El espacio abierto de Grutas parecía de pronto estirarse hasta convertirse en kilómetros de llanura enorme, quebrada. Para el ojo de Jenny, cada pared derrumbada era tan alta como había sido la casa una vez; cada sótano abierto, un abismo infinito. Nunca cruzará a tiempo, pensó.
Junto a ella, John se inclinó de nuevo, esa vez para acariciar el cuello moteado de Osprey y alentarlo.
—Osprey, amigo —dijo con suavidad—, no te me espantes ahora.
Hundió sus espuelas, y el crujido brusco de los cascos de acero, cuando partieron, fue como el chispazo de relámpagos lejanos en un mediodía de verano. Jenny dio dos pasos hacia abajo por la ladera suelta, rocosa, tras él, mirando el caballo gris y la forma oscura de peltre del hombre, que se hundían a través del laberinto de cimientos abiertos, vigas rotas, agua estancada de quién sabe qué profundidad, y se deslizaban sobre montones de astillas de madera chamuscada corriendo hacia la boca abierta y negra de las Puertas. El corazón de Jenny golpeó con dolor en su pecho. Extendió sus sentidos de maga hacia la Puerta, tratando de oír. El aire frío, tintineante parecía respirar con la mente del dragón. En algún lugar en esa oscuridad se oía el crujido resbaladizo de las escamas metálicas sobre la roca...
No había forma de conjugar la imagen del dragón en su cristal redondo, pero Jenny se sentó de pronto donde estaba sobre la basura ennegrecida y suelta de la ladera y sacó el pedazo de cristal blanco y sucio con cadena del bolsillo de su chaqueta. Oyó que Gareth la llamaba desde la cima de la ladera, pero no le devolvió ni una palabra ni una mirada. Del otro lado del valle, Osprey saltó las ruinas partidas de las puertas destrozadas sobre los escalones de granito; sombras frías y azules cayeron sobre él y sobre su jinete como una capa cuando la Puerta se los tragó.
Hubo un fulgor y un rayo cuando la luz débil del sol tocó las facetas de la joya. Luego Jenny tuvo una impresión confusa de paredes labradas en piedra que podrían haber contenido al palacio entero de Bel, un techo de caverna erizado de dientes de piedra desde los cuales colgaban las viejas cadenas de las lámparas en espacios aéreos vastos, color cobalto..., umbrales negros que desgarraban las paredes; el más grande de todos se abría hacia el otro extremo de la sala...
Jenny unió las dos manos alrededor de la joya tratando de ver en sus profundidades, esforzándose por pasar más allá de las cortinas de ilusión que tapaban al dragón de su vista. Pensó que veía el brillo difuso de la luz del sol sobre la cota de malla y vio cómo Osprey tropezaba sobre la basura ennegrecida de huesos chamuscados y monedas olvidadas y postes medio quemados que cubría el suelo. Vio que John lo sacaba del tropezón y vio el brillo del arpón en su mano... Luego algo saltó de las puertas interiores, como un chorro de agua que salpicaba, viscoso sobre la ceniza seca del suelo, alzándose en una cortina de fuego.
Hubo una oscuridad en el cristal y en ella, dos lámparas de plata encendidas.
Nada se movía alrededor de Jenny, ni el movimiento frío del aire de la mañana, ni la luz del sol que le entibiaba los tobillos dentro de las botas de cuero de ciervo donde descansaban sus pies sobre la ladera cortada de grava y maleza, ni el olor ventoso del agua y la piedra que llegaba desde abajo, ni los ruidos pequeños de los caballos inquietos, más arriba. Entre sus dos manos, los bordes del cristal parecían arder en luz blanca, pero el corazón de la piedra estaba oscuro; a través de esa oscuridad, sólo llegaban imágenes fragmentarias..., una sensación de algo que se movía y era vasto y oscuro, la curva móvil del cuerpo de John cuando arrojaba el arpón y los giros nebulosos del humo cegador.

De alguna forma supo que Osprey había muerto, tocado por la cola del dragón. Tuvo una visión breve de John de rodillas, los ojos rojos y hundidos por los vapores ácidos que llenaban la sala, tratando de apuntar otra vez. Algo como una ala de negrura lo cubrió. Jenny vio llamas de nuevo y, como una imagen extraña, separada, tres arpones que yacían como un espantapájaros destrozado en el medio de una laguna de barro ennegrecido y humeante. Algo dentro de ella se convirtió en hielo; sólo había oscuridad y movimiento en la oscuridad, y luego John de nuevo; la sangre salía de las roturas de su cota de malla, y él miraba una forma inmensa de sombra brillante con la espada en la mano.

La negrura se tragó el cristal. Jenny se dio cuenta de que le temblaban las manos y el cuerpo le dolía con un dolor que irradiaba de una semilla helada bajo su esternón; la garganta, un montón de cables retorcidos. Pensó ciegamente, John, y lo recordó entrando con indiferencia graciosa y grandes zancadas en el comedor de Zyerne, la armadura de exotismo y desafío protegiéndolo de las garras de su anfitriona; recordó el brillo de la luz del día de otoño sobre sus anteojos cuando estaba hundido hasta los tobillos en la basura de los cerdos en el fuerte, estirando las manos para ayudarla a desmontar.

No podía concebir lo que sería la vida sin esa sonrisa rápida, triangular.

Luego en algún lugar de su mente lo oyó, llamándola: Jenny...

Lo encontró en el suelo, justo un poco más allá del final del trapezoide de luz que pasaba a través del vasto cuadrado de las Puertas. Había dejado a Luna afuera; la yegua movía la cabeza con miedo por el olor acre del dragón que permeaba todo ese extremo del valle. El corazón de Jenny latía con tanta fuerza que le pareció que iba a vomitar; todo el camino por las ruinas de Grutas, había esperado que la forma negra del dragón surgiera de las Puertas.

Pero nada había sucedido. El silencio dentro de la oscuridad era peor de lo que podía haber sido cualquier sonido.

Después del brillo del valle, las bóvedas azules de la Sala del Mercado parecían casi negras. El aire estaba lleno de vapores que diseminaban la poca luz que había. Los olores atrapados le quemaban los ojos y la mareaban, mezclados con el humo del fuego y el mal olor pesado de la escoria envenenada. Hasta con la vista de maga, le llevó un momento acostumbrarse a la penumbra. Luego, se descompuso, como si la sangre que se esparcía por todas partes hubiera salido de su cuerpo y no del de John.

John yacía con la cara escondida por su brazo levantado, la capucha de cota de malla echada hacia atrás y el cabello que había debajo teñido de sangre en los lugares en que el dragón parecía habérselo arrancado del todo. La sangre corría en un hilo largo de color tinta por detrás, por el lugar por donde John se había arrastrado cuando terminó la pelea junto al cadáver de Osprey, como un camino pegajoso hacia el bulto oscuro, vasto del dragón.

El dragón estaba quieto como una montaña brillante de cuchillos de obsidiana. En posición supina, era un poco más alto que la cintura de ella, una serpiente negra y brillante de cerca de doce metros de largo, velada en el humo blanco de sus venenos y en la negrura de su magia con los arpones clavados como dardos. Tenía una pata extendida hacia John, como si hubiera tratado de alcanzarlo y desgarrarlo con las últimas fuerzas y el gran talón yacía como una mano de esqueleto en un charco de sangre negra. La atmósfera parecía pesada, llena de un canto dulce, claro, que Jenny pensó que estaba tanto dentro de su cabeza como afuera. Era una canción con palabras que no entendía; una canción sobre las estrellas y el frío y el éxtasis de una zambullida larga en la oscuridad. Era una tonada a medias familiar como si Jenny ya

hubiera oído antes una frase, hacía mucho tiempo y la llevara desde entonces en sus sueños.
Luego, el dragón Morkeleb levantó la cabeza y, por un segundo, ella lo miró a los ojos. Eran como lámparas, un caleidoscopio blanco, cristalino, frío y dulce y ardiente como el centro de una llama. Se dio cuenta con una sensación brutal e intensa de que estaba mirando los ojos de un mago como ella. Era una inteligencia extraña, limpia y cortante como un pedazo de vidrio negro. Había algo terrible y fascinante en esos ojos; la canción en la mente de Jenny era como una voz que le hablaba en palabras que ella casi comprendía. Sentía que allí, dentro de ella, alguien llamaba al hambre que siempre la había consumido.
Con un movimiento desesperado, sacó sus pensamientos de allí y desvió la mirada.
En ese momento, comprendió la razón por la que las leyendas advertían que nunca había que mirar a un dragón a los ojos. No era sólo porque el dragón podía tomar una parte del alma y paralizar a su víctima mientras la destrozaba.
Era porque al escaparse de esa mirada, uno dejaba una parte de uno mismo hundida en esas profundidades de cristal y de hielo.
Se dio media vuelta para huir, para dejar ese lugar y esos ojos demasiado sabios, para escapar de esa canción que murmuraba su armonía dentro de los huesos del que la miraba. Y habría huido pero su pie enfundado en la bota rozó algo al darse la vuelta. Miró entonces hacia abajo, al hombre que yacía a sus pies y vio por primera vez que sus heridas todavía sangraban.

10

—¡No es posible que se esté muriendo! —Gareth terminó de poner un montón de ramas recién cortadas junto al fuego y se volvió hacia Jenny, con súplicas en los ojos. Como si ella, con el poder que quedaba en su mente paralizada, pudiera hacer verdad ese deseo, pensó Jenny.

Sin hablar, se inclinó para tocar la cara fría como el hielo del hombre que yacía cubierto con la capa y la piel de oso, bien cerca de las llamas temblorosas.

Había sabido que todo terminaría así cuando aceptó a John por primera vez. No debería haber cedido nunca a la travesura de esos ojos castaños. Debería haberlo alejado de ella y no ceder a esa parte débil de sí misma que murmuraba:

—Quiero un amigo.

Se puso de pie, se sacudió las faldas y se colocó la capa alrededor de la chaqueta de cuero de oveja. Gareth la miraba con ojos de perro asustado y herido; la siguió hacia el montón de paquetes al otro lado del fuego.

Ella podría haber tenido amantes. Siempre hay quien quiere dormir con una maga por la novedad o la suerte que dicen que trae. ¿Por qué lo había dejado quedarse hasta la mañana y había hablado con él como si no fuera un hombre y un enemigo que desviaría su alma a pesar de que ya entonces lo sabía? ¿Por qué le había dejado tocar su corazón tanto como su cuerpo?

La noche estaba inmóvil; el cielo, oscuro salvo por el disco blanco de la luna desmayada. Su luz fantasmal casi no delineaba los huesos rotos del pueblo vacío allá abajo. Un tronco se acomodó en el fuego moribundo; la chispa de luz tocó una mancha roja sobre los eslabones retorcidos de la cota de malla de John y brilló, pegajosa, sobre la palma de una mano abrasada. Jenny sintió que todo su cuerpo era una sola herida abierta de dolor.

Cambiamos lo que tocamos, pensó. ¿Por qué había dejado que él la cambiara? Ella había sido feliz, sola con su magia. La clave de la magia es magia..., debería haber cumplido con ese precepto desde el comienzo. Había sabido incluso en ese entonces que él era un hombre capaz de dar su vida por ayudar a otros, incluso a otros que no conocía.

Si hubiera esperado a Zyerne...

Alejó la idea de ella con violencia amarga, sabiendo que la magia de Zyerne podía haber salvado a John. Había querido llorar todo el día, no sólo de dolor sino también de rabia ante sí misma por todas las elecciones del pasado.

La voz de Gareth, débil y suplicante como la de un niño, quebró su círculo de odio a sí misma.

—¿No hay nada que podáis hacer?

—He hecho lo que puedo —replicó ella con cansancio—. Le lavé las heridas y las cerré y puse hechizos de curación sobre ellas. La sangre del dragón es un veneno en sus venas y ha perdido demasiada sangre propia.

—Pero tiene que haber algo... —En el brillo leve del fuego, ella se dio cuenta de que el muchacho había estado llorando. Ella tenía el alma fría ahora, y seca como la piel de John.

—Ya lo has preguntado siete veces desde que ha oscurecido —dijo—. Está más allá de mis habilidades..., más allá de los poderes de las drogas que tengo, más allá de mis poderes mágicos.

Trató de decírselo a ella misma: incluso si no lo hubiera amado, incluso si no le hubiera dado el tiempo que tenía para el estudio, habría sido así.

¿Habría podido salvarlo si no le hubiera dado todas esas horas; si hubiera pasado todas esas mañanas meditando entre las piedras en la soledad de la cumbre de la colina en lugar de estar hablando con él en su cama?

¿O sólo habría sido un poco más deprimente como persona, un poco más loca, un poco más como la peor parte de sí misma, un poco más como Caerdinn?
No lo sabía y el dolor era casi tan grande como el dolor de pensar que en realidad sí lo sabía.
Pero sólo tenía sus pequeños poderes, hechizos escritos de a una runa por vez, con paciencia, en un pensamiento que crecía lentamente. Detuvo su mente, la calmó como hacía cuando quería hacer magia, y se dio cuenta de que no podría curarlo. ¿Qué podía hacer por él entonces? ¿Qué había dicho Mab, al hablar de curaciones?
Se pasó las manos por el largo cabello, sacándoselo de la cara y el cuello. Le dolían los hombros entumecidos; no había dormido en dos noches y su cuerpo se resentía.
—Lo único que podemos hacer es seguir calentando piedras y ponerlas a su alrededor —dijo finalmente—. Tenemos que mantenerlo caliente.
Gareth tragó saliva y se rascó la nariz.
—¿Sólo eso?
—Por ahora, sí. Si parece un poco más fuerte por la mañana, tal vez podamos moverlo. —Pero sabía en su corazón que John no viviría hasta la mañana. Como el eco de un susurro, la visión del cuenco de agua volvió a ella, una pesadilla amarga de esperanza fallida.
Gareth se ofreció, tembloroso.
—Hay médicos en Halnath. Policarpio, en primer lugar.
—Y un ejército alrededor de sus muros. —La voz de Jenny sonaba fría en sus propios oídos—. Si todavía está vivo por la mañana... No quisiera que te arriesgaras a estar cerca de Zyerne una vez más, pero por la mañana creo que deberías montar a Martillo de Batalla y volver a Bel.
Gareth pareció asustarse ante la sola mención del nombre de Zyerne y ante la idea de tener que enfrentarse a ella solo, pero asintió. Jenny notó, interesada en una parte distante de su alma agotada, que después de haber buscado el heroísmo toda su vida, Gareth no retrocedía ante él aunque tal vez lo temía. Jenny siguió hablando.
—Ve a casa de los gnomos y busca a la señora Mab. Tal vez las drogas de los gnomos estén atrapadas en la Gruta pero... —La voz se interrumpió. Luego repitió en voz baja—: Las drogas de los gnomos.
Como agujas y alfileres sobre un miembro entumecido, con el dolor de la esperanza renovado como una onda súbita de agonía. Jenny murmuró:
—Gareth, ¿dónde están los mapas de John?
Gareth la miró parpadeando sin comprender, demasiado preocupado en ese momento con su miedo ante Zyerne para darse cuenta del sentido de las palabras de la maga. Luego pegó un salto, la esperanza llenó su rostro, y dejó escapar un grito que tal vez se oyó hasta Bel.
—¡Los Lugares de Curación! —gritó, le pasó los brazos por el cuello y la levantó del suelo—. ¡Lo sabía! —gritó, con toda su joven impertinencia—. ¡Sabía que vos podríais encontrar una forma! Podréis...
—No sabes nada. —Ella peleó para liberarse, enojada con él por expresar lo que ya estaba moviéndose en sus propias venas como un trago largo de coñac barato. Pasó corriendo junto al muchacho y casi voló hasta John, mientras Gareth, que se bamboleaba como un gran muñeco, empezaba a revolver el campamento en busca de los mapas.
Si había algo peor que el dolor de las desesperación, pensó Jenny, era el dolor de la esperanza. Al menos la desesperación descansa. Ahora el corazón le golpeaba como un martillo mientras quitaba de la frente de John el cabello rojizo, casi negro ahora contra la carne sin sangre. La mente de Jenny corría por delante, pensando en las drogas de las que había hablado Mab: líquidos destilados para detener y fortalecer el latido del corazón, que era casi un hilo ahora; ungüentos para curar la piel; y filtros

para actuar contra el veneno y devolverle la sangre que había perdido. Habría libros de hechizos también, pensó ella, escondidos en los Lugares de Curación, palabras con las cuales atar el alma al cuerpo hasta que el cuerpo mismo pudiera recobrarse. Las encontraría, se dijo con desesperación, debía encontrarlas. Pero sabía lo que había en juego y el peso de ese conocimiento latía sobre su corazón como una piedra enorme. Durante un momento, se sintió tan cansada que casi deseó que John estuviera muerto porque entonces ya no tendría que seguir luchando y ya no habría la amenaza del fracaso.

Le tomó las manos heladas y se dejó ir un momento hacia las regiones exteriores del trance de curación mientras murmuraba el nombre interior de John. Pero era como si llamara en el extremo de una pendiente por la que él ya había bajado hacía ya mucho...: nadie contestó.

Pero había algo más. En su trance, llegó a oírlo, un toque suave de sonido que le retorció el corazón de miedo..., el roce de las escamas en la piedra, el temblor de una música extraña.

Abrió los ojos; descubrió que estaba temblando, que tenía frío.

El dragón estaba vivo.

—¿Jenny? —Gareth llegó, elegante, a su lado, las manos llenas de pedazos sucios de papiro quebrado—. Los he encontrado pero..., pero los Lugares de Curación no están aquí. —Tenía los ojos llenos de preocupación detrás de los anteojos torcidos, partidos—. He buscado...

Jenny se los quitó de las manos con dedos que temblaban. A la luz del fuego, logró distinguir pasajes, cavernas, ríos, todos marcados con la mano rúnica, fuerte, de Dromar y los lugares en blanco, sin marcas, sin nombres. Es asunto de los gnomos.

La furia la llenó por completo y arrojó los mapas al suelo.

—Maldito sea Dromar y todos sus secretos —murmuró con rabia—. ¡Claro! ¡Los Lugares de Curación son el corazón de la Gruta, eso por lo que todos ellos juran!

—Pero... —tartamudeó Gareth con debilidad—, pero ¿podéis encontrarlos de todos modos?

La furia se movió dentro del cuerpo de Jenny, furia de esperanzas no cumplidas, primero por el miedo y ahora por el empecinamiento de un gnomo. Furia, como roca líquida cayendo a través de las grietas del cansancio sobre su alma.

—¿En esa madriguera? —preguntó. Durante un momento, la rabia, el cansancio y la idea del dragón la dominaron, la desgarraron. Casi gritó para que el rayo quebrara la tierra.

Como Zyerne, se dijo a sí misma, luchando por calmarse. Cerró los puños, uno alrededor de otro y apretó los labios contra ellos mientras deseaba que pasaran el miedo y la rabia; cuando pasaron, no quedó nada. Era como si el grito no pronunciado hubiera quemado todo en ella y dejado sólo un pozo de calma oscura y antinatural, un universo de profundidad.

Gareth todavía la miraba, los ojos suplicantes. Ella dijo con calma:

—Tal vez. Mab habló del camino. Tal vez pueda encontrarle una lógica. —Mab también le había dicho que un paso en falso la condenaría a la muerte por hambre, vagando en la oscuridad.

Sabía lo que John le hubiera dicho como respuesta:

—Por la Abuela de Dios, Jen, el dragón te comerá antes de que puedas morirte de hambre.

Se puede confiar en John, pensó ella, para hacerme reír en un momento como éste.

Se puso de pie, con el frío en los huesos. Se sentía cien años más vieja. Caminó hacia los paquetes de nuevo. Gareth la siguió arrastrando los pies, envuelto en su capa carmesí para calentarse y hablando de una cosa y otra, al azar; encerrada en su extraño momento de calma, Jenny apenas lo escuchaba.

Sólo cuando ella se puso su gran bolso al hombro y levantó su alabarda, Gareth pareció sentir el silencio.
—Jenny —dijo dudoso, tomándola del borde de la capa—. Jenny, el dragón está muerto, ¿verdad? Quiero decir, ese veneno hizo efecto, ¿no? Tiene que ser así o no habríais podido sacar a John de allí dentro.
—No —dijo Jenny con calma. Se preguntó un poco sobre el silencio extraño que sentía en su interior; había tenido más miedo al escuchar a los Murmuradores en los bosques de Wyr que ahora, frente al dragón. Empezó a caminar hacia la oscuridad de las ruinas sombrías. Gareth corrió y la tomó por el brazo.
—Pero..., quiero decir..., ¿cuánto tiempo...?
Ella meneó la cabeza.
—Demasiado, seguramente demasiado. —Puso la mano sobre la muñeca del muchacho para separarlo de ella. Ahora que había tomado una decisión, quería hacer lo que había pensado aunque sabía que no lo lograría. Gareth tragó saliva, la cara delgada preocupada y tensa en la leve luz rubí del fuego.
—Iré yo —se ofreció, temblando—. Decidme lo que tengo que buscar y yo...
Durante un instante, la risa amenazó con destruir la difícil decisión de Jenny..., no es que fuera a reírse de él sino de la galantería tonta que lo forzaba, como el héroe de una balada, a tomar el lugar de ella. Pero él no habría entendido que ella lo amaba por ese ofrecimiento a pesar de lo absurdo que era; y si se reía, empezaría a llorar y sabía que no podía darse el lujo de una debilidad como ésa. Así que se puso de puntillas y empujó los hombros de él hacia abajo para besarle la mejilla suave, delgada.
—Gracias, Gareth —murmuró—. Pero yo veo en la oscuridad y tú no, y sé lo que busco.
—En serio —insistió él, obviamente desgarrado entre el alivio, la comprensión de que en realidad, ella estaba más preparada para hacerlo, una vida entera de educación caballeresca y un deseo muy real de protegerla de cualquier daño.
—No —dijo ella con amabilidad—. Sólo cuida de que John esté caliente. Si no vuelvo... —La voz se le quebró con el conocimiento de lo que le esperaba..., la muerte en las garras del dragón o la muerte en los túneles. Puso fuerza en sus palabras—. Haz lo que te parezca mejor, pero no intentes moverlo demasiado pronto.
La recomendación era inútil y ella lo sabía. Trató de recordar las palabras de Mab sobre los laberintos oscuros de la Gruta y se le escaparon de la mente como escapa el agua de un puño crispado, dejando sólo el recuerdo de las ruedas brillantes de diamante, los ojos abiertos y vigilantes del dragón. Pero tenía que tranquilizar a Gareth; y mientras John respirara, sabía que nunca podría quedarse sin hacer nada en el campamento.
Apretó la mano de Gareth y se alejó de él. Se colocó bien la capa sobre los hombros, se volvió hacia los caminos sombríos del valle y hacia el bulto oscuro de la Pared de Nast que se alzaba, amenazante, contra un cielo bajo y negro. Lo último que vio de John fue el brillo del fuego moribundo que delineaba la forma de su nariz y sus labios contra la oscuridad.

Mucho antes de llegar a las Grandes Puertas de la Gruta, Jenny ya era consciente del canto. Mientras cruzaba las piedras escarchadas de las ruinas, desangradas de todo su color diurno por el agua débil de la luz de la luna, lo sentía allí, con ella: hambre, deseo y belleza que aterraba, más allá de su capacidad de comprensión. El canto interrumpía el cuidadoso rompecabezas que estaba tratando de armar con sus recuerdos fragmentarios de los comentarios de Mab sobre los Lugares de Curación, quebraba incluso sus temores por John. Parecía flotar a su alrededor en el aire y, sin embargo, sabía que sólo ella lo oía; le temblaba en los huesos hasta la punta de los

dedos. Cuando se detuvo frente a las Puertas, con la negrura de la Sala del Mercado frente a ella y su propia sombra, una mancha difusa sobre los restos sucios, cubiertos de sangre del suelo, el canto era poderoso, casi infinito.
No había sonido, pero su ritmo hablaba a la sangre de Jenny. Imágenes trenzadas que ella no podía sentir del todo ni comprender por completo se retorcían en su conciencia: nudos de recuerdos, de oscuridad estrellada que el sol nunca había tocado, del cansancio gozoso de un amor físico cuyos modos y motivos eran extraños para ella, y de matemática y relaciones curiosas entre cosas que ella nunca había pensado en relacionar. Era más fuerte y muy distinto del canto que había llenado el barranco cuando el Dragón Dorado de Wyr yacía allí, moribundo. Había una fuerza en él, una fuerza apilada de años vividos en plenitud y de esquemas atrapados a través de abismos incognoscibles de tiempo.
El dragón era invisible en la oscuridad. Ella oyó el roce suave de sus escamas y adivinó que estaba acostado frente a las puertas interiores de la Sala del Mercado, las que llevaban al Gran Pasaje y luego a la Gruta. Luego, las lámparas plateadas de lo ojos del animal se abrieron y parecieron brillar suavemente en la luz reflejada de la luna y en la mente de Jenny el canto fluyó y fortaleció sus colores en el vórtice de un núcleo duro y blanco. En ese núcleo se formaron las palabras.

¿Has venido a buscar remedios, mujer maga? ¿O esa arma que llevas es algo que quieres creer suficiente para terminar lo que tus venenos hacen demasiado lentamente para tus deseos?

Las palabras eran casi imágenes, música y formas creadas tanto por el alma de Jenny como por la de él. Me dolerían, pensó ella, si las dejaran bajar demasiado.
—He venido a buscar remedios —contestó; la voz hizo un eco contra la piedra aflautada del techo lleno de puntas—. El poder de los Lugares de Curación tiene mucho renombre.

Lo sabía. Había un grupo de gnomos que cuidaba el lugar al que llevaban a todos los heridos. La puerta era baja, pero yo llegaba como un lobo que ataca un grupo de conejos. Comí durante muchos días, hasta que se fueron todos. También hacían venenos allí. Envenenaron los cadáveres, como si creyeran que yo no vería la muerte que manchaba la carne. Ese debe de ser el lugar que buscas.

Como el dragón hablaba parcialmente en imágenes, Jenny vio también los caminos oscuros hacia el lugar, como un sueño que se recuerda a medias en la mente. Su esperanza creció y fijó las imágenes en sus pensamientos..., fragmentos muy pequeños, pero tal vez suficientes como para servirle de alto.
Con su vista de maga, lo distinguía extendido frente a ella junto a las puertas en la oscuridad. Se había sacado los arpones de la garganta y el vientre y ahora yacían esparcidos alrededor con su sangre, en el barro de ceniza y suciedad del suelo. Las escamas puntiagudas de su espalda y sus costados estaban lacias ahora; las puntas brillaban levemente en el reflejo suave de la luna. Las cadenas pesadas de espinas que cuidaban su columna y las coyunturas de sus piernas todavía eran filosas como armas. Las alas enormes yacían plegadas con cuidado a lo largo de los costados y también esas coyunturas estaban armadas con espinas. La cabeza era lo que más fascinaba a Jenny, larga y delgada, parecida a la de un pájaro, la forma escondida bajo una máscara de placas de huesos. Desde esas placas crecía un manojo vasto de escamas parecidas a cintas, mezcladas con pedazos de cuero peludo y lo que parecían crecimientos de helechos y plumas; sus antenas largas, delicadas, con las puntas redondas, brillantes de agua, estaban apoyadas contra el suelo alrededor de

su cabeza. Yacía como un perro, el mentón entre las patas delanteras; pero los ojos que quemaban los de Jenny eran los ojos de un mago que, al mismo tiempo, era un animal.

Haré un trato contigo, mujer maga.

Ella sabía, con premonición congelada pero nada de sorpresa, lo que él iba a ofrecerle y su corazón se aceleró, aunque no sabía si era por miedo o por una extraña esperanza. Dijo:
—No. —Pero sentía dentro de ella, como un deseo prohibido, la idea de impedir que muriera algo tan hermoso, tan poderoso. Él era el mal, se dijo sabiéndolo, creyéndolo en su corazón. Y sin embargo había algo en esos ojos plateados que la atraía, una canción de fuego negro y latente cuya música entendía.
El dragón movió un poco la cabeza sobre la curva poderosa de su cuello. La sangre cayó desde las cintas rotas de su melena.

¿Acaso crees que tú, aunque seas una maga que ve en la oscuridad, podrás encontrar los caminos de los gnomos?

Las imágenes que llenaron su mente eran de oscuridad, de laberintos húmedos e infinitos en el mundo bajo tierra. El corazón de Jenny pareció hundirse de miedo al verlos, al comprenderlos; las pocas imágenes del camino hacia los Lugares de Curación, las palabras fragmentarias de Mab, se convirtieron entre sus dedos en las piedrecitas con las que un niño cree que matará leones. Pero dijo:
—He hablado con uno de ellos sobre esos caminos.

Y, ¿te dijo la verdad? Los gnomos no tienen fama de decirla con respecto al corazón de la Gruta.

Jenny recordó los lugares vacíos en los mapas de Dromar. Pero replicó:
—Ni los dragones.
Por debajo del cansancio y el dolor, sintió cómo el dragón se divertía con su respuesta, como un jarrón de agua fría en el calor.

¿Qué es la verdad, mujer maga? La verdad que ven los dragones no es agradable a los ojos de los hombres a pesar de lo incómodamente comprensible que pueda ser para sus corazones. Tú lo sabes.

Jenny se dio cuenta de que él sabía que ella estaba fascinada. Los ojos de plata la atraían; la mente del dragón tocó la de ella, como un seductor tocaría su mano, y ella supo que comprendía que ella no se alejaría de ese roce. Hizo un esfuerzo para alejar sus pensamientos de él, se aferró a los recuerdos de John y de sus hijos contra el poder que la llamaba como un murmullo de la noche amorfa. Con un gran esfuerzo, arrancó sus ojos de los de él y se volvió para alejarse.

Mujer maga, ¿crees que ese hombre por el que arriesgas los huesos de tu cuerpo vivirá más que yo?

Ella se detuvo. La punta de sus botas tocaban el borde de la alfombra de luz de luna que yacía sobre el suelo empedrado. Luego, se volvió de nuevo para mirar al dragón, desesperada y desgarrada. La luz débil le mostró los charcos de sangre que se secaban sobre gran parte del suelo, el aspecto desmayado de la piel del dragón, y se

dio cuenta de que la última pregunta había querido golpear su debilidad y su desesperación en un intento por cubrir las que él también sentía.
Dijo, con calma:
—Hay una posibilidad.
Sintió la rabia en el movimiento de la cabeza del dragón y el dolor que lo perforó al hacerlo.

Y ¿te atreverás a apostar a eso? ¿Apostarás a que, aunque los gnomos hayan dicho la verdad, serás capaz de seguir el camino correcto a través de sus madrigueras, espiral dentro de espiral, oscuridad dentro de oscuridad, hasta encontrar lo que necesitas a tiempo? Cúrame, mujer maga y te guiaré con mi mente, te mostraré el lugar que buscas.

Durante un tiempo, ella sólo miró el bulto largo de oscuridad brillante, la melena oscura de cintas ensangrentadas y los ojos como metal aceitado girando alrededor de la oscuridad eterna. El dragón era una maravilla que no se parecía a nada que ella hubiera visto, una sombra espinosa y suave desde las puntas agudas de las alas en la espalda hasta el pico de cuerno de su nariz. El Dragón Dorado que había matado John en las colinas de Wyr, barridas por el viento, había sido un ser de sol y fuego; éste era un fantasma de humo de la noche, negro y fuerte y viejo como el tiempo. Las espinas de su cabeza crecían hasta ser cuernos fantásticos y retorcidos, suaves y fríos como el acero; sus garras delanteras tenían la misma forma que las manos de un ser humano, salvo que había dos pulgares en lugar de uno. La voz que hablaba en la mente de Jenny era firme, pero ella veía cómo la debilidad arrastraba cada línea del gran cuerpo y sentía el temblor leve del último rastro de la fuerza que peleaba por seguir mostrando poder frente a ella.
Dijo, contra sí misma:
—No sé nada sobre curar dragones.
Los ojos plateados se estrecharon, como si ella le hubiera pedido algo que él no había pensado dar. Durante un momento, se miraron uno al otro, cubiertos por la oscuridad de la cueva. Ella era consciente de John y del tiempo..., a lo lejos, como algo urgente en un sueño. Pero dejó sus pensamientos en la criatura que yacía frente a ella y en la oscuridad salpicada de diamantes de esa mente extraña que luchaba con la suya.
Luego, de pronto, el cuerpo brillante tuvo una convulsión. Ella sintió, a través de los ojos de plata, el dolor que recorría las cuerdas de acero de los músculos del animal como un grito. Las alas se estiraron sin control, las garras se extendieron en un espasmo terrible mientras el veneno cambiaba de lugar en las venas. La voz en la mente de Jenny murmuró:

Ve.

Y en ese mismo momento, sus pensamientos se inundaron de recuerdos de un lugar en el que nunca había estado. Imágenes vagas llenaron su mente de una oscuridad tan vasta como la noche que había afuera, una oscuridad llena de una selva de árboles de piedra que murmuraban el eco de cada aliento, de estratos de roca de pocos metros de ancho cuyos techos se perdían en la oscuridad distante y de murmullos de agua infinita debajo de la roca. Sintió un vértigo de terror como en una pesadilla, pero también una extraña sensación de deja vu, como si ya hubiera recorrido ese camino.
Comprendió que era Morkeleb y no ella el que lo había hecho; las imágenes mostraban la ruta a los Lugares de Curación, el verdadero corazón de la Gruta.

El cuerpo espinoso y negro frente a ella se retorció en otro paroxismo de angustia, la gran cola golpeó como un látigo contra la roca de la pared. El dolor se veía ahora en los ojos de plata y el veneno carcomía la sangre del dragón. Luego, el cuerpo cayó, flojo, un ruido seco de cuernos y espinas como un esqueleto que cae sobre un piso de piedra y desde una gran distancia oyó murmurar de nuevo:

Ve.

Las escamas estaban alzadas como una manta de navajas en la agonía; temblando, se alisaron de nuevo a lo largo de los costados enflaquecidos. Jenny reunió su coraje y siguió adelante; sin darse tiempo para pensar lo que estaba haciendo, trepó sobre la colina del flanco de ébano, que le llegaba a la cintura y bloqueaba el camino hacia el Gran Túnel. La columna era como un cerco de espadas, que se elevaba, tieso, desde el flanco, y era muy difícil pisar sobre él. Jenny levantó su falda, puso una mano sobre un pilar de piedra de la puerta para sostenerse y saltó mal sobre las espinas, con miedo de que una nueva convulsión la arrojara entre las patas traseras.
Pero el dragón estaba quieto. Jenny sentía sólo los ecos de la mente del animal en la suya propia, como un brillo leve de luz lejana.
La oscuridad de la Gruta se extendía frente a ella.

Si pensaba en ellas, las visiones que había visto se retiraban de su mente. Pero descubrió que si se limitaba a caminar hacia delante, como si hubiera pasado antes por ese lugar, sus pies la llevaban solos. Recuerdos soñados le murmuraban sobre cosas que había visto pero a veces el ángulo de la visión era distinto, como si estuviera mirándolas desde arriba.
Los niveles superiores de la Gruta eran secos, tallados por los gnomos siguiendo los gustos de los seres humanos. El Gran Pasaje, de nueve metros de ancho y pavimentado con granito negro, gastado y erosionado por las huellas de incontables generaciones de pies, tenía las paredes cubiertas de piedra cortada para cubrir las irregularidades de la forma; había estatuas rotas que yacían como huesos esparcidos en la oscuridad y daban testimonio del aspecto clásico del lugar en su apogeo. En medio de la blancura fragmentada de los miembros de mármol había huesos reales y con ellos los marcos de bronce retorcido y el vidrio quebrado de las grandes lámparas que una vez habían colgado del techo, todos amontonados contra las paredes, como hojas en una alcantarilla, arrastrados por el paso del dragón. Hasta en la oscuridad, la vista de maga de Jenny le mostró los lugares chamuscados por el fuego en que el aceite derramado se había encendido con el aliento del dragón.
Más abajo, el lugar ya tenía el aspecto de los sitios de los gnomos. Las estalagmitas y las columnas ya no estaban talladas en los pilares rectos que gustaban a los hijos de los hombres, sino en forma de árboles con hojas o bestias o cosas grotescas que podían ser cualquiera de las dos cosas; muchas veces, cada vez con más frecuencia, les habían dejado su forma original de agua surgente. Los cursos de agua rectos, bien terminados de los niveles superiores, dejaban lugar a arroyos saltarines más abajo; en algunos sitios, el agua caía directamente, quince, treinta metros desde un techo muy lejano como un pilar viviente o rugía hacia la oscuridad a través de conductos con forma de calavera de gárgola. Jenny pasó por cavernas y sistemas de cuevas que habían sido transformadas en las viviendas vastas e interconectadas de los grandes clanes y familias de los gnomos pero en otros sitios encontró habitaciones lo suficientemente grandes como para contener toda la aldea de Grutas, donde las casas y los palacios se habían construido como estructuras separadas, sus espirales

y senderos extraños, indistinguibles de los bosques de estalagmitas que formaban grandes selvas sobre las orillas de las lagunas y ríos como de ónix lustrado.
Y a través de esos reinos silenciosos de maravilla no vio nada excepto la ruina y la decadencia y la huella crujiente del dragón.
Había sapos blancos en todas partes, peleando con las ratas sobre los restos podridos de comida guardada o de cadáveres de más de un mes; en algunos lugares, el hedor de lo que había sido kilos y kilos de queso, carne o verduras era casi irrespirable. Los gusanos blancos, sin ojos, de los pozos más profundos, cuyos nombres apenas si podía adivinar por los relatos de Mab, se deslizaban al oírla acercarse o se escondían detrás de las calaveras quemadas por el fuego o las vasijas caídas de plata cascada esparcidas por las habitaciones.
A medida que bajaba, el aire se hacía más frío y más húmedo, la piedra cada vez más resbaladiza bajo las botas; el peso de la oscuridad era demoledor. Mientras caminaba por los túneles sin luz, comprendió que Mab tenía razón; sin guía, ni siquiera ella, con ojos que podían taladrar la mayor oscuridad, habría encontrado el camino hacia el corazón de la Gruta.
Pero lo encontró. El eco estaba en la mente del dragón y levantaba resonancias extrañas en su alma, una lámina de sentimientos y conciencia cuya naturaleza la asustaba, porque no la comprendía. Junto a las puertas del corazón, Jenny sintió el aura de curación que flotaba quieta en el aire y el aliento leve de un poder antiguo.
En esa serie de cavernas, el aire era cálido y olía al alcanfor y especias secas; los gusanos y el olor podrido de carne abandonada habían desaparecido. Pasó por las puertas a la caverna de techo abovedado en el centro, donde las estalactitas pálidas como fantasmas se miraban en la oscuridad aceitosa de un charco central y se preguntó por el poder del hechizo que mantenía esa tibieza curativa no sólo contra el frío en los abismos de la tierra sino durante tanto tiempo después de que hubieran muerto los que la habían conjurado.
La magia allí era grande en verdad.
Permeaban todo el lugar; mientras pasaba cautelosamente por las habitaciones de meditación, de sueños, de descanso, Jenny la sentía como una presencia viva, más que como una detención de los hechizos de muerte. A veces, la sensación era tan fuerte que miraba sobre su hombro y decía a la oscuridad:
—¿Hay alguien ahí? —Aunque su razón sabía que no encontraría a nadie. Pero como con los Murmuradores en el norte, sus sentidos discutían con su razón; una y otra vez extendía sus sentidos a través de ese lugar oscuro, con el corazón latiéndole de esperanza y de miedo..., no sabía bien cuál de los dos. Pero no tocaba nada, nada que no fuera oscuridad y las gotas del agua que caían eternamente desde los dientes colgantes de las piedras.
Había una magia viviente allí, una magia que murmuraba para sí misma en la oscuridad.... y como el toque de una cosa horrible sobre la piel, Jenny sintió el mal.
Tembló y miró a su alrededor, nerviosa de nuevo. En una habitación pequeña, encontró los remedios que buscaba, línea tras línea de frascos de vidrio y jarras con tapones de ese tipo de artículos de mármol verde y blanco que hacían los gnomos en cantidad. Leyó las etiquetas en la oscuridad y guardó algunas en su bolso; trabajaba con rapidez, en parte por una sensación cada vez más grande de inquietud y en parte porque sentía que el tiempo se le escapaba y que la vida de John se retiraba como una marea que se acaba.
No morirá, se dijo con desesperación, no después de todo esto..., pero en sus años de curadora había llegado demasiado tarde a demasiadas camas para creer eso. Sin embargo, sabía que las drogas solas tal vez no serían suficientes. Con rapidez, mirando sobre su hombro mientras se movía de habitación en habitación oscura y silenciosa, empezó a buscar los lugares interiores del poder, las bibliotecas donde los

gnomos debían de guardar los libros y los rollos de magia que hacían el verdadero corazón de la Gruta, según creía ella.
Sus botas hacían un ruido acuático sobre los suelos resbaladizos y hasta ese pequeño ruido le retorcía los nervios. Como en todos los lugares habitados por gnomos, los suelos de las habitaciones nunca estaban a un solo nivel: formaban una serie de terrazas; hasta las cámaras más pequeñas tenían dos o más. Y mientras buscaba, la sensación fantasmal de que la vigilaban se hizo más fuerte en ella, hasta que empezó a tener miedo de pasar por otras puertas, como si esperara que alguna cosa mala la atacara brillando en la oscuridad. Sentía un poder más grande que ninguno que hubiera encontrado antes..., más fuerte que el de Zyerne, más fuerte que el del dragón. Pero no encontró nada, ni ese mal acechante, silencioso, ni ningún libro de poder por el cual pudiera transmitirse la magia a lo largo de los años entre los gnomos magos..., sólo hierbas, anatomías o catálogos de enfermedades y curas. A pesar de su miedo y su inquietud, sentía curiosidad...; Mab había dicho que los gnomos no tenían Líneas, pero el poder tenía que transmitirse de algún modo. Así que se obligó a buscar, más y más adentro, los libros que pudieran contener ese poder.
El cansancio estaba empezando a debilitarla como una enfermedad lenta. La última noche de guardia y la noche anterior a ésa le pesaban en los huesos y sabía que tendría que abandonar la búsqueda. Pero su conciencia de su propia debilidad, de su falta de poder, la llevaron más adentro, hacia el corazón prohibido de la Gruta, buscando, desesperada, eso que tal vez podría encontrar antes de volver a la superficie a hacer lo que pudiera con lo que ya tenía.
Pasó por una puerta hacia un lugar oscuro que respondía con un eco a su respiración. Antes había sentido frío pero ahora eso parecía nada; nada comparado con el miedo que le congelaba el corazón.
Se quedó de pie en el lugar que había visto en el cuenco de agua, en las visiones de la muerte de John.
La impresionó porque había llegado inesperadamente. Había esperado encontrar un archivo allí, un lugar de enseñanza, porque le parecía que ése era el corazón y el centro de los lugares en blanco en los mapas ambiguos de Dromar. Pero a través de la selva anudada de estalactitas y columnas, sólo vio una oscuridad vacía que olía levemente a la cera de cientos de velas que caían como cosas muertas en los nichos de la roca. No había nadie vivo allí, pero sintió de nuevo la sensación del mal y caminó con cuidado hacia delante, hacia los espacios vacíos de negrura, hacia el altar de piedra deforme.
Puso las manos sobre una piedra tan negra que era casi azul, suave como el jabón. A sus ojos, el lugar estaba lleno de murmullos secretos pero ahora sólo había silencio. Durante un momento, remolinos negros se agitaron en su mente, murmullos incipientes de visiones fragmentarias pero pasaron como una loma sobre el suelo, sin dejar siquiera el regusto de un sueño.
Sin embargo, fue como si se hubieran llevado lo último de su fuerza y su voluntad; se sintió amargamente cansada y de pronto, muy asustada del lugar. Aunque no oía nada, se volvió con el corazón latiéndole en el pecho con tanta fuerza que casi podía oír su eco desesperante en la oscuridad. Allí estaba el mal, en alguna parte..., ahora lo sabía. Lo sentía cerca de ella, tan cerca que casi parecía colgarse de su hombro. Se puso el bolso sobre el hombro y se alejó rápidamente como un ladrón a través de la oscuridad resbaladiza del salón de baile de los gnomos, buscando los caminos que llevaban fuera de la oscuridad, de vuelta hacia el aire, más arriba.
La mente de Morkeleb la había guiado al abismo, pero ahora no sentía su toque. Siguió las marcas que había hecho, runas que sólo ella podría ver, trazadas sobre las paredes con el dedo índice. Mientras subía por las grietas y las escaleras de piedra ámbar, se preguntó si el dragón estaría muerto. Una parte de ella esperaba que lo

estuviera, por la gente de esas tierras, por los gnomos y por el Señor de la ciudadela; una parte de ella sentía el mismo dolor que había sentido de pie junto al cadáver del dragón en el barranco de Wyr. Pero había algo en ese dolor que la hacía esperar todavía más que el dragón estuviera muerto, por razones que no quería pensar demasiado.

El Gran Pasaje estaba oscuro como las entrañas de la Gruta un poco antes, sin siquiera la pequeña luz de luna que se había deslizado antes a iluminarlo; pero hasta en la más profunda oscuridad, el aire era distinto aquí, frío pero seco y movedizo, totalmente diferente de la guardia quieta, pensativa del corazón de la Gruta.

Su visión de maga le mostró la forma oscura, huesuda del cuerpo del dragón que yacía atravesada frente a las puertas, con las espadas afiladas de su columna levantadas y apuntándole. Cuando se acercó, vio lo hundida que estaba la piel de escamas sobre la curva de los huesos.

Por más que escuchara, no oía ningún murmullo en su mente. Pero la música que parecía llenar la Sala del Mercado todavía tenía ecos allí; era leve y penetrante, con temblores dorados de sonido moribundo.

Estaba inconsciente..., se moría, pensó ella. ¿Crees que ese hombre puede vivir más que yo?, le había preguntado.

Jenny se desenvolvió la capa de los hombros y apoyó los pliegues sobre los cuchillos cortantes de la columna del dragón. El filo pasó por la tela y la desgarró; agregó la piel de cordero pesada de su chaqueta y, temblando con el frío que cortaba las mangas leves de su camisa, apoyó el pie sobre la más grande de las espinas. Se asió otra vez del poste de la puerta para sostenerse, se balanceó y saltó por encima. Durante un instante, se balanceó sobre el anca, sintió la suavidad elegante de los huesos bajo las escamas de acero y el calor suave que irradiaba del cuerpo del dragón; luego, saltó. Se quedó de pie un instante, escuchando con los oídos y la mente.

El dragón no se movió. La Sala del Mercado yacía frente a ella, azul negra y marfil con la luz débil de las estrellas que parecía tan brillante después de la noche total bajo la tierra. Aunque la luna se había puesto, cada vasija, cada lámpara colgante parecía llena de brillo a los ojos de Jenny, cada sombra como tinta derramada. La sangre se secaba aunque el lugar todavía estaba impregnado de ese olor. Osprey todavía estaba tendido en un charco manchado de oscuridad, rodeado de arpones brillantes. La noche parecía muy vieja. Una ráfaga leve de viento le trajo el olor del humo de madera desde el fuego en la Ladera de los Curtidores.

Como un fantasma, Jenny cruzó la sala, temblando en el frío muerto. Sólo cuando llegó a la noche abierta de los escalones, empezó a correr.

11

Al amanecer, sintió que la mano de John se curvaba un poco, apretando la suya.
Hacía dos noches había formado los hechizos de muerte, tejiendo un aura de veneno y ruinas y los círculos de esos hechizos todavía yacían en la tierra en el extremo de la Ladera. No había dormido más que una hora la noche anterior a ésa, en algún lugar del camino a Bel, acurrucada entre los brazos de John. Ahora, el humo vagabundo del fuego no muy vivo era una mancha de seda gris en el aire pálido de la mañana y ella se sentía helada y extraña, como si le hubieran lijado la piel hasta dejar todos los nervios expuestos. Y sin embargo, estaba extrañamente tranquila.
Había hecho todo lo que podía, lenta, meticulosamente, paso por paso, siguiendo las instrucciones que recordaba de la señora Mab como si el cuerpo que conocía tan bien fuera el de un desconocido. Le había dado los filtros y las drogas como hacían los gnomos, mediante una aguja hueca clavada en las venas y había puesto cataplasmas en las heridas para sacar de ellas el veneno de la sangre del dragón. Había trazado las runas de curación donde las marcas de las heridas cortaban los senderos de la vida en el cuerpo de John, tocándolas con el nombre interior, el secreto de la esencia de su hombre entretejido en los hechizos. Lo había llamado con paciencia, muchas veces, con el nombre que conocía el alma de él, manteniendo su espíritu en su cuerpo con toda la fuerza de la magia que ella podía reunir, hasta que las drogas hicieran efecto.
No había esperado tener éxito. Cuando lo hizo, estaba tan exhausta que ya no sentía ni dolor ni alegría: era incapaz de pensar en nada que no friera el movimiento leve de la caja de esas costillas y esos ojos ennegrecidos que seguían las imágenes de los sueños de John.
Gareth dijo con suavidad:
—¿Se curará?
Y ella asintió. Miró al joven príncipe flaco que se agachaba a su lado, junto al fuego y le impresionó su silencio. Tal vez la cercanía de la muerte y el cansancio infinito de la noche lo habían puesto serio. Había pasado las horas de la noche calentando pacientemente piedras y poniéndolas alrededor del cuerpo de John como Jenny le había pedido que hiciera mientras ella recorría la Gruta..., una tarea aburrida y necesaria, a la que, ella estaba segura, debía el hecho de que John estuviera vivo cuando ella volvió del nido del dragón.
Lentamente, con los huesos lastimados y doloridos, Jenny se sacó el peso escarlata de la capa de John. Se sentía acabada y llena de dolor y sólo quería dormir. Pero se puso de pie; sabía que había algo más que debía hacer, mucho peor que todo lo que había hecho antes. Fue, tropezando, hasta su bolso de drogas y sacó las hojas castañas de tabat que siempre llevaba consigo, hojas secadas al sol para que tomaran la consistencia del cuero. Cortó dos en pedazos, se las puso en la boca y masticó.
La amargura retorcida de las hojas era suficiente en sí misma para despertarla, sin hablar de las otras propiedades. Ya las había masticado antes esa noche, contra el cansancio que había tratado de dominarla mientras trabajaba. Gareth la miró con miedo, la cara larga floja, débil, dentro del marco disperso de su cabello de puntas verdes y Jenny pensó que debía de estar tan cansado como ella. Líneas que antes habían existido sólo como trazos breves de expresiones pasajeras estaban ahora bien marcadas en su rostro, desde la nariz hasta los extremos de la boca y alrededor de los ojos cuando se sacó los anteojos rotos para frotarse los párpados..., líneas que se profundizarían y se fijarían en su madurez y su vejez. Jenny se pasó las manos por la nube suelta del cabello y se preguntó qué aspecto tenía su propia cara ahora y qué aspecto tendría después de que hiciera lo que sabía que debía hacer.

Empezó a poner las drogas dentro de la bolsa.
—¿Adonde vais?
Encontró una de las capas de John y la envolvió alrededor de su cuerpo, con los movimientos lentos por el cansancio. Sentía los tejidos agotados, usados, como un pedazo de tela gastado, pero la fuerza inquieta de las hojas de tabat ya corría por sus venas. Sabía que tendría que tener cuidado, porque el tabat era como un usurero; prestaba, pero tenía la costumbre de pedir devolución con intereses justo en el momento en que uno no podía darse el lujo de pagarle. El aire húmedo parecía frío en sus pulmones; tenía el alma aterida y confusa.
—A cumplir una promesa —dijo.
El muchacho la miró con recelo en sus ojos ansiosos grises mientras ella se ponía en el hombro el bolso una vez más y partía a través del silencio de la niebla de la ciudad ruinosa hacia las Puertas de la Gruta.

—¿Morkeleb?
La voz de Jenny se disipó como un hilo de bruma en la quietud de la Sala del Mercado. Afuera, el vapor y la sombra azul de la mañana cubrían el valle y la luz allí adentro era gris y enfermiza. Frente a ella, el dragón parecía un vestido de seda negra abandonado y su forma seguía siendo la misma sólo por los huesos. Un ala extendida, donde había caído después de las convulsiones la noche anterior; las largas antenas, flojas entre las cintas de la melena. En el aire todavía había un canto leve, un canto que llamaba al corazón de Jenny.
Le había dado el camino a través de la Gruta, pensó; lo que le debía era la vida de John. Trató de decirse que ésa era la única razón por la que ella no quería que esa belleza terrible muriera.
Su voz resonó entre las torres de marfil suspendido del techo.
—¡Morkeleb!
El murmullo cambió en la mente de Jenny, y supo que él la había oído. Una antena delicada, como de cangrejo, se movió de pronto. Los párpados de los ojos de plata se abrieron unos centímetros. Por primera vez, Jenny vio la delicadeza de esos párpados, manchados con suaves tintes de verde y violeta dentro de la negrura. Miró en las profundidades blancas que escondían en parte y tuvo miedo, pero no miedo por su cuerpo; sintió otra vez los vientos cruzados del presente debería y el futuro si acaso, levantándose a través de los abismos de la duda. Jenny llamó a la calma en ella, como llamaba a las nubes o los pájaros de los espinos y se sintió bastante sorprendida ante la firmeza de su propia voz.
—Dame tu nombre.
La vida se movió en él de nuevo, un calor de oro que Jenny sintió a través del canto en el aire. Furia y resistencia; resistencia amarga hasta el final.
—No puedo salvarte sin saber tu nombre —dijo ella—. Si te vas de los límites de tu carne, necesito algo para llamarte de nuevo.
La rabia fundida surgió todavía a través de la debilidad y el dolor. Ella recordó a Caerdinn que le decía:
—Salva a un dragón, hazlo tu esclavo.
En aquel entonces, ella no conocía nadie que pudiera desear salvar la vida de una criatura como ésa ni la razón por la cual hacerlo pondría algo tan grande dentro del alcance del poder del salvador. Serpiente por la cabeza; por el cuello, caballo...
—¡Morkeleb! —Ella se adelantó, olvidando el miedo que le tenía, tal vez por la rabia y el miedo de que muriera, tal vez sólo por las hojas de tabat, y puso las manos pequeñas sobre la piel suave alrededor de los ojos. Las escamas allí eran más pequeñas que la punta de una aguja. La piel parecía seda seca bajo su mano,

palpitante de vida cálida. Sintió otra vez esa sensación, mitad miedo, mitad respeto, la sensación que se siente al dar un paso por un camino que no debe transitarse, y se preguntó si no sería mejor y más sabio dar media vuelta y dejarlo morir. Sabía lo que era el dragón. Pero ahora que lo había tocado, ahora que había mirado en esos ojos de diamante, le hubiera resultado más fácil dejar su propia vida.
En el fulgor del canto dentro de su mente, una tonada sola pareció desprenderse del resto, como si el hilo que unía los nudos complejos de las muchas armonías hubiera tomado de pronto otro color. Ella lo reconoció enseguida en su totalidad, a partir de los pocos fragmentos truncados que Caerdinn había silbado para ella en un jardín un día de verano. La música misma era el nombre del dragón.
Se le escapaba entre los dedos, suave como cintas de seda; la cogió y empezó a trenzarla en sus hechizos, tejiéndola como una soga de cristal alrededor del alma moribunda del dragón. A través de las vueltas de la música, Jenny vio la entrada a las masas estrelladas, profundas de la mente interna del animal y de su corazón y bajo la luz temblorosa que había allí, le pareció ver los senderos que debía tomar para curar ese cuerpo.
Había traído con ella las drogas de la Gruta pero ahora se dio cuenta de que eran inútiles. Los dragones se curaban a sí mismos y uno a otro sólo a través de la mente. A veces, en las horas que siguieron, se sintió aterrorizada por esa curación; otras, sólo exhausta, agotada más allá de todo lo que hubiera experimentado o imaginado antes, hasta en la larga noche anterior. Su cansancio creció, inundó su cuerpo y su cerebro en una agonía cada vez mayor, mientras ella peleaba para arrastrar al otro lado de una barrera, la fuerza vasta, nebulosa que tiraba de ella hacia la otra fuerza por encima de esa misma frontera. No era lo que ella había pensado hacer, porque no tenía nada que ver con curar seres humanos o animales. Jenny conjuró las últimas reservas de su poder, cavando en busca de fuerzas olvidadas en la médula de los huesos para pelear por la vida del dragón y por la propia. Aferrarse a las cuerdas de esa vida enorme le robó toda su fortaleza y aún más; y en una especie de delirio, comprendió que si él moría, ella moriría con él, tan enredada estaba su esencia en las madejas estrelladas del alma del dragón. Alcanzó a ver algo del futuro, pequeño y claro como una imagen en su cristal redondo: si ella moría, John moriría el mismo día y Gareth duraría un poco menos de siete años, como un tronco seco ahuecado lentamente por los poderes pervertidos de Zyerne. Jenny volvió la vista y se aferró a la fuerza pequeña (pero firme como una roca) de lo que sabía: los hechizos del viejo Caerdinn y su propia meditación larga en la soledad de las piedras de Colina Helada.
Dos veces llamó a Morkeleb por su nombre, atando su música a los hechizos que había aprendido tan laboriosamente, runa por runa, esforzándose por quedar atada a su vida con el recuerdo de las cosas familiares: las formas de las hojas de las plantas, la genciana y la uña de perro, las huellas de la liebre sobre la nieve y las tonadas salvajes, vagabundas tocadas con la flauta de John en las noches de verano. Sintió la fuerza del dragón que se movía y el eco de su nombre que regresaba a ella.
No recordaba haber dormido después. Pero se despertó con el calor de la luz del sol sobre el cabello. A través de las puertas abiertas de la Gruta, veía la cara amenazante de los acantilados manchados de oro y cinabrio por la luz inclinada de la tarde. Volvió la cabeza y vio que el dragón se había movido y dormía también, las grandes alas plegadas otra vez y el mentón sobre las patas delanteras, como un perro. En las sombras, era casi invisible.
Ella no veía si respiraba o no, pero se preguntó si alguna vez lo había hecho. ¿Respiraban los dragones?
La inundó una quietud especial que la tapó como arena fina como la seda. Lo último que quedaba de las hojas de tabat se había quemado en sus venas y ese cansancio

se agregaba al resto. Limada, seca, consumida, sólo quería dormir otra vez, hora tras hora, días si era posible.
Pero sabía que no podía hacerlo. Había salvado a Morkeleb, pero no se engañaba creyendo que eso le permitiría dormir a salvo en su presencia, una vez que él hubiera recuperado algo de su fuerza. Rió con un hilo distante de humor ante sí misma; Ian y Adric, pensó, se jactarían ante todos los niños de la aldea diciendo que su madre podía dormir en el nido de un dragón..., eso, si es que alguna vez regresaba para contárselo. Los huesos le dolían con el más mínimo movimiento. El peso de la ropa y el cabello colgaban de ella como una cota de malla cuando se puso de pie.
Se tambaleó hasta las Puertas y se quedó allí de pie, un instante, recostada contra el granito cortado y primitivo del vasto pilar; la libertad del aire seco, vivo, le tocó la cara. Volvió la cabeza, miró de nuevo sobre su hombro y encontró los ojos abiertos del dragón. Esas profundidades miraron las suyas un segundo, flores cristalinas de blanco y plata, como pozos brillantes de rabia y odio. Luego, se cerraron de nuevo. Ella salió de las sombras hacia el fulgor de la tarde.
Tenía el cuerpo y la mente entumecidas mientras caminaba de vuelta a través de Grutas. Todo parecía extraño y cambiado; la sombra de cada piedra y cada maleza, una cosa de significado nuevo y desconocido para ella, como si durante años hubiera caminado casi a ciegas y sólo ahora se diera cuenta. Al norte de la ciudad, trepó por las rocas hasta los tanques de agua, lagunas profundas y negras cortadas sobre los huesos de la montaña, con el sol brillante sobre sus superficies opacas. Se desnudó y nadó aunque el agua estaba muy fría. Después se quedó tendida largo rato sobre su ropa extendida, soñando quién sabe qué. El viento rozó su espalda y sus piernas desnudas como pequeñas huellas de pasos y el baile del sol cambió en la laguna cuando las sombras se arrastraron sobre el agua negra. Jenny sintió que le hubiera gustado llorar pero estaba demasiado cansada para eso.
Al cabo de un rato, se levantó, se vistió de nuevo y volvió al campamento. Gareth estaba dormido, sentado con las rodillas recogidas y la cara apoyada sobre los brazos cruzados, cerca de las cenizas brillantes del fuego.
Se arrodilló junto a John y le tocó las manos y la cara. Parecían más tibios aunque no detectaba nada de sangre superficial bajo la piel leve, rubia. Sin embargo, las cejas y el montón rojizo de la barba ya no parecían tan oscuros. Se tendió a su lado, el cuerpo contra el del hombre debajo de las mantas y se durmió.

En la calidez adormecida del despertar, Jenny oyó murmurar a John:
—Creí que eras tú que me llamabas. —Su aliento era sólo un toque leve contra el cabello de ella. Jenny parpadeó y terminó de despertarse. La luz había cambiado de nuevo. Venía el alba.
—¿Qué? —dijo ella y se sentó, sacudiéndose el pelo de la cara. Todavía se sentía mortalmente cansada pero estaba hambrienta. Gareth estaba de rodillas junto al fuego, despeinado y sin afeitar con los anteojos resbalando por la punta de la nariz, haciendo tortas en la sartén. Ella notó que se las arreglaba mejor de lo que había podido John en toda su vida.
—Pensaba que nunca ibais a despertaros —dijo Gareth.
—Yo también lo pensaba, héroe —murmuró John. Su voz estaba demasiado débil para llegar muy lejos, pero Jenny la oyó y sonrió.
Se puso de pie con esfuerzo, volvió a subirse la falda sobre la camisa arrugada, ató el jubón y se colocó las botas mientras Gareth ponía agua a hervir sobre los carbones para el café, un trago negro y amargo muy popular en la corte. Mientras el muchacho buscaba más agua del arroyo en los bosques más allá de la destruida casa de la fuente, Jenny cogió algo de agua hervida para renovar las cataplasmas de John y

bendijo la simplicidad de las curaciones de los seres humanos; el olor de las hierbas pronto llenó el pequeño claro entre las ruinas con el aroma cálido, extraño del trago negro. John se durmió de nuevo, incluso antes de que Jenny hubiera terminado con el vendaje, pero Gareth buscó algunos panes y miel y se sentó con Jenny junto al fuego del desayuno.
—No sabía qué hacer, os fuisteis tanto tiempo —dijo él con la boca llena de torta—. Pensé en seguiros, que tal vez necesitabais ayuda, pero no quería dejar a John solo. Además —agregó con una sonrisa picara—, nunca me las he arreglado para rescataros de nada hasta ahora.
Jenny rió y dijo:
—Hiciste bien.
—¿Y la promesa?
—La cumplí.
Él dejó escapar el aliento con un suspiro e inclinó la cabeza como si se hubiera librado de un gran peso. Después de un rato, dijo con timidez:
—Mientras os esperaba, hice una canción..., una balada. Sobre la muerte de Morkeleb, el Dragón Negro de la Pared de Nast. No es muy buena...
—No sirve —dijo Jenny con lentitud, y se lamió la miel de los dedos—. Morkeleb no está muerto.
Él la miró con los ojos muy abiertos, como aquella vez en que John le había dicho que había matado al Dragón Dorado de Wyr con un hacha.
—Pero pensé..., ¿la promesa no fue a John..., de matarlo si... si John no podía?
Ella meneó la cabeza y la nube oscura de su cabello se enredó en el vellón sucio del cuello de su chaqueta.
—Mi promesa fue a Morkeleb —dijo—, y le prometí que lo curaría.
Se puso de pie y caminó hasta donde estaba John, dejando atrás a Gareth que la miraba con una sorpresa incrédula, espantada.

Pasó un día antes de que Jenny volviera a la Gruta. Se quedó cerca del campamento, cuidando a John y lavando la ropa..., una tarea mundana pero necesaria. Para su sorpresa, Gareth le ayudó trayendo agua del arroyo sin hablar demasiado. Sabiendo que necesitaría su fuerza, Jenny durmió mucho pero sus sueños fueron inquietantes. Sus horas de vigilia estaban cargadas de la sensación de que la vigilaban. Se dijo a sí misma que eso era sólo porque Morkeleb, al despertar, debía de haber extendido su conciencia por el valle y probablemente sabía donde estaban, pero un cierto conocimiento extraño que había adquirido en los laberintos de la mente del dragón no le permitía creerlo del todo.
Se daba cuenta de que Gareth también la vigilaba, sobre todo cuando creía que ella no se daba cuenta.
También notaba otras cosas. Nunca había sido tan consciente de los caminos y las vueltas del viento y de las actividades insignificantes de los animales en los bosques que la rodeaban. Se encontró presa de contemplaciones extrañas y de un raro conocimiento de cosas antes insospechadas: cómo crecían las nubes y por qué el viento corría como lo hace, cómo saben los pájaros el camino al sur y por qué, en algunos lugares del mundo, en cierto momento, pueden oírse voces que hablan con claridad en el aire vacío. Le hubiera gustado creer que esos cambios la asustaban porque no los comprendía, pero lo cierto era que la razón de su miedo era que los entendía.
Mientras dormía por la tarde, oyó que Gareth le hablaba de eso a John y los vio y los escuchó a través de las profundidades de sus sueños alterados.

—Ella lo curó —oyó murmurar a Gareth y era consciente del príncipe en cuclillas junto a la cama de pieles de oso y capas en la que yacía John—. Creo que le prometió hacerlo a cambio de que él la dejara pasar para buscar las drogas.
John suspiró y movió un poco una mano vendada sobre su pecho.
—Tal vez hubiera sido mejor que me dejara morir.
—¿Creéis...? —Gareth tragó saliva, nervioso y echó una mirada hacia Jenny como si supiera que aún dormida, ella lo oía—. ¿Creéis que la ha hechizado?
John se quedó callado por un momento, mirando los abismos de cielo sobre el valle y pensando. Aunque el aire estaba quieto abajo, grandes vientos desgarraban la atmósfera por encima, reuniendo enormes masas de nubes grises como el carbón, cegadoramente blancas, contra los flancos flacos de las montañas. Finalmente, dijo:
—Creo que si hubiera otra mente controlando la suya, yo me daría cuenta. O me gusta halagarme pensando así. Dicen que nunca hay que mirar a los ojos de un dragón para que no pueda realizar sus hechizos. Pero ella es fuerte.
Volvió la cabeza un poco y miró el lugar en que estaba tendida Jenny, tratando de enfocarla con sus ojos miopes y castaños. La piel desnuda a los lados de los vendajes de sus brazos y pecho estaba lívida de golpes y sembrada de pequeñas cicatrices donde los eslabones quebrados de la cota de malla se habían arrastrado sobre ella.
—Cuando soñaba con ella, no parecía lo mismo que estando despierta. Cuando deliraba, soñé con ella..., y era como si ahora fuera más ella misma, no menos. —Suspiró y miró a Gareth—. Antes estaba celoso de ella, ¿sabes? No de otro hombre, sino celoso de ella misma, de esa parte de ella que no me daría nunca..., aunque sabe Dios para qué lo quería yo entonces. ¿Quién fue el que dijo que los celos son el único vicio que no da ningún placer? Pero eso fue lo primero que tuve que aprender sobre ella y tal vez lo más difícil que haya aprendido jamás sobre cualquier cosa...: que ella es de ella misma y que lo que me da, me lo da porque quiere dármelo y por lo tanto es más precioso. A veces, una mariposa viene a sentarse en tu mano abierta pero si la cierras, de una forma o de otra, la mariposa..., y su decisión de estar allí, se van.
Desde allí, Jenny se dejó ir a sueños más profundos, sueños de la oscuridad terrible de Ylferdun y de la magia profunda que había sentido agazapada en los Lugares de Curación. Como si hubiera una gran distancia, vio a sus hijos, sus niños, a quienes nunca había querido concebir y había dado a luz sólo para John, pero a quienes amaba de una manera inquieta, sin quererlo y con un corazón desesperadamente dividido. Con su vista de maga, los veía sentados en su cama con cortinas en la oscuridad mientras el viento arrojaba nieve contra las paredes de la torre; no dormían, se contaban cuentos sobre la forma en que su padre y su madre matarían al dragón y volverían con caravanas y caravanas de oro.
Se despertó cuando el sol había bajado tres cuartos en el cielo hacia la cresta aguda del acantilado. El viento había cambiado; ahora todo el valle olía a nieve y a agujas de pino de las altas laderas. El aire en las sombras inclinadas y cambiantes era frío y húmedo.
John estaba dormido, envuelto en todas las mantas y capas del campamento. Se oía la voz de Gareth en los bosques cerca de la pequeña fuente de piedra, cantando tonadas desafinadas y románticas sobre la pasión, para placer de los caballos. Jenny se movió en su silencio habitual. Se ató el jubón, se puso las botas y la chaqueta de cuero de oveja. Pensó en comer algo pero decidió que no. La comida quebraría su concentración y sentía que necesitaba cada hilo de fuerza y capacidad que pudiera reunir para estar alerta.
Se detuvo por un momento y miró a su alrededor. La vieja sensación desagradable de que la vigilaban volvió a ella, como si una mano le tocara el codo. Pero también sentía el tintineo leve del poder de Morkeleb en la parte posterior de su mente y sabía que la

fuerza del dragón volvía mucho más rápidamente que la del hombre al que casi había matado.
Tendría que actuar y actuar ahora y la idea le llenaba de miedo.
—Salva a un dragón, hazlo tu esclavo —había dicho Caerdínn. Jenny era consciente ahora de la pequeñez de sus propios poderes y eso la aterrorizaba, sobre todo porque sabía contra qué tendría que medirlos. O sea que al final así era como había pagado por el amor de John, se dijo, con ironía. Lo había pagado con una batalla que no podía esperar ganar. Involuntariamente, otra parte de ella pensó que al menos no era la vida de John sino la de ella misma la que estaría en juego y meneó la cabeza maravillada por las tonterías del amor. Con razón siempre se advertía a los poderosos contra el amor, pensó.
Y en cuanto al dragón, tenía la sensación, casi el instinto, de lo que debía hacer, una sensación extraña a ella y sin embargo, terriblemente clara. Le latía el corazón cuando eligió una capa zaparrastrosa de la pila bajo la cual yacía John. Las brisas leves jugaron con los bordes cuando se la colocó sobre los hombros; sus colores se desvanecieron entre los tonos mudos de la maleza y la piedra cuando caminó en silencio hasta el borde de la Ladera una vez más y tomó el sendero que llevaba a la Gruta.
Morkeleb ya no estaba en la Sala del Mercado. Jenny siguió su olor a través de las puertas interiores macizas y a lo largo del Gran Pasaje, un olor que era acre pero no desagradable, muy distinto del hedor ardiente y metálico de sus venenos. Los ecos leves de los pasos de la maga eran como agua lejana que goteara silenciosa en las bóvedas del pasaje. Sabía que Morkeleb los oiría, sentado sobre su oro en la oscuridad. Pensó que hasta oiría el latido de su corazón.
Como había dicho Dromar, el dragón tenía su nido en el Templo de Sarmendes, unos cientos de metros abajo por el pasaje. El Templo había sido construido para los hijos de los hombres y por lo tanto lo habían tallado en forma de habitación y no de cueva. Desde las puertas recamadas de oro y marfil, Jenny miró a su alrededor; sus ojos perforaron la oscuridad absoluta y vieron cómo las estalagmitas que se elevaban desde el suelo habían sido talladas como pilares y cómo se habían construido paredes para disimular la forma irregular de la roca original de la caverna. El suelo estaba alisado en un solo nivel; la estatua del dios, con su lira y su arco, había sido esculpida en mármol en las canteras reales de Istmark, al igual que el altar con sus guirnaldas talladas. Pero nada de eso podía ocultar el tamaño del lugar, ni la grandeza enorme, irregular de sus proporciones. Sobre esas paredes clásicamente modestas se arqueaba el techo, un laberinto de cristal y sinter que ponía al lugar la marca de algo fabricado por la naturaleza y tímidamente convertido en hogar por el hombre.
El olor del dragón era más espeso, aunque estaba limpio de podredumbre y basura. En su lugar, el suelo estaba lleno de oro, todo el oro de la Gruta, platos, vasijas sagradas, relicarios de santos y semidioses olvidados amontonados entre los pilares y alrededor de las estatuas; pequeños envases cosméticos que olían a bálsamo, candelabros con temblores de perlas que pendían como hojas de álamo en el viento de la primavera, tazas con bordes que brillaban con el fuego oscuro de las joyas, una estatua votiva de Salernesse, Señora de las Bestias, de un metro de alto y en oro macizo... Todas las cosas que los gnomos o los hombres habían fabricado en ese metal suave y brillante habían llegado hasta aquí desde los túneles más lejanos de la Gruta. El suelo era como una playa con las monedas envueltas que se habían desparramado desde los bolsos desgarrados y a través de todo eso, se veía el brillo de la oscuridad del suelo como agua reunida en pozos sobre la arena.
Morkeleb estaba tendido sobre el oro, las vastas alas plegadas a los costados del cuerpo, las puntas cruzadas sobre la cola, negro como el carbón y casi brillante, los ojos de cristal como lámparas en la oscuridad. El canto dulce, terrible, que Jenny

había sentido con tanta fuerza había desaparecido, pero el aire vibraba alrededor del dragón con música inaudible.
—Morkeleb —dijo ella con suavidad y la palabra murmuró de vuelta hacia ella desde la selva de espinas brillantes por encima de su cabeza. Jenny sintió los ojos de plata sobre ella y buscó, a tientas, en el laberinto negro de esa mente.

¿Por qué oro?, preguntó. *¿Por qué los dragones desean el oro de los hombres?*

No era lo que había pensado decirle y sintió que algo más se movía por debajo del enojo enroscado y los recelos del dragón.

¿Te parece que es asunto tuyo, mujer maga?

¿Asunto mío me dices, a mí que volví aquí para salvarte la vida? Hubiera sido mejor para mí y para ti que te dejara morir.

¿Por qué volviste entonces?

Había dos respuestas. La que ella le dio fue:

Porque quedó entendido que si tú me dabas el camino hasta el corazón de la Gruta, yo te curaría y te daría la vida. Pero en esa curación, tú me diste tu nombre, Morkeleb el Negro.

Y el nombre que dijo en su mente era la cinta de música que era el verdadero nombre del dragón, su esencia; y vio que él se encogía al oírlo.

Dicen: «Salva un dragón, hazlo tu esclavo, y por tu nombre harás lo que yo te pida.»

La onda de furia contra ella fue como una ola oscura y a lo largo de los flancos del dragón las escalas afiladas como cuchillos se levantaron un poco, como el pelo de un perro que se eriza. Alrededor de ellos en la negrura del Templo, el oro parecía susurrar, llevando en él la colina de la rabia del dragón.

Soy Morkeleb el Negro. No soy ni seré esclavo de nada ni de nadie, y menos que nada de una mujer humana, sea maga o no. Yo no cumplo los deseos de nadie, sólo los míos.

El peso amargo de los pensamientos extraños cayó sobre Jenny, con más fuerza que la oscuridad. Pero los ojos de ella eran los ojos de un mago, ojos que veían en la oscuridad; su mente tenía un tipo de fulgor iluminado que no había estado allí antes. No le tenía miedo ahora; una fuerza extraña que no había sabido que poseía se movía en su interior. Murmuró la magia del nombre del dragón como hubiera formado las notas sobre su arpa, en toda su complejidad de nudos, y lo vio encogerse un poco otra vez. Sus garras afiladas como navajas se movieron un poco sobre el oro.

Por tu nombre, Morkeleb el Negro, repitió ella, *harás lo que yo te pida. Y por tu nombre, te digo que no harás daño alguno, ni a John Aversin ni al príncipe Gareth, ni a ningún ser humano mientras estés en el sur. Cuando estés fuerte para emprender el viaje, dejarás este lugar y volverás a tu hogar.*

La ira se desprendió de las escamas como un calor y se reflejó de nuevo hacia él sobre el oro lleno de murmullos. Jenny sintió en ella el orgullo de hierro de los dragones y su desprecio hacia la humanidad y también el dolor furioso de Morkeleb al verse separado del tesoro que había conquistado hacía tan poco. Durante un momento, las almas de los dos se encontraron y se trabaron en lucha, retorciéndose juntas como serpientes que pelean por el triunfo. La marea de su nueva fuerza creció en Jenny, más grande y más segura cada vez, como si sacara vida del combate mismo. El terror y la excitación la inundaron como las hojas de tabat, sólo que esto era mucho más fuerte, y dejó de lado la preocupación por las limitaciones de su cuerpo y peleó contra el dragón mente contra mente, retorciendo la cadena brillante de su nombre verdadero.
Sintió el flujo de su rabia venenosa pero no lo dejó ir.

Si me matas, te arrastraré conmigo hacia la muerte, pensó ella*. Porque aunque me muera no soltaré tu nombre.*

La fuerza que estaba quebrando los tendones de la mente de Jenny retrocedió pero los ojos del dragón seguían fijos en los de ella. Los pensamientos de Jenny se inundaron de imágenes y recuerdos a medias, como las visiones del corazón de la Gruta; cosas que no comprendía, cosas terroríficas, perturbadoras en su cualidad de ajenas. Sintió el vértigo descendente del vuelo en la oscuridad; vio montañas negras que hacían sombras dobles, desiertos rojos que el viento no tocaba desde los comienzos del tiempo, desiertos habitados por arañas de cristal que vivían de la sal. Eran recuerdos de un dragón, recuerdos que la confundían, la llevaban hacia un lugar donde la mente de él se cerraría sobre la de ella como una trampa, y ella se aferró con fuerza a las cosas de su propia vida que conocía bien y a su recuerdo de la música del viejo Caerdinn, que silbaba la tonada inconclusa del nombre verdadero de Morkeleb. En esa tonada enroscó sus propios hechizos de agotamiento y rendición, mezclándolos con el ritmo del corazón del dragón, ese ritmo que había aprendido tan bien en la curación. Así sintió una vez más que la mente de él se retiraba de la suya.
La rabia del animal era como la amenaza del cielo tormentoso que se agolpaba alrededor de Jenny; él se alzaba junto a ella, amenazante, como una nube que lleva el rayo en su seno. Luego, sin aviso, la atacó como una víbora, una garra de huesos finos levantada para golpearla.
No lo hará, se dijo ella mientras el corazón se le encogía de terror y todos sus músculos luchaban por emprender la huida... No podría atacarla porque ella tenía su nombre y él lo sabía... Lo había salvado; tenía que obedecerla... La mente de Jenny se aferró a la música del nombre cuando las garras descendieron. El viento del ataque le movió el cabello y las hojas de sable pasaron a menos de medio metro de su cara. Ojos blancos la miraron, muy abiertos, brillantes de odio, la rabia del dragón golpeó contra ella como una tormenta.
Luego, él se acomodó de nuevo lentamente sobre su cama de oro. El olor de su derrota en el aire era como el de la madera llena de gusanos.

Preferiste darme tu nombre antes que morir, Morkeleb.

Jenny tocó la música de su nombre como un glissando y sintió cómo el poder cada vez más grande que había en ella murmuraba en el oro contra el poder de él.

Te irás de estas tierras y no volverás.

Durante un momento más, sintió su rabia, su rencor y la furia de su orgullo humillado. Pero había algo más en el brillo congelado y precioso de su mirada, la idea de que no podía despreciar a esa mujer. Dijo con calma:

¿No entiendes?

Jenny meneó la cabeza. Miró a su alrededor otra vez en el templo, los arcos oscuros apilados hasta muy arriba con más oro del que ella hubiera visto nunca antes, un tesoro más fabuloso que cualquier otro en la tierra. Habría comprado todo Bel y las almas de la mayoría de los hombres que vivían allí. Pero tal vez porque ella no sentía mucha atracción hacia el oro, tuvo que preguntar de nuevo.

¿Por qué oro, Morkeleb? ¿Fue el oro el que te trajo aquí?

Él bajó la cabeza de nuevo y la puso entre las patas, y alrededor de ellos el oro vibró con el murmullo del nombre del dragón.

Fue el oro y los sueños del oro, dijo*. Me sentía insatisfecho con todo; el deseo crecía en mí cuando dormía. ¿No comprendes, mujer maga, el amor que sienten los dragones por el oro?*

Ella volvió a menear la cabeza.

Sólo que lo desean, como los hombres.

Una luz rosada y roja bordeó las ventanas de la nariz del dragón cuando estornudó con desprecio.

Los hombres... dijo con suavidad. *No entienden el oro; no entienden lo que hay en él y lo que puede llegar a ser. Ven aquí, mujer maga. Pon tu mano sobre mí y escucha con mi mente.*

Ella dudó. Pensaba que podía ser una trampa, pero su curiosidad de maga la llevó hacia delante. Caminó sobre las pilas irregulares, frías de anillos, platos y candelabros para poner la mano de nuevo sobre la piel, debajo del gran ojo del dragón. Como antes, era cálida, nada parecida a la piel de un reptil y suave como la seda. La mente de él tocó la de ella como una mano firme en la oscuridad.
En miles de voces susurrantes, oyó cómo el oro recogía la música del nombre del dragón. Los matices fundidos del pensamiento se magnificaron y se hicieron más ricos, distintos, como perfumes sutiles perforaron su corazón con belleza. A Jenny le pareció que podía identificar cada pieza de oro dentro de esa cámara enorme por su sonido separado y diferente y oír la curva armónica de una vasija, las voces dulces de cada una de las monedas, de cada hebilla y el tintineo dulce encerrado en el corazón de cristal de cada joya.
Su mente, en contacto con la del dragón, se dobló de placer y casi de dolor por la caricia de esa dulzura impresionante mientras los ecos le despertaban resonancias y respuestas. Recuerdos de crepúsculos color paloma en la colina que era su hogar la llamaron con la alegría profunda de las noches de invierno pasadas sobre las pieles de oso frente al fuego de Fuerte Alyn, con John y sus hijos a su lado. Una felicidad sin nombre la recorrió de punta a punta quebrando las defensas de su corazón mientras la intensidad de la música crecía y sabía que Morkeleb sentía lo mismo en las profundidades quiméricas de su mente.

Cuando la música se desvaneció, se dio cuenta de que había cerrado los ojos y tenía las mejillas llenas de lágrimas. Miró a su alrededor y aunque la habitación estaba tan negra como antes, pensó que el recuerdo de la canción del dragón estaba en el oro todavía y que una leve luminosidad permanecía en el metal a pesar del silencio.
Después de un momento, dijo:

Es por eso que los hombres dicen que el oro de un dragón está envenenado. Y otros dicen que trae suerte..., pero es que está cargado de deseos y de música, y hasta los tontos lo sienten en los dedos.

Así es, murmuró la voz del dragón en su mente*.*

Pero los dragones no pueden sacar el oro de la tierra, ni trabajarlo. Sólo los gnomos y los hijos de los hombres.
Somos como las ballenas que viven en el mar, dijo él, *civilizaciones sin aparatos. Vivimos entre la roca y el cielo en nuestras islas en los océanos del norte. Hacemos el nido en piedras que tienen oro, pero es impuro. Sólo con el oro puro se puede hacer esta música. ¿Entiendes ahora?*

Compartir ese conocimiento había quebrado algo entre los dos y ella ya no tenía miedo de él. Se sentó cerca de la curva huesuda de sus hombros y tomó una copa de oro del tesoro. Mientras le daba vueltas en sus manos, sintió que podría haberla reconocido entre otras doce idénticas. Su sonido era claro e individual en su mente; el eco de la música del dragón se aferraba a ella como el recuerdo de un perfume. Vio la precisión con que estaba formada la copa, depurada y muy pulida; las asas, pequeñas damas con guirnaldas torcidas en el cabello que caía como un arroyo sobre el cuerpo de la copa; microscópicamente finas, las flores podían reconocerse: eran lirios de esperanza y rosas de deseos satisfechos. Morkeleb había matado al dueño de esa taza, pensó Jenny para sí misma, sólo por la música increíble que podía hacer con el oro. Sin embargo, su amor por la música tenía tan poco que ver con la belleza de la música misma como el amor que Jenny sentía por sus hijos con el aspecto agradable y bien parecido de los dos (cualidad que sin duda alguna tenían, pensó ella).

¿Cómo supiste que esto estaba aquí?

¿Crees que nosotros, que vivimos cientos y cientos de años, no conocemos las idas y venidas de los hombres? ¿Dónde construyen sus ciudades y con quién comercian y en qué? Soy viejo, Jenny Waynest. Hasta entre los dragones, mi magia se considera grande. Nací antes de que viniéramos a este mundo; puedo oler el oro en los huesos de la tierra y seguir su camino por kilómetros, como tú sigues el agua subterránea con una rama de castaño. Las grietas de oro de la pared llegan a la superficie como los grandes salmones del norte que se elevan fuera del agua para desovar.

Las palabras del dragón hablaban en la mente de Jenny, y en la mente tuvo una visión breve, distante de la Tierra, como la veían los dragones, extendida como una alfombra moteada de púrpura y verde y castaño. Vio la piel verdinegra de los bosques de Wyr, las formas infinitamente delicadas, como de nube, de las copas de los altos robles, frágiles y llenas de hilos por el invierno, y vio cómo, hacia el norte, desaparecían y las reemplazaban los dientes primitivos, agudos de los pinos y los abetos. Vio las piedras grises y blancas de las desnudas Tierras de Invierno, manchadas de todos los colores del arco iris con líquenes y musgos en verano y vio cómo las formas grandes, relampagueantes de salmones de un metro de largo se movían bajo las aguas de los

ríos, y bajo la sombra azul, deslumbrante, de las alas del dragón. Durante un instante, fue como si pudiera sentir el aire a su alrededor, agarrándola y sosteniéndola como el agua; sus corrientes y contracorrientes, sus cambios del calor al frío.
Luego, sintió que la mente de él se cerraba a su alrededor, como los dientes de una trampa. Durante un instante, se quedó encerrada en la oscuridad sofocante, una oscuridad que ni siquiera los ojos de un mago podían penetrar. El horror le aplastó. No podía moverse ni pensar; sentía sólo el placer ácido del dragón a su alrededor y debajo de ella, abriéndose de pronto, una desesperación sin fondo.
Luego, como le había enseñado Caerdinn, como había hecho al curar a John, como hacía siempre dentro de los límites de su magia pequeña, obligó a su mente a calmarse y empezó a trabajar runa por runa, nota por nota, concentrándose con toda su mente sólo en un elemento en particular. Sintió cómo la rabia del dragón la sofocaba como un mar caliente de noches pero abrió una grieta de luz allí como un martillo y dentro de esa grieta puso la música del nombre del dragón, convertida en espada por sus hechizos.
Sintió que la mente del dragón se encogía y se rendía. Entonces, pudo ver de nuevo y se encontró, sobre sus pies, entre pilas de oro que le llegaban hasta las rodillas con la enorme forma negra que retrocedía, furiosa por delante. Esta vez, ella no lo dejó ir: arrojó su propia rabia y su voluntad tras él, jugando con la música de su nombre y tejiéndolo en los fuegos que podían quemar su esencia.
Todos los hechizos de ruina y dolor que había puesto en el veneno inundaron su mente; pero, como la furia que había sentido ante los bandidos en el cruce de camino hacía ya tantas semanas, su rabia no tenía odio y no le ofrecía sostén para entrar en su mente. Él retrocedió, y la gran cabeza bajó hasta que las cintas de la melena barrieron las monedas con un tintineo deslizante.
Envuelta en una rabia de magia y fuego, Jenny dijo:

No me dominarás, Morkeleb el Negro..., ni con tu poder ni con tus trucos. Yo te salvé la vida y harás lo que te pida. Por tu nombre, te irás y no volverás al sur. ¿Me oyes?

Sintió que el dragón se resistía y puso toda su voluntad y su fuerza y sus nuevos poderes contra él.
Como el cuerpo de un luchador, sintió cómo la rabia oscura, sulfúrica, se deslizaba debajo de la presión de su voluntad; se alejó casi instintivamente y se encaró a él. Se agachaba contra la pared como una cobra vasta, negra como la tinta, con todas las escamas brillantes de rabia.
Ella lo oyó murmurar:

Te oigo, mujer maga.

Y oyó, en la voz fría, la resonancia no sólo de su furia enloquecida al verse humillado sino de la sorpresa que sentía por el hecho que ella hubiera podido hacerlo.
Jenny se volvió sin decir ni una palabra y salió del templo hacia la plaza de luz difusa que se abría en la habitación exterior de la Gruta, al final del Gran Pasaje, y hacia las Grandes Puertas más allá.

12

Cuando Jenny subió los escalones de la Gruta, estaba temblando de cansancio y de un ataque de sentido común que le decía que debería haber estado aterrorizada. Sin embargo, sentía muy poco miedo de Morkeleb, incluso después de sus trucos y de su rabia. Le dolía el cuerpo —el poder que había usado contra él había sido mucho más de lo que su cuerpo estaba acostumbrado a sostener— pero tenía la cabeza clara y alerta, sin el cansancio aplastante que sentía cada vez que abusaba de sus poderes. Se daba cuenta hasta la punta de los dedos de la profundidad y la grandeza de la magia del dragón y también de su propia fuerza contra él.

El viento de la noche le azotó la cara. El sol se había hundido detrás de la cresta aguda de la cadena del oeste y aunque todavía había luz en el cielo, Grutas yacía en el fondo de un lago de sombras. Jenny se sintió consciente de muchas cosas que pasaban en el valle; la mayoría de ellas tenía poco que ver con los asuntos de los dragones o de la humanidad: el canto de un solo grillo bajo una piedra quemada, la sacudida de una cola de ardilla que huía de su pareja esperanzadora y los vuelos de los pinzones que buscaban el nido para la noche. Donde el camino daba vueltas hacia abajo alrededor de una pila rota de ruinas que alguna vez había sido una casa, vio el esqueleto de un hombre acostado en la maleza, con la bolsa de oro que aferraba al morir abierta en dos y las monedas cantando suavemente en el lugar donde habían caído entre las costillas.

Se dio cuenta, de pronto, de que alguien más había entrado en el valle.

Era parecido a un sonido, pero no se oía. El sentido de la magia llegó hasta ella como el humo en un cambio de viento. Se quedó inmóvil entre los arbustos secos de retama; los hilos fríos de la brisa que bajaba desde los matorrales jugaron en su capa. Había magia en el valle, sobre el acantilado. Ella oía el roce y el rasguido de la seda contra las agujas caídas de las hayas, el ruido sorprendido de agua que se dejaba caer en el crepúsculo de la montaña y la voz de Gareth detenida en un nombre...

Jenny se levantó la falda y empezó a correr.

El olor del perfume de Zyerne parecía estar por todas partes en el bosque. La oscuridad había empezado a reunirse bajo los árboles. Jadeando, Jenny saltó sobre las rocas blancuzcas hacia el claro junto a la fuente. Una larga experiencia en las Tierras de Invierno le había enseñado a moverse en un silencio absoluto, incluso cuando corría; y por lo tanto, al principio, ninguno de los que estaban cerca del pequeño pozo notó su llegada.

Le llevó un momento ver a Zyerne. A Gareth lo vio enseguida, de pie, congelado, frente al pozo. El agua derramada mojaba las agujas de las hayas entre sus pies; un balde medio vacío se balanceaba sobre el borde de la roca junto al pozo. Gareth no lo miraba; Jenny se preguntó si notaba algo de lo que pasaba a su alrededor.

Los hechizos de Zyerne llenaban el pequeño claro como la música que se oye en los sueños. Hasta ella, mujer, olía el calor perfumado del aire que ensanchaba el frío tintineante más abajo en el valle y sentía la necesidad moviéndose en su piel. En los ojos de Gareth había una especie de locura y sus manos temblaban con los dedos cerrados, anudados en puños, frente a la cintura. Su voz era un murmullo más desesperado que un grito cuando dijo:

—No.

—Gareth. —Zyerne se movió y Jenny la vio: parecía flotar como un fantasma en el crepúsculo entre los abedules al final del claro—. ¿Por qué fingir? Sabes que tu amor por mí ha crecido tanto como el mío por ti. Es como fuego en tu piel; el sabor de tu boca en mis sueños me ha atormentado día y noche...

—¿Mientras te acostabas con mi padre?

Ella meneó la cabeza y movió el cabello, un gesto pequeño, característico y se sacó los mechones de la suave frente. Era difícil ver lo que tenía puesto en la penumbra..., algo blanco y frágil que hacía ondas pequeñas con los movimientos del viento, algo pálido como los abedules. Llevaba el cabello suelto en la espalda como el de una niña; y, como una niña, venía sin velo. Los años parecían haberse desvanecido de su cuerpo, a pesar de lo joven que había parecido antes. Parecía una niña de la edad de Gareth, a menos que, como Jenny, uno la mirara con los ojos de un mago.
—Gareth. Nunca me he acostado con tu padre —dijo Zyerne con suavidad—. Claro que decidimos fingir que lo hacíamos para guardar las apariencias en la corte..., pero incluso si él hubiera querido, dudo que yo hubiera podido hacerlo. Me trató como a una hija. Eras tú a quien yo quería, tú...
—¡Eso es mentira! —La boca de Gareth parecía seca de calor febril.
Ella extendió las manos y el viento levantó la tela leve de sus mangas hacia atrás desde sus brazos cuando dio un paso hacia el claro.
—Ya no podía seguir esperando. Tenía que venir, saber lo que te había pasado..., estar contigo...
Él sollozó.
—¡No te acerques! —Tenía la cara torcida en una mueca de algo que era casi dolor.
Ella se limitó a susurrar:
—Te quiero...
Jenny apareció desde la sombra oscura del sendero y dijo:
—No, Zyerne. Lo que quieres es la Gruta.
Zyerne se dio media vuelta con brusquedad. Su concentración se quebró, como Morkeleb había tratado de quebrar la de Jenny. La sensualidad extravagante que había goteado en el aire se sacudió y desapareció con un ruido audible. De pronto, Zyerne pareció más vieja: ya no era esa niña virgen que podía encender la pasión de Gareth. El muchacho cayó sobre sus rodillas y se cubrió la cara con las manos, el cuerpo sacudido por sollozos secos.
—Eso es lo que siempre quisiste, ¿verdad? —Jenny tocó el cabello de Gareth para consolarlo y él le pasó los brazos por la cintura y se aferró a ella como un hombre que se ahoga se aferra a un palo en el agua. Era extraño, pero Jenny no tenía miedo de Zyerne ahora ni de la fuerza mayor de la magia de la joven. Ahora le parecía ver a Zyerne de otro modo y cuando se encaró con ella, estaba lista y tranquila. Zyerne dejó escapar una carcajada burlona.
—¿Así que éste era el muchacho que no quería sacarle la amante a su padre? ¿Los tuviste a los dos para ti, no es cierto, puta, desde el norte incluso? Tiempo más que suficiente para enredarlo en tus hilos.
Gareth se soltó de Jenny y se puso de pie, temblando de rabia. Aunque Jenny veía que todavía estaba aterrorizado, se enfrentó a la hechicera y le gritó, jadeando:
—¡Mentira!
Zyerne rió otra vez, con un sonido feo, como había hecho en el jardín cerca de las habitaciones del rey. Jenny dijo solamente:
—Ella sabe que es mentira. ¿Para qué has venido, Zyerne? ¿Para hacerle a Gareth lo que le hiciste a su padre? ¿O para ver si por fin está libre el camino para entrar en la Gruta?
La boca de la hechicera se movió, sin sentido y desvió la mirada bajo los ojos fríos de Jenny. Luego rió pero la burla de la risa estaba manchada de dudas.
—¿Qué te parece para arreglar unos asuntos con tu precioso Vencedor de Dragones?
Una semana, un día antes, Jenny habría respondido a la burla con miedo por la seguridad de John. Pero sabía que Zyerne no se había acercado a él. Sabía que si hubiera habido una magia así, tan cerca, lo habría sentido..., hasta habría oído las

voces, no importa lo bajo que hablaran y de todos modos, John no podía escaparse. Uno siempre se ocupa primero de los enemigos sanos.
Vio que la mano de Zyerne se movía y sintió la naturaleza del hechizo al mismo tiempo que olía la lana chamuscada de sus faldas que ya empezaban a humear. Su contra hechizo fue rápido y duro, conjurado con la mente y el gesto mínimo de la mano más que con el trabajo difícil que había necesitado antes. Zyerne retrocedió, tambaleándose, las manos sobre los ojos, cogida totalmente por sorpresa.
Cuando levantó la cabeza de nuevo, sus ojos estaban lívidos de rabia, amarillos como los del diablo, la cara transformada por la furia.
—No puedes apartarme de la Gruta —dijo en una voz temblorosa—. Es mía, será mía. Saqué a los gnomos de allí. Cuando la tome, nadie, pero nadie podrá contra mí y mi poder...
Se agachó, tomó un manojo de hojas viejas y frutos de hayas de la masa que había entre sus pies y se las arrojó a Jenny. En el aire, se encendieron y crecieron mientras ardían: una hoguera enredada que Jenny alejó de sí con un hechizo que casi había ignorado que sabía. Los troncos ardientes se esparcieron por todos lados, como arroyos de fuego amarillo en la penumbra azul, troncos que se encendieron en media docena de lugares en los que tocaron la maleza seca. Doblada como una liebre sobre sus huellas, Zyerne escapó hacia el sendero que llevaba al valle. Jenny saltó tras ella y sus suaves botas alcanzaron en tres pasos la distancia cubierta por los zapatos precarios de corte que llevaba la joven.
Zyerne se retorció bajo las manos de Jenny. Era más alta que ella pero no tan fuerte físicamente, a pesar del agotamiento de Jenny; durante un instante los ojos de las dos estuvieron a centímetros unos de los otros; la mirada amarilla, penetrante como una bola de fuego en el azul.
Como el golpe de un martillo, Jenny sintió el impacto de una mente en la suya, hechizos de dolor y espanto que aferraban y retorcían sus músculos, totalmente diferentes del peso y la fuerza viviente de la mente del dragón. Los detuvo no tanto como otros hechizos como con la fuerza de su voluntad. Arrojó las palabras mágicas de vuelta contra Zyerne, y oyó que la joven maldecía en un ataque de furia como una alcantarilla que estalla. Unas uñas le desgarraron las muñecas mientras ella buscaba de nuevo los ojos amarillos con los suyos. Tiró de los rizos sedosos de Zyerne con un puño como una roca y la obligó a mirar. Era la primera vez que se había encarado con la fuerza de otro mago en furia, no en calma y le sorprendió lo instintivo que era en ella el acto de buscar la esencia..., como había buscado en la de Gareth y Mab en la de ella, no sólo para comprender, sino para dominar con la comprensión, para no dar nada de su propia alma a cambio. Tuvo una visión instantánea de algo horrible y pegajoso como esas plantas que se comen a los que son lo suficientemente tontos para acercarse, los restos erosionados de un alma, como el cuerpo muerto y animal de la mente de la joven.
Zyerne gritó cuando sintió que desnudaban los secretos de su ser y el poder estalló en el aire entre las dos, un fuego ardiente que las rodeó en un remolino de fuerza desgarradora. Jenny sintió que caía un peso sobre ella, una negrura como la mente del dragón pero más grande, la sombra de algún poder destructor, aplastante, como un océano de años incontables. La hizo poner de rodillas, pero se sostuvo, desechando los dolores agudos, inquietos que le desgarraban la piel, la agonía terrible de sus músculos, el fuego y la oscuridad, mientras taladraba la mente de Zyerne con la suya, como una aguja blanca de fuego.
El peso de la sombra se desvaneció. Jenny sintió que los nervios y la voluntad de Zyerne se quebraban y volvió a ponerse de pie. Separó el cuerpo de la muchacha del suyo con todas sus fuerzas. Zyerne se dejó caer sobre el polvo del sendero, el cabello negro colgando en un torrente sobre el vestido blanco, las uñas rotas que había

clavado en las muñecas de Jenny, la nariz llena de líquido y el polvo pegado con moco contra su cara. Jenny se quedó de pie a su lado, jadeando, con todos los músculos doloridos por el impacto torcido de los hechizos de la otra mujer.
—Vete —dijo, con la voz tranquila pero con todo el poder en las palabras—. Vete a Bel y no vuelvas a tocar a Gareth.
Sollozando de furia, Zyerne se puso de pie como pudo. La voz le temblaba.
—¡Tú, cerda maloliente! ¡Nadie me apartará de la Gruta! Es mía, te digo; y cuando vaya, te lo demostraré. ¡Lo juro por la Piedra: cuando tenga la Gruta, te aplastaré como a una cucaracha comemierda, porque eso es lo que eres! ¡Ya verás! ¡Se lo mostraré a todos! ¡No tienen derecho a apartarme de ella!
—Sal de aquí —dijo Jenny suavemente.
Zyerne la obedeció, sollozando; reunió su vestido blanco y caído y se alejó tropezando por el camino que llevaba a la torre del reloj. Jenny se quedó allí un largo rato, mirándola. El poder que había conjurado para protegerse se desvaneció lentamente, como el fuego bajo las cenizas, escondido hasta que se lo necesita de nuevo.
Sólo cuando Zyerne desapareció de su vista, Jenny se dio cuenta de que no debería haber podido hacer lo que había hecho..., ni aquí ni en la Gruta.
Y entonces comprendió lo que había pasado cuando había tocado la mente del dragón.
La magia del dragón estaba viva en su alma como una marca de hierro en el oro. Debería haberlo sabido antes; si no hubiera estado tan agotada, pensó tal vez lo habría sentido. Su comprensión, como la de Morkeleb, se había ensanchado hasta llenar el valle y así, hasta cuando dormía, sentía las cosas que pasaban a su alrededor. Un temblor le recorrió el cuerpo y sacudió sus huesos con terror y curiosidad, como si acabara de concebir de nuevo y algo vivo y extraño estuviera creciendo dentro de ella.
El humo de los bosques le mordió la nariz y los ojos y unas oleadas blancas le dijeron que Gareth había logrado extinguir las llamas. En algún lugar, los caballos relinchaban aterrorizados. Se sintió agotada y llena de dolor, el cuerpo entero doblado por los calambres de los poderosos hechizos, las muñecas partidas donde las habían desgarrado las uñas de Zyerne. Empezó a temblar y la nueva fuerza se alejó bajo el impacto de la impresión y el miedo.
Una ráfaga de viento distinto movió los árboles a su alrededor como un ala gigante. El cabello revoloteó en su cara y miró hacia arriba. Por un momento, no vio nada. Era algo que había oído decir: que los dragones, a pesar de su tamaño y sus colores chillones, podían ser más difíciles de ver a la luz del día que un ratón en medio de los arbustos. Ahora Morkeleb parecía doblarse saliendo de la penumbra, una forma vasta de ébano y seda negra, ojos de cristal y plata como pequeñas lunas en la oscuridad.
Ha notado que mi poder se acababa, pensó ella con desesperación, recordando la forma en que él la había atacado antes. El peso terrible, sombrío de los hechizos de Zyerne todavía estaba allí, en sus huesos; sintió que iban a quebrársele si trataba de conjurar el poder para defenderse del dragón. Envuelta en un cansancio que casi llegaba hasta las náuseas, se volvió para mirarlo y endureció su mente otra vez para defenderse del ataque.
Y mientras lo hacía, se dio cuenta de que él era hermoso, flotando un momento como un barrilete negro, liviano en el aire.
Luego, la mente de él tocó la de ella y el último dolor de los hechizos de Zyerne desapareció.

¿Qué te pasa, mujer maga?, le preguntó él*. Son sólo palabras malas como las que se gritan las mujeres en el mercado.*

El dragón bajó al sendero frente a ella, dobló sus alas grandes con una articulación extraña y llena de gracia y la miró con los ojos de plata en el crepúsculo. Dijo:

Tú lo entiendes.

No, replicó ella*. Creo que sé lo que ha pasado, pero no lo entiendo.*

Bah.

En la penumbra gris y húmeda bajo los árboles, Jenny vio cómo las escamas de los costados del animal se movían levemente como el pelo de un gato enojado.

Creo que sí entiendes. Cuando tu mente estaba en la mía, mi magia te llamó y el dragón que hay en tí contestó esa llamada. ¿No conoces tu propio poder, mujer maga? ¿No sabes lo que podrías ser?

Con un vértigo frío que no era miedo del todo, Jenny lo comprendió y luego deseó no haber comprendido.
Él sintió cómo la mente de ella se cerraba y la irritación humeó desde su cuerpo como una espuma blanca de niebla.

Entiendes, dijo de nuevo*. Has estado en mi mente y sabes lo que sería ser dragón.*

Jenny dijo: *No,* no a él sino a ese hilito de fuego en su mente que se convertía en arroyo de pronto.
Como en un sueño, aparecieron imágenes que sentía que había conocido una vez y luego había olvidado, como la alta libertad del vuelo. Vio a la tierra perdida allá abajo entre las nubes y a su alrededor había una eternidad de vapores cuyo silencio absoluto se quebraba sólo con el brillo de sus alas de dragón. Como desde una altura inmensa, vio el círculo de piedra en Colina Helada, el pantano abajo como un pedazo roto de vidrio sucio y la pequeña casa de piedra como una crisálida, abierta para dejar salir a la mariposa que había dormido adentro. Dijo:

No tengo el poder para cambiar mi esencia.

Yo sí, murmuró la voz entre las visiones de su mente. *Tienes la fuerza para ser dragón cuando hayas aceptado esa forma. La sentí en ti cuando luchamos. Estaba furioso entonces porque me vencía un ser humano. Pero tú puedes ser más que humana.*

Ella meneó la cabeza mientras miraba hacia arriba al esplendor oscuro de la forma angulosa del dragón.

No me pondré así en tu poder, Morkeleb. No puedo dejar mi forma sin tu ayuda ni podría después volver a ella. No me tientes.

¿Tentarte?, dijo la voz de Morkeleb. *No hay tentación que venga de fuera del corazón. Y en cuanto a volver..., ¿qué eres como humana, Jenny Waynest? Despreciable, quejosa, como todos los tuyos una esclava del tiempo que pudre al cuerpo antes de que la mente haya podido ver otra cosa que una sola flor de todas las colmas del Cosmos. Para ser maga debes ser maga y veo en tu mente que luchas por el tiempo para hacer aunque sea eso. Para ser dragón...*

—Para ser dragón —dijo ella en voz alta, para obligar a su mente a escuchar—, sólo tengo que darte el control a ti. No me perderé de esa forma en la mente de un dragón y la magia de un dragón. No conseguirás que te deje ir de ese modo.
Sintió que la fuerza presionaba contra las puertas cerradas de su mente, luego se aflojó y oyó el crujido acerado de las escamas del dragón cuando su larga cola golpeó el pasto seco con rabia. Los bosques oscuros volvieron otra vez a sus ojos; las visiones extrañas se alejaron como la niebla que se afina ante el sol. La luz se iba con rapidez alrededor de los dos, todos los colores sangraban desde los helechos y los brezos dispersos. Y como si su negrura tomara los matices más suaves de la noche, el dragón era casi invisible ahora, su forma fundida en los hilos lechosos de niebla que habían empezado a velar los bosques y en las líneas negras, abruptas de las ramas muertas y los troncos quemados. En algún lugar del risco, sobre ella, Jenny oyó a Gareth que la llamaba.
Descubrió que estaba temblando, no sólo por el cansancio o por el frío penetrante que la envolvía. La necesidad en ella era terrible..., ser lo que siempre había querido ser, tener lo que siempre había querido desde que tenía catorce años, fea y maldita con su terrible necesidad. Había probado la fuerza del fuego del dragón y el gusto se dejaba ir, dulce, en su boca.

Puedo darte eso, dijo la voz en su mente.

Ella meneó la cabeza, esa vez con más violencia.

No. No traicionaré a mis amigos.

¿Amigos? ¿Los que te atan a la pequeñez por su propia conveniencia de mortales? ¿El hombre que te saca la esencia de tu alma porque quiere su cena? ¿Te aferras a esas pequeñas alegrías porque tienes miedo de probar las grandes, Jenny Waynest?

El dragón tenía razón cuando decía que no hay tentación que no venga del corazón. Ella sacudió el cabello sobre sus hombros y conjuró toda la fuerza que le quedaba contra la oscuridad salpicada de estrellas que parecía llamarla desde la médula de sus propios huesos.

Apártate de mí, le dijo al dragón*. Vete y vuelve a las islas del norte que son tu hogar. Canta tus canciones a la roca de oro y a las ballenas y deja tranquilos para siempre a los hijos de los hombres y a los gnomos.*

Como si hubiera golpeado un tronco negro que, al romperse, revelara el fuego vivo que guardaba dentro, volvió a sentir la onda de la rabia del dragón. El retrocedió, el cuerpo arqueado contra el cielo que se desvanecía. El alambre y la seda oscura de sus alas temblaron cuando dijo:

Así sea entonces, mujer maga. Te dejo el oro de la Gruta..., toma lo que quieras. Mi canción está allí. Cuando llegue la vejez, la vejez cuyo hielo mortal ya has empezado a sentir en tus huesos, aprieta ese oro contra tu corazón y recuerda la oportunidad que perdiste.

Se alzó sobre su anca, la forma compacta de serpiente elevándose sobre ella mientras reunía a su alrededor el brillo de la magia en el aire. Alas negras se abrieron contra el cielo, amenazantes, y ella vio el brillo de obsidiana de sus costados, la

suavidad de piel de bebé del vientre de terciopelo, todavía marcada por las bocas feas, arrugadas de las heridas del arpón. Luego se alejó hacia el cielo. El gran golpe de sus alas lo levantó. Ella sintió la magia que giraba a su alrededor, un remolino de hechizos, el rastro estrellado de un cometa invisible. Los últimos rayos de la luz del día tocaron sus alas cuando se elevó por encima de la sombra azul del acantilado. Luego, desapareció.

Jenny lo vio partir con el corazón desolado. Todo el bosque parecía cargado con el olor de la madera húmeda y quemada y el olor terrenal y sombrío del humo muerto. Se dio cuenta lentamente de que el borde de su falda estaba mojado. Había estado arrodillada sobre el sendero húmedo. Tenía las botas mojadas y los pies fríos. Un cansancio sin límites la arrastraba desde abajo por el esfuerzo que habían hecho sus músculos para detener los hechizos de Zyerne y también por las palabras que le había dicho el dragón después de que ella rechazara su oferta.

Como dragón, ya no habría podido dominarlo ni le habría interesado apartarlo de la Gruta. ¿Era por eso que le había ofrecido la libertad espléndida y aterrorizante de esa forma bella? Decían que los dragones no atrapaban con mentiras sino con la verdad y ella sabía que él había leído bien los deseos de su alma de maga.

—¿Jenny? —Un Gareth sucio, tiznado, llegó corriendo hasta ella por el sendero. A los oídos de Jenny, acostumbrados a la voz del dragón, la del muchacho sonaba metálica y falsa—. ¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado? Vi al dragón... —Se había sacado los anteojos y buscaba un lugar limpio en su camisa agujereada, gastada, para frotarlos; sin mucho éxito, claro. Contra la suciedad de su cara, los lentes habían dejado dos círculos blancos, como una máscara, en los cuales parpadeaban desnudos sus ojos grises.

Jenny meneó la cabeza. Se sentía cansada hasta las lágrimas, casi incapaz de hablar. Se puso a su lado cuando ella empezó a subir lentamente por el sendero de la Ladera.

—¿Zyerne ha escapado?

Ella lo miró, asustada. Después de lo que había pasado entre ella y Morkeleb, casi había olvidado a Zyerne.

—Se..., se fue. La eché. —Parecía haber sucedido hacía días.

—¿La echasteis? —jadeó Gareth, confundido.

Jenny asintió, demasiado cansada para explicar. Al pensar en eso de nuevo frunció el ceño mientras algo se movía en su mente. Pero sólo preguntó:

—¿Y tú?

Él apartó la vista y enrojeció de vergüenza. Parte de Jenny suspiró exasperada ante su estupidez, tan pequeña después de la fuerza de la seducción mayor del dragón; pero parte de ella recordó lo que era tener dieciocho años y ser presa de los deseos incontrolables del cuerpo. Tocó el brazo huesudo bajo la tela arrugada de la manga para consolarlo.

—Es un hechizo —dijo—. Nada más. Todos nos tentamos... —Apartó de ella el eco del recuerdo de las palabras del dragón—. Y lo que está enterrado muy abajo en nuestros corazones no es lo que debe usarse para juzgarnos, sino lo que hacemos con eso. Ella usa hechizos para atraerte, para dominarte como hace con tu padre.

—Lo sé. —Gareth suspiró y levantó el balde del suelo embarrado para hundirlo otra vez en el pozo. Se movía con dificultad, por la tensión en los músculos y por el esfuerzo, pero no se quejó como hubiera hecho hacía tiempo. Buscó la taza de lata en el borde del pozo y la hundió en el agua del balde para dársela a Jenny; percibió la humedad, como de hielo entre sus dedos.

Ella se dio cuenta con sorpresa de que no había comido ni bebido nada desde el desayuno. No había tenido tiempo y se sentía vieja y agotada cuando tomó la taza de manos de Gareth.

—¿La echasteis y nada más? —preguntó Gareth de nuevo—. ¿Y se fue? ¿No se convirtió en un halcón...?
—No. —Jenny levantó la vista mientras se daba cuenta de lo que le molestaba sobre los hechos de la tarde—. Morkeleb... —Se detuvo; no quería hablar de lo que le había ofrecido Morkeleb.
Pero aún así, pensó, no podría haber tomado la forma del dragón sin su ayuda. Los poderes de él habían entrado en los de ella, pero de todos modos seguía siendo una maga primitiva y pequeña. Y Zyerne...
—La vencí —dijo con lentitud—. Pero si puede cambiar de forma como tú dices..., si tiene ese tipo de fuerza..., no podría haberlo hecho, aunque mis poderes han crecido.
Estuvo a punto de decir: «aún con los poderes del dragón en mí», pero las palabras se trabaron en sus labios. Sentía los poderes moviéndose dentro de ella como un niño ajeno en el vientre del destino y trató de dejar de lado la idea de esos poderes y de lo que podían significar. Se llevó la taza a los labios pero se detuvo sin tomar el agua y miró de nuevo a Gareth.
—¿Has bebido algo de agua del pozo? —preguntó.
La miró, sorprendido.
—Todos estamos bebiendo de ella hace días —dijo.
—Esta noche, quiero decir.
Él miró a su alrededor en el claro y a sus propias mangas mojadas.
—He estado muy ocupado tirando agua. No he bebido —dijo—. ¿Por qué?
Ella pasó la mano por la boca de la taza. De la misma forma en que las cosas son visibles para un mago en la oscuridad, vio el brillo viscoso y verde en el agua.
—¿Está mala? —preguntó él preocupado—. ¿Cómo podéis daros cuenta?
Ella volcó la taza y el agua cayó al suelo.
—¿Dónde estaba Zyerne cuando llegaste al claro?
Él meneó la cabeza, sin entender.
—No me acuerdo. Fue como un sueño... —Miró a su alrededor, aunque Jenny sabía que el claro, empapado y pisoteado en la penumbra triste, parecía muy diferente del lugar suave de dulzura encantada que había hacía una hora. Finalmente dijo—: Creo que estaba sentada donde estáis vos ahora, sobre el borde del pozo.
Morkeleb había dicho: *Creen que no puedo ver la muerte que mancha la carne.* ¿Y era Dromar el que había dicho que era imposible envenenar a los dragones?
Jenny torció el cuerpo y movió las manos sobre la superficie del balde que había sacado Gareth. El hedor de la muerte subió hacia su rostro y ella retrocedió horrorizada, asqueada, como si el agua se hubiera convertido en sangre entre sus dedos.

13

—¿Pero por qué? —En cuclillas frente al fuego, Gareth se volvió para mirar a John, que yacía en su nido de mantas, pieles de oso y capas andrajosas—. Por lo que ella sabía, habíais matado a su dragón. —Gareth desenvolvió el papel en el que había traído el café desde Bel, decidió que no valía la pena preocuparse por medir y lo arrojó en la vasija de agua que hervía sobre el fuego—. No sabía que Jenny era una amenaza para ella. ¿Por qué envenenarnos?

—Adivinemos —dijo John, apoyándose con mucho cuidado sobre un codo y poniéndose los anteojos sobre la cara sucia, sin afeitar—. Para impedirnos volver a Bel con la noticia de que el dragón estaba muerto antes de que ella pudiera hacer que tu padre acabara con los gnomos con alguna acusación inventada. Por lo que ella sabe, el dragón está muerto..., quiero decir, no puede haberlo visto en un cristal o un cuenco de agua, pero nos vio vivos y alegres y la deducción es más bien obvia.

—Supongo que sí. —Gareth se desenrolló las mangas recogidas y se colgó otra vez la capa sobre los hombros. La mañana era fría y neblinosa y el sudor que lo cubría después del esfuerzo de limpiar la casa del pozo cerca del campamento en las curtidurías en ruinas se estaba secando.

—Dudo que hubiera querido envenenarte a ti —siguió John—. Si te hubiera querido muerto, nunca te habría esperado.

Gareth se sonrojó.

—A ella no sólo no le conviene que mueras: si mueres, lo pierde todo.

El muchacho frunció el ceño.

—¿Por qué? Quiero decir, entiendo que quiera tenerme bajo su poder para que no la amenace, del mismo modo que quiso sacar a Policarpio de escena. Y si os matara a vosotros dos, me necesitaría como testigo de su cuento de que el dragón todavía está en la Gruta, al menos hasta que se sacara de encima a los gnomos. —Respiró con amargura y extendió las manos lastimadas hacia el fuego—. Probablemente nos usaría a mí y a Servio como testigos para decir que en realidad ella mató al dragón. Eso justificaría que mi padre le diera la Gruta. —Suspiró, la boca tensa de desilusión—. Y pensé que Policarpio extendiendo un alambre sobre una valla sonaba como lo peor de la perfidia. —Acomodó la sartén sobre el fuego, la cara flaca parecía mucho más vieja de lo que había sido en la palidez de junco de las llamas del día.

—Bueno —dijo John, con amabilidad—, no es sólo eso, Gar. —Miró a Jenny, sentada en las sombras del umbral limpio de la casa del pozo, pero ella no dijo nada. John volvió a mirar a Gareth—. ¿Cuánto crees que va a durar tu padre con Zyerne viva? No sé lo que le están haciendo esos hechizos pero reconozco a un moribundo cuando lo veo. Tal como están las cosas, a pesar de todo su poder, es sólo una amante. Necesita la Gruta como base para su poder y como fortaleza que la independice del rey y necesita el oro de la Gruta.

—Mi padre se lo daría —dijo Gareth con suavidad—. Y supongo que yo soy el plan de contingencias en caso..., en caso de que él muera, ¿verdad? —Jugó con las tortas que se freían suavemente en la sartén—. Entonces tenía que destruir a Policarpio, independientemente del hecho de que él tratara de advertirme contra ella. La ciudadela es el camino trasero a la Gruta.

—Bueno, ni siquiera por eso. —John volvió a recostarse y cruzó sus manos sobre el pecho—. Quería librarse de Policarpio porque él es el heredero alternativo.

—¿Heredero alternativo de quién? —preguntó Gareth, intrigado—. ¿De mí?

John meneó la cabeza.

—Del hijo de Zyerne.

El horror que cruzó la cara del muchacho fue más profundo que el miedo a la muerte, más profundo, pensó Jenny con la falta de pasión que había sentido esa mañana y la

noche anterior, que el miedo de que lo subyugaran los hechizos de la maga. Parecía descompuesto con esa idea, como si fuera la violación de un oscuro tabú. Pasó un largo rato antes de que pudiera contestar.
—¿Queréis decir..., un hijo de mi padre?
—O tuyo. No importaría mucho de quién, siempre que se pareciera a la familia. —Con las manos vendadas y una encima de la otra, John miró sin ver al muchacho mientras Gareth, confuso, distante, sacaba la comida del fuego con movimientos automáticos. Todavía con esa voz amable, normal, como si hablara del tiempo, siguió diciendo—: Pero ya ves, después de todo este tiempo bajo los hechizos de Zyerne, tu padre tal vez no pueda concebir un niño. Y Zyerne necesita uno si va a seguir rigiendo el reino.
Jenny apartó la vista, pensando en lo que representaría ser ese niño. La misma ola de náuseas que había sentido Gareth la dominó ahora porque sabía lo que le haría Zyerne a cualquier hijo suyo. No se alimentaría con él como se había alimentado con el rey y con Servio; pero lo educaría deliberadamente como un inválido emocional, dependiente de ella y de su amor para siempre. Jenny había visto cómo se hacía eso, había visto hombres y mujeres que lo hacían y sabía el tipo de hombre o mujer que surgía de esos chicos sofocados. Pero incluso en esos casos, la distorsión había sido por alguna necesidad en el corazón del padre o de la madre, y no algo pensado para mantenerse en el poder.
Pensó en sus propios hijos y en el amor absurdo que sentía por ellos. Tal vez los habría abandonado, pensó con una furia súbita contra Zyerne, pero incluso si no los hubiera amado, incluso si los hubiera concebido en una violación, nunca les habría hecho eso. Era algo que le hubiera gustado pensarse incapaz de creer de nadie. Que alguien fuera capaz de hacerle eso a un niño inocente...; pero en su corazón sabía cómo se hacía.
La rabia y la náusea se movieron en ella como si hubiera sido testigo de una sesión de tortura.
—¿Jenny?
La voz de Gareth la separó de sus pensamientos. El muchacho estaba a unos pasos de ella, mirándola con ojos suplicantes.
—¿Se pondrá mejor, verdad? —preguntó, con dudas—. Mi padre, quiero decir... Cuando Zyerne se vaya o..., la maten..., ¿será como antes?
Jenny suspiró.
—No lo sé —replicó en voz baja. Sacudió su mente del letargo que la dominaba, un cansancio de espíritu tanto como el dolor del cuerpo que le habían dejado los hechizos de Zyerne. No era sólo que hubiera abusado de sus nuevos poderes, no sólo que su cuerpo no estuviera acostumbrado a sostener las terribles exigencias de la magia del dragón. Ahora se daba cuenta de que hasta sus percepciones estaban cambiando, de que no era sólo la magia la que había cambiado en ella por el toque de la mente del dragón. El dragón que hay en ti contestó, había dicho Morkeleb..., y Jenny estaba empezando a ver en la forma en que veía un dragón.
Se puso de pie con el cuerpo endurecido, se tambaleó un poco contra el poste levantado de la casa del pozo, físicamente seca y muy débil. Había vigilado durante la noche, preguntándose si estaba esperando a Zyerne aunque sabía en su corazón que la encantadora no volvería y que no era en realidad a ella a quien esperaba. Luego, dijo:
—No son los hechizos los que le hacen daño. Zyerne es un vampiro, Gareth..., no de sangre como los Murmuradores sino de la esencia de la vida misma. Anoche vi en sus ojos su esencia, su alma: una cosa pegajosa y devoradora, sí, pero una cosa que tiene que alimentarse para seguir viviendo. La señora Mab me habló de uno de los hechizos de los Lugares de Curación que puede salvar la vida de un hombre moribundo tomando un poco de la energía de vida de los que consienten en darla. Se

hace muy pocas veces y sólo en casos de gran necesidad. Estoy segura de que eso es lo que ella hizo con tu padre y con Servio. Lo que no entiendo es por qué lo necesita, sus poderes son tan grandes que...
—Sabes —interrumpió John—, se dice en las *Historias* de Dotys..., o tal vez es en Terencio..., o es en el *Elucidus Lapidarus...*
—¿Pero qué podemos hacer? —rogó Gareth—. ¡Debe de haber algo! Podría volver a Bel y dejar que Dromar sepa que los gnomos pueden volver a ocupar la Gruta. Eso les daría una base fuerte para...
—No —dijo Jenny—. La fuerza de Zyerne en la ciudad es demasiado grande. Después de esto, estará esperándote, mirando las rutas con el cristal. Te interceptaría mucho antes de que llegaras a Bel.
—¡Pero tenemos que hacer algo! —El pánico y la desesperación esperaban, acechantes, en su voz—. ¿Dónde podemos ir? Policarpio nos daría refugio en la ciudadela...
—¿Vas a decirle a las tropas de asalto que están alrededor de los muros que quieres una reunión en privado con él? —preguntó John, que había olvidado por completo sus dudas sobre los clásicos.
—Hay caminos hacia Halnath por la Gruta.
—Y una puerta muy linda y muy cerrada al final, supongo, o los túneles sellados con pólvora para mantener lejos al dragón..., incluso si Dromar los hubiera puesto en sus mapas. Ya miré eso en Bel.
—Maldito sea —empezó Gareth con rabia y John hizo un gesto para que se callara con una torta en la mano.
—No puedo culparlo —dijo luego. Contra los castaños cambiados y los brezos de la capa manchada de sangre doblada bajo su cabeza, su cara todavía estaba pálida pero había perdido ese terrible color tiza. Detrás de los anteojos, sus ojos castaños estaban brillantes y alerta—. Es un pájaro astuto y viejo ese gnomo y conoce a Zyerne. Si ella no conocía ya el lugar en que los caminos desde la ciudadela se unen a los principales de la Gruta, él no iba a poner esa información sobre un papel que ella podría robar. Sin embargo, Jen tal vez pueda guiarnos.
—No. —Jenny lo miró desde donde estaba sentada con las piernas cruzadas junto al fuego mientras hundía su último trozo de torta en la miel—. Aunque veo en la oscuridad, no puedo encontrar los caminos sin ayuda. Y en cuanto a que tú vengas, si tratas de levantarte antes de una semana, voy a ponerte un hechizo de invalidez.
—Tramposa.
—Piensa en mí. —Jenny se limpió los dedos sobre el borde de su capa—. Morkeleb me guió hasta el corazón de la Gruta. Nunca lo hubiera encontrado yo sola.
—¿Cómo era? —preguntó Gareth después de un momento—. El corazón de la Gruta. Los gnomos juran por él...
Todos a una, los caballos levantaron la cabeza asustados del pasto duro, escarchado. Martillo de Batalla relinchó con suavidad y le contestaron, claro, leve, desde las nieblas que flotaban sobre los bordes de los bosques que rodeaban el valle de Grutas. Unos cascos golpearon la grava y una voz de muchacha llamó desde lejos:
—¿Gar? Gar, ¿dónde estás?
—Es Trey. —Gareth levantó la voz para gritar—. ¡Aquí!
Hubo un sonido enloquecido de la grava en caída, y las nieblas blancuzcas se solidificaron en la forma oscura de un caballo y un jinete en un aleteo de velos húmedos. Gareth caminó hasta el borde del suelo alto de la Ladera para tomar la brida del corcel moteado de Trey cuando llegó tropezando sobre la última cuesta, la cabeza baja de cansancio y cubierto de sudor a pesar del día helado. Trey, aferrada de la montura, parecía sólo un poco mejor que él, la cara raspada como si hubiera

cabalgado a través de ramas bajas en el bosque y con el pelo en largos mechones sueltos púrpura y blanco.
—Gar, sabía que tenías que estar bien. —Se deslizó desde la montura a los brazos del príncipe—. Dicen que vieron al dragón..., que la señora Jenny lo había encantado..., sabía que tenías que estar bien.
—Estamos bien, Trey —dijo Gareth con dudas, frunciendo el ceño ante el terror y la desesperación de la voz de la muchacha—. Se diría que has cabalgado de un tirón.
—Tenía que hacerlo —jadeó ella. Bajo los jirones desgarrados de su vestido blanco de corte, le temblaban las rodillas y se aferró al brazo de Gareth para mantenerse de pie; tenía la cara sin color bajo lo que quedaba del maquillaje—. ¡Vienen a buscaros! No entiendo lo que está pasando pero tenéis que marcharos de aquí... Servio... —Se detuvo al decir el nombre de su hermano.
—¿Qué pasa con Servio? Trey, ¿qué está pasando?
—¡No sé! —exclamó ella. Lágrimas de desdicha y agotamiento le llenaron los ojos y se las quitó con impaciencia, dejando líneas leves de pintura azul sobre las mejillas redondas—. Hay una multitud que viene hacia aquí. Servio es el líder...
—¿Servio? —La idea del elegante y perezoso Servio molestándose en ser el líder de cualquier cosa era absurda.
—Van a matarte, Gar... ¡Les oí decirlo! A ti, a la señora Jenny, al señor Aversin...
—¿Qué? Pero, ¿por qué? —Gareth se confundía más y más.
—Creo que lo que importa es quién —dijo John, levantándose de nuevo sobre sus mantas.
—Esta..., esta gente, trabajadores sobre todo..., artesanos y fundidores de Grutas que se quedaron sin trabajo, los que dan vueltas por la Oveja en el Fango todo el día. Hay guardias de palacio con ellos y creo que vienen más..., ¡y no sé por qué! Traté de hacerle decir algo lógico a Servio, pero era como si no me oyera, como si no me conociera... Me dio una bofetada..., y nunca me había pegado, Gar, no desde que éramos chicos...
—Dinos —dijo Jenny con calma, tomando la mano de la muchacha, fría como un pájaro muerto dentro de la suya, cálida, áspera—. Empieza por el principio.
Trey tragó saliva y se frotó los ojos de nuevo, las manos temblorosas de cansancio por la cabalgata de veinte kilómetros. La capa ornamental que llevaba sobre los hombros era un traje para usar dentro de una mansión, seda blanca y piel lechosa, diseñado para cuidarse de las corrientes de aire de un salón de baile, no del frío hiriente de una noche neblinosa como la última. Trey tenía los largos dedos rojos y cuarteados entre los diamantes.
—Estuvimos bailando —empezó ella con dudas—. Era después de medianoche cuando apareció Zyerne. Parecía extraña..., pensé que había estado vomitando, pero yo la había visto por la mañana y entonces parecía bien. Llamó a Servio y se fueron a un nicho junto a la ventana. Yo... —Un poco de color volvió a sus mejillas demasiado pálidas—. Me arrastré para escucharlos. Sé que es de muy mala educación, desagradable, pero después de lo que hablamos cuando te fuiste, no pude dejar de hacerlo. No era para pasar chismes —agregó con ansias—. Tenía miedo por él y tenía tanto miedo porque nunca había espiado antes y no soy tan buena como Isolda o Merriwyn.
Gareth parecía un poco impresionado con esa franqueza, pero John rió y dio unas palmaditas a la punta de los zapatos llenos de perlas de la niña como para consolarla.
—Te perdonaremos esta vez, amor, pero no descuides así tu educación. Te das cuenta de adonde te lleva eso, ¿verdad?
Jenny le dio una patada sin fuerza sobre el hombro que no estaba herido.
—¿Y después? —preguntó.

—La oí decir: «Tengo que conseguir la Gruta. Tengo que destruirlos y debe ser ahora, antes de que lo sepan los gnomos. No deben entrar allí.» Los seguí por la puertecita que da al Mercado; fueron hasta la Oveja en el Fango. El lugar todavía estaba lleno de hombres y mujeres; todos borrachos y discutiendo unos con otros. Servio entró corriendo y les dijo que había oído que vosotros los habíais traicionado, que los habíais vendido a Policarpio; que teníais al dragón bajo los hechizos de la señora Jenny y que ibais a enviarlo contra Bel; que ibais a quedaros con el oro de la Gruta y que no se lo daríais a ellos, sus verdaderos dueños. Pero nunca fueron sus verdaderos dueños..., siempre fue de los gnomos, o de los mercaderes ricos de Grutas. Traté de decírselo a Servio... —Su mano roja por el frío se apoyó en su mejilla, como para borrar el recuerdo de un bofetón—. Pero todos gritaban que iban a mataros y a recuperar su oro. Todos estaban borrachos..., Zyerne hizo que el tabernero trajera más jarras de vino. Dijo que iba a reforzar la partida con la guardia del palacio. Todos gritaban y hacían antorchas y conseguían armas. Yo corrí a los establos del palacio y conseguí Pieslindos... —Acarició el cuello moteado del caballo y su voz se hizo de pronto muy débil—. Y luego llegué aquí. Cabalgué lo más rápido que pude..., tenía miedo de lo que me pasaría si me atrapaban. Nunca había cabalgado de noche...

Gareth se sacó la gruesa capa carmesí y se la puso sobre los hombros cuando vio que cada vez temblaba más.

—Así que tenéis que salir de aquí... —terminó ella.

—Eso lo podemos hacer. —John arrojó las píeles de oso de su cuerpo—. Podemos defender la Gruta.

—¿Podéis cabalgar hasta allá? —preguntó Gareth preocupado mientras les alcanzaba el jubón de cuero con placas de hierro.

—Voy a meterme en serios problemas si no puedo, héroe.

—¿Trey?

La muchacha levantó la vista de su tarea de recoger las cosas del campamento cuando oyó que Jenny decía su nombre.

Jenny fue lentamente hasta donde estaba ella y la tomó por los hombros mientras la miraba a los ojos durante un rato. Buscó muy adentro y Trey se sacudió con un gritito de alarma que hizo que Gareth llegara corriendo hasta donde estaban las dos. Pero hasta el fondo, su alma era la de una joven..., no siempre fiable, ansiosa por gustar a otros, ansiosa por amar y ser amada. No había mancha en ella y su inocencia retorció el corazón de Jenny.

Luego Gareth estuvo allí, abrazando a Trey con indignación.

La sonrisa de Jenny era torcida pero amable.

—Lo lamento —dijo—. Tenía que asegurarme.

Por las caras asustadas de los dos jóvenes, se dio cuenta de que no se les había ocurrido que Zyerne hubiera podido usar la forma de Trey..., o a Trey misma.

—Venid —dijo—. Probablemente no tenemos mucho tiempo. Gar, pon a John sobre un caballo. Trey, ayúdalo.

—Soy perfectamente capaz de... —empezó John, irritado.

Pero Jenny ya no lo oía. En algún lugar en medio de las nieblas de los bosques medio quemados bajo la ciudad, sintió movimientos, la llegada de voces furiosas al silencio bordeado de escarcha de los árboles ennegrecidos. Estaban llegando y estaban llegando con rapidez..., casi podía verlos en la curva justo debajo de las ruinas caídas de la torre del reloj. Se volvió hacia los demás.

—¡Marchaos! —dijo—. ¡Rápido, casi están sobre nosotros!

—¿Cómo...? —empezó Gareth.

Ella cogió la bolsa de drogas y la alabarda y saltó sobre el lomo de Luna.

—¡Ahora! Gar, lleva a Trey contigo. ¡John, VETE, maldición! —Porque él se había vuelto, casi cayéndose de la montura de Vaca, para quedarse junto a ella. Gareth arrojó a Trey sobre el lomo de Martillo de Batalla en un vuelo de faldas deshechas; Jenny casi podía oír el eco de los cascos en el sendero, más abajo.

Su mente se expandió, reuniendo los hechizos y hasta ese pequeño esfuerzo la doblaba en dos. Apretó los dientes por el dolor hiriente mientras reunía las nieblas que se dispersaban ya bajo el brillo pálido del sol que las quemaba..., su cuerpo todavía no se había recuperado del día anterior. Pero no había tiempo para nada más. Tejió una capa con el frío y la humedad para cubrir todo el valle de Grutas; como un dibujo secundario en una capa, trazó los hechizos de desorientación, de jamáis vu. Mientras lo hacía, los cascos y las voces furiosas, incoherentes se acercaban cada vez más. Sonaban en los bosques neblinosos alrededor de la Ladera y cerca de la puerta del valle..., Zyerne debía de haberles dicho adonde dirigirse. Jenny hizo girar a Luna y la golpeó con fuerza en las costillas huesudas y la yegua blanca se lanzó por la bajada rocosa en un despliegue delgado de patas hacia las Puertas de la Gruta.

Jenny se unió a los demás en el remolino de nieblas del valle. Habían disminuido la velocidad cuando la visibilidad desapareció; ella los llevó a medio galope sobre los senderos que conocía tan bien. Maldiciones y gritos, atenuados por la niebla, llegaban por detrás, desde la Ladera. Las nieblas frías se enredaban sobre el rostro de Jenny y acariciaban los rizos negros de su cabello. Sentía cómo desaparecían los hechizos que mantenían la niebla en su lugar a medida que ella se alejaba de la Ladera, pero no se atrevía a usar la fuerza de voluntad que necesitaba para mantenerlos allí después de partir. Le dolían los huesos por el esfuerzo pequeño de conjurarlos; sabía que necesitaría toda su fuerza para la batalla final.

Los tres caballos subieron los escalones de granito. Desde la oscuridad del arco de la puerta, Jenny se volvió para ver cómo la multitud peleaba aún contra la niebla cada vez más abierta, unos cincuenta o sesenta, de todas las clases y posiciones pero sobre todo trabajadores sin recursos. Los uniformes del manojo de guardias de palacio se destacaban como manchas fantasmales en el gris. Jenny oyó los gritos y los juramentos. Se perdían en un territorio que conocían desde hacía años. No durará mucho, pensó Jenny.

Luna se asustó y relinchó por el olor del dragón y de la sangre vieja dentro de la penumbra vasta de la Sala del Mercado. El cadáver de Osprey había desaparecido, pero el lugar todavía olía a muerte, y todos los caballos lo sentían. Jenny se deslizó desde el lomo alto de su yegua y le acarició el cuello, luego le murmuró que se quedara cerca en caso de necesidad y dejó que bajara de nuevo los escalones.

Los cascos golpearon detrás de ella sobre las piedras rotas y chamuscadas. Jenny se dio media vuelta y vio a John, color ceniza bajo la barba, todavía sostenido de algún modo sobre la montura de Vaca. Estudiaba el valle con su falta de expresión de siempre.

—¿Está Zyerne allí? —preguntó y Jenny meneó la cabeza.

—Tal vez la herí mucho. Tal vez se quedó en el palacio para reunir más fuerzas.

—Siempre le gustó que otros mataran por ella. ¿Cuánto tiempo durarán tus hechizos?

—No mucho —dijo Jenny con dudas—. Tenemos que mantenerlos lejos de la puerta, John. Si son de Grutas, muchos conocen los primeros niveles de la Gruta. Hay cuatro o cinco formas de salir de la Sala del Mercado. Si retrocedemos, estaremos rodeados.

—Sí. —Él se rascó el costado de la nariz con preocupación-—. ¿Y que tal si los dejamos entrar? Podríamos escondernos..., una vez que lleguen al templo de Sarmendes con todo ese oro, no creo que quieran perder energía buscándonos.

Jenny dudó un momento y luego meneó la cabeza.

—No —dijo—. Si eso de ahí afuera fuera una multitud común, diría que sí pero Zyerne quiere que nos maten. Si no puede quebrar mi mente ni vencerla con magia, no va a

darse por vencida hasta que destruya mi cuerpo. Hay suficientes para seguir persiguiéndonos y no podemos llevar un caballo por los túneles más profundos; sin un caballo, no podremos moverte lo suficientemente rápido para evitarlos. Nos atraparían en algún lugar cerrado y nos asesinarían. No, si vamos a defendernos, tiene que ser aquí.
—De acuerdo —asintió—. ¿Podemos ayudarte?
Ella había vuelto su atención hacia la multitud furiosa de figuras que se movían entre las ruinas pálidas. Dijo sobre su hombro:
—No puedes ni ayudarte a ti mismo.
—Ya lo sé —aceptó él con voz tranquila—. Pero no es lo que te he preguntado, cielo. Mira... —Señaló. —Ese tarado de allá acaba de ver el camino. Aquí vienen. ¡Ah, si son como hormigas...!
Jenny no dijo nada pero sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo al ver cómo el arroyo de atacantes se ensanchaba hasta convertirse en río.
Gareth se puso junto a los dos, con Martillo de Batalla de la brida. Jenny murmuró algo al gran caballo y lo dejó suelto sobre los escalones. Su mente ya estaba volviéndose sobre sí misma, buscando la fuerza en las profundidades exhaustas de su espíritu y su cuerpo. John, Gareth y la muchacha flaca vestida en los harapos blancos de un traje de corte y aferrada al brazo de Gareth se estaban transformando en meros espectros para ella a medida que su alma se hundía en espiral en un sólo vórtice interno; como la locura que viene después de dar a luz, nada existía excepto ella misma, su poder y lo que debía hacer.
Tenía las manos apoyadas contra la roca fría del pilar de la puerta y sentía que sacaba fuego y fuerza de la roca misma y de la montaña que había bajo sus pies y sobre su cabeza..., los tomaba del aire y de la oscuridad que la rodeaban. Sintió que la magia se movía en sus venas como un remolino dominado de relámpagos comprimidos. Su poder la asustó porque sabía que era más grande que lo que podía tolerar su cuerpo y sin embargo no podía poner Límites a esos hechizos. Era así con los dragones, lo sabía, pero su cuerpo no era el de un dragón.
Vio a John que llevaba a Vaca lejos, como si estuviera asustado; Gareth y Trey ya habían retrocedido. Pero su mente estaba afuera en la luz pálida de los escalones, mirando hacia abajo, a Grutas, contemplando en un ocio sin tiempo a los hombres y mujeres que corrían por las paredes derrumbadas de las ruinas. Vio a cada uno con la exactitud fría de los ojos de un dragón, no sólo la forma en que estaban vestidos, sino la composición de sus almas a través de la piel. A Servio lo vio con claridad, apurándolos con una espada en la mano, el alma carcomida como la madera atacada por las termitas.
Los primeros corredores llegaron al suelo quebrado y polvoriento de la plaza, frente a las puertas. Como el salto de un insecto en una pared, oyó protestar a Gareth:
—¿Qué podemos hacer? ¡Tenemos que ayudarla! —Mientras tanto, ella, sin pasión, reunía el fuego en sus manos.
—Baja eso —dijo la voz de John, débil de pronto—. Prepárate para correr..., puedes esconderte en los túneles durante un tiempo si nos vencen. Aquí están los mapas...
La multitud estaba ya sobre los escalones. El odio incoherente se elevó alrededor de Jenny como una marea tormentosa. Ella levantó las manos con toda la fuerza de la roca y la oscuridad hundiéndose en su cuerpo, la mente relajada en el tirón en lugar de luchar contra él.
La clave de la magia es magia, pensó. Su vida empezaba y terminaba en cada segundo aislado, cristalino de tiempo de impacto.
El fuego creció en el tercer escalón, una pared roja, completa, que lo consumía todo. Ella oyó los gritos de los que quedaron atrapados y olió el humo, la carne chamuscada, la tela que ardía. Como un dragón, mataba sin odio, golpeando con

crueldad y dureza, sabiendo que debía matar al primer golpe si quería que su pequeño grupo sobreviviera.
Luego cerró la ilusión de las puertas que hacía ya mucho tiempo habían dejado de existir en el arco oscuro. Aparecieron como vidrio desmayado desde adentro, pero cada clavo, cada viga y cada tirante estaba tallado con perfección en aire encantado. A través de ellos vio a los hombres y las mujeres arremolinándose en la base de los escalones, señalando lo que veían como las Puertas renovadas de la Gruta y gritando su alarma, su sorpresa. Otros yacían en el suelo o se arrastraban indefensos, apagando las llamas de sus ropas con manos enloquecidas. Los que no habían sido atrapados en el fuego ni siquiera se movieron para ayudarlos; se quedaron de pie al final de los escalones, mirando las puertas y gritando con rabia de borrachos. Con la cacofonía de los gritos y los gruñidos de los heridos, el ruido era terrible y todavía peor que el ruido era el olor de la carne chamuscada. Entre todos los demás, Servio Clerlock, de pie, miraba las puertas fantasmales con los ojos comidos por el hambre.
Jenny retrocedió, descompuesta de pronto cuando lo humano que había en ella descubrió lo que había hecho el dragón en su alma. Había matado antes para proteger su vida o las de los que amaba. Pero nunca en esa escala y el poder que tenía la impresionaba en la misma medida en que le quitaba fuerzas.
El dragón que hay en ti contestó, había dicho Morkeleb. Ella se sentía enferma de horror al comprobar la verdad de sus palabras.
Retrocedió, tropezando y alguien la sostuvo..., John y Gareth, que parecían un par de bandoleros no demasiado eficaces, sucios y quebrados e incongruentes en sus anteojos. Trey, con la capa rota de Gareth todavía puesta sobre su seda blanca manchada de barro y su cabello púrpura y blanco colgando en rizos asimétricos sobre la cara color de la cera, tomó una taza de lata plegable de su cajita adornada con perlas, la llenó de agua de la botella que había sobre la montura de Vaca y se la tendió.
—No los detendrá por mucho tiempo —dijo John. Una niebla de sudor le cubría la cara y los orificios de la larga nariz estaban marcados por el dolor que le causaba el sólo esfuerzo de mantenerse de pie—. Mira, ahí está Servio buscando apoyo para un segundo intento. Estúpido plañidero. —Echó una mirada a Trey y agregó—: Lo lamento. —Ella sólo meneó la cabeza.
Jenny se liberó y caminó sin equilibrio hasta el borde de la sombra de la puerta. Su cabeza estaba hinchada de cansancio y sentía náuseas. Las voces de los hombres y la suya propia cuando habló, sonaban chatas e irreales.
—Y lo conseguirá.
En la plaza bajo las puertas, Servio corría aquí y allá entre los hombres, pasando sobre los cuerpos quemados de los moribundos, gesticulando y señalando las puertas fantasmales. Los guardias del palacio no parecían muy decididos, pero los trabajadores del Mercado se estaban reuniendo a su alrededor, escuchando y pasando botas de vino entre ellos. Levantaron los puños cerrados contra la Gruta y Jenny dijo:
—Como los gnomos, ellos también saben lo que es la pobreza.
—Sí, pero ¿por qué nos culpan por ella? —objetó Gareth, indignado—. ¿Por qué culpan a los gnomos? Los gnomos son todavía más víctimas que ellos.
—Sea como sea —dijo John, inclinado sobre el pilar de piedra de la Puerta—, te apuesto a que se están diciendo unos a otros que el oro de la Gruta les pertenece por derecho. Es lo que les dijo Zyerne y obviamente lo creen y están dispuestos a matar por eso.
—¡Pero es una tontería!

—No tanto como enamorarse de una maga, y todos lo hemos hecho —replicó John con alegría. A pesar de su cansancio, Jenny rió—. ¿Cuánto tiempo puedes luchar contra ellos, amor?
Algo en el sonido de la voz de John hizo que ella se volviera a mirarlo con rapidez. Aunque había desmontado de Vaca para ayudarla, era obvio que no podía mantenerse de pie solo y tenía la piel gris como la ceniza. Un momento después unos gritos abajo llamaron la atención de Jenny; más allá del humo que todavía se torcía sobre los escalones, vio a los hombres que se formaban en una línea desgarrada, la locura del odio sin sentido en todos los ojos.
—No sé —dijo ella con suavidad—. Todo poder debe pagarse. Mantener la ilusión de las Puertas me quita más fuerzas. Pero nos da un poco de tiempo y quiebra un poco la voluntad de ellos si piensan que tendrán que echarlas abajo.
—Dudo que esos tengan inteligencia hasta para pensar en eso. —Todavía inclinado sobre el pilar, John miró el sol inclinado sobre la plaza, más afuera—. Mira, ahí vienen.
—Atrás —dijo Jenny. Le dolían los huesos sólo de pensar en volver a sacar poder de ellos y de la piedra y del aire a su alrededor—. No sé qué puede pasar sin Límites.
—No puedo retroceder, amor; si me suelto de esta pared, me caigo.
A través de la forma fantasmal de las Puertas, Jenny los vio venir, atravesando la plaza a la carrera hacia los escalones. La magia vino con más lentitud, arrancada del corazón arrasado de su ser...; su alma se sentía acabada con el esfuerzo. Las voces crecieron más abajo en un crescendo enloquecido en el que las palabras «oro» y «muerte» se arrojaban como espadas de madera en la rabia del ataque que empezaba. Jenny miró a Servio Clerlock o lo que quedaba de Servio Clerlock, en algún lugar en medio de los demás, su traje de corte rosado como una concha entre los tintes sangre y oro de los guardias de palacio. Su mente se enfocó, como la mente de un dragón; todas las cosas se hicieron claras para ella y distantes, impersonales como imágenes en un cristal de adivinación. Llamó a la rabia blanca del dragón como a un trueno y llenó los escalones de fuego, no frente a ellos esta vez, sino bajo sus pies.
Cuando el fuego estalló en la piedra desnuda, una náusea terrible la sacudió, como si en ese segundo se hubieran abierto sus venas. El chillido de los hombres, atrapados en la agonía del fuego, le golpeó los oídos como una mano que da una bofetada, como ese color gris que amenazaba con ahogar sus sentidos; el calor se alzó a su alrededor y luego se hundió, dejando detrás un frío como el de la muerte.
Jenny los vio tambalearse y tropezar, arrancándose las ropas en llamas de la piel chamuscada. Lágrimas de dolor y de debilidad corrían por la cara de Jenny por lo que había hecho, aunque sabía que la multitud los hubiera desgarrado a los cuatro en mil pedazos, aunque esta vez había sabido de antemano que podía conjurar el fuego. La ilusión de las Puertas parecía tenue como una burbuja de jabón alrededor de ella..., como su cuerpo mismo, leve y volátil. Jenny se tambaleó y John llegó tropezando a sostenerla. La llevó hacia atrás y la apoyó sobre el pilar en el que él se había recostado antes; durante un momento, los dos se aferraron a la piedra; no tenían fuerzas ni para estar de pie.
Los ojos de Jenny se aclararon algo. Vio hombres que corrían por la plaza aterrorizados, furiosos, enloquecidos de dolor; y a Servio que corría tras ellos sin pensar en las quemaduras que le cubrían la mano y el brazo, gritando.
—¿Qué hacemos ahora, amor?
Ella meneó la cabeza.
—No sé —murmuró—. Me parece que me voy a desmayar.
El brazo de él se hizo más fuerte en su cintura.

—Ah, hazlo —dijo con entusiasmo—. Siempre he querido ponerte a salvo en mis brazos.
La risa revivió a Jenny y eso era lo que él había querido, sin duda. Ella se separó del pilar mientras llegaban Gareth y Trey, los dos enfermos y asustados.
—¿Podríamos correr a la Gruta? —preguntó Gareth, buscando en los mapas de un bolsillo interno y dejando caer dos al hacerlo—. A la ciudadela, quiero decir.
—No —dijo Jenny—. Le he explicado a John que si dejamos la Sala del Mercado, nos rodearán; y como tenemos que llevar a John, no podemos ir más rápido que ellos.
—Yo podría quedarme, amor —dijo John con calma—. Podría ganar tiempo para vosotros.
—El tiempo que tardarían en levantarse después de haberte deshecho en las escaleras no serviría de mucho —replicó ella, sarcástica.
—Uno de nosotros puede tratar de ir —sugirió Trey con timidez—. Policarpio y los gnomos en la ciudadela deben conocer el camino desde allí. Ellos podrían volver a buscar al resto. Tengo unas velas en mi bolsa y algo de tiza para marcar el camino, y no sirvo de nada aquí...
—No —objetó Gareth, peleando con valor contra su miedo a los túneles oscuros—. Iré yo.
—Nunca encontraríais el camino —dijo Jenny—. Ya he estado en la Gruta. Gareth. Créeme, no es algo que se pueda dominar con tiza y velas. Y, como dice John, la puerta al final del camino debe de estar cerrada de todos modos, y eso si no la han volado para cerrar el paso.
Más abajo, podía oírse vagamente la voz de Servio. Gritaba que la Puerta no era real, que era sólo un truco de maga y que todo el oro que se había perdido era de ellos por derecho. La gente empezaba a gritar:
—¡Muerte a los ladrones! ¡Muerte a los amigos de los gnomos!
Jenny inclinó la cabeza contra la piedra del pilar; una barra de luz solar cayó a través de la Puerta a su alrededor y quedó extendida como una alfombra pálida sobre la basura negra de fuego de la Sala del Mercado. Se preguntó si Zyerne se había sentido así alguna vez cuando conjuraba las reservas profundas de sus poderes sin poner Límites..., si se había sentido impotente ante la rabia de los hombres.
Lo dudaba. Cuando uno era impotente, aprendía algo.
Todo poder debe pagarse. Zyerne nunca había pagado.
Se preguntó, sólo por un momento, cómo hacía la encantadora para lograrlo.
—¿Qué es eso?
Al oír la voz de Trey, abrió los ojos de nuevo y miró hacia donde señalaba la muchacha, la luz que llenaba el valle brillaba con fuerza sobre algo que estaba cerca de la torre del reloj. Jenny escuchó con cuidado y logró distinguir el sonido de los cascos y las voces y sintió el clamor distante de la rabia y el odio irracionales. Contra el color pizarra apagado de las piedras de la torre, la maleza de la colina parecía pálida como una enredadera amarina; entre ellos, los uniformes de la mitad de los guardias de la compañía del palacio brillaban como un montón de amapolas de invernadero. El sol ponía fuego en sus armas.
—Ah —dijo John—. Refuerzos.
Servio y un pequeño grupo de hombres corrían subiendo por los escombros y los juncos hacia la nueva compañía; las moscas se reunían a montones sobre las heridas sin atender del cortesano. Pequeños, en la distancia, Jenny vio más y más hombres bajo la sombra de la torre, el cobre brillante de las lanzas y las corazas, el rojo de las crestas de los cascos como sangre derramada contra los colores callados de las rocas. El cansancio mordía como veneno los huesos de Jenny. Sentía la piel como una herida abierta, hirviente; a través de ella, sentía cómo la ilusión de las Puertas se desvanecía en el aire a medida que el poder se secaba y moría en ella.

—Vosotros tres id detrás de las puertas del Gran Pasaje. Gar, Trey..., llevad a John. Cerrad las puertas desde adentro. Allí hay poleas y correas.
—No seas tonta. —John se aferraba al poste de la puerta junto a ella para mantenerse de pie.
—No seas tonto tú. —No sacaba los ojos del enjambre de hombres en la plaza.
—No vamos a dejaros —dijo Gareth—. Al menos, yo no. Trey, lleva a John...
—No —insistieron Trey y el Vencedor de Dragones al mismo tiempo. Todos se miraron y se las arreglaron para sonreír levemente.
—O todos o ninguno, amor.
Ella se volvió bruscamente para mirarlos, los ojos brillando pálidos con la frialdad cristalina de los del dragón.
—Ninguno de vosotros puede ayudarme en nada contra tantos. John y Trey, lo único que conseguiréis es que os maten inmediatamente. Gareth... —Los ojos de Jenny se clavaron en los del muchacho como una lanza de escarcha—. Tal vez a ti no te maten. Tal vez tienen otras instrucciones de Zyerne. Y yo quizá tenga fuerzas para un hechizo más. Eso puede daros algo de tiempo. La inteligencia de John tal vez os mantenga con vida un poco más en la Gruta; y necesitáis la voluntad de Trey. Ahora, fuera.
Hubo un corto silencio y en ese tiempo, ella sintió los ojos de John sobre los suyos. Era consciente de los hombres que se aproximaban al valle; su alma gritaba para librarse de esos tres a los que amaba mientras todavía había tiempo. Fue Gareth el que habló.
—¿Realmente creéis que podréis impedirles entrar por la Puerta otra vez? ¿Incluso a los hombres de..., de mi padre?
—Eso creo —mintió Jenny, que sabía que no tenía fuerza ni para encender una vela.
—Entonces de acuerdo, amor —dijo John con suavidad—. Vámonos. —Tomó la alabarda de Jenny para usarla como bastón; se puso de pie con eso, apoyó una mano sobre la nuca de Jenny y la besó. Tenía la boca fría, los labios suaves a pesar de la dureza de la barba de cinco días.
Cuando sus labios se separaron, sus ojos se encontraron, y ella sintió que John sabía que le estaba mintiendo.
—Vamos, niños —dijo él—. No echaremos el cerrojo hasta que sea absolutamente necesario, Jenny.
La línea de soldados bajaba por el laberinto de cimientos partidos y piedras requemadas. Se habían unido a los hombres y mujeres de Grutas, esos que habían arrojado basura a la señora Mab en la fuente, recordó Jenny.
Armas caseras, además de lanzas y espadas. En el brillo de la luz del día, todo parecía duro y afilado. Cada ladrillo, cada viga de las casas era independiente en los sentidos desnudos de Jenny como un trabajo de filigrana, cada matorral de maleza y brizna de hierba, clara e individual.
El aire color ámbar llevaba el hedor de azufre y carne quemada. Como un fondo lejano para los gritos furiosos de exhortación y delirio, se elevaba el aullido de los heridos y, de vez en cuando, voces que gritaban:
—Oro..., oro...
Casi no saben para qué sirve, había dicho Morkeleb.
Jenny pensó en Ian y en Adric y se preguntó brevemente quién se ocuparía de ellos, y si, sin la protección de John y la de ella, llegarían a adultos en las Tierras de Invierno. Luego suspiró y se adelantó desde las sombras de la luz. El sol pálido la empapó, una mujer pequeña, flacucha, morena, sola en el arco vasto de la Puerta deshecha. Los hombres la señalaron, gritando. Una roca saltó sobre los escalones, a unos metros. El sol era cálido y agradable en la cara de Jenny.
Servio gritaba como un histérico:

—¡Atacad! ¡Atacad ahora! ¡Matad a esa bruja perra! ¡Es nuestro oro! Esta vez atraparemos a esa puta..., atacadla...
Los hombres empezaron a correr hacia los escalones. Ella los miró llegar con un sentimiento curioso de distanciamiento total. Los fuegos de la magia del dragón la habían secado por completo..., una última trampa de Morkeleb, pensó con ironía, una venganza final por haberlo humillado. La multitud se curvó como una ola que va a romper sobre las vigas caídas y los paneles de las hojas deshechas de la puerta; el sol, brillante sobre el acero de las armas que llevaban en las manos.
Luego, una sombra cruzó la luz del sol..., como la de un halcón pero infinitamente más grande.
Un hombre miró hacia arriba, señaló al cielo y gritó. Jenny alzó la cabeza. La luz dorada caía, translúcida, a través de la negra extensión de los huesos y las venas negras de las alas cubiertas de piel, brillaba sobre las espinas que salpicaban los veinte metros de seda silenciosa y tachonaban de oro cada cuerno, cada cinta de la melena lustrosa.
Ella vio cómo el dragón hacía un círculo, cabalgando sobre su estela como un águila vasta y sólo muy atrás en su conciencia, oyó los aullidos aterrorizados de los hombres y los relinchos agudos y enloquecidos de los caballos de los guardias. Chillando y tropezando en la basura, los atacantes de la Gruta se dieron media vuelta y huyeron, cayendo sobre sus muertos y dejando atrás las armas en su huida desesperada.
El valle estaba casi vacío cuando Morkeleb aterrizó sobre los escalones destrozados de la Gruta
.

14

¿Por qué has vuelto?

El sol se había puesto. Ecos de su brillo se demoraban todavía sobre los bordes canela del acantilado. Después de la luz del fuego y la negrura de la Sala del Mercado, donde se podía oír a Gareth y a Trey hablando con suavidad junto a la pequeña luz que habían alimentado, la frialdad del viento en los escalones era refrescante. Jenny se pasó las manos cansadas por el cabello y el frío de sus dedos fue un alivio contra su cabeza dolorida.
La gran forma de un negro brillante, que yacía como una esfinge sobre el primer escalón, volvió la cabeza hacia ella. En el brillo reflejado del fuego de la Sala, Jenny vio los largos bordes del cráneo parecido al de un pájaro, el giro de la melena de cintas y el lustre de los pompones de agua que parecían temblar sobre las dos antenas.
La voz de él era suave en su mente.

Necesito tu ayuda, mujer maga.

¿Qué?

Era lo último que hubiera esperado del dragón. Se preguntó con poca lógica si habría oído bien, aunque con los dragones esa pregunta era estúpida.

¿Mi AYUDA? ¿Mi ayuda?

Una furia amarga brotó del dragón como un humo ácido: furia por tener que pedir ayuda a un ser humano, furia por necesitar ayuda, furia por admitirlo, incluso ante sí mismo. Pero en su mente bien protegida, Jenny sintió otras cosas: un cansancio que se parecía al de ella y el frío hilo del miedo.

Por mi nombre, me echaste de este lugar, dijo él. *Pero hay otra cosa, algo que está más allá de mi nombre, que me llama de nuevo.*

Como una joya, una de las antenas con punta redonda tembló en el viento.

Como los sueños insatisfechos que me trajeron primero a este lugar, no me deja descansar. Es un deseo como el deseo por el oro pero peor. Me atormentó mientras volaba hacia el norte; se convertía en dolor y yo sólo conseguía alivio cuándo volvía a volar hacia el sur. Ahora todos los tormentos de mi alma y mis sueños se centran en esta montaña. Antes de que tú entraras en mi mente, no era así..., yo iba y venía como quería y nada, excepto mi propio deseo de oro, podía hacerme volver. Pero este dolor, este deseo del corazón, es algo que nunca había sentido, nunca hasta ahora en todos mis años; es algo que no conocía hasta que tu curación me tocó por dentro. No es tuyo, porque tú me ordenaste marchar. Es una magia que no entiendo, distinta de la magia de los dragones. No me deja descansar, no me da tregua. Pienso constantemente en este lugar, aunque, por mi nombre, mujer maga, es contra mi deseo que regreso.

Se sentó sobre las ancas y se acostó como a veces se acuestan los gatos, los miembros delanteros y los hombros como una esfinge, pero las piernas extendidas

sobre el primer escalón. El cuerpo espinoso de su cola golpeaba, liviano, la punta llena de garras.

No es el oro, dijo*. El oro me llama, pero nunca con una locura como ésta. Está más allá de mi comprensión, como si me estuvieran arrancando el alma de raíz. Odio este lugar porque ahora es un lugar de derrota y desgracia para mí, pero el deseo de estar aquí me consume. Nunca había sentido esto antes y no sé lo que es. ¿Viene de ti, mujer maga? ¿Sabes lo que es?*

Jenny se quedó en silencio un momento. Su fuerza volvía poco a poco, y se sentía ya un poco menos débil y frágil que antes. Sentada sobre los escalones entre las garras del dragón, tenía la cabeza de él por encima de la suya, las cintas leves, satinadas de su melena acariciándole el rostro. Ahora él miró hacia abajo y al mirarlo, Jenny se encontró con un ojo cristalino.

Es un deseo como los que sienten los seres humanos, dijo ella*. No sé por qué razón puede poseerte a ti, Morkeleb..., pero creo que ya es hora de que lo averigüemos. No eres el único al que la Gruta atrae como si estuviera poseído. Yo tampoco creo que sea el oro. Hay algo en la Gruta. Lo siento. Lo noto en mis huesos.*

El dragón meneó la gran cabeza.

Conozco la Gruta, dijo. *Era mi reino y mi dominio. Conozco cada moneda caída, cada pedazo de cristal. Oí el ruido de todos los pasos que huían hacia la ciudadela, arriba, y el deslizarse del pez ciego y blanco a través de las aguas, muy abajo. Te digo que no hay nada en la Gruta excepto agua, piedra y el oro de los gnomos que duerme en la oscuridad. No hay nada allí que pudiera atraerme de ese modo.*

Tal vez, dijo Jenny*.*

Luego, en voz alta, llamó en la caverna llena de ecos a su espalda:
—¡Gareth! ¡John! ¡Trey!
El dragón levantó la cabeza con indignación cuando oyó los pasos suaves deslizándose adentro. Como un habla sin palabras, Jenny sintió el estallido agudo del orgullo y la rabia de Morkeleb porque ella llamaba a otros seres humanos al consejo y se dio cuenta de que tenía ganas de pegarle en la nariz como a su gato cuando le robaba comida de entre los dedos.
Él debió de sentir el brillo reflejado de su enojo porque se agachó y el mentón estrecho bajó a descansar sobre los garfios de huesos largos de una garra delantera. Más allá de las espadas de su columna, Jenny vio golpear la punta de la gran cola.
Los otros tres salieron de la cueva; Gareth y Trey llevaban a John entre los dos. Había dormido un poco; había descansado y se le veía mejor que antes. Los hechizos de curación de Jenny estaban surtiendo efecto. Levantó la vista hacia la forma negra del dragón y Jenny sintió que los ojos de los dos se encontraban y se dio cuenta de que Morkeleb le hablaba, aunque no oyó lo que le dijo.
—Bueno, de todos modos salió bien, ¿no es cierto? Gracias —replicó John en palabras.
Sus ojos se miraron durante un momento. Luego, el dragón levantó la cabeza y la apartó con irritación. Observó con su mirada fría y plateada la cara de Gareth. Jenny vio que el joven enrojecía de vergüenza y confusión; no supo lo que dijo el dragón porque Gareth no contestó.

Acostaron a John con la espalda contra el pilar de granito de la puerta, la capa doblada bajo los hombros. Sus anteojos brillaban a la luz de las estrellas, un poco como el brillo de los ojos del dragón. Jenny se sentó en los escalones entre John y las garras del animal; Gareth y Trey, como para protegerse mutuamente, se sentaron enfrente, muy juntos, mirando maravillados la forma flaca, serpentina del Dragón Negro de la Pared de Nast.
Un poco después, la voz de Jenny, plateada, quebrada, rompió el silencio.
—¿Qué hay en la Gruta? —preguntó—. ¿Qué es lo que Zyerne quiere desesperadamente? Todo lo que hizo fue para conseguirla..., su dominio sobre el rey, sus intentos por seducir a Gareth, su deseo de tener un hijo, el sitio de Halnath y la llegada del dragón.

Ella no me conjuró, replicó Morkeleb, furioso. *No puede hacerlo. No tiene dominio sobre mi mente.*

—Estás aquí, ¿no es verdad? —dijo John lentamente, y las garras metálicas del dragón rascaron la piedra mientras su cabeza giraba con furia.
—¡John! ¡Morkeleb! —dijo Jenny con severidad.
El dragón volvió a acostarse con un silbido leve, pero las puntas de sus antenas temblaban de irritación.
—¿Es posible que ella también se sienta conjurada por algo que hay en la Gruta?

Te digo que no hay nada allí, dijo el dragón. *Nada, excepto piedra y oro, agua y oscuridad.*

—Volvamos atrás un poco entonces —dijo John—. No lo que quiere Zyerne en la Gruta, sino simplemente lo que quiere.
Gareth se encogió de hombros.
—Oro no. Ya visteis como vive. Podría tener todo el oro del reino si quisiera. Tiene al rey... —Dudó y luego siguió hablando con calma—. Si yo no me hubiera ido al norte, seguramente me tendría a mí y muy probablemente un hijo para reinar durante el resto de su vida.
—Antes vivía en la Gruta —señaló Trey—. Parece que desde que se fue ha estado tratando de obtener el control sobre ella. ¿Por qué se fue? ¿Los gnomos la expulsaron?
—En realidad no —dijo Gareth—. Quiero decir, no le prohibieron formalmente entrar en la Gruta hasta este año. Hasta entonces, podía entrar y salir de los niveles superiores como cualquier otra persona de Bel.
—Bueno, si ella sabe cambiar de forma, quiere decir que podía ir adonde quisiera siempre que no se acercara a los magos —razonó John, acomodando sus lentes con un dedo índice—. ¿Y qué pasó hace un año?
—No sé —dijo Gareth—. Dromar le pidió a mi padre en nombre del Señor de la Gruta que no le dejara a ella..., ni a cualquier otro hijo de hombre, en realidad...
—De nuevo, eso me parece una precaución lógica contra alguien que puede cambiar de forma.
—Tal vez. —Gareth se encogió de hombros—. Entonces no lo pensé..., gran parte de la impopularidad de los gnomos empezó en ese instante, por esa norma. Pero hablaron específicamente de Zyerne porque había... —Buscó las palabras exactas en su memoria compendio, entrenada por las baladas—... «profanado algo sagrado».
—¿Alguna idea de lo que era?
El príncipe meneó la cabeza. Como John, parecía consumido, cansado; su camisa, una ruina flotante de suciedad y agujeros de chispas; su cara brillando levemente con

una barba casi invisible de adolescente. Trey, sentada a su lado, no estaba mucho mejor. Con su espíritu práctico de siempre, había llevado un peine en su bolsa y se había peinado el cabello. Ahora colgaba hasta más allá de sus muslos en mechones rizados. El brillo suave de sus colores fantásticos se había suavizado un poco hasta convertirse en blanco nieve y violeta, como la piel de una bestia fabulosa contra el pelo apelotonado de la capa de Gareth.
—Profanar algo sagrado, una «cosa» entonces —repitió Jenny pensativa—. No es la forma en que lo dijo Mab. Ella dijo que Zyerne había envenenado el corazón de la Gruta..., pero el corazón de la Gruta es un lugar más que un objeto.
—¿Sí? —preguntó John con curiosidad.
—Claro, estuve ahí. —El silencio del lugar susurraba en su memoria—. Pero en cuanto a lo que quiere Zyerne...
—Tú eres maga, Jen —dijo John—. ¿Qué quieres?
Gareth parecía escandalizado por la comparación, pero Jenny sólo lo pensó un momento y luego dijo:
—Poder. Magia. La clave de la magia es magia. Mi deseo más grande, ése por el cual sacrificaría todo lo demás, es aumentar mis habilidades.
—Pero ella ya es la maga más poderosa de esta tierra —protestó Trey.
—No, según Mab.
—Supongo que había magos gnomos más poderosos en la Gruta —dijo John, interesado—. Si no, no habría necesitado llamar a Morkeleb.

¡Ella no me llamó!

La cola del dragón volvió a golpear como la de un gato.

No puede hacerlo. Su poder no es tan grande.

—Alguien tiene un poder así —hizo notar John—. Antes de que acabaras con la Gruta y los magos que había en ella, los gnomos eran lo bastante fuertes para mantener a Zyerne lejos. Pero murieron todos o al menos los más fuertes...
—No —dijo Jenny—. Eso es lo que me intriga. Mab dijo que ella misma era más fuerte que Zyerne en algún momento en el pasado. Eso quiere decir que Mab está más débil o Zyerne más fuerte.
—¿Es posible que el poder de Mab se haya debilitado de alguna forma al aparecer Morkeleb? —John echó una mirada al dragón—. ¿Sería posible que tu magia disminuyera ante la de otro?

No sé nada de la magia de los humanos, ni de la de los gnomos; replicó el dragón. *Sin embargo, entre nosotros, no se puede quitar magia a otro. Es como sacarle sus pensamientos y dejarlo sin nada.*

—Ésa es otra cosa —dijo Jenny, cruzando los brazos sobre las rodillas levantadas—. Cuando me encontré con Zyerne ayer... Mis poderes han crecido, pero no debería haber podido derrotarla como lo hice. Ella puede cambiar de forma..., debería haber tenido mucha más fuerza que yo. —Miró a Gareth—. Pero no cambió de forma.
—Lo hace —protestó el muchacho—. Yo la vi.
—¿Últimamente? —preguntó John, de pronto.
Gareth y Trey se miraron.
—¿Desde la llegada del dragón? O, para decirlo con otras palabras, ¿desde que no puede entrar en la Gruta?

—Pero de todas maneras, es inconcebible —insistió Jenny—. El poder no es algo que dependa de un lugar o de una cosa, igual que el conocimiento. El poder de Zyerne no puede disminuir y el de Mab tampoco. El poder está dentro de uno, aquí, o en Bel, o en las Tierras de Invierno, o donde quiera que estés. Es algo que se aprende, algo que uno desarrolla... Todo poder debe pagarse...
—Pero parece que Zyerne nunca ha pagado por el suyo —dijo John. Su mirada pasó de Jenny al dragón y luego de vuelta a Jenny—. Dices que la magia de los gnomos es diferente. ¿Hay alguna forma en que ella haya podido robar poder, Jen? ¿En que pudiera estar usando algo a lo que no tiene derecho? Estoy pensando en eso que dijiste, que no sabe lo que son los Límites... lo cual es obvio, porque llamó a un dragón del que no puede librarse...

¡Ella no me llamó!

—Ella parece creer que lo hizo —señaló John—. Al menos sigue diciendo que fue ella la que echó a los gnomos de la Gruta. Pero sobre todo estoy pensando en las arrugas que hay en su rostro.
—Pero no tiene arrugas —objetó Trey, desconcertada por ese cambio brusco de tema.
—Justamente. ¿Por qué no las tiene? Todos los magos que conozco: Mab, que no es tan vieja para un gnomo; el viejo Caerdinn, ese mago vagabundo, pequeño, loco que venía a las Tierras de Invierno y tú, Jen, las marcas del poder están escritas en todos esos rostros. Aunque a ti no te ha envejecido —agregó rápidamente, con un interés por la vanidad de ella que hizo sonreír a Jenny.
—Tienes razón —dijo Jenny con lentitud—. Ahora que lo dices, no creo que nunca haya conocido a un mago que fuera tan..., tan agradable de aspecto. Tal vez eso es lo que me preocupó primero. Y Mab dijo algo acerca de que Zyerne robó secretos. Zyerne misma dijo que cuando logre entrar en la Gruta tendrá poder para destruirnos a todos. —Frunció el ceño cuando otro pensamiento se coló en su mente—. Pero no tiene sentido. Si crees que puede haber ganado su poder estudiando artes de los gnomos..., metiéndose en lugares prohibidos y leyendo los libros de su magia más profunda, estás equivocado. Yo busqué un libro así en los Lugares de Curación y no encontré ninguno.
—Es extraño, ¿no te parece? —musitó John—. Pero cuando dices que el poder no está relacionado con ninguna cosa en particular, al igual que el conocimiento..., el conocimiento se puede almacenar en un libro. ¿Hay alguna forma en que se pueda almacenar poder? ¿Un mago puede usar el poder de otro?
Jenny se encogió de hombros.
—Ah, sí. El poder puede acumularse en ancho tanto como en profundidad; muchos magos pueden enfocar su poder todos juntos y dirigirlo hacia un solo hechizo que ninguno de ellos puede lograr solo. Se puede hacer cantando, meditando, bailando...
—Dejó de hablar cuando la visión se elevó de nuevo en su mente, la visión del corazón de la Gruta—. Bailando... —repitió con suavidad, luego meneó la cabeza—. Pero de todos modos, el poder está controlado por los que lo conjuran.
—¿En serio? —preguntó John—. Porque en Poliborus dice...
Morkeleb lo interrumpió.

Pero si le prohibieron llegar a la Gruta, Zyerne no puede haber estado cerca de él cuando se elevó el poder que me envió este deseo y me llamó de vuelta a este sitio. Ni puede haber estado cerca de la Gruta para conjurar los sueños que me trajeron aquí la primera vez. Y no hay otros magos que hayan podido reunirse para conseguir tal poder.

—¡Eso es lo que estoy tratando de decirte! —interrumpió John—. En Dotys..., o en el *Analecto* de Poliborus o tal vez es en el *Elucidus Lapidarus...*
—¿Qué? —preguntó Jenny, totalmente consciente de que John era capaz de buscar la fuente de referencia durante diez minutos en el nido de urraca de su memoria.
—Dotys..., o Poliborus..., dicen que los magos podían usar cierto tipo de piedra para reunir el poder. Podían poner poder en ella, generación tras generación, a veces, o podían unirse en un momento.... y creo que menciona el baile..., y cuando necesitaban mucho poder, para defender el reino o derrotar a un dragón o a un mal realmente poderoso, podían conjurar el poder que ya estaba en la piedra.
Se miraron uno a otro en silencio, maga y príncipe, muchacha y guerrero y dragón. John continuó.
—Creo que lo que los gnomos estaban resguardando, lo que está allí en el corazón de la Gruta, es un depósito de poder. —La voz de John era suave en la oscuridad de terciopelo—. Y en ese caso, todo lo que tenía que hacer Zyerne era robar la llave que guardaba ese depósito. Si fue aprendiz en los Lugares de Curación, eso no debe de haber sido difícil.
—Y si está mentalmente en contacto con el poder, puede usarlo de alguna forma, incluso a distancia —dijo Jenny—. Yo lo sentí cuando luché con ella..., un poder que nunca había sentido. No un poder vivo, como Morkeleb, sino fuerte porque está muerto y no le importa lo que hace. Debe de ser la fuerza de todos sus actos, para cambiar de forma y para enviar la maldición contra los gnomos, la maldición que te trajo desde el norte, Morkeleb.
—Una maldición que todavía tiene fuerza, lo quiera ella o no. —Los anteojos de John brillaron a la luz de las estrellas y él sonrió—. Pero no le debe de ser fácil trabajar a distancia, la señora Mab no podía usarlo contra Zyerne misma. Eso explicaría por qué Zyerne tiene tanta necesidad de conseguir la oportunidad de volver a la Gruta.

¿Y entonces?, preguntó Morkeleb con amargura. *¿Acaso tu inestimable Dotys o tu sabio Poliborus hablan de una forma de combatir la magia de esas piedras?*

—Bueno —dijo John, una sonrisa de diversión en los extremos de su boca—, ésa fue la razón por la que vine al sur, ¿sabes? Mi copia del *Elucidus Lapidarus* no está completa. Nada de lo que hay en mi biblioteca está completo. Por eso acepté ser el Vencedor de Dragones para el rey, porque necesitamos libros, necesitamos conocimientos. Quiero estudiar todo lo que pueda, pero no es fácil.

Con el tamaño del cerebro humano, claro que no, replicó Morkeleb, que perdía el control irracionalmente. *¡Y no eres más sabio que Vencedor de Dragones!*

—Nunca dije que lo fuera —protestó John—. Son sólo esas baladas, ¿sabes?...
Las garras crujieron de nuevo sobre las piedras. Jenny, exasperada con los dos, empezó a decir:
—Realmente voy a tener que dejar que te coma esta vez...
Trey se apresuró a interrumpir.
—¿Podríais usar vos la Piedra, señora Jenny? ¿Usarla contra Zyerne?
—¡Claro! —Gareth saltó como un chico de escuela sobre el escalón de piedra—. ¡Eso es! Combatir fuego con fuego.
Jenny se quedó callada. Sentía que todos la miraban: Trey, Gareth, John, la mirada de cristal del dragón vuelta hacia ella desde arriba. La idea del poder se movía en su mente como lujuria, el poder de Zyerne. La clave de la magia es magia...

Vio la preocupación en los ojos de John y supo lo que debía de ser su propia expresión. Eso la tranquilizó un poco.
—¿En qué estás pensando?
Él meneó la cabeza.
—No lo sé, amor.
Quería decir que no iba a interponerse en la decisión que ella tomara. Jenny interpretó bien su mirada y dijo con suavidad:
—No usaría mal ese poder, John. No me transformaría en algo como Zyerne.
La voz de John fue sólo para ella esta vez.
—¿Estás segura?
Ella empezó a contestarle, luego se detuvo. Aguda y clara, oyó la voz de la señora Mab que decía: *Ella tomó los secretos de otros más grandes que ella, los profanó, los ensució, envenenó el mismo corazón de la Gruta...* Recordó, también, esa sensación de poder pervertido que había brillado en la luz de la lámpara alrededor de Zyerne y del pobre Servio y la forma en que la había cambiado el toque de la mente del dragón.
—No —dijo finalmente—. No puedo estar segura. Y sería estúpido mezclarme con algo tan poderoso sin conocer sus peligros, incluso si pudiera llegar a adivinar por mí misma la llave que se usa para entrar.
—Pero es nuestra única oportunidad de derrotar a Zyerne —protestó Gareth—. Volverán, sabéis que lo harán... No podemos quedarnos en este pozo para siempre.
—¿Podríamos aprender lo suficiente sobre la Piedra para que vos pudierais evitar sus poderes de algún modo? —sugirió Trey—. ¿Os parece que puede haber una copia de ese no se qué del que hablasteis en la biblioteca del palacio?
Gareth se encogió de hombros. Su sabiduría podía extenderse hasta el conocimiento de siete variantes menores de la balada de Damaguerrera y el Gusano Rojo del valle de Welder, pero era nula en cuanto a todo lo referente a oscuras enciclopedias.
—Pero seguro que hay una en Halnath, ¿verdad? —dijo Jenny—. Y si no contiene esa información, habrá gnomos que puedan saber algo.
—Si nos lo dicen. —John se apoyó cuidadosamente un poco más arriba contra el granito del pilar de la puerta; las pocas partes de su camisa que no estaban ennegrecidas por la sangre, muy blancas en la luz creciente de la luna contra el brillo metálico de las hebillas de su jubón—. Los que son como Dromar no van a admitir que existe siquiera. Ya tuvieron bastantes problemas con seres humanos que controlan la Piedra y no puedo decir que no los comprenda. Pero pase lo que pase —agregó mientras los demás caían una vez más del entusiasmo a una reflexión desesperada—, nuestro próximo movimiento debe ser salir de aquí. Como dice nuestro héroe, sabes que Servio y las tropas del rey volverán. El único lugar al que podemos ir es Halnath y tal vez allí tampoco. ¿Son muy estrechas las líneas del sitio, Gar?
—Son estrechas —dijo Gareth, deprimido—. Halnath está construida sobre una serie de acantilados..., la ciudad inferior, la ciudad superior, la universidad y la ciudadela por encima y la única forma de entrar es por la ciudad inferior. Los espías han tratado de pasar por los acantilados al lado de la montaña y cayeron y murieron. —Volvió a ajustarse los anteojos rotos—. Y además —continuó—, Zyerne sabe tanto como yo que Halnath es el único lugar al que podemos ir.
—Maldición. —John miró a Jenny, sentada contra las curvas extrañas de los huesos complejos del hombro del dragón—. Para ser algo que nunca ha sido asunto mío, esto empeora por momentos.
—Yo podría ir —aventuró Trey—. Las tropas me reconocerían menos. Y podría decirle a Policarpio...
—Nunca te dejarían pasar —dijo John—. No creas que Zyerne no sabe que estás aquí, Trey; y no creas que te dejará ir porque eres la hermana de Servio o que Servio es capaz de enfrentarse a Zyerne y pedirle que te proteja, Zyerne no puede permitir

que ninguno de nosotros llegue hasta los gnomos y les diga que el dragón se ha ido de la Gruta.

Ése es el problema, justamente, dijo Morkeleb, tenso*. El dragón NO se ha ido de la Gruta. No lo hará hasta que Zyerne sea destruida. Y no me quedaré aquí, así, tranquilo, a ver cómo los gnomos hacen su comercio despreciable con mi oro.*

—¿Tu oro? —John levantó una ceja. Con un gesto rápido de la mente, Jenny detuvo de nuevo a Morkeleb.

Ellos tampoco lo permitirían, dijo ella, sólo para el dragón. *Sólo sería cuestión de tiempo el que su desconfianza hacia los dragones los ganara de nuevo y trataran de matarte. No..., tenemos que liberarte.*

¡Liberarme! La voz dentro de la mente de Jenny era ácida como el olor del vinagre. *¿Liberarme para echarme como un mendigo a la calle?* El dragón movió la cabeza y las largas escamas de su melena chocaron suavemente unas con otras. *Tú me has hecho esto, mujer maga... Antes de que tu mente tocara la mía, no estaba atado a este lugar...*

—Estaba atado —dijo Aversin con tranquilidad—. Lo que sucede es que antes de que la mente de Jenny tocara la tuya no lo sabías. ¿Trataste de irte antes?

Me quedé porque quería quedarme.

—Y el viejo rey quiere quedarse con Zyerne, aunque ella lo está matando. No, Morkeleb, ella te consiguió a través de tu avaricia, tu deseo por el oro, como consiguió al pobre padre de Gar a través de su dolor y a Servio a través de su amor. Si no hubiéramos venido, te habrías quedado aquí, atado con encantamientos a pensar sobre tu tesoro hasta que murieras... Es sólo que ahora lo sabes y antes no.

¡Eso es mentira!

Mentira o no, dijo Jenny*, te ordeno, Morkeleb, que apenas amanezca me lleves sobre la montaña hasta la ciudadela de Halnath, para que pueda hacer que Policarpio el Señor lleve a estos otros a la seguridad a través de la Gruta.*

El dragón se levantó, temblando de rabia. Su voz golpeó en la mente de ella como un látigo de plata.

¡No soy tu paloma ni tu siervo!

Jenny también estaba de pie ahora, mirando hacia arriba, las profundidades blancas de sus ojos.

No, dijo, aferrándose a la cadena de cristal del nombre interno del dragón. *Eres mi esclavo por eso que me diste cuando te salvé la vida. Y por eso que me diste, te digo que eso es lo que harás.*

Los ojos de los dos se trabaron uno con otro. Los otros tres, sin oír lo que pasaba entre las dos mentes, veían y sentían sólo la rabia ardiente del dragón. Gareth tomó a Trey de la mano y la llevó hacia atrás, hacia el refugio de la entrada; Aversin hizo un

movimiento como para levantarse y después se dejó caer con un gemido. Rechazó, enfurecido, el intento de Gareth de ponerlo a salvo; sus ojos no se apartaron ni un momento de la forma pequeña, flaca de la mujer que estaba de pie frente a la rabia humeante de la bestia.
Jenny se dio cuenta de todo eso, pero a distancia, como uno nota el tejido de un tapiz sobre el que se han pintado otros colores. Toda su mente se enfocó con la exactitud del cristal contra la mente que se elevaba como una onda oscura contra ella. El poder que había nacido en ella por el toque de la mente del dragón se fortaleció y ardió, forzando a Morkeleb a retroceder. Ella comprendió que el nombre de él era un arma de muchos filos en sus manos. Un segundo después, Morkeleb volvió a sentarse sobre sus ancas y luego retomó su posición de esfinge.
Dentro de la mente de Jenny, su voz dijo con suavidad:

Sabes que no me necesitas para volar sobre las montañas, Jenny Waynest. Conoces la forma de los dragones y su magia. Ya tienes la magia.

Podría tener la forma, replicó ella*, porque tú me ayudarías a hacerlo para librarte de mi voluntad. Pero no me ayudarías a sacármela luego.*

Mirar las profundidades de los ojos de él era como caer en el corazón de una estrella.

Si tú quisieras, yo lo haría.

Ella tembló como con el calor terrible de la fiebre. Sentía la necesidad del poder, la necesidad de apartarse de todo lo que la había separado de eso en el pasado.
—Para ser mago debes ser mago —había dicho Caerdinn. Y también había dicho—: Los dragones no engañan con mentiras, engañan con la verdad.
Jenny desvió la mirada de esas profundidades cósmicas.

Lo dices sólo porque si yo fuera dragón, dejaría de querer dominarte, Morkeleb el Negro.

Él replicó:

No «sólo», Jenny Waynest.

Y como un espectro, se desvaneció en la oscuridad.
Jenny no durmió esa noche, aunque todavía estaba exhausta por la batalla en las Puertas. Se sentó en los escalones, como casi toda la noche anterior, mirando y escuchando..., se dijo a sí misma que esperaba a los hombres del rey, pero sabía que no vendrían. Sentía la noche con intensidad física, la luz de la luna como un reborde de plata fundida en cada astilla, cada grieta sobre los escalones quemados en los que estaba sentada, la luna que convertía en pedacitos de blanco cada brote nudoso de maleza en el polvo pisoteado de la plaza, allá abajo. Ya temprano, mientras atendía a John junto al fuego en la Sala del Mercado, los cuerpos de los asaltantes muertos habían desaparecido de los escalones. Ella no sabía si era porque a Morkeleb le molestaban o porque había tenido hambre.
Sentada en la quietud helada de la noche, meditó buscando una respuesta dentro de sí misma. Pero su propia alma estaba turbia, dividida entre la gran magia que siempre había quedado un poco más allá de su alcance y las pequeñas alegrías que había atesorado en su lugar: el silencio de la casa en Colina Helada, el recuerdo de unas palmas pequeñas que se aferraban a las suyas y John.

John, pensó y miró atrás a través del arco ancho de la Puerta hacia el lugar donde él estaba acostado, envuelto en pieles de oso, junto al brillo leve del fuego.
En la oscuridad, Jenny dibujó su figura, la forma compacta de hombros anchos que se combinaba de un modo tan extraño con la flexibilidad de lebrel de sus movimientos. Recordaba los temores que la habían llevado a la Gruta a buscar drogas..., que la habían llevado a mirar por primera vez en los ojos de plata del dragón. Ahora, como entonces, casi no podía pensar en años de su vida que no incluyeran o fueran a incluir esa sonrisa triangular, pasajera.
Adric ya la tenía, junto con la alegría y la mitad soleada de la personalidad rápida de John. Ian tenía su sensibilidad, su curiosidad irritante, insaciable y su atención. Sus hijos, pensó ella. Mis hijos.
Sin embargo, el recuerdo del poder que había conjurado para detener a la multitud que quería lincharlos sobre esos mismos escalones volvía a ella, la dulzura y el terror y el éxtasis. Sus resultados la habían horrorizado y el cansancio de ese poder todavía colgaba de sus huesos, pero el gusto que quedaba era de triunfo: lo había dominado. ¿Cómo podía haber perdido todos esos años antes de empezar?, se preguntó. El toque de la mente de Morkeleb había entreabierto miles de puertas dentro de sí misma. Si ahora le volvía la espalda, ¿cuántas de esas habitaciones podría explorar? La promesa de la magia era algo que sólo alguien que ha nacido mago puede entender; la necesidad, como una lujuria o un hambre, algo que sólo alguien que ha nacido mago puede sentir. Había una magia que ella nunca había soñado que podía hacerse a partir de la luz de ciertas estrellas, conocimiento no tocado en las mentes oscuras, eternas de los dragones y en el canto de las ballenas en el mar. La casa de la colina que amaba tanto volvió a ella como el recuerdo de una prisión estrecha; la forma en que se aferraban las manos pequeñas en sus faldas, la boca de un niño en su pecho, le parecieron durante un momento sólo lazos que le impedían caminar a través de esas puertas hacia el aire que se movía, libre, afuera.
¿Era esto que le pasaba un encantamiento de Morkeleb?, se preguntó, envolviéndose mejor en el peso suave de la piel de oso y mirando la oscuridad regia y azul del cielo sobre el acantilado del oeste. ¿Era algo que él había sacado de las profundidades de su alma para que dejara las preocupaciones de los seres humanos y lo liberara del dominio de la mente de ella para siempre?

¿Por qué dijiste «no sólo», Morkeleb, el Negro?

Tú lo sabes tan bien como yo, Jenny Waynest.

Morkeleb había estado invisible en la oscuridad. Ahora, la luz de la luna que le salpicaba la espalda era como una alfombra de diamantes y sus ojos de plata parecían pequeñas lunas semicerradas. Ella no sabía cuánto tiempo hacía que estaba allí; la luna había caído, las estrellas se movían. Su llegada había sido como un pluma en la noche quieta.

Lo que les das a ellos lo tomas de ti misma. Cuando nuestras mentes estaban una dentro de la otra, vi la lucha que te ha torturado durante toda la vida. No entiendo las almas de los hombres, pero tienen un brillo propio, como oro suave. Eres fuerte y bella, Jenny Waynest. Me gustaría que te volvieras uno de nosotros y vivieras con nosotros en las islas de rocas de los mares del norte.

Ella meneó la cabeza.

No me volveré contra los que amo.

¿Volverte contra ellos?

La luz de la luna que se hundía tiñó la melena de escarcha cuando el dragón movió la cabeza.

No. Sé que nunca harías eso aunque con lo que te ha hecho su amor, se lo merecerían. Y en cuanto al amor ése de que hablas, no sé lo que es..., no es cosa de dragones. Pero cuando me vea libre de los hechizos que me atan aquí, cuando vuele al norte de nuevo, ven conmigo. Eso es algo que tampoco había sentido nunca, este deseo de que seas un dragón para que puedas estar conmigo. Y dime, ¿qué te importa si ese muchacho Gareth se convierte en esclavo de la mujer de su padre o de una mujer que él mismo elija? ¿Qué te importa quién es dueño de la Gruta o cuánto tiempo pueda esta mujer Zyerne seguir corrompiendo su mente y su cuerpo hasta que muera cuando ya no recuerde lo suficiente de su propia magia para seguir viviendo? ¿Qué te importa si las Tierras de Invierno las defienden un grupo de hombres u otro o si allí tienen libros para leer sobre los hechos de un tercero? Todo eso no es nada, Jenny Waynest. Tus poderes son mayores.

Dejarlos ahora sería como volverse contra ellos. Me necesitan.

No te necesitan, replicó el dragón. *Si las tropas del rey te hubieran matado sobre estos escalones, habría sido lo mismo para ellos.*

Jenny levantó la vista para mirarlo, esa forma oscura de poder, infinitamente más grande que el dragón que John había matado en Wyr e infinitamente más hermoso. El canto de ese alma producía ecos en la mente de ella, magnificados por la belleza del oro. Aferrada a la luz del día que conocía para luchar contra la llamada de la oscuridad, sacudió la cabeza de nuevo y dijo:

No habría sido lo mismo.

Reunió las pieles a su alrededor, se levantó y bajó a la Gruta.
Después del filo del aire nocturno, la gran caverna parecía cerrada y olía a humo. El fuego moribundo arrojaba extrañas chispas color ámbar contra el laberinto de Marfil de las torres invertidas que había más arriba y brillaba levemente contra los extremos de las cadenas rotas de las lámparas que colgaban de la negrura de la bóveda. Siempre era así, pasar del aire de la noche libre a la quietud pesada del interior, pero ahora el corazón le dolía de pronto, como si hubiera abandonado el aire libre y hubiera elegido la prisión para siempre.
Dobló la piel de oso, la dejó junto al fuego del campamento y descubrió el lugar en que había estado apoyada su alabarda contra los pocos paquetes que habían traído con ellos desde el campamento anterior. En algún lugar de la oscuridad, oyó un movimiento, el sonido de alguien que tropieza sobre una capa. Un momento después, la voz de Gareth dijo con suavidad:
—¿Jenny?
—Aquí estoy. —Se enderezó, la cara pálida y las hebillas metálicas de su chaqueta de cuero de oveja brillantes en la luz baja del ruego.
Gareth parecía cansado y consumido en su camisa, sus pantalones y una capa manchada y arrugada, lo menos parecido posible al petimetre cortesano de hacía menos de una semana, cuidadoso con sus mantos rosados y blancos. Pero también

había menos en él del joven flaco y ansioso que había cabalgado hacia las Tierras de Invierno en busca de su héroe, notó Jenny.
—Tengo que irme —dijo ella con suavidad—. Va a amanecer. Recoge las armas que puedas, en caso de que vuelvan los hombres del rey y haced una barricada detrás de las puertas interiores del Gran Pasaje. Hay cosas malas en la oscuridad. Tal vez os ataquen cuando se acabe la luz.
Gareth tembló con todo su cuerpo y asintió.
—Le diré a Policarpio cómo está la situación. Vendrá aquí a buscaros si no han hecho estallar los caminos por la Gruta. Si no llego a Halnath...
El muchacho la miró y las conclusiones heroicas y simples de una docena de baladas reverberaron en su cara descompuesta.
Ella sonrió, con la llamada del dragón en su mente. Se estiró para poner una mano sobre la mejilla seca de él.
—Cuida de John por mí.
Luego se arrodilló y besó los labios y los párpados cerrados de John. Se levantó, cogió una capa y su alabarda y caminó hacia el aire claro, gris pizarra, que parecía agua, al otro lado del arco oscuro de la Puerta.
Mientras pasaba por el arco, escuchó una voz de campesino del norte que protestaba tras ella:
—¡Así que cuidar a John!, ¿eh?

15

La luz diluía la oscuridad y convertía el aire de terciopelo en seda. El frío cortaba las manos y la cara de Jenny, llenándola de una sensación de alegría extraña y creciente. Los anfiteatros altos y los valles colgantes de las cimas dentadas de la Pared estaban manchados de azul y lavanda contra el gris carbón del cielo; por debajo de ella, la niebla colgaba como lana deshilacliada de los huesos de la aldea sombría. Durante un rato, se sintió sola y completa, no desgarrada por el poder o el amor, respirando a solas el aire afilado de la aurora.
Como un cambio en su percepción, se dio cuenta de la presencia del dragón, acostado sobre el escalón más bajo. Al verla, él se levantó y se estiró como un gato: de la nariz hacia la cola y las puntas temblorosas de las alas; las espinas y los cuernos brillaron en la penumbra grisácea.

Envuélvete bien, mujer maga. Los aires superiores son fríos.

Volvió a sentarse sobre sus ancas y estiró la pata delantera con cuidado. Cerró alrededor de ella una garra, como una mano de treinta centímetros de ancho en la parte posterior: sólo hueso envuelto en músculo y acabado de espina y cuerno. Las garras se doblaron con facilidad sobre la cintura de Jenny. Ella no le tenía miedo; aunque sabía que era traicionero, había estado dentro de su mente y sabía que no la mataría. Sin embargo, un espasmo de temblor pasó por su cuerpo cuando la colocó contra su pecho, donde podría estar fuera de la corriente de aire.
La sombra vasta de las alas se extendió contra la penumbra color malva del acantilado que se alzaba tras ellos y ella miró rápidamente el suelo una sola vez, unos cinco metros más abajo. Luego levantó la vista hacia arriba, hacia las montañas que rodeaban el valle y el ojo blanco, vigilante de la luna sobre la cresta escarpada del acantilado; en unos días sería luna llena y ahora brillaba en el aire del oeste como las lámparas de los ojos del dragón.
Luego, el gran animal se lanzó hacia arriba y todo el mundo pareció caer de pronto.
El frío cruzó la cara de Jenny y los dedos huesudos del dragón se cerraron alrededor de su cabello. A través de la capa que la envolvía, sintió el calor latiente de las escamas del dragón. Desde el cielo, volvió a mirar la tierra, el valle como un pozo azul de sombras, las laderas de la montaña que tomaban poco a poco el color de la aurora a medida que las tocaba el sol, óxido y púrpura y todos los matices de castaño desde la arena más blanca al tono profundo del café, todos bordeados y recortados por la puntilla oscura de los árboles. Los tanques de la lluvia al norte de Grutas absorbían el nuevo día como fragmentos de espejos; cuando el dragón pasó sobre los flancos de la montaña, en círculos cada vez más altos, ella vio el salto brillante de los arroyos entre los pinos y las espinas blancas de roca extendidas hacia arriba.
El dragón giró en el espacio; las vastas alas buscaron el viento. A veces, ráfagas de aire silbaban entre las espinas que defendían la columna del dragón, algunas no más largas que un dedo, otras casi un codo, afiladas como dagas. En el vuelo, el dragón parecía de seda y alambre, más liviano de lo que uno pensaría por su tamaño, como si la carne y el músculo, como la mente y la forma de los huesos, fueran distintos en su composición de cualquier otra cosa sobre la tierra.

Éste es el reino de los dragones, dijo la voz de Morkeleb en la mente de Jenny. *Es tuyo; sólo tienes que extender la mano para cogerlo.*

En la luz oblicua ninguno de los dos dejaba sombra sobre el suelo, pero a Jenny le parecía que podía ver la huella de su paso escrita como la estela de un barco en el

viento. Con la mente puesta a medias en la del dragón, sentía las variaciones del aire, las corrientes ascendentes y las térmicas, como si el viento mismo fuera de distintos colores. Con la conciencia del dragón, vio otras cosas en el aire: los senderos de energía a través de la faz del mundo, las huellas que viajaban de estrella a estrella, como líneas de fuerza repetidas en el cuerpo, cada vez más pequeñas y luego otra vez en los naipes que se arrojan para leer la suerte o en las runas o en la forma en que flotan las hojas sobre el agua. Veía la vida en todas partes, la vida de los zorros blancos del invierno y las liebres en las líneas de nieve interrumpidas bajo la capa leve de nubes que había más abajo y la vida de las tropas del rey acampadas bien abajo sobre el camino, que gritaban y señalaban la forma oscura del dragón que pasaba por encima de ellos.

Cruzaron el flanco de la montaña hacia el lado que daba al sol. Adelante y hacia abajo, Jenny vio el barranco y la colina y la ciudadela de Halnath, un conglomerado puntiagudo de rampas grises que sobresalían como el nido de barro de una golondrina sobre el hombro macizo de un acantilado de granito. Desde el pie del acantilado, la tierra estaba surcada de barrancos cubiertos de bosques hacia la curva plateada de un río; la niebla se fundía con el azul del humo de leña y velaba así las líneas dispersas de carpas y puestos de guardias, caballos atados en líneas y trincheras cubiertas de barro amarillo de los campos de sitio. Entre los muros y el campamento había un anillo abierto de tierra pisoteada, maltratada por la batalla y salpicada de armazones quemados de los pequeños carros de los granjeros que anidaban alrededor de los muros de todas las ciudades. Más allá, hacia el norte, las extensiones verdes de los pantanos se desvanecían bajo un velo de brumas, las tierras de caballos y ganado que eran la fuerza y el feudo del Señor de Halnath. Desde los pantanos del río, donde se expandían las aguas color peltre, una bandada de garzas echó a volar entre los vapores lechosos, pequeñas y claras como dibujadas por un lápiz.

Allí. Jenny señaló con su mente hacia la fortaleza de la ciudadela alta*. El patio central que hay allí. Es estrecho, pero suficiente para aterrizar.*

El viento y su largo cabello le golpearon los ojos cuando el dragón giró.

Tienen los muros defendidos, dijo el dragón. *Mira.*

Los hombres corrían por las rampas, señalando y agitando los brazos hacia las alas enormes que se movían en el aire. Jenny alcanzó a ver catapultas montadas sobre las torrecillas más altas, sogas de contrapeso con cubos que estallaron de pronto en llamaradas rojas y ballestas enormes cuyas piedras no podían apuntar sino al cielo.

Tendremos que bajar, dijo Jenny*. Yo te protegeré.*

¿Atrapando las piedras entre tus dientes, mujer maga?

Preguntó Morkeleb, sarcástico, mientras giraba para alejarse justo cuando un arquero ansioso dejaba ir las cuerdas, y un cubo lleno de combustible describía una trayectoria elíptica mientras las llamas caían como insignias naranjas que se desvanecían contra el brillo del nuevo día.

¿Qué protección me puedes dar tú, un ser humano?

Jenny sonrió para sí misma mientras miraba cómo el combustible se quebraba en lomas ardientes al caer. Ninguno de los disparos dio sobre la ciudad que había sobre las laderas más abajo: sabían de matemática esos defensores de Halnath y sabían cómo aplicarla a la balística. En realidad, Jenny suponía que debía de haber estado aterrorizada de que la llevaran tan alto sobre la tierra que giraba..., si caía, caería durante un buen trecho antes de morir. Pero ya fuera por su confianza en Morkeleb o por la mente del dragón que la envolvía en los pensamientos de los que vivían en las corrientes de aire, no tenía miedo. En realidad, casi sentía que, si se caía, sólo tendría que extender sus propias alas, como hacía cuando volaba en sueños.
Pequeñas como juguetes sobre las paredes de la ciudadela, las máquinas de defensa se movían para apuntarles. A distancia, se parecían sobre todo a los pequeños modelos de John.

Y pensar que me impacienté cuando me quiso mostrar cómo disparaba cada uno.

Jenny sonrió, a medias para Morkeleb, a medias para sí misma.

Dobla hacia el norte, Morkeleb y vuela hacia ellos desde ese risco. El problema con las máquinas siempre ha sido que sólo se requiere el toque de la mente de un mago para arruinar su funcionamiento.

Había dos máquinas guardando el camino que ella había elegido: una catapulta para arrojar piedras y una honda dirigida por un resorte. Ella había ya arrojado su magia antes, conjurando imágenes en su interior para arruinar los hilos de los arcos de los bandidos en el norte y había hecho que sus pies echaran raíces cuando corrían o que sus espadas se trabaran en su vaina. Había visto los mecanismos de esas armas en los modelos de John, así que no lo encontró difícil. Las sogas se enredaron en la catapulta, trabando los nudos en el lugar cuando dispararon la cuerda. Con la conciencia de un dragón, vio a un hombre que corría, asustado, a lo largo de los muros. En su carrera tiró un cubo en el mecanismo de la honda y el arquero ya no pudo apuntar de nuevo. El dragón pasó lentamente por el campo de tiro del arma, guiado por el toque de la mente de Jenny en la suya; y ella sintió, como una carcajada de risa oscura, la forma en que él apreciaba la facilidad con que ella había estropeado los aparatos.

Eres pequeña, mujer maga, dijo el dragón, divertido, *pero una gran defensora de dragones, de todos modos.*

Jenny se sacó el cabello de la cara y vio a los hombres en los muros, los veía ahora. Iban de uniforme, con las capas negras y ondeantes de los universitarios, algunas estampadas con las armas del rey y obviamente cogidas de prisioneros o muertos. Huyeron en todas direcciones cuando el dragón se acercó, excepto un hombre alto, pelirrojo y flaco como un espantapájaros en su capa negra y harapienta, que agitaba algo que parecía un telescopio..., un tubo de metal sostenido sobre un trípode. Las paredes se acercaron. En el último momento, Jenny vio arpones junto al hombre y en lugar de vidrio en la boca del tubo, el brillo de una punta de metal.
El defensor solitario tenía una astilla encendida en la mano; la había hundido en uno de los cubos de combustible. Los estaba mirando cuando bajaban y afinaba la puntería.

Pólvora, pensó Jenny; *los gnomos tienen que haber traído mucha de las minas.*

Recordó los abortados experimentos de John con cohetes.
La escena se precipitó hacia ellos hasta que cada piedra chamuscada de la pared y cada parche sobre el vestido harapiento del estudioso pareció estar al alcance de las manos de Jenny. En el momento en que el hombre bajó la astilla al cubo de combustible, Jenny usó su mente para extinguir la llama, como si hubiera soplado una vela para apagarla.
Luego abrió los brazos y gritó con toda su voz.
—¡ALTO!
Él se detuvo en la mitad del movimiento con el arpón que había sacado de la pila que había a su lado preparado ya sobre el hombro, aunque Jenny veía por la forma en que lo sostenía que nunca hubiera podido arrojar uno y que no les hubiera acertado. Incluso a esa distancia, vio maravilla, curiosidad y delicia en la cara flaca. Como John, pensó, era un verdadero estudioso, fascinado con cualquier suceso extraño, aunque llevara la muerte en sus alas.
Morkeleb se detuvo en el aire y el movimiento de sus músculos hizo una onda contra la espalda de Jenny. Todos los hombres habían huido del patio largo y estrecho de la ciudadela y de las paredes a su alrededor, excepto ese defensor. El dragón colgó un instante como un halcón que ataca, luego se posó, delicado como una semilla de diente de león, sobre la pared del pozo sombrío del patio. Los grandes talones traseros aferraron la piedra mientras el largo cuello y la cola hacían contrapeso y se quedó allí, agachado, como un gran pájaro hasta que puso a Jenny, de pie, sobre la rampa.
Ella se tambaleó, las rodillas débiles por la impresión, todo el cuerpo tembloroso de excitación y de frío. El joven alto, pelirrojo, con el arpón todavía en la mano, se adelantó por el camino de piedra, la túnica negra hinchada por el viento bajo una cota de malla de un tamaño impresionante. Aunque actuaba con cautela, Jenny se dio cuenta por la forma en que miraba a Morkeleb que podría haberse sentado a estudiar al dragón durante horas; pero había una compostura de hombre de la corte en la forma en que ofreció su mano a Jenny.
A ella le llevó un momento recordar que tenía que hablar con palabras.
—¿Policarpio de Halnath?
Él pareció sorprendido y desconcertado al oír su nombre.
—Soy yo. —Como con Gareth, se necesitaban más que dragones o bandidos para que Policarpio olvidara lo que le habían enseñado; hizo una reverencia muy creíble tipo Muerte del Cisne a pesar del arpón. Jenny sonrió y le tendió las manos.
—Soy Jenny Waynest, amiga de Gareth.

—Sí, hay un depósito de poder en el corazón de la Gruta. —Policarpio, Señor de la ciudadela de Halnath y doctor en Filosofía Natural, cruzó las manos largas y delgadas detrás de la espalda y se dio media vuelta desde los arcos en punta de las ventanas para mirar a sus huéspedes rescatados, un grupo bien extraño—. Es lo que quiere Zyerne; lo que siempre quiso, desde que supo lo que era.
Gareth levantó la vista de los restos de una comida frugal esparcidos sobre las sencillas tablas enceradas de la mesa de trabajo.
—¿Por qué no me lo dijiste?
Los ojos brillantes y azules pestañearon, mirándolo.
—¿Qué podía decirte? —preguntó Policarpio—. Hasta hace un año ni siquiera estaba seguro. Y cuando lo estuve... —Su mirada pasó hacia el gnomo que estaba sentado a la cabecera de la mesa, pequeño y encorvado y muy viejo, los ojos como vidrio pálido y verde bajo la melena larga de cabello blanco, lechoso—. Sevacandrozardus, Balgub

en la lengua de los hombres; hermano del Señor de la Gruta muerto en las garras del dragón, me prohibió hablar de eso. No podía traicionar su confianza en mí.
Detrás de las altas ventanas se veían las torrecillas de la ciudadela inferior, la universidad y la aldea más abajo; la luz del sol era amarilla como manteca de verano, aunque los edificios de más abajo ya estaban envueltos en la sombra de la montaña mientras el sol se hundía detrás de los grandes hombros de piedra. Sentada en el borde del jergón en que yacía John, Jenny escuchaba en silencio las voces que discutían. Le dolía el cuerpo de deseos de dormir y la mente le pedía quietud pero sabía que no tendría ninguna de las dos cosas. Ni las palabras del consejo improvisado ni el recuerdo del viaje de vuelta a través de la Gruta con Policarpio y los gnomos para rescatar a los demás habían borrado de sus pensamientos el recuerdo increíble del vuelo del dragón.
Sabía que no debía dejar que ese recuerdo la dominara. Que debía concentrarse más en su alegría porque todos estaban a salvo, al menos por el momento, y preocuparse más por el intercambio de información con el Señor y por formular planes para enfrentarse a la Piedra y a Zyerne. Sin embargo, el vuelo y recuerdo de la mente del dragón la habían sacudido hasta los huesos. No podía sacarse esa intoxicación salvaje del corazón.
El viejo gnomo era el que estaba hablando.
—Siempre estuvo prohibido hablar de la Piedra a los extraños. Después de que nos dimos cuenta de que la niña Zyerne había oído hablar de ella de algún modo y que había espiado a los que la usaban y había aprendido la clave, mi hermano, el Señor de la Gruta, hizo todavía más fuerte la prohibición. La Piedra ha sido el corazón de la Gruta desde la noche de los tiempos, la fuente de poder de nuestros Curadores y magos y ha hecho tan grande nuestra magia que nadie se atrevía a asaltar la Gruta de Ylferdun. Pero siempre supimos también el peligro que entrañaba: que los deseosos de poder pudieran usarla para sus fines. Y así ha sucedido.
Jenny se arrancó de sus pensamientos para preguntar:
—¿Cómo supisteis que ella la había usado? —Como los demás, se había bañado y estaba vestida como ellos en la túnica negra y gastada de los sabios de la universidad, demasiado grande para ella y atada a la cintura con fuerza. El cabello, todavía húmedo del baño, le colgaba sobre los hombros.
Los ojos claros del gnomo se encendieron.
—Para sacar poder de la Piedra, debe haber una devolución. La Piedra da poder a los que lo buscan, pero les pide algo a cambio. Los que estábamos acostumbrados a usarla, yo, Taseldwyn, a la que vosotros conocéis como Mab y otros, sentimos la falta de equilibrio. Luego se corrigió, o pareció corregirse. Me quedé tranquilo. —Meneó la cabeza y los ópalos que salpicaban su cabello blanco brillaron en la luz difusa de la larga habitación—. Mab no.
—¿Qué es lo que pide a cambio la Piedra?
Durante un momento, la mirada del gnomo la tocó, leyendo en ella como había hecho Mab, el grado del poder que tenía. Luego, dijo:
—Poder por poder. Todo poder debe pagarse, ya sea del propio espíritu o del depósito de otros. Nosotros, los Curadores, de los cuales soy el jefe, solíamos bailar para la Piedra, para concentrar nuestra magia y darla como alimento a la Piedra, para que otros pudieran tomar de su fuerza y no dar a cambio nada de sus esencias de vida..., la mujer, Zyerne, no sabía cómo hacer la devolución de magia a la Piedra, ni siquiera entendió que tenía que hacerla. Nunca le enseñaron cómo usarla, sólo había espiado y robado hasta que aprendió lo que creyó que era su secreto. Cuando no le dio nada a la Piedra a cambio del poder que sacó de ella, la Piedra empezó a comer de su esencia.

—Y para alimentar esa esencia —dijo Jenny con suavidad, comprendiendo de pronto lo que había visto a la luz de la lámpara de la habitación de Zyerne—, pervirtió los hechizos de curación que podían sacar de la esencia de otros para curar a alguien muy enfermo. Bebió, como un vampiro, para reemplazar lo que le estaban quitando.
En la pálida luz de la ventana, Policarpio dijo:
—Sí. —Y Gareth hundió la cabeza entre las manos—. Así como ella puede sacar de la magia de la Piedra a distancia, la Piedra saca de su cuerpo de mujer también. Me alegro —agregó Policarpio, con el tono de la voz cambiado ahora— de ver que todavía estás bien, Gar.
Gareth levantó la cabeza con desesperación.
—¿Trató de usarte a ti?
El Señor asintió, la cara flaca de zorro llena de amargura.
—Y cuando no la dejé acercarse y te obligué a ti a hacer lo mismo, se volvió hacia Servio, el más cercano al que podía atacar. Tu padre... —Buscó las palabras más amables que se le ocurrieron—. Tu padre ya no le servía de mucho en aquel entonces.
El puño del príncipe golpeó la mesa con una violencia que los asustó a todos, sobre todo a él mismo. Pero no dijo nada, y además, había poco que decir, o que nadie pudiera decirle a él. Después de un momento, Trey se levantó del camastro del rincón, donde había estado tendida como una niña disfrazada con los faldones de su túnica negra, y se acercó a ponerle las manos sobre los hombros.
—¿Hay alguna forma de destruir a Zyerne? —preguntó la muchacha mirando a través de la mesa al pequeño gnomo y al alto maestro que se había situado a su lado.
Gareth se volvió a mirarla, sorprendido; como hombre que era, nunca había sospechado la forma violenta y práctica en que podían pensar las mujeres.
—No con el poder que tiene a través del rey y a través de la Piedra —dijo Policarpio—. Creedme, ya lo había pensado, aunque sabía que podía verme envuelto en una acusación de asesinato por eso. —Una sonrisa leve pasó por su rostro—. Pero de todos modos terminaron acusándome...
—¿Y qué os parece destruir la Piedra entonces? —preguntó John, que había vuelto la cabeza desde donde estaba acostado boca arriba sobre un jergón de patas altas. Hasta lo poco que había podido comer parecía haberle hecho bien. En su túnica negra, parecía como un cuerpo al que se está velando, lavado y atendido y alegre con sus anteojos sobre la punta de la larga nariz—. Estoy seguro de que podríamos encontrar un buen Vencedor de Piedras en alguna parte...
—¡Nunca! —La cara arrugada de nuez de Balgub se puso lívida—. ¡Es la fuente de las artes de curación de los gnomos! ¡La fuente de la fuerza de la Gruta! Es nuestra...
—Os va a servir de bien poco si Zyerne le pone las manos encima —señaló John—. Dudo que pueda romper todas las puertas que pusisteis detrás nuestro cuando veníamos por la Gruta, pero si las tropas del rey se las arreglan para conquistar la ciudadela, eso no tendrá mucha importancia.
—Si Jenny pudiera manejar la Piedra... —sugirió Gareth.
—¡No! —dijeron Balgub y Jenny al mismo tiempo. Todos los que estaban en la habitación larga y limpia de piedra, en la que trabajaba el Señor, todos, incluyendo a John, miraron con curiosidad a la maga de Wyr.
—Ningún ser humano la tocará otra vez —insistió el gnomo con furia aguda—. Ya hemos visto el mal que ha acarreado. Es para los gnomos, sólo para nosotros.
—Y yo no la tocaría aunque me dejaran. —Jenny levantó las rodillas y las puso cerca de su pecho y cruzó los brazos sobre ellas; Balgub, a pesar de sus protestas, parecía ofendido por su rechazo del tesoro más grande de la Gruta—. Según Mab, la Piedra misma está profanada. Sus poderes, los hechizos de los que la usan están manchados por lo que ha hecho Zyerne.

—Eso no es verdad. —La cara tensa y chiquita de Balgub se afirmó en una expresión de tozudez—. Mab sigue diciendo que los poderes de la Piedra se han vuelto impredecibles y su influencia negativa para las mentes de quienes la usan. Por el corazón de la Gruta, sé que no es así y se lo he dicho, una y otra vez. No veo cómo...
—Después de alimentarse con esencia humana en lugar de hechizos controlados, sería una tontería creer que no se ha vuelto impredecible —dijo John, con su afabilidad de siempre.
La voz aguda del gnomo se hizo despectiva.
—¿Qué puede saber un guerrero de esas cosas? Un guerrero alquilado para matar el dragón que, además —agregó, sarcástico—, obviamente ha fracasado en el intento.
—¿Qué hubierais pensado si «obviamente» hubiera tenido éxito? —preguntó Gareth, acalorado—. Tendríais a las tropas del rey atacando a través de la Gruta en este instante.
—Muchacho. —John se estiró con paciencia para tocar el hombro del enfurecido príncipe—. No nos pongamos nerviosos. Su opinión no me hace daño alguno y gritarle no va a cambiarla.
—Las tropas del rey nunca habrían encontrado el camino a través de la Gruta, incluso si las puertas estuvieran abiertas —gruñó Balgub—. Y ahora las puertas están cerradas; si es necesario las haremos estallar con pólvora. La tenemos lista a metros de la última puerta.
—Si Zyerne los guiara, encontrarían el camino sin problemas —replicó Policarpio. Los eslabones de la cota de malla demasiado grande que usaba sobre su capa crujieron levemente cuando cruzó los brazos—. Conoce el camino al corazón de la Gruta a la perfección desde el lado de Grutas. Como todos habéis visto, desde allí hasta las puertas subterráneas de la ciudadela, es casi un sendero recto. Y en cuanto a que la Piedra no haya sido afectada por lo que ella le puso dentro... —Miró la espalda encorvada y la cabeza redonda y blanca del gnomo que se había sentado en la silla tallada junto a él—. Eres el único Curador que escapó del dragón y vino hacia aquí, Balgub —dijo—. Ahora que el dragón ya no está en la Gruta, ¿usarías la Piedra?
La boca ancha se tensó y los ojos verdes no miraron los azules del Señor.
—Eso pensaba —dijo Policarpio con suavidad.
—No creo que Mab tenga razón —insistió Balgub con empecinamiento—. De todos modos, hasta que ella, yo y los otros Curadores de Bel la examinemos, no dejaré que la toquen para bien o para mal. Si fuera para salvar la ciudadela o alejar a Zyerne, me arriesgaría a usarla, antes que dejarla en manos de ella. —Pequeñas y blancas como dos camarones de la cueva, sin color, sus manos llenas de anillos de piedra de luna se cerraron una sobre la otra sobre la mesa manchada de tinta—. Hemos jurado que Zyerne nunca volverá a tener el uso de la Piedra. Todos los gnomos y todos los hombres... —Echó una mirada, a medias una orden, a medias una pregunta, al Señor, y Policarpio inclinó la cabeza levemente—. Todos en este lugar moriremos antes que dejar que ella ponga una mano sobre lo que busca.
—Y considerando lo que serán sus poderes si lo hace —agregó Policarpio, con el razonamiento distante de un estudioso—, seguramente moriríamos de todos modos.

—¿Jen?
Jenny se detuvo en el umbral de la improvisada habitación de huéspedes que les habían asignado a ella y a John. Después de las rampas sometidas al viento, el lugar olía a cerrado, a encierro, como la Sala del Mercado la noche anterior. Los perfumes mezclados del papel polvoriento y las cubiertas de cuero de los libros almacenados allí se fundían con los de los de las fundas mohosas de los almohadones de paja que habían pasado demasiado tiempo con la misma paja adentro; después de los aromas

de pasto y agua del viento del este, esos olores hacían que el encierro fuera peor. Las formas encorvadas de las pilas de libros junto a dos de las paredes y el andamiaje fantasmal de estantes de rollos de pergaminos que cubría la tercera le hicieron pensar en el estudio repleto de John, allá en el norte; muchos de los volúmenes que habían sido colocados allí para hacer lugar para los refugiados atrapados por el sitio, estaban fuera de su lugar y ya mostraban señales de las manos de John. Éste estaba de pie entre las dos luces altas de las ventanas en punta; era visible sólo como un pliegue blanco de manga de camisa y un brillo de vidrio redondo en la penumbra.

—No deberías estar fuera de la cama —le dijo Jenny.

—No puedo estar boca arriba para siempre. —A través de la fatiga, su voz era alegre—. Tengo la sensación de que nos van a poner en esa postura en un futuro cercano y preferiría estar de pie esta vez. —Se quedó en silencio un momento, mirando la silueta de ella en el umbral algo más claro. Luego prosiguió—: Y una mujer que no ha dormido más que una hora o dos durante tres noches ya no tiene mucho que decir al respecto. ¿Qué pasa, Jen?

Como un dragón, pensó ella, tiene una forma de ser que hace imposible mentirle. Así que no dijo: «¿qué pasa con qué?», sino que se pasó la mano con cansancio sobre el cabello y cruzó la habitación hasta donde estaba él.

—Has estado tratando de no hablar conmigo... —dijo John—; no es que hayamos tenido demasiado tiempo en realidad, lo reconozco. No me parece que estés enojada conmigo, pero percibo tu silencio. Tiene que ver con tu poder, ¿no es cierto?

Tenía el brazo alrededor del hombro de Jenny, la cabeza de ella sobre la dureza de roca de su pecho, medio descubierto por la fina camisa de muselina. Debería haber sabido que John lo percibiría, pensó Jenny.

Así que asintió, incapaz de poner en palabras el remolino que había tenido toda la noche en la mente, desde el vuelo del dragón y desde la noche anterior. Había estado caminando por las rampas desde la puesta del sol, como si pudiera ganar con los pies a la opción que la había acechado desde hacía diez años.

Morkeleb le había ofrecido los reinos de los dragones, los caminos tejidos en el aire. Todos los poderes de la tierra y el cielo, pensó ahora, y todo el tiempo del mundo. La clave de la magia es magia; la oferta era la respuesta a todos los deseos frustrados de su vida.

—Jen —dijo John con suavidad—, nunca te quise dividida, desgarrada. Sé que nunca te has sentido completa y no quería hacerte eso. He tratado de no hacerlo.

—No has sido tú. —Hacía casi cien años, o así le parecía ahora, se había dicho a sí misma que era su propia elección y así había sido..., la elección entre no hacer nada y dejar estar las cosas como estaban, o hacer algo. Y como siempre, su mente retrocedía ante la opción.

—Tu magia ha cambiado —dijo él—. Me doy cuenta, veo lo que te está haciendo.

—Me llama —replicó ella—. Si la abrazo, no creo que quiera dejarla después, aunque pueda. Es todo lo que siempre he querido y lo que vale para mí, todo lo que tengo.

Le había dicho algo parecido hacía ya tiempo, cuando los dos eran muy jóvenes. En su deseo de posesión y en sus celos, él le había gritado entonces:

—¡En cambio, tú eres lo único que yo tengo o quiero tener!

Ahora sus brazos se apretaron un poco más contra el cuerpo de ella, y Jenny sintió que era tanto para consolarla de su dolor como para consolarse del propio, aunque sabía que las palabras que él había dicho aquella noche no eran menos ciertas ahora.

—Tú eres la que debe elegir, amor —dijo él—. Siempre has elegido tú. Todo lo que me has dado, ha sido libremente. No te retendré. —La mejilla de Jenny estaba apretada contra el pecho de él y sintió el pequeño movimiento de la sonrisa cuando John agregó—: Tampoco podría, claro está...

Fueron hasta el colchón de paja y el montón de mantas, la única comodidad que podía ofrecer la ciudadela sitiada de Halnath. Más allá de las ventanas, la humedad brillaba sobre las pizarras negras de las casas de madera más abajo; el hilo de la alcantarilla era un collar de diamantes bajo la luz de la luna. En los campamentos de los sitiadores sonaban las campanas para los ritos de medianoche de Sarmendes, Señor de los pensamientos más sabios del día.

Bajo el calor de las mantas, el cuerpo de John era familiar contra el de Jenny, tan familiar como la vieja tentación de dejar pasar las oportunidades de poder puro por otro día más. Jenny se daba cuenta perfectamente bien, como siempre, de que le era menos fácil pensar con claridad en brazos de John. Pero todavía estaba allí cuando finalmente logró dormir y descendió por el camino de sueños ambiguos que no le ofrecieron una solución.

16

Cuando Jenny despertó, John se había marchado.
Como un dragón, en sus sueños ella había notado muchas cosas; había sentido cómo él se despertaba y se quedaba quieto un rato, apoyado sobre el hombro junto a ella, mirándola dormir; sintió también cómo John se levantaba y se vestía, la tarea lenta y dolorosa de ponerse la camisa, los pantalones y las botas y la forma en que los vendajes tiraban de la masa a medio curar de cortes y abrasiones sobre su espalda y sus costados. Luego, John había cogido la alabarda de ella a modo de bastón, la había besado con dulzura y se había marchado.
Cansada todavía, Jenny se quedó quieta entre el montón de mantas y almohadones de paja y se preguntó adonde habría ido y por qué razón sentía miedo ahora al preguntárselo.
El miedo parecía flotar en el aire con las oscuras nubes de tormenta que se levantaban sobre las verdes extensiones al norte de la Pared de Nast. Había un color lívido y extraño en la luz que caía a través de las estrechas ventanas, una sensación de mal cercano que quitaba el aliento, una sensación que invadía los sueños de Jenny...
Los sueños, pensó, confusa. ¿Qué había soñado?
Le parecía recordar a Gareth y al Señor Policarpio caminando por los muros altos de la ciudadela, los dos vestidos con las túnicas negras y sueltas de los estudiantes, hablando con la vieja facilidad de su amistad interrumpida.
—Tienes que admitir que fue una calumnia muy convincente —estaba diciendo Policarpio.
—No tenía por qué creérmela con tanta facilidad —replicó Gareth con amargura.
Policarpio sonrió y sacó un catalejo de cobre de un bolsillo de sus vestidos demasiado amplios. Luego desplegó las secciones unidas para observar el cielo.
—Vas a ser Pontífice Máximo algún día, primo, así que necesitas práctica en creer cosas ridículas —dijo y luego, miró hacia el camino que llevaba al sur, como si no pudiera creer lo que veía.
Jenny frunció el ceño y recordó las marañas nebulosas de su sueño.
El rey, pensó, era el rey cabalgando por el camino hacia los campamentos de los sitiadores que rodeaban la ciudadela. Pero había algo que no estaba bien en la forma alta, tiesa y la cara como de máscara, cabalgando en la luz sulfurosa de la tormenta. ¿Un efecto del sueño?, se preguntó. ¿O era que los ojos eran en realidad amarillos..., los ojos de Zyerne?
Preocupada, se sentó en la cama y se puso la ropa. Había un cuenco de agua en un rincón de la habitación, cerca de la ventana. La superficie del agua reflejaba el cielo como un pedazo de vidrio ahumado. La mano de Jenny pasó sobre el agua; a su conjuro, vio a Morkeleb, tendido en el pequeño patio superior de la ciudadela, un cuadradito de piedra que no tenía nada adentro, excepto unos pocos manzanos resecos y un cobertizo de madera que alguna vez había guardado equipo para jardinería y ahora, como todos los demás refugios de la ciudadela, estaba lleno de libros desplazados. El dragón estaba estirado como un gato a la luz pálida del sol; los pompones enjoyados de sus antenas se movían a un lado y a otro como si olieran el tumulto en el aire y junto a él, sobre el único banco de granito del patio, estaba John.
El dragón estaba hablando.

¿Por qué esa curiosidad, Vencedor de Dragones? ¿Para saber más de nosotros la próxima vez que decidas matar a uno?

—No —dijo John—. Sólo para conocer mejor a los dragones. Tengo más limitaciones que tú, Morkeleb..., por un cuerpo que se gasta y muere antes de que la mente haya visto la mitad de lo que quiere ver, por una mente que se pasa la mitad de su tiempo haciendo lo que en realidad no querría hacer en favor de otros a los que tiene que cuidar. Tengo tanto deseo, tanta codicia de conocimiento como Jenny, como tú por el oro, tal vez más porque sé que tengo que tomar el conocimiento mientras pueda y donde pueda.
El dragón respiró con desprecio; las aletas de su nariz bordeadas de terciopelo temblaron y mostraron una onda superficial de corrientes más profundas de pensamiento; luego, desvió la cabeza. Jenny sabía que debía sentir sorpresa al poder conjurar la imagen de Morkeleb en el cuenco de agua, pero no se sorprendió; aunque no hubiera podido ponerlo en palabras, sólo en la comprensión a medias visual del habla de los dragones, sabía por qué antes había sido imposible y ahora no. Pensaba que casi hubiera podido conjurar la imagen de Morkeleb y la de todo lo que le rodeaba, sin el agua.
Durante un tiempo se quedaron callados, el hombre y el dragón, y las sombras de las cabezas de tormenta con vientres azules se movieron sobre ellos para reunirse sobre las alturas de la ciudadela. Morkeleb no era igual en el agua que cara a cara, pero era otra diferencia que sólo podía expresar un dragón. Un viento que venía en otra dirección sacudió las ramas de los árboles, que parecían coronas, y unas pocas ráfagas de lluvia tocaron el empedrado del patio debajo de ellos. Al final del patio, Jenny veía la puerta pequeña y poco llamativa, fácil de defender, que llevaba a las antecámaras de la Gruta. No era ancha, porque el comercio entre la Gruta y la ciudadela casi estaba limitado a libros y oro; en general, la mayor parte del tráfico había sido sólo conocimiento.

¿Por qué?, preguntó Morkeleb finalmente. *Si, como dices, la tuya es una vida limitada por los problemas del cuerpo y los perímetros estrechos del tiempo, si deseas el conocimiento como nosotros deseamos el oro, ¿por qué le das lo que tienes, la mitad de todo lo que posees, a otros?*

La pregunta se había alzado como una ballena desde profundidades insospechadas y John se quedó callado un momento antes de responder.
—Porque es parte de lo que es ser un ser humano, Morkeleb. Tenemos tan poco..., lo compartimos entre nosotros para que valga la pena tenerlo. Hacemos lo que hacemos porque las consecuencias de no preocuparnos por hacerlo serían peores.
La respuesta debió de tocar alguna cuerda en el alma del dragón, porque Jenny sintió, incluso a través de la visión distante, el estallido radiante de su irritación. Pero los pensamientos del dragón bajaron de nuevo a sus profundidades y se quedó quieto, casi invisible contra los colores de la piedra. Sólo sus antenas siguieron moviéndose, inquietas, como si el remolino del aire las molestara.
¿Una tormenta eléctrica?, pensó Jenny, preocupada de pronto. ¿En invierno?
—¿Jenny? —Ella levantó la vista con rapidez y vio a Policarpio de pie sobre el alto resquicio de la puerta. Primero no supo por qué, pero tembló cuando vio que el catalejo de cobre que había usado en el sueño colgaba de su cinto—. No quería despertaros..., sé que no habéis dormido mucho...
—¿Qué pasa? —preguntó ella, que oía la preocupación en la voz de él.
—Es el rey.
El estómago de Jenny se encogió como si se hubiera saltado un escalón en la oscuridad; el miedo de su sueño se endureció en ella, terriblemente real de pronto.
—Dijo que se había escapado de Zyerne..., que quería refugio aquí, que sobre todo quería hablarle a Gar. Se fueron juntos...

—¡No! —gritó Jenny, horrorizada, y el joven filósofo la miró, sorprendido. Ella se levantó de un salto y se puso la bata que había estado usando antes, con violencia, sin esperar; luego se ajustó con fuerza el cinturón—. ¡Es una trampa!
-¿Qué...?
Ella lo empujó para pasar, mientras se recogía las mangas demasiado largas sobre las manos; el aire frío y el olor del trueno la tocaron cuando salió al exterior y empezó a correr por las altas escaleras angostas. Oía a Morkeleb que la llamaba, leve y confusa la voz con la distancia; el dragón la esperaba en el patio de arriba, las escamas medio levantadas brillando inquietas en la luz enfermiza de la tormenta.

Zyerne, dijo ella*.*

Sí. Acabo de verla, caminando con tu principito hacia la puerta que va a la Gruta. Estaba disfrazada del viejo rey..., ya habían pasado por la puerta cuando yo se lo dije a Aversin. ¿Es posible que el príncipe no lo supiera, como me dijo Aversin? Sé que los humanos se engañan unos a otros con las ilusiones de su magia, pero ¿hasta su propio hijo y su sobrino al que él crió pueden ser tan estúpidos como para no ver la diferencia entre lo que ven y lo que conocieron?

Como siempre, sus palabras llegaron como imágenes a la mente de Jenny: el viejo rey inclinado, murmurando, apoyado en el hombro de Gareth para sostenerse mientras caminaban por el patio estrecho hacia la puerta de la Gruta; la mirada de pena, repulsión involuntaria y culpa terrible en los ojos del muchacho..., que sentía asco y no sabía por qué.
El corazón de Jenny empezó a golpear con fuerza.

Saben que el rey estuvo enfermo, dijo*. Sin duda Zyerne contaba con que ellos disculparan cualquier fallo en la memoria. Irá a la Piedra a sacar poder y pagará con la vida de Gareth. ¿Dónde está John? Tiene que...*

Fue tras ellos.

¿QUÉ? Como un dragón, la palabra surgió sólo como una fuente ardiente de rabia y de incredulidad. *Se hará matar.*

Seguramente lo vencerán, dijo Morkeleb con cinismo.

Pero Jenny no se quedó a esperar. Ya estaba corriendo por las angostas escaleras hacia el patio inferior. Los adoquines del suelo eran desiguales y estaban muy gastados, con las pequeñas lentejuelas de la lluvia pasajera brillando sobre ellos como cuentas de plata sobre un tejido complejo; la dureza de la roca le lastimó los pies en la carrera hacia la puertecita poco visible.
Rechazó con fuerza las palabras del dragón.

Espérame aquí. Si llega a la Piedra, tendrá todo el poder..., nunca podré vencerla como antes. Debes cogerla cuando salga...

Es la Piedra lo que me ata aquí, replicó la voz amarga del dragón en su mente. *Si la alcanza, ¿qué te hace pensar que podré hacer otra cosa que su voluntad?*

Sin contestar, Jenny abrió la puerta de un golpe y se lanzó por las antecámaras oscuras de las entrañas de la tierra.

Las había visto la mañana anterior, cuando pasó por ellas con los gnomos que habían ido a buscar a John, Gareth y Trey desde el otro lado de la Gruta. Había varias habitaciones que se usaban para el comercio y los negocios y luego un depósito, cuyas paredes estaban talladas hasta tres cuartos de su altura en el hueso vivo de la montaña. Las ventanas, muy arriba bajo los techos abovedados, dejaban pasar una luz sombría y azul en la que Jenny vio las anchas puertas de la Gruta misma, cerradas y ajustadas con bronce y cubiertas con barras macizas y trabas de hierro.

Esas puertas todavía estaban cerradas, pero la puerta pequeña, apenas del tamaño de un hombre, estaba abierta. Al otro lado, sólo oscuridad y el olor frío de la roca, el agua y la podredumbre. Jenny se subió la túnica, trepó sobre el alféizar ancho y siguió adelante, los sentidos extendidos más allá, como un dragón, los ojos buscando las runas de plata que había escrito en las rocas el día anterior para marcar el camino.

El primer pasaje era ancho y alguna vez había sido agradable: con fuente y piletas a lo largo de sus paredes. Ahora, algunas estaban rotas, otras atascadas por los meses de abandono; el musgo las cubría y el agua corría brillante por las paredes y por la piedra bajo los pies de Jenny y se deslizaba, fría, por sus tobillos. Mientras caminaba, su mente examinaba la oscuridad adelante; volvió por el camino que había hecho el día anterior y se detuvo una y otra vez para escuchar. El camino pasaba cerca de los Lugares de Curación, pero no a través de ellos; en algún lugar, tendría que doblar y buscar por pasadizos sin marcar.

Así que sentía el aire, buscando el tintineo vivo de la magia que marcaba el corazón de la Gruta. Tenía que estar más abajo, pensaba, abajo y a su izquierda. La mente volvía una y otra vez a las palabras de Mab sobre un paso en falso y la muerte por hambre en los laberintos oscuros. Si se perdía, se dijo, Morkeleb podría oírla y guiarla...

Pero no si Zyerne alcanzaba la Piedra, pensó de pronto. El poder y el deseo de la Piedra estaban hundidos en la mente del dragón. Si Jenny se perdía, y Zyerne alcanzaba la Piedra y obtenía el control sobre Morkeleb, no volvería a ver la luz del día.

Se apresuró; pasó por las puertas que se habían cerrado para defender la ciudadela desde la Gruta, todas abiertas ahora por Gareth y el que él suponía que era el rey. Junto a la última de ellas, vio los sacos de pólvora de los que había hablado Balgud, esa defensa final en la que había puesto tanta fe. Más allá había una bifurcación de caminos, y ella se detuvo de nuevo bajo un arco tallado como una boca monstruosa, con estalactitas de marfil en la mueca de una encía arrugada de granito color salmón. Su instinto le decía que ése era el lugar..., dos túneles salían del principal, los dos hacia abajo, los dos a la izquierda. Un poco más abajo en el más cercano, junto al ruidito del agua que salía de un caño roto, una pisada húmeda marcaba la piedra que bajaba en una ladera empinada.

John, adivinó ella, porque la huella era de un pie que se había arrastrado un poco. Más adelante por ese mismo camino, vio la marca de una bota más seca, más estrecha y de forma distinta. Vio las huellas de nuevo, secas hasta ser apenas una mancha de humedad en los primeros peldaños de una escalera estrecha que se retorcía como un sendero subiendo una colina sembrada de enormes hongos de piedra en una caverna llena de ecos, más allá de las mansiones de alabastro negro de los gnomos, hacia una puerta estrecha en una pared. Jenny escribió una runa junto a la puerta y siguió adelante, a través de una grieta en la roca cuyas paredes podía tocar con los brazos extendidos, siempre hacia abajo, hacia las entrañas de la tierra.

En el peso agobiante de la oscuridad, vio el temblor leve de una luz amarilla.

No se atrevió a llamar; siguió adelante sin ruido. El aire era más tibio allí, antinatural en esos abismos húmedos; sintió las vibraciones sutiles de la magia viva que rodeaba la Piedra. Pero ahora había algo malsano en el aire, como el primer olor de la

podredumbre en la carne envejecida o el verde lívido que sus ojos de dragón habían visto en el agua envenenada. Comprendió entonces que Mab tenía razón y Balgud estaba equivocado. La Piedra estaba sucia. Los hechizos que se habían fabricado con su fuerza se deterioraban lentamente, pervertidos por los venenos destilados por la mente de Zyerne.
Al final de una habitación triangular del tamaño de una docena de graneros, encontró una antorcha que se extinguía cerca del pie de una escalera de peldaños muy planos. La puerta de hierro al final estaba entreabierta y sin trabar y atravesado en el umbral estaba John, inconsciente, mientras las babosas de la basura le olisqueaban ya la cara y las manos.
Más allá, en la oscuridad, Jenny oyó la voz de Gareth que gritaba:
—¡Basta! —Y el murmullo malvado, dulce de la risa de Zyerne.
—Gareth —respiró la voz suave—, ¿alguna vez creíste de verdad que podrías detenerme?
Sacudida ahora con un frío que parecía cristalizarse en la médula de sus huesos, Jenny corrió hacia delante, al corazón de la Gruta.
Los vio, a través del bosque de pilares de alabastro, bajo las sombras nerviosas de la antorcha de Gareth que se sacudía sobre la puntilla blanca de piedra que bordeaba la pista de baile abierta. La cara del muchacho parecía blanca como la de un muerto contra la túnica de estudiante que usaba, negra, basta; los ojos le brillaban con el terror de pesadilla de cada sueño, cada encuentro con la amante de su padre y el conocimiento de su propia debilidad terrorífica. En la mano derecha tenía la alabarda que John había estado usando como bastón. John debía de haberle avisado que quien lo acompañaba era Zyerne antes de caer, pensaba Jenny. Al menos Gareth tiene un arma. Pero si era capaz de usarla o no era otro problema.
La Piedra parecía brillar en el centro de la pista de baile, de ónix, hundida en la oscuridad brillante con una luz enfermiza de cadáver que le era propia. La mujer que había frente a ella estaba radiante, hermosa como la Muerte que dicen que camina en el mar en épocas de tormenta. Parecía más joven que nunca a los ojos de Jenny, con la fragilidad virginal de una niña que era al mismo tiempo una armadura contra la desesperación de Gareth y un arma para desgarrar su carne si no su alma. Pero hasta en esa forma delicada había algo nauseabundo en ella, como mazapán envenenado..., una sensualidad apabullante, corrupta. Un viento que Jenny no sentía parecía levantar el suave cabello oscuro de Zyerne y las mangas de la camisa frágil y blanca que era todo lo que llevaba. Jenny se detuvo en el borde del claro del bosque de piedra y se dio cuenta de que estaba viendo a Zyerne como había sido antes, cuando apareció por primera vez en ese lugar, una niña nacida para ser maga que había corrido por esos pasillos sin luz buscando poder como ella lo había buscado en el norte lluvioso; tratando, como ella, de sobreponerse a su manera a la falta de ese poder.
Zyerne rió; la boca dulce se partió para mostrar perlas de dientes.
—Es mi destino —murmuró y las manos pequeñas acariciaron el brillo negro azulado de la Piedra—. Los gnomos no tenían derecho a guardarla para ellos. Ahora es mía. Estaba escrito que sería mía desde los comienzos del mundo. Como tú.
Extendió las manos y Gareth susurró:
—No. —Tenía la voz débil y desesperada mientras el deseo le mordía la carne.
—¿Qué es ese no? Estás hecho para mí, Gareth. Hecho para ser rey. Hecho para ser mi amor. Hecho para ser el padre de mi hijo.
Como un fantasma en un sueño, Zyerne se deslizó hacia él sobre la negrura aceitada de la gran pista. Gareth la amenazó con la antorcha, pero ella sólo volvió a reír y ni siquiera retrocedió. Sabía que él no tenía el valor de tocarla con la llama. Él caminó de lado con la alabarda en la mano, pero Jenny veía que tenía la cara cubierta de sudor.

Le temblaba todo el cuerpo cuando buscó la última fuerza que le quedaba para cortarla cuando se acercara lo suficiente..., luchando por mantener la decisión de hacerlo contra el deseo de arrojar el arma y apretarla entre sus brazos.
Jenny se adelantó desde el claro de alabastro en un brillo de luz azul de magia y su voz cortó el aire palpitante como un cuchillo que desgarra una tela.
—¡ZYERNE! —gritó y la hechicera giró en redondo, los ojos amarillos como los de un diablo con forma de gato en el brillo blanco de la luz, como la otra vez, en los bosques. El hechizo que había echado sobre Gareth desapareció, y en ese instante, él le arrojó la alabarda con todas sus fuerzas.
Zyerne hizo el hechizo de desviación casi con desprecio y el arma chilló y crujió sobre el piso de piedra. Luego ella se volvió de nuevo hacia Gareth y levantó la mano, pero Jenny se adelantó —la rabia giraba a su alrededor como humo de leña y fósforo— y envió contra Zyerne una soga de fuego que surgió, fría, de la palma de su mano.
Zyerne la arrojó lejos y la soga cayó, silbando sobre el suelo negro. Los ojos amarillos ardieron con luz de mal.
—Tú —murmuró—, te dije que conseguiría la Piedra y te dije lo que haría contigo cuando la tuviera, perra ignorante. Voy a pudrirte los huesos por lo que me hiciste.
Un hechizo de invalidez y ruina golpeó como un rayo en el aire cerrado de la caverna y Jenny se acobardó. Sentía que todas sus defensas se encorvaban y se torcían. El poder que empuñaba Zyerne era como un peso; la sombra vasta que Jenny había sentido antes se convirtió ahora en el peso de la tierra apoyado en el lugar de su cuerpo en que el poder la había golpeado. Jenny arrojó ese peso lejos de sí y se deslizó escapando; pero durante un segundo se quedó sin fuerzas para nada más. Un segundo hechizo la golpeó y un tercero, que le mordió los músculos y los órganos del cuerpo, humeando en el borde de su túnica. Jenny sintió que algo se quebraba en su interior y mordió el gusto de la sangre en su boca; la cabeza le latía, le ardía el cerebro y todo el oxígeno del mundo era insuficiente en sus pulmones. Bajo esos golpes terribles, ya no podía hacer otra cosa que defenderse; no podía arrancar de sí misma un contra hechizo, nada que detuviera la pelea. Y todo el tiempo, sentía la forma en que se tejían los hechizos de muerte: perversiones hinchadas y terribles de lo que ella misma había tejido alguna vez, que volvía como una venganza a aplastarla con sus propias palabras. Sintió la mente de Zyerne llena del poder de la Piedra, cavando como una aguja negra de dolor en la suya; sintió las garras de una esencia envenenada y viciosa que buscaba su consentimiento.
¿Y por qué no?, pensó ella. Como el fango negro de pústulas que estallan, todo su odio a sí misma flotó a la luz. Había matado a otros más débiles que ella, había odiado a su maestro, había usado a un hombre que la amaba para su placer y había abandonado a los hijos de su cuerpo, había abandonado su derecho de nacimiento al poder por miedo y por pereza. Su cuerpo gritaba y su voluntad para resistir las agonías cada vez mayores se debilitaba frente a la embestida ardiente de la mente. ¿Cómo podía esperar vencer el mal de Zyerne cuando ella misma era mal sin siquiera la excusa de la grandeza de Zyerne?
La rabia le golpeó como la lluvia helada de las Tierras de Invierno y reconoció lo que le pasaba: era un hechizo. Como un dragón, Zyerne engañaba con la verdad, pero era un engaño de todos modos. Levantó la vista y vio esa cara perfecta, malvada sobre la suya, los ojos amarillos llenos de fuego y satisfacción. Levantó las frágiles muñecas mientras los huesos de las manos le ardían como los de una vieja en una noche de invierno; pero forzó sus manos a cerrarse.

¿Grandeza?, gritó su mente, dividiéndose de nuevo a través de la niebla de dolor y hechizo*. Sólo tú te ves grande, Zyerne. Sí, soy mala y débil y cobarde pero, como un dragón, sé lo que soy. Tú eres una criatura de mentiras, de venenos, de miedos*

pequeños y mezquinos y eso es lo que te matará. No importa si yo muero o no, Zyerne; tú serás la que traerá tu propia muerte a tu cuerpo, no por lo que haces sino por lo que eres.

Sintió que la mente de Zyerne retrocedía ante esas palabras. Con un movimiento furioso, Jenny quebró el dominio brutal de aquella mente sobre la suya. En ese momento, alguien le separó las manos. De rodillas, miró hacia arriba, a través de la maraña de su pelo y vio cómo la cara de la encantadora se ponía lívida. Zyerne aulló:
—¡Tú! Tú... —Con una obscenidad desgarradora, el cuerpo entero de la maga se envolvió en los harapos de calor y fuego y poder. Jenny, que se dio cuenta de pronto que el peligro era más contra su cuerpo que contra su alma, se arrojó al suelo y rodó para apartarse de ella. En la mezcla arremolinada de calor y poder había una criatura que Jenny nunca había visto antes, horrible, deforme, como si una cucaracha gigante de las grutas se hubiera cruzado con un tigre. Con un grito ronco, la cosa se arrojó sobre Jenny.
Jenny rodó para apartarse del toque de las patas, afiladas como navajas. Oyó que Gareth gritaba su nombre, pero no con terror como hubiera hecho hacía un tiempo, y por el rabillo del ojo, lo vio pasarle la alabarda a las manos por el suelo resbaladizo como el vidrio. Ella cogió el arma justo a tiempo para detener el segundo ataque. El metal de la hoja crujió sobre las mandíbulas terribles mientras el peso enorme de la cosa arrojaba a Jenny contra la Piedra negra azulada. Luego, la cosa se volvió y retrocedió sobre sus huellas como había hecho Zyerne esa noche en el claro del bosque y en su mente, a Jenny le pareció oír la voz distante de la encantadora que aullaba:
—¡Ya verás! ¡Todos lo verán!
La cosa se escurrió por la selva de alabastro, buscando los túneles negros que llevaban a la superficie.
Jenny empezó a levantarse para seguirla y cayó a los pies de la Piedra. El cuerpo le dolía en cada miembro, cada músculo; sentía la mente masacrada por la crueldad desgarrante de los hechizos de Zyerne, sangrante todavía por su propia aceptación de lo que era. La mano, que ahora veía sobre el puño de la alabarda, ya no parecía parte de ella, aunque para su sorpresa veía que estaba todavía en la punta del brazo y unida a su cuerpo; los dedos castaños estaban cubiertos de cortes, algún ataque que ni siquiera había sentido en su momento. Gareth se inclinaba sobre ella con la antorcha mojada en la mano.
—Jenny, despertad, por favor, Jenny. No quiero ir detrás de eso yo solo.
—No —logró murmurar ella y tragó sangre. Algún instinto le dijo que la lesión que había en su interior se había cerrado, pero se sentía descompuesta y seca. Trató de ponerse de pie y cayó. Vomitó. Sintió que las manos del muchacho la sostenían a pesar de que temblaban de miedo. Después, vacía y helada, se preguntó si se desmayaría y se dijo a sí misma que no debía hacerse la tonta.
—Va a buscar a Morkeleb —murmuró y se levantó de nuevo, como pudo, el cabello negro colgándole sobre la cara—. El poder de la Piedra domina al dragón. Y podrá regir su mente como no pudo regir la mía.
Se puso de pie del todo. Gareth la ayudó con tanta suavidad como podía y le levantó la alabarda.
—Tengo que detenerla antes de que salga de las cavernas. He vencido a su mente. Mientras los túneles pongan un límite a su tamaño, tal vez pueda vencer su cuerpo. Quédate aquí y ayuda a John.
—Pero... —empezó Gareth. Ella se soltó de sus manos y se alejó hacia el umbral oscuro en una carrera interrumpida por traspiés.

Más allá del umbral, los hechizos de confusión y pérdida se tejían en la oscuridad. Las runas que había trazado mientras seguía a John ya no estaban allí y durante unos momentos, la oscuridad sutil de la magia de Zyerne llenó su mente y la ahogó. De pronto, todos esos caminos velados parecían iguales. El pánico subió a la garganta de Jenny, le pareció ver la imagen de sí misma vagando para siempre en la oscuridad; luego, la parte de ella que había encontrado el camino en los bosques de las Tierras de Invierno, dijo: Piensa; piensa y escucha. Dejó salir la magia de su mente y miró a su alrededor en la oscuridad; con su instinto de mujer de los bosques, había mirado cuidadosamente la ruta mientras marcaba las runas, había visto cómo se veían las cosas al venir del otro lado. Extendió sus sentidos a través del dominio fantasmagórico de piedra tallada, escuchando los ecos que se cruzaban una y otra vez en la negrura. Oyó el murmullo casi mudo de la voz de John que hablaba con Gareth de las puertas que los gnomos habían pensado asegurar y el roce agudo de quitina sucia en algún lugar, más adelante. Su conciencia se hizo más profunda y oyó a los gusanos de las cuevas que resbalaban, huyendo asustados de un gusano más grande. Luego, empezó la persecución con rapidez.

Le había dicho a Morkeleb que cuidara la puerta exterior. Esperaba que el dragón hubiera tenido el sentido común de no hacerlo, pero eso importaba poco en realidad. El poder de la Piedra estaba en Zyerne..., de ese poder había sacado las reservas más profundas de su fuerza, sabiendo que, cuando tuviera que pagar por eso, tendría muchas vidas a su disposición para hacerlo. El poder de la Piedra estaba en la mente de Morkeleb, más fuerte ahora que cuando esa mente y la de Jenny se habían tocado. Con el dragón como esclavo de Zyerne, la ciudadela se rendiría y la Piedra sería de Zyerne para siempre.

Jenny se apresuró todavía más. Trotó y sintió que el movimiento le quebraría los huesos. Sus pies desnudos salpicaban al caminar sobre el agua de las cavernas; sonaban como un golpeteo suave entre las formas amenazantes de la oscuridad de piedra caliza; Jenny sentía las manos congeladas alrededor del puño de la alabarda. No sabía cuánta ventaja le llevaba Zyerne ni lo rápido que podía viajar esa abominación en la que se había convertido. Zyerne no tenía poder sobre ella pero Jenny tenía miedo de encontrarla y tener que medir su cuerpo contra ese otro cuerpo monstruoso. Una parte de su mente pensó con agudeza que John debería haber estado a cargo de eso y no ella; encargarse de los monstruos no era su especialidad. Sonrió con amargura. Mab tenía razón: había otros males en esa tierra, además de los dragones.

Pasó por una ladera de hongos de piedra, un arco de dientes como dagas grotescas. El corazón le latía con fuerza y el cuerpo congelado le dolía con la ruina que Zyerne había conjurado en él. Corrió junto a los cerrojos y las barras en las que los gnomos habían puesto tanta fe, consciente de que llegaba demasiado tarde.

En la penumbra azul de los arcos bajo la ciudadela, encontró muebles caídos y esparcidos por todas partes y se obligó a ir más rápido con la fuerza de la desesperación. Vio un reflejo de la luz febril del día a través de un umbral; el hedor de la sangre la golpeó en la nariz cuando tropezó y al mirar hacia abajo, vio el cuerpo decapitado de un gnomo en un lago de sangre tibia a sus pies La última habitación de la parte inferior de la ciudadela era un matadero. Hombres y gnomos yacían allí y sobre el umbral que daba hacia afuera: los vestidos negros empapados en sangre; el aire cerrado de la habitación apestaba por la sangre coagulada que había salpicado las paredes y hasta el techo. Desde detrás del umbral le llegaron los gritos y el hedor de carne quemada; tropezando a través de la masacre, Jenny gritó: ¡Morkeleb! Arrojó la música del nombre del dragón como una soga en el vacío. La mente del dragón tocó la suya y el peso terrible de la Piedra los ahogó a los dos.

La luz brilló en los ojos de Jenny. Trepó sobre los cuerpos del umbral y se quedó de pie, parpadeando un instante en el patio inferior mientras miraba a su alrededor las piedras chamuscadas y cubiertas con un barro seco de sangre. Frente a ella se agachaba la criatura, más grande e infinitamente más horrenda a la luz del día gris y tormentoso, metamorfoseada en algo que era como una hormiga con alas, pero sin la gracia compacta de una hormiga. Serpiente, escorpión, escualo, avispa, era todo lo horrible, pero nada en sí misma. La risa aullido que llenó su mente era la de Zyerne. Era la voz de Zyerne la que oyó, llamando a Morkeleb como había llamado a Gareth y al poder de la Piedra: un nudo cada vez más ajustado en la mente del dragón.

Morkeleb estaba agachado e inmóvil contra la rampa más lejana del patio. Tenía las espinas y escamas levantadas para la batalla, pero a la mente de Jenny no llegaba otra cosa que una agonía desgarradora. El peso terrible, sombrío de la Piedra desgarraba la mente del animal, un poder construido generación tras generación, fermentado en sí mismo y dirigido por Zyerne contra el dragón, conjurándolo, exigiéndole que cediera. Jenny sintió que la mente del dragón era un nudo de hierro contra la orden imperiosa y sintió el momento en que el nudo se fisuraba.

Volvió a gritar: ¡Morkeleb!, y se arrojó, mente y cuerpo, hacia él. Las mentes de los dos se unieron y se fundieron. A través de los ojos del dragón, vio la forma horrible de la criatura y comprendió la manera en que él había reconocido a Zyerne a través de su disfraz: la forma del alma de la hechicera era inconfundible. Por otra parte, lateralmente, Jenny era consciente de que eso era verdad para cada uno de los hombres y los gnomos que se escondían detrás de los umbrales y la protección de las torrecillas; veía las cosas como las ve un dragón. La fuerza de la Piedra golpeaba contra la mente de Jenny y sin embargo, no tenía poder sobre ella, ningún dominio sobre lo que hacía. A través de los ojos de Morkeleb, se vio a sí misma que todavía corría hacia él (en cierto modo, hacia sí misma) y vio cómo la criatura se volvía para golpear rápido ese harapo pequeño de huesos y cabello envuelto en negro, al que ella reconocía de una forma distante como su propio cuerpo.

Su mente estaba dentro de la del dragón: un escudo contra el dominio ardiente de la Piedra. Como un gato, el dragón golpeó y la criatura que había sido Zyerne se volvió para enfrentarse a la amenaza inesperada. Mitad en su propio cuerpo, mitad en el de Morkeleb, Jenny se metió bajo el vientre saliente, hinchado, del monstruo que se alzaba enorme, cerca de ella y le hundió la alabarda. Cuando la hoja cortó la carne maloliente, oyó la voz de Zyerne en su mente, gritándole las obscenidades de putita malcriada que los gnomos habían recibido por la promesa de poder que veían en ella. Luego, la criatura recogió sus miembros desmantelados debajo de su cuerpo y se arrojó hacia el cielo. Por encima de su cabeza, Jenny oyó el rugir caliente del trueno.

Su contrahechizo bloqueó el rayo que hubiera caído sobre el patio un instante después; usó un hechizo de dragón, como esos que usan los que recorren las rutas del aire para volar en medio de las tormentas. Morkeleb estaba junto a ella; la mente de Jenny lo protegía de la Piedra mientras el cuerpo del dragón la protegía a ella de la fuerza mayor de Zyerne. Con las mentes entrelazadas, no necesitaban palabras. Jenny levantó las uñas de punta de cuchillo de las patas delanteras del dragón y él la llevó hasta su espalda; ella se apretó, incómoda, contra las puntas de lanza que guardaban su columna. Volvieron a oír el trueno y la falta de aliento terrible del ozono. Jenny arrojó un hechizo para desviar ese rayo, y el fuego —canalizado, como lo vio ella, a través de la criatura que flotaba en el aire lívido como una bolsa de pus a la deriva sobre la ciudadela— golpeó el arma tubular para disparar arpones sobre la rampa. El arma explotó en una estrella ardiente de llama y hierro quebrado y los dos hombres que llevaban otra catapulta para disparar al monstruo dieron media vuelta y huyeron.

Jenny comprendió entonces que Zyerne había conjurado la tormenta, la había llamado con sus poderes a través de la Piedra desde muy lejos y la magia de la Piedra le daba el poder de dirigir el rayo para hacerlo caer cuando quisiera y donde quisiera. Ésas eran sus armas para destruir la ciudadela: la Piedra, la tormenta y el dragón.
Se quitó el cinturón y lo usó para atarse a la espina de medio metro que tenía por delante. No le serviría de mucho si el dragón se ponía boca abajo en vuelo pero impediría que cayera de lado y eso era todo lo que podía esperar por el momento. Sabía que su cuerpo estaba exhausto y herido pero la mente del dragón la elevó de sí misma y de todos modos, no tenía opción. Se cerró como una ostra ante el dolor y arrancó los Límites de su cabeza y de su carne.
El dragón se arrojó al cielo con violencia hacia la cosa que lo esperaba más arriba.
El viento los desgarró, abofeteando las alas de Morkeleb de modo que el dragón tuvo que girar de pronto para impedir que el aire lo aplastara contra la torre más alta de la ciudadela. Desde arriba, la criatura escupió una lluvia de moco ácido, de color verde y maloliente, que tocó las manos y la cara de Jenny como veneno e hizo huellas humeantes de corrosión sobre el acero de las escamas del dragón. Furiosa, tratando de mantener la mente concentrada contra la agonía de dolor, que la sacudía, Jenny envió su voluntad a las nubes y la lluvia empezó a caer, lavando el ácido y cegándola a medias con su furia. La melena negra colgaba pegajosa contra los hombros de Jenny cuando el dragón giró en el viento y ella oyó cómo el rayo volvía a canalizarse desde la criatura que volaba frente a ellos. Lo aferró con la mente y lo arrojó de vuelta. Estalló en algún lugar entre las dos combatientes y el golpe desgarró los huesos de Jenny como un martillazo. Había olvidado que no era un dragón y que su carne era mortal.
Luego, la criatura cayó sobre ellos; sus alas gruesas chirriaban como las de un insecto. El peso hizo rodar al dragón en el aire y Jenny tuvo que aferrarse a las espinas a ambos lados por debajo de las hojas afiladas, pero de todos modos se cortó los dedos. La tierra rodó y giró debajo de ellos, pero los ojos y la mente de Jenny atraparon a la criatura que volaba más arriba. Su olor era impresionante, y desde la masa pululante de su piel, salía una cabeza como un tiburón que mordía las junturas macizas de las alas del dragón mientras el remolino de hechizos del mal tragaba y desgarraba todo alrededor de los tres, lastimando las dos mentes unidas.
Un líquido amarillo como la sangre de los dioses estalló en la boca de la criatura cuando mordió las espinas de las uniones de las alas. Jenny golpeó los ojos, humanos y grandes como puños, dorados y grises como aguamiel: los ojos de Zyerne. La hoja de la alabarda desgarró la carne y entre las capas separadas de la herida brotaron otras cabezas como una maraña de víboras en la sangre derramada, desgarrando la túnica negra y la piel de Jenny con bocas que chupaban, furiosas. Con amargura, luchando contra una sensación de horror de pesadilla, Jenny volvió a cortar; las manos agrietadas se cubrieron de barro. La mitad de su mente conjuraba desde el fondo del alma del dragón los hechizos de curación contra los venenos que sabía que había guardados en esas sucias mandíbulas.
Cuando golpeó el otro ojo, la criatura los soltó. El dolor de las heridas de Morkeleb y las suyas propias desgarró a Jenny cuando él giró hacia el cielo y entonces, supo que él también sentía la quemadura en la piel lastimada de la mujer. La ciudadela cayó tras ellos, como en un abismo. La lluvia las empapaba como agua de un cubo. Jenny levantó la vista y vio el brillo mortífero, púrpura, de los rayos guardados en el borde de las almohadas negras de las nubes, tan cerca sobre sus cabezas. La presión del alma de Zyerne sobre la de los dos disminuyó cuando la encantadora reunió sus propios hechizos, hechizos de naufragio y ruina contra la ciudadela y sus defensores.
Las nieblas velaron los pliegues ascendentes de la tierra que había debajo de ellos, la fortaleza de juguete y la esmeralda y la pizarra húmedas de las colinas cerca del

arroyo blanco del río. Morkeleb hizo un círculo, los ojos de Jenny dentro de los suyos, mirando todo con una calma clara, increíble. El rayo cayó frente a Jenny y ella vio, como si la hubieran dibujado en líneas finas y negras frente a ella, la explosión de otra catapulta sobre las rampas. El hombre que la había estado enrollando cayó sobre el parapeto y se derrumbó con limpieza sobre el acantilado.

Luego el dragón dobló las alas y se dejó caer. Con la mente dentro de la de Morkeleb, Jenny no sentía miedo, aferrada a las espinas mientras el viento le desgarraba el cabello mojado y la túnica ensangrentada, empapada de lluvia y pegada a su cuerpo y a sus brazos. La mente de Jenny era como la de un halcón que se deja caer para el ataque. Vio, con un placer preciso, el cuerpo embolsado, machacado que era su blanco y sintió la alegría del impacto que llegaría sólo cuando el dragón clavara las garras...

El impacto casi la arrojó de su posición precaria sobre la columna del dragón. La criatura se retorció y se combó en el aire, luego giró bajo ellos y aferró con una docena de bocas el vientre y costados de Morkeleb y no le importaron ni las espinas ni el golpe brutal de la cola del dragón. Algo desgarró la espalda de Jenny; se volvió y mutiló la cabeza de un tentáculo de serpiente que la había atacado, pero sintió que la sangre fluía de su herida. Sus esfuerzos para cerrar esa herida fueron nulos y lentos. Los dos parecían haber caído en un vórtice de hechizos y el peso de la fuerza de la Piedra los tragaba, tratando de desatar el nudo cerrado de sus mentes.

Ya no sabía qué era magia humana y qué, magia del dragón; sólo sabía que las dos brillaban, hierro y oro, en una arma fundida que atacó al cuerpo y el alma de Zyerne. Jenny sentía el cansancio cada vez mayor de Morkeleb y su propio mareo mientras allá abajo, giraban, locos, las paredes y los acantilados con dientes de roca de la Pared de Nast. Cuanto más cortaban y desgarraban la criatura maloliente, horrible, tantas más bocas y tentáculos crecían de las heridas y tanto más fuerte se aferraban a los dos. Jenny ya no tenía más miedo que el que siente una bestia en un combate con otro de la misma especie, pero sí sentía el peso creciente de la cosa a medida que se multiplicaba y se hacía más grande y más poderosa mientras los dos cuerpos entrelazados luchaban en un mar de lluvia enfurecida.

El final, cuando llegó, fue sorpresivo, como el impacto de un garrote. Jenny sintió un rugido terrible en alguna parte de la tierra allá abajo, sordo y tembloroso a través de su conciencia concentrada en un solo objetivo y además, exhausta; luego, más claramente, oyó una voz como la de Zyerne que gritaba, una voz multiplicada mil veces a través de los hechizos que la sofocaban hasta que entró como un hacha en el cerebro de su enemiga con el eco terrible de un dolor indescriptible.

Como el pasaje de un segmento de sueño a otro, Jenny sintió que los hechizos que los rodeaban se extinguían y que la carne y el músculo fláccido que los aferraban se precipitaban hacia el suelo. Algo brilló entre los dos combatientes y, luego cayó a través del aire lleno de lluvia hacia las crestas mojadas de los techos de la ciudadela. Jenny se dio cuenta de que ese aletear de cabello castaño y vestido blanco que se había lanzado hacia abajo era Zyerne.

El instantáneo *Atrápala* y la respuesta de Morkeleb *Déjala caer* brillaron entre los dos un instante, como una chispa. Luego, sintió que el dragón se lanzaba de nuevo, como antes, como un halcón, rastreando el cuerpo que se derrumbaba con los precisos ojos de cristal y acogiéndolo en el aire con la exactitud de un niño que juega a las canicas.

Grises como el carbón por la lluvia, las paredes del patio de la ciudadela se alzaron alrededor de los tres. Hombres, mujeres y gnomos habían subido a las rampas, el cabello pegado a la cabeza por el estallido de las nubes al que nadie estaba prestando la más mínima atención. Un humo blanco salía de la puerta estrecha que daba a la Gruta, pero todos los ojos estaban levantados hacia el cielo, hacia la forma negra que se lanzaba como una plomada.

El dragón se balanceó un momento sobre el ancho de veinte metros de sus alas, luego extendió tres de sus delicadas patas para tocar el suelo. Con la cuarta, puso a Zyerne sobre la piedra llena de charcos del suelo del patio y el cabello negro se extendió a su alrededor bajo la lluvia persistente.

Jenny se deslizó desde el lomo del dragón y supo enseguida que Zyerne estaba muerta. La boca y los ojos estaban abiertos. Distorsionada por la rabia y el terror, la cara era ahora afilada y astuta, grabada por la preocupación constante y la adicción a enojos mezquinos.

Temblando de cansancio, Jenny se recostó contra la curva del hombro del dragón. Lentamente, la espiral titilante de sus mentes se desenredó. El borde de brillo y color que parecía rodearlo todo se desvaneció de la vista de Jenny. Las cosas vivas tenían cuerpos sólidos otra vez, en lugar de fantasmas incorpóreos de carne a través de los cuales brillaban las formas de las almas.

Miles de dolores la asaltaron: los de su cuerpo y los de la ruina desnuda e hiriente de su mente. Se dio cuenta de la sangre que le pegaba la bata desgarrada a la espalda y le corría por las piernas hasta los pies desnudos; se dio cuenta de la oscuridad de su corazón, la oscuridad que había aceptado en su batalla con Zyerne.

Aferrada a las escamas puntiagudas para sostenerse, bajó la vista hacia la cara aguda, blanca, que miraba hacia arriba con los ojos muy abiertos desde los charcos golpeados por la lluvia. Una mano humana le sostuvo el codo y vio a Trey junto a ella; el cabello frívolo y teñido, pegado por la lluvia alrededor de la cara pálida. Estaba cerca. Jenny nunca había visto a nadie acercarse así a Morkeleb, excepto ella misma, claro. Un momento después, se les unió Policarpio, un brazo envuelto en unas vendas provisionales y el cabello rojo quemado por el primer ataque de la criatura contra la puerta.

El viento blanco todavía subía desde la puerta de la Gruta. Jenny tosió y los pulmones le dolieron con los humos acres. Todos los que estaban en el patio tosían; era como si la Gruta misma estuviera en llamas.

Llegaron más toses desde adentro. En el umbral sombrío se materializaron dos figuras, la más baja recostada sobre la más alta. Desde caras manchadas de carbón, dos pares de anteojos brillaron, blancos en la luz pálida.

Un momento después salieron del humo y la sombra al silencio sorprendido de la multitud que los esperaba en el patio.

—Calculé mal la cantidad de pólvora —se disculpó John.

17

Desde que John y Gareth volaron la Piedra, pasaron muchos días antes de que Jenny empezara a recuperarse de la batalla sostenida por abajo y por encima de la ciudadela.
Tenía recuerdos brumosos de los dos hombres contándole a Policarpio cómo habían rastreado el camino hacia atrás, hacia la habitación junto a las puertas en que los gnomos habían dejado los sacos con pólvora y un recuerdo vago de Morkeleb cogiéndola entre las garras cuando cayó y llevándola, como un gato, hacia el pequeño refugio del patio superior. Más claro era el recuerdo de la voz de John, que prohibía a los demás ir tras ellos.
—Necesita una curación que nosotros no podemos darle —le oyó decir a Gareth—. Déjala.
Jenny se preguntó cómo había sabido eso pero claro, John la conocía muy bien.
Morkeleb la curó como curan los dragones, guiando el cuerpo con la mente. El cuerpo de Jenny se curó con rapidez: los venenos se quemaron y desaparecieron de sus venas, las heridas rojas, abiertas por las bocas de la criatura se cerraron y dejaron cicatrices feas, redondas, del tamaño de una palma. Como las heridas de las batallas con los dragones en el cuerpo de John, ella las llevaría por el resto de su vida.
La mente de Jenny se curó con más lentitud. Las heridas de la batalla con Zyerne siguieron abiertas. La peor era la conciencia de haber abandonado el derecho al poder que tenía desde su nacimiento, no a causa del destino que le había negado la habilidad ni de las circunstancias que la habían alejado de la educación necesaria, sino a causa de su propio miedo.

Son tuyos con sólo extender la mano, había dicho Morkeleb.

Ella sabía que siempre había sido así.
Volviendo la cabeza desde las sombras del cobertizo lleno de libros, veía al dragón, acostado en el débil sol del patio, una cobra negra con la cabeza tallada y levantada, las antenas inquietas, escuchando el viento. Sentía el alma raspada y manchada con la mente y el alma del dragón y la vida enredada en las cuerdas de cristal del ser de Morkeleb.
Una vez le preguntó por qué se había quedado en la ciudadela a curarla.

La Piedra está rota..., los lazos que te ataban a este lugar ya no existen.

Sintió que la rabia enroscada dentro del ser del dragón se movía un poco.

No sé, mujer maga. No podrías haberte curado a ti misma..., yo no quería verte herida para siempre.

Las palabras estaban manchadas no sólo con rabia sino con el recuerdo del miedo y con una especie de vergüenza.

¿Por qué?, le preguntó ella*. Dijiste muchas veces que los asuntos de la humanidad no son nada para los dragones.*

Las escamas del dragón crujieron levemente al levantarse y luego, con un murmullo seco, se acomodaron de nuevo. Los dragones no mienten, pero ella sintió que la masa de la mente de él se cerraba para ella.

Y no lo son. Pero desde que me curaste y compartiste conmigo la canción del oro en la Gruta, he sentido moverse en mí cosas que no comprendo. Mi poder despertó el poder en ti, pero no sé qué es eso que hay en ti que despertó su reflejo en mí porque no es cosa de dragones. Me dejó sentir la garra de la Piedra mientras volaba hacia el norte, un deseo y un dolor que antes era sólo mi propio deseo. Ahora, por eso, no quiero verte lastimada, no quiero que mueras como mueren los humanos. Quiero que vengas conmigo al norte, Jenny; quiero que seas un dragón con el poder que siempre buscaste. Lo quiero tanto como he querido siempre el oro de la tierra. No sé por qué. ¿Y no es eso lo que tú también quieres?

Pero Jenny no le contestó.

Mucho antes de que pudiera levantarse, John se arrastró por los escalones hasta el patio superior para verla, se sentó junto a ella en el estrecho jergón improvisado en su pequeño refugio, le pasó la mano por el cabello como solía hacer en el fuerte en esas noches que ella venía a pasar con él y con sus hijos. Hablaba de cosas sin importancia: de la forma en que se desmantelaban los ejércitos del sitio y del regreso de los gnomos a la Gruta, de los actos de Gareth y de la colección de libros que se llevarían al norte; no le pedía nada: ni palabras ni una decisión ni un pensamiento. Pero a ella le parecía que el toque de sus manos era más amargamente doloroso que todos los hechizos de ruina de Zyerne.

Había tomado su decisión, pensó, hacía diez años cuando se encontraron por primera vez, y había vuelto a tomarla todos los días desde entonces. Pero había otra opción y siempre la había habido. Sin volver la cabeza, sentía los pensamientos que se movían detrás de las profundidades diamantinas de los ojos vigilantes de Morkeleb.

Cuando John se levantó para irse, ella puso una mano sobre la manga de su capa negra y gastada.

—John —dijo con calma—. ¿Harás algo por mí? Envía un mensaje a Mab y pídele que elija los mejores libros de magia que conozca, de los gnomos y de los hombres, para llevarlos al norte.

Él la miró un momento, allí, tendida sobre la paja del estrecho jergón que había sido ya por cuatro noches su cama solitaria, el cabello negro y descuidado colgando sobre la blancura de su camisa.

—¿No preferirías elegirlos tú, amor? Al fin y al cabo, tú eres la que va a usarlos.

Ella meneó la cabeza. La espalda de John daba hacia la luz del patio abierto y ella no veía sus rasgos a contraluz; quería estirar la mano y tocarlo pero por alguna razón no podía hacerlo. En una voz fría como la plata, explicó:

—La magia del dragón está en mí, John; no es cosa de libros. Los libros son para Ian, cuando conozca sus poderes.

John no dijo nada por un momento. Ella se preguntó si él también habría notado eso en su hijo mayor.

—¿No estarás allí para enseñarle? —preguntó finalmente John con voz débil.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé, John —murmuró—. No lo sé.

Él hizo un movimiento como para apoyarle la mano en el hombro y ella dijo:

—No. No me toques. No lo hagas más difícil para mí.

Se quedó de pie un momento más frente a ella, mirándola a los ojos. Luego, obediente, se volvió en silencio y abandonó el refugio.

Cuando llegó el día fijado para la partida hacia el norte desde la ciudadela, ella aún no había tomado una decisión. Era consciente de la mirada de John cuando él pensaba que ella no lo estaba observando; consciente de su propio agradecimiento hacia él por no usar la única arma que él sabía que podría hacerla quedarse con él: nunca le habló de los hijos. Pero por las noches, también era consciente de la figura de cobra negra

del dragón, brillante a la luz de la luna sobre el patio superior o girando en el cielo negro con las frías estrellas del invierno temblando sobre sus espinas, como si hubiera volado a través del corazón de la galaxia y vuelto con toda su luz esparcida sobre el cuerpo.

La mañana de la partida era clara, aunque muy fría. El rey cabalgó desde Bel para despedirlos, rodeado por una tropa de cortesanos que miraban a John con miedo y respeto, como si se estuvieran preguntando cómo se habían atrevido a burlarse de él y por qué él no los había matado a todos. También estaban Policarpio y Gareth y Trey, cogidos de la mano como dos chicos de escuela. Trey había hecho teñir de nuevo su cabello, dorado y borgoña, y habría sido impresionante si se hubiera peinado en el estilo elaborado de la corte en lugar de en dos trenzas simples como las de una niña sobre la espalda.

Habían traído con ellos una larga hilera de caballos y mulas, cargadas con suministros para el viaje y también los libros por los que John había arriesgado tan alegremente la vida. John se arrodilló frente al viejo desvaído, vago, alto, y le agradeció y le juró fidelidad mientras Jenny, vestida en su capa descolorida, como una norteña, se quedaba de pie a un lado; ella se sentía curiosamente lejos de todos ellos mientras observaba cómo el rey revisaba una y otra vez los rostros de los cortesanos que lo rodeaban con el aire de alguien que busca a otro pero ya no recuerda bien a quién.

El rey dijo a John:

—¿Ya os vais? ¿Pero no fue ayer que os presentasteis?

—Será un largo camino hasta casa, señor. —John no mencionó la semana que había pasado esperando el permiso del rey para combatir al dragón..., era evidente que el viejo recordaba muy poco de las semanas anteriores, si es que recordaba algo—. Es mejor que me vaya antes de que vengan las nevadas fuertes.

—Ah. —El rey asintió vagamente y se volvió, inclinado sobre los brazos de su alto hijo y su sobrino, Policarpio. Después de un paso o dos, se detuvo con el ceño fruncido como si algo estuviera surgiendo de su memoria y se volvió hacia Gareth—. Este Vencedor de Dragones..., mató al dragón después de todo, ¿verdad?

No había forma de explicarle todo lo que había pasado ni cómo la ley había vuelto a ser impuesta en el reino, salvada de la forma correcta, así que Gareth dijo simplemente:

—Sí.

—Bien —dijo el viejo, asintiendo su aprobación con debilidad—. Bien.

Gareth le soltó el brazo; Policarpio, como Señor de la ciudadela y anfitrión, lo llevó a descansar y los cortesanos partieron tras él como un cardumen de peces ornamentales de colores brillantes. Tres figuras pequeñas, encorvadas se separaron de ellos; las batas de seda crujieron en los vientos congelados que bajaban del cielo nuevo y suave.

Balgub, el nuevo señor de la Gruta de Ylferdun, inclinó la cabeza; con la tensión de quien no tiene por costumbre expresarse en palabras, dio las gracias a lord Aversin, Vencedor de Dragones, aunque no dijo por qué.

—Bueno, no podía decirlo, ¿no os parece? —hizo notar John mientras los tres gnomos salían del patio siguiendo la corte del rey. Sólo la señora Mab había mirado a Jenny y le había guiñado un ojo. John continuó—: Si viniera y me dijera: «Gracias por hacer estallar la Piedra», eso sería admitir que estaba equivocado en cuanto a que Zyerne podía envenenarla.

Gareth, que todavía estaba de pie con la mano de Trey entre las suyas, rió con fuerza.

—¿Sabéis?, creo que lo admite en su corazón, aunque tal vez nunca nos perdone del todo por haberla destruido. Al menos, me trata bien en el consejo..., lo cual vale la pena porque voy a tener que vérmelas con él durante mucho tiempo.

—¿Sí? —Un fulgor de intenso interés bailó en los ojos de John.

Gareth se quedó en silencio un momento, tocando la puntilla dura de su puño, sin mirar a John. Cuando volvió a levantar la vista, tenía la cara cansada y triste.
—Pensé que sería otra cosa —dijo—. Pensé que después de que Zyerne muriera, estaría bien. Y está mejor, en serio. —Hablaba como un hombre que trata de convencerse a sí mismo de que una estatua remendada es tan hermosa como antes de romperse—. Pero está..., está tan olvidadizo. Badegamus dijo que no recuerda edictos que ha hecho de un día a otro. Cuando estuve en Bel, hicimos un consejo, Badegamus, Balgub, Policarpio, Dromar y yo, para decidir lo que vamos a hacer; luego yo le digo a papá que lo haga..., o le recuerdo que eso era lo que iba a hacer y él finge que lo recuerda. Sabe que está olvidadizo aunque no recuerda muy bien por qué. A veces, se despierta en la noche y grita el nombre de Zyerne o el de mi madre. —La voz del joven se detuvo un segundo, insegura—. Pero, ¿y si nunca se recupera?
—Y si nunca se recupera, ¿qué? —replicó John con suavidad—. El reino será tuyo de todos modos algún día, héroe. —Se volvió y empezó a ajustar las cinchas de las mulas, preparándolas para la caminata hacia abajo por la ciudad para tomar el camino del norte.
—¡Pero no ahora! —Gareth lo siguió; las palabras formaban nubecitas blancas en el frío de la mañana—. Quiero decir..., nunca tendré tiempo para mí... Hace meses que no trabajo en ninguna poesía, que no trato de completar esa variante sureña de la balada de Amara Damaguerrera...
—Habrá tiempo, más adelante. —El Vencedor de los Dragones hizo una pausa, la mano sobre el cuello arqueado de Martillo de Batalla, el regalo que Gareth le había hecho al partir—. Será más fácil más adelante cuando los hombres vengan a verte directamente a ti y no a tu padre.
Gareth meneó la cabeza.
—Pero no será lo mismo.
—¿Es que alguna vez es lo mismo?
John se movió por la línea de caballos y mulas, ajustando cinchas, controlando las tiras que sujetaban los paquetes de libros: volúmenes de curación, las obras de Anacetus sobre demonios mayores y menores, el Dador del Fuego de Luciardo, libros sobre ingeniería y sobre la ley, escritos por gnomos y por hombres. Gareth lo siguió en silencio mientras digería la idea de que él era ahora, en realidad, el Señor de Bel, con las responsabilidades del reino —para las cuales lo habían preparado académicamente bajo el título mental de «algún día»— arrojadas de pronto sobre sus hombros, que no las querían. Como John, pensó Jenny con lástima, tendría que dejar de lado la búsqueda del conocimiento, ese verdadero amor, y dedicarse a lo que debía, a su pueblo. Sólo podría volver a esa búsqueda de tanto en tanto. La única diferencia era que su reino estaba en paz y que John era un año menor cuando el peso cayó sobre él.
—¿Y Servio? —preguntó John con gentileza, mirando a Trey.
Ella suspiró y se las arregló para sonreír.
—Todavía pregunta por Zyerne —dijo con suavidad—. Realmente la amaba, ¿sabéis? Sabe que está muerta y trata de fingir que recuerda que murió como yo le dije, cayéndose de un caballo... Pero es extraño. Está más amable ahora. Nunca será considerado, por supuesto, pero ya no es tan rápido ni tan inteligente y creo que hiere menos a los demás. Ayer se le cayó una taza durante el almuerzo..., está muy torpe ahora, y hasta se disculpó conmigo. —Hubo una cierta mueca en su sonrisa, tal vez para cubrir las lágrimas—. Recuerdo que antes no sólo me hubiera culpado sino que habría conseguido que yo me culpara a mí misma.
Ella y Gareth habían estado siguiendo a John por la línea de bestias, con las manos todavía unidas; las faldas rosadas de la muchacha, brillantes contra el gris peltre de la mañana congelada. Jenny, de pie, lejos, escuchaba sus voces pero sentía como si

estuviera viéndolos a través de un vidrio: eran parte de una vida de la que estaba a medias separada, a la que no tenía que volver a menos que lo decidiera. Y todo el tiempo, su mente escuchaba el cielo, oía con extraña claridad las voces del viento alrededor de las torres de la ciudadela, buscando algo...
Vio la mirada de John, y vio cómo la preocupación cavaba una línea entre sus cejas; algo se retorció y ardió en su corazón.
—¿Tenéis que iros? —preguntó Gareth, con duda, y Jenny, que sentía como si le hubieran leído el pensamiento, levantó la vista, pero era a John a quien hablaba el príncipe—. ¿No podríais quedaros conmigo, aunque fuera un tiempo? Llevará un mes preparar las tropas para el norte... podríais tener un lugar en el consejo. No..., no puedo hacer esto solo.
John meneó la cabeza, inclinado sobre el lomo de la mula Clivy.
—Ya estás haciéndolo solo, héroe. Y en cuanto a mí, tengo mi propio reino que atender. Ya he estado fuera demasiado tiempo, en realidad. —Miró a Jenny como preguntándole algo, pero ella desvió la mirada.
El viento se agitó alrededor de los dos, corrientes cruzadas movieron la capa y el cabello de Jenny como el aleteo de un pájaro gigante. Ella levantó la vista y vio la forma del dragón que bajaba del cielo gris cobalto de la mañana.
Dio la espalda a la caravana reunida en el patio sin decir una palabra y corrió hacia la escalera estrecha que llevaba a los muros. La forma oscura colgaba como un barrilete negro sobre el viento, la voz suave era una canción en la mente de Jenny.

Por mi nombre, me ordenaste que me fuera, Jenny Waynest, dijo él. *Ahora que tú te vas, yo también parto. Pero por tu nombre, te pido que me sigas. Ven conmigo a las islas de los dragones en los mares del norte. Ven conmigo y sé uno de nosotros, ahora y para siempre.*

Ella sabía en su corazón que ésa era la última vez que el dragón se lo pediría. Si ella lo rechazaba ahora, esa puerta nunca volvería a abrirse. Se quedó de pie, detenida un momento entre las rampas y el cielo plateado. Sentía a John que subía las escaleras tras ella, la cara sin vida, los anteojos inundados de la luz perlada de la mañana; sentía, a través de él, a los dos niños que esperaban en la torre en ruinas de Fuerte Alyn..., niños que había dado a luz sin intención de criar, niños que debería haber amado o mucho más o mucho menos, pensó ahora.
Pero más que ellos, sentía el dragón, flotando como una cinta contra el ojo remoto y blanco de la luna diurna. La música de su nombre temblaba en sus huesos; el hierro y el fuego de su poder le marcaban el alma.

Para ser mago, debes ser mago, pensó. *La clave de la magia es la magia.*

Se volvió y vio a John, de pie sobre el suelo lleno de raíces entre los manzanos sin hojas, detrás de ella. Más allá, vio la caravana de caballos en el patio, a Trey y Gareth sosteniendo las bridas de los animales que relinchaban y se alzaban en dos patas al olor del dragón. Durante un momento, el recuerdo del cuerpo de John y su voz la dominaron, la fuerza aplastante de los músculos y la curiosa suavidad de esos labios, el roce frío de una manga de cuero y la fragancia del cuerpo mezclada con el olor más prosaico del humo de leña y de caballos que permeaba su capa gastada.
También sentía el amor y la desesperación de los ojos de John. Vio cómo la esperanza se desvanecía en ellos. Él le sonrió.
—Ve, si tienes que hacerlo, amor —dijo con suavidad—. Dije que no trataría de detenerte y no lo haré. Lo sé desde hace días.

Ella meneó la cabeza y quiso hablar, pero no pudo emitir ni un sonido. El caballo negro se agitó bajo el viento de las alas del dragón. De pronto, dio la espalda a los hombres y corrió hacia los muros detrás de los cuales la esperaba el dragón en el aire.

Su alma saltó primero, sacando poder del viento y de la cuerda de cristal y pensamiento que Morkeleb le arrojaba, para mostrarle el camino. Los elementos que rodeaban su esencia cambiaron y Jenny arrojó la forma que había conocido desde su concepción y conjuró otra forma diferente. Consciente a medias, sintió que extendía los brazos contra el viento mientras avanzaba desde el borde de la construcción, sintió el viento en el cabello negro y largo cuando saltó hacia afuera sobre la larga caída de piedra y abismo y vacío. Pero su mente ya se elevaba hacia los picos distantes de las nubes, la luna, el dragón.

Sobre las paredes, tras ella, sintió murmurar a Trey:

—Es hermosa...

Contra la luna diurna que desaparecía, la luz cada vez más fuerte de la mañana se enredó en la seda blanca de sus alas desplegadas y brilló como una alfombra salpicada de diamantes a lo largo de la armadura pálida y fantasmal de la columna y el costado del dragón blanco.

Pero más que todo eso, Jenny sintió a John, Vencedor de Dragones de baladas y leyendas, a John que la miraba. Lágrimas silenciosas le corrían por la cara quieta. Ella hizo un círculo en el cielo que la esperaba, como una mariposa liberada por su mano.

Luego, John dio la espalda a los muros y caminó hacia el patio donde lo esperaban los caballos. Tomó la rienda de manos de Gareth, que se había quedado mudo de asombro, montó sobre Martillo de Batalla y cabalgó bajo la puerta de la ciudadela para tomar el camino del norte.

18

Volaron juntos hacia el norte por los caminos tejidos en el aire.
Toda la Tierra yacía a los pies de Jenny, marcada con las largas sombras color índigo de la mañana, el brillo poderoso del agua de los arroyos y los cuchillos de hielo de los glaciares. Vio las formas del mar, con sus corrientes verde y violeta, sus grandes profundidades grises y la espuma de encaje blanco sobre la superficie; y las del aire, siempre en movimiento. Todas las cosas eran para ella como las ve un dragón, una red de magia y años que cubría la Tierra y la unía al universo cantor en una malla cristalina de tiempo.
Anidaron entre los altos picos de la Pared de Nast, al final de los huesos partidos del mundo, mirando hacia el este sobre las gargantas en las que las ovejas salvajes saltaban como moscas de roca en roca, por encima de caídas impresionantes de aguanieve verde y bosques en los que la humedad cubría todos los árboles sobre las primeras colinas hacia los pantanos, donde vivían los que juraban fidelidad al Maestro.
Al oeste, Jenny veía más allá del glaciar, que yacía como un río detenido de verde y blanco a través de las gargantas grises y cortadas de los acantilados, más allá de las rocas desérticas y frías, el río Salvaje que brillaba como una hoja de seda castaña bajo el vapor de sus propias nieblas y, en los bosques desnudos que se alzaban junto a sus riberas, distinguió las torres de puntillas de la casa de Zyerne entre los árboles.
Como un dragón, veía atrás y adelante en el tiempo; y como un dragón, no sentía pasión ante lo que veía.
Era libre para tener lo que siempre había deseado..., no sólo el poder, que el toque de la mente de Morkeleb le había dado a su alma, sino la libertad para buscarlo más allá de la prisión mezquina del trabajo de los días.
Su mente tocó ese conocimiento y jugueteó con él, admirándose por su belleza y su complejidad. Era suyo ahora, como lo había sido siempre. Ya nadie le pediría que pospusiera sus meditaciones para caminar kilómetros y kilómetros a pie sobre las colinas ventosas y ayudar a dar a luz a un niño; ya no pasaría las horas que necesitaba para el estudio del poder, hundida hasta los tobillos en el agua congelada de un pantano, buscando huevos de rana para el reumatismo de Muffle, el herrero.
Ya no tendría que dividir su tiempo (ni su alma) entre el amor y el poder.
A lo lejos, su vista de dragón distinguía la caravana de caballos que hacía su camino de hormiga a lo largo de las colinas y hacia los bosques. Su vista de cristal era tan clara que podía identificar a cada una de las bestias de la línea: la yegua blanca Luna, los ruanos tontos, el potro estúpido Vaca y el bayo Martillo de Batalla; también vio el brillo de unos anteojos y el fulgor del metal de las hebillas de un jubón viejo y lleno de parches.
Para ella, John no era más que los primeros centímetros de la cinta interminable de años de un dragón. Como los bandidos y los desdichados Meewinks, como sus hijos, seguiría su propio camino a través de las formas laberínticas del tiempo cada vez más oscuro. Seguiría con sus luchas por su pueblo y con sus experimentos empecinados con sales de roca y globos de aire caliente, sus modelos de ballestas y su búsqueda de sabiduría popular sobre los cerdos. Un día, pensó Jenny, cogería un bote y navegaría sobre las peligrosas aguas de la ensenada de Elsbouch para buscar las ruinas del muelle sumergido y ella no lo estaría esperando sobre las piedrecillas redondas de la playa de grava... Cabalgaría hacia la casa bajo las piedras altas de Colina Helada y ella no estaría de pie en el umbral.
Con el tiempo, lo sabía, hasta esos recuerdos se desvanecerían. Veía dentro de sí misma ahora, como había visto en las almas de otros. La de Trey, lo recordaba bien, había sido como una laguna clara, con lugares planos y brillantes y profundidades insospechadas. La de Zyerne, como una flor envenenada. A su propia alma la veía

también como a una flor cuyos pétalos se iban convirtiendo en hierro en las puntas pero cuyo corazón todavía estaba suave y sedoso. Con el tiempo sería toda de hierro, hermosa hasta quitar el aliento y viva para siempre..., pero ya no sería una flor.
Se quedó muy quieta en las rocas, inmóvil a no ser por el temblor de las antenas enjoyadas que buscaban los colores del viento.
Eso era ser un dragón, se dijo a sí misma, ver las formas de todas las cosas desde el silencio del cielo. Era ser libre. Pero el dolor todavía caía desde algún lugar dentro de ella..., el dolor de la opción, de la pérdida y de los sueños que habían nacido muertos. Habría llorado pero no había nada en los dragones que fuera capaz de llorar. Se dijo que era la última vez que tendría que sentir ese dolor o el amor que lo causaba. Por esa inmunidad había buscado los caminos del cielo.
La clave de la magia es magia, pensó. Y toda la magia, todo el poder, eran suyos ahora.
Pero muy adentro, otra voz preguntó: ¿para qué? Allá lejos, sentía a Morkeleb, que cazaba las grandes ovejas con cuernos entre las rocas. Como un murciélago negro de puntilla de acero, pasaba sin más sonido que su sombra sobre los campos de nieve, envuelto en los colores del aire para caer sobre las gargantas, escondido de los ojos estúpidos, nerviosos de su presa en el brillo engañoso de su magia. La magia era el hueso de los huesos de los dragones, la sangre de su sangre; la magia del cosmos teñía todo lo que percibían y todo lo que eran.
Y sin embargo, si uno lo pensaba bien, esa magia era estéril; no buscaba nada que no fuera ella misma, como la de Zyerne.
Zyerne, pensó Jenny. La clave de la magia es magia. Por esa magia, Zyerne había sacrificado a los hombres que la amaban, al hijo que hubiera dado a luz, y finalmente, a su propia humanidad..., ¡igual que Jenny!
Caerdinn estaba equivocado. A pesar de su lucha para perfeccionar sus artes, no había sido otra cosa que un viejo amargado, egoísta, el final de una Línea que fallaba porque buscaba la magia sólo por amor a la magia misma. La clave de la magia no era la magia; era su uso; no era tener, sino dar y hacer..., amar y ser amado.
Y en su mente surgió la imagen de John, sentado junto a Morkeleb en el patio superior de la ciudadela. Como tenemos tan poco, lo compartimos entre nosotros para que valga la pena tenerlo..., las consecuencias de no preocuparse lo suficiente por hacer lo que hacemos serían peores...
Había sido John todo el tiempo, pensó Jenny. No el problema, sino la solución.
Una sombra hizo un círculo sobre ella y Morkeleb descendió brillante sobre las rocas a su lado. El sol estaba casi hundido en el horizonte al oeste y arrojaba el brillo de la luz azul del glaciar sobre su cuerpo negro, como una brillante capa de llamas.

¿Qué pasa, mujer maga?

Morkeleb, devuélveme a lo que fui, dijo ella.

Las escamas de Morkeleb se erizaron y ella sintió el punzón de su rabia en la mente.

Nada puede volver a ser lo que fue, mujer maga. Lo sabes. Mi poder estará contigo para siempre y no puede borrarse de tu mente el conocimiento de lo que es ser un dragón.

Aún así, dijo ella*. A pesar de eso, prefiero vivir como una mujer que fue un dragón que como un dragón que una vez fue mujer. Sobre los escalones de la Gruta, maté con fuego como mata un dragón; y como un dragón, no sentí nada. No quiero volverme así, Morkeleb.*

Bah, dijo Morkeleb. El calor salía de las mil navajas de sus escamas, de las largas espinas y de la seda plegada de sus alas. *No seas tonta, Jenny Waynest. Todo el conocimiento de los dragones, todo su poder es tuyo y todo el tiempo del mundo. Olvidarás pronto los amores de la tierra y estarás curada. El diamante no puede amar a la flor porque la flor vive un día y luego desaparece. Tú eres un diamante ahora.*

La flor muere, dijo Jenny con suavidad. *Pero ha vivido. El diamante no puede hacer ninguna de las dos cosas. No quiero olvidar y la curación me convertirá en lo que nunca quise ser. Los dragones tienen todo el tiempo del mundo, Morkeleb, pero ni los dragones pueden hacer retroceder el flujo de los días ni volver por él y encontrar el tiempo que han perdido. Déjame ir.*

¡No! La cabeza del dragón giró, los ojos blancos brillantes, la larga melena ardiendo alrededor de la base de sus muchos cuernos.

Te deseo, mujer maga, más de lo que he deseado el oro. Es algo que nació en mí cuando tu mente tocó la mía, como mi magia nació en ti. Ahora que te tengo, no te dejaré ir.

Ella unió las ancas bajo su cuerpo y se arrojó al vértigo del aire, las alas blancas buscando el viento. El se arrojó tras ella, bajando los acantilados grises y las caídas de agua de la Pared de Nast en el viento; y las sombras se perseguían una a la otra sobre las grietas de nieve, teñidas de azul con la venida de la noche. Se agitaban como halcones grises sobre la oscuridad de la piedra y el abismo. Más allá, el mundo estaba quieto, alfombrado con el brillo del otoño, rojo y ocre y castaño; y desde los árboles sin hojas de los bosques cerca del río, Jenny veía elevarse un sólo hilo de humo, lejos, sobre el viento de la noche.
La blancura de la luna llena le acarició las alas; las estrellas a través de cuyos caminos secretos habían llegado los dragones a la Tierra una vez y por los cuales volverían a marcharse un día, giraban como una red de luz en sus caminos extendidos más arriba. La vista de dragón de Jenny descubrió el campamento en los bosques y una figura sola, muy pequeña, que arrancaba pacientemente tortillas quemadas de la sartén con los libros de un paquete a medio deshacer extendidos a su alrededor.
Ella giró sobre el humo, invisible en los colores del aire y sintió la oscuridad de una sombra que giraba sobre ella.

Mujer maga, dijo la voz del dragón en su mente*, ¿esto es realmente lo que quieres?*

Ella no contestó, pero sabía que, como dragón, él podía sentir el movimiento y las formas de su mente. Sintió cómo Morkeleb se asombraba ante lo que veía y luego sintió su rabia contra ella y también contra algo dentro de sí mismo.
Finalmente el dragón le dijo:

Te deseo, Jenny Waynest, pero más que a ti, deseo que seas feliz y eso no lo entiendo..., no te quiero llena de dolor. Y luego, oyó la rabia que le atacaba como un látigo de nueve colas. *¡Tú me has hecho esto!*

Lo lamento, Morkeleb, dijo ella con suavidad. *Lo que sientes es el amor de los seres humanos y es un pobre pago por el poder que me dio el toque de tu mente. Eso es lo*

que aprendí primero cuando amé a John..., tanto el dolor como el hecho de sentirlo es mejor que no ser capaz de sentir.

¿Ése es el dolor que te empuja?, preguntó él.

Sí, dijo ella.

Una rabia amarga sonó en la mente de Morkeleb como el eco lejano del oro que había perdido.

Vete, entonces, dijo y ella bajó por el aire, una cosa de vidrio y puntillas y huesos, invisible en la oscuridad suave, llena de humo. Sintió que el poder del dragón la rodeaba con calor y magia y el dolor brilló en sus huesos de maga. Se apoyó en el dolor que le fundía el cuerpo como antes se había apoyado en el viento del vuelo.
Luego, hubo sólo cansancio y dolor. Se arrodilló a solas en la oscuridad de los bosques de otoño, con el frío de la noche mordiéndole las heridas recién curadas en la espalda y los brazos. A través del gris y el blanco de los troncos de los árboles, veía el brillo rojo del fuego y olía los aromas familiares del humo de leña y los caballos; los tonos plañideros de la flauta sonaban, leves, en el aire. El borde brillante de color se había desvanecido de todas las cosas; la noche era cruda y neblinosa, sin color, muy fría. Jenny tembló y se ajustó la chaqueta de cuero de oveja sobre los hombros. La tierra parecía húmeda donde la tocaban las rodillas a través de las faldas gastadas.
Apartó la cola oscura, enredada de su cabello y miró hacia arriba. Más allá de la puntilla desnuda de los árboles veía al dragón que volaba en círculos, solo en el hueco sonoro del cielo vacío.
Su mente tocó la de él, con un agradecimiento mayor que todas las palabras. El dolor la inundó, un dolor de heridas profundas, y eso y la rabia ante la idea de poder sentir ese dolor.

Es un regalo cruel el que me has dado, mujer maga, dijo él. *Porque me has separado de mi especie y has destruido el placer de mis viejas alegrías; mi alma está marcada por este amor, aunque no entiendo lo que es y, como tú, nunca podré volver a ser lo que había sido.*

Lo lamento, Morkeleb, le dijo ella. *Cambiamos lo que tocamos, sea la magia, el poder u otra vida. Hace diez años me habría ido contigo. Pero toqué a John y él me tocó a mí.*

Como un eco en su mente, oyó la voz de Morkeleb.

Que seas feliz, entonces, mujer maga, con la elección que has hecho. No entiendo tus razones porque no es cosa de dragones, pero claro, en realidad ahora yo tampoco soy un dragón.

Ella sintió, no vio, que él se desvanecía volando de retorno hacia el norte vacío. Durante un momento, pasó sobre el disco blanco de la luna, seda esquelética sobre esa cara severa, luego desapareció. El dolor cerró la garganta de Jenny, el dolor de los caminos que nunca se tomaron, de las puertas que nunca se abrieron, de las canciones que no se cantaron..., el dolor humano de las opciones. Al liberarla, el dragón también había elegido lo que era y lo que sería en adelante.

Cambiamos lo que tocamos, pensó ella. Y en eso, suponía ella, John —y la capacidad de amar y de preocuparse que John le había dado— era y sería para siempre, el Vencedor de Morkeleb.

Suspiró y se puso de pie, entumecida, sacudiéndose las hojas y ramitas de la falda.

Las notas agudas, dulces de la flauta todavía sonaban en la brisa de la noche, pero en ellas iban también el olor del humo y el de las tortillas que empezaban a quemarse. Se pasó la capa sobre el hombro y empezó a subir por el sendero hacia el claro.